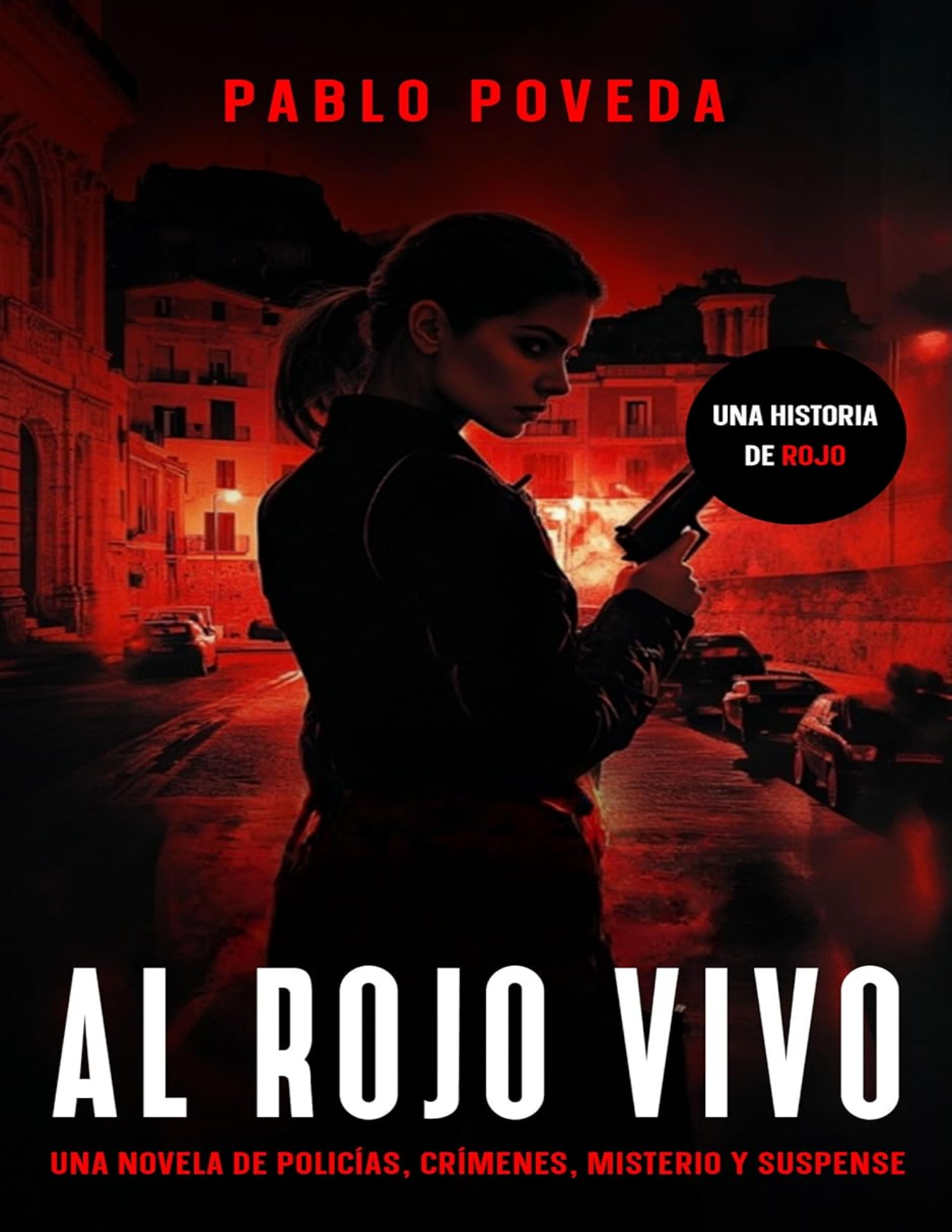
PABLO POVEDA




# AL ROJO VIVO

UNA NOVELA DE POLICÍAS, CRÍMENES, MISTERIO Y SUSPENSE

# Al Rojo Vivo

Pablo Poveda

Copyright © 2025 por Nova Illice Media Pub




Corrección: Ana Vacarasu

ISBN: 9798267780919

Imprint: Independently published

Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

SERIE ROJO

Rojo
Traición
Venganza
Desparecido
Secuestrada
El trabajo del Diablo
El juego del Diablo
El laberinto del Diablo
Sombra en la costa
Al Rojo Vivo

# 1

Rojo abrió los ojos a las 6:47. El despertador, como siempre, no sonó. Ya no lo necesitaba. Su cuerpo era un reloj averiado que aún marcaba la hora del desastre. Había aprendido a funcionar sin alarmas, como un mecanismo desgastado que se activaba por pura inercia. El ventilador del techo giraba con un zumbido irregular, moviendo el aire húmedo y caliente de octubre en Alicante. La humedad se había filtrado por la pared norte del apartamento, dejando una mancha amarillenta que se extendía como una herida infectada.

Sobre la mesita de noche, una botella vacía de DYC descansaba junto a un vaso con restos de whisky cuyo contenido de alcohol se había evaporado durante la noche. Rojo se incorporó lentamente, sintiendo el peso de la resaca y algo más profundo: el agotamiento de quien lleva demasiado tiempo luchando contra molinos de viento.

El piso de la calle del Pintor Velázquez era todo lo que podía permitirse con su pensión de invalidez temporal. No le importaba, ni ahora, ni desde que se había mudado allí. Cincuenta metros cuadrados mal distribuidos en una segunda planta, con vista hacia una lavandería que permanecía abierta las veinticuatro horas. Desde la ventana podía observar el trasiego constante de gente que

entraba y salía del establecimiento. Algunos eran clientes legítimos. Otros, no tanto. En los últimos años, la ciudad de Alicante había cambiado mucho. Ahora, la frontera entre lo legal y lo ilegal se difuminaba como las líneas de la costa bajo la niebla matinal.

Se dirigió a la cocina y puso una cafetera en el fuego. Luego, encendió la radio. Mientras esperaba, sus ojos se posaron en el expediente que descansaba sobre la mesa del comedor. Sin membrete oficial, sin sellos y sin la parafernalia burocrática que caracterizaba los casos activos. Era su caso. Tal vez el último. Su obsesión particular.

La fotografía de Elena lo miraba desde la carpeta manila. Diecisiete años, cabello castaño claro, sonrisa tímida que contrastaba con la seriedad de sus ojos verdes. Desaparecida hacía tres meses de un club nocturno en las afueras de Elche. Los rumores apuntaban a que la habían captado para ejercer la prostitución. Pero no había pruebas de ello y el caso había sido cerrado. Desesperados, los padres habían acudido a él, justo después de que Asuntos Internos lo suspendiera por sus métodos irregulares en el caso anterior: el de Emily Green, la chica inglesa y su acompañante Marcus Willoughby. De hecho, la familia de la desaparecida había sabido de él a raíz de su aparición en los medios.

Él era su última carta.

La investigación oficial del caso Elena se había estancado en un mar de burocracia y expedientes archivados.

No supo decir que no.

Elena le recordaba demasiado a Elsa, su exmujer, que había caído en una red de trata, años atrás. También a la chica que había logrado salvar en Cartagena, justo al inicio de su carrera. Cada niña desaparecida era un runrún de su fracaso personal, pero también una oportunidad de redención y aquel caso parecía una señal que ponía fin a un ciclo de su vida.

Tras lo sucedido unos días antes, sabía que Asuntos Internos lo echaría definitivamente del Cuerpo. La Jefatura no se opondría a ello y el comisario Linares estaría contento de que su presencia desapareciera de la comisaría provincial. Sus métodos poco ortodoxos y su personalidad conflictiva habían sido tolerados

mientras conseguía resultados, pero el caso de Emily Green había sido la gota que colmó el vaso.

Ahora, suspendido y sin futuro policial, Elena Herrera representaba su última oportunidad de hacer algo bien antes de perder la placa para siempre y tener que buscarse otro trabajo.

Reflexionó sobre esto último mientras daba otro sorbo al café y de fondo sonaba la guitarra de Jimmy Hendrix. El sabor amargo le recordó todas las madrugadas similares, todos los casos que habían terminado mal. Pero no podía permitir que Elena se sumara a esa lista.

En la radio, una tertulia política llenaba el silencio que había dejado la música y el presentador de los teletipos matinales:

*—… Y seguimos con las declaraciones de la diputada Laura Borrás, que ha vuelto a criticar la falta de coordinación en materia de seguridad ciudadana. Según la parlamentaria, "la Policía necesita más control y menos impunidad".*

Rojo resopló, bajando el volumen con un manotazo.

—Siempre los mismos discursos para la galería… —murmuró.

Se enfundó en los vaqueros gastados como quien se mete en una vieja piel. Polo azul marino. Botas cómodas. La rutina antes de la caza.

De la caja fuerte oculta tras el armario sacó la STAR. Pesada y fiel, como una vieja compañera que no hace preguntas. Se la puso en la cintura, bajo el cinturón; seguía fuera del Cuerpo, pero no fuera del juego.

Desde la ventana observó la calle durante unos minutos. El movimiento era el habitual: trabajadores madrugadores dirigiéndose a la parada del autobús, jubilados paseando a sus perros, obreros cargando lavadoras industriales, tipos en chándal matando el tiempo en los bancos, alguno fumando frente al kebab. Todo parecía rutinario, pero algo no encajaba. Había algo diferente. Un Toyota Corolla sedán, de color gris, había estado aparcado en la misma plaza durante tres días consecutivos. Diferentes conductores cada día, pero el mismo patrón: llegaban a las siete de la mañana y se marchaban a las nueve de la noche.

«Morir no jode. Lo que jode es si tardas en hacerlo».

La mañana mediterránea lo golpeó con un aire salobre que subía desde el puerto. Alicante despertaba despacio, con esa desgana provinciana que esconden las ciudades costeras. Las terrazas se llenaban de vasos aún vacíos, las persianas metálicas chirriaban al levantarse y, entre los primeros turistas, ya se mezclaban miradas que no venían a hacer fotos.

Rojo descendió por la pendiente que llevaba de la Plaza de Toros hacia el puerto. No tenía prisa; en su mundo, la prisa era como un farol encendido. La gente que corría llamaba la atención, y la atención siempre tenía un coste muy alto.

Pasó junto a los bares de estudiantes, todavía cerrados, con el suelo manchado de cerveza rancia y vómito barato. Más abajo, el Mercado Central abría sus puertas; el olor a pescado fresco se mezclaba con el de la basura de la noche anterior, una mezcla que solamente podía soportar una ciudad acostumbrada a fingir normalidad.

En Alfonso X el Sabio, los coches pitaban sin convicción, como si fuera la norma del día a día. Rojo siguió recto, sin mirar a nadie demasiado tiempo, pero viéndolos a todos: la vieja que arrastraba el carro de la compra, el mangante que la observaba a lo lejos, los camareros que abrían terrazas con desgana, los turistas recién llegados, con la piel blanca como el papel.

Al acercarse al puerto, el aire cambió. Más sal y menos ciudad. Más óxido y menos rutina. El mar brillaba con esa calma tramposa que siempre parecía esconder algo. Su destino estaba claro: el Muelle 9, una nave olvidada que servía de confesionario para soplones y de trampa para incautos.

Cuando la nave apareció al final del muelle, Rojo sintió el frío de la pistola en la espalda y se ajustó el cinturón. Esa mañana no venía a escuchar; venía a arrancar respuestas.

# 2

La luz se filtraba por las ventanas rotas, dibujando sombras que reptaban sobre el cemento agrietado. Julián «El Tarta» Mendoza estaba encajado en una silla de plástico blanco, con un cigarro aplastado entre los dedos.

Lo de «Tarta», no se lo habían acuñado porque le gustaran los pasteles.

Más bien porque se atascaba al hablar como el motor de una Vespino.

En su día, había sido un buen policía. Cinco años en la Brigada de Estupefacientes, rápido para las redadas y más rápido aún para cerrar tratos con quien no debía. Las tentaciones lo vencieron. Asuntos Internos lo empujó a una jubilación anticipada con una pensión que no alcanzaba ni para olvidar. Ahora sobrevivía vendiendo información y haciendo de intermediario con contrabandistas que conocían su nombre y respetaban su silencio.

Él fue el primero al que llamó. Con suerte, confirmaría los rumores sobre la chica. Rojo sabía cómo funcionaba el negocio de la prostitución: las mafias metían la aguja por dos razones: una, para que las mujeres rindieran más; dos, para que nunca pudieran dejar de pedir la dosis.

—Llegas tarde —murmuró Julián sin levantar la vista. Olía a sudor rancio y a dejadez. No parecía irle muy bien en la vida.

—Como si tuvieras algo mejor que hacer.

—¿Qué me traes?

Rojo dio un respingo cuando lo vio de cerca.

—Elena Herrera. Diecisiete años. ¿Tienes algo?

Julián dio una calada profunda y exhaló el humo lentamente. Su rostro, curtido por el sol y marcado por las cicatrices de una vida difícil, reflejaba la cautela de quien sabía que cada palabra podía tener consecuencias.

—Me-me-me suena…

—Te suena.

—Sí. He hecho mi trabajo, ¿sa-sa-sabes? Estoy harto de que me-me-me cuestiones.

—Entonces, habla.

El hombre suspiró y chasqueó la lengua.

—Hay un movimiento extraño en dos clubes que cambiaron de manos hace poco. Dinero búlgaro y negocio de ucranianos... La mezcla habitual. —Julián aplastó el cigarrillo contra el suelo—. Pero hay un nombre que aparece en todas las conversaciones: Milenka.

Rojo se inclinó hacia delante y puso toda su atención. Era la primera pista sólida que conseguía en semanas.

—Milenka. ¿Quién es?

—Una chica que controla a las otras.

—¿Una *madame*?

—No, nada de eso. Es la que manda. Joven, búlgara, guapa como para fiarse, afilada como para rebanarte el cuello sin que lo notes. Habla español mejor que tú y a veces más fuerte que tus jefes. Dicen que es inteligente y una hija de perra a partes iguales. —Julián hizo una pausa—. También dicen que tiene contactos en la policía.

Los datos coincidían con el perfil que Rojo había estado elaborando. Las redes de trata funcionaban siempre con el mismo patrón: una mujer joven y atractiva se ganaba la confianza de las potenciales víctimas, les ofrecía trabajo de camarera o de chica de

«imagen», y cuando menos se lo esperaban, se encontraban atrapadas en un sistema del que era imposible escapar.

—¿Dónde puedo encontrarla?

—Yo no te he dicho nada.

—¿La conoces?

—No.

—Solo quiero hablar con ella, nada más.

—Se-se-guro…

Rojo dio un paso al frente y lo agarró por el hombro. El otro tensó su postura y le hizo un gesto para que se relajara.

—¿Qué me ocultas, Tarta?

—Na-na-nada…

El inspector se acercó un poco más y le apretó el hombro, clavándole los dedos.

—No la conozco…

—Quiero encontrar a esa chica. ¿Me vas a ayudar o no?

La mirada del tipo lo decía todo, aunque Rojo admiró su capacidad para soportar el dolor.

—Sí…

Entonces lo liberó.

—Te-te-tendrás que ir a Elche… —respondió, finalmente, tocándose el hombro—. Dicen que hay una casa de citas, cerca del estadio de fútbol. Es de sobra conocido…

—¿Te hacen precio especial?

—¡Vete al infierno, im-im-imbécil!

—La dirección será suficiente.

El contacto le facilitó la dirección del lugar en un trozo de papel.

—Rojo... —dijo en tono de advertencia y se detuvo por un instante —. Ten cuidado. Esta gente no se anda con gilipolleces. Hueles a madero a kilómetros.

Rojo se levantó y extrajo de su cartera un billete de cincuenta euros.

—Por la información… y por el consejo.

—No sé por qué sigo haciendo negocios contigo.

—Un trato es un trato.

—Por cierto, ¿y el tipo ese que buscabas?

—No lo pillé. Dicen que ahora anda en una finca por San Vicente del Raspeig.

—San Vicente… Eso es campo y poco más, ¿no?

—Más o menos.

El soplón tomó el dinero con desdén y sin mirarlo a los ojos. Cuando el inspector llegó a la puerta, escuchó la voz de su antiguo compañero:

—¿Por qué coño te metes en esto? E-e-e-esa chica no es tu problema.

Rojo se detuvo sin volverse.

—Ahórrate el esfuerzo, Tarta. Se acabó el turno de preguntas.

—Gi-gi-gilipollas… —murmuró sin que el policía llegara a oírlo.

Apenas desapareció Rojo, que Julián sacó el móvil y marcó.

—Estuvo aquí. El inspector… Sí. Va camino de Elche, al bungalow. Dejadle un poco más de cuerda.

Una voz de mujer respondió algo corto, no más que un murmullo, y la llamada se cortó.

Julián guardó el teléfono y se lio un cigarro con las manos temblorosas. Le dio una calada larga, como si el humo pudiera tapar el hedor de su traición.

Rojo no sabía la verdad: hacía dos años que trabajaba para ellos. Filtraba datos, desviaba pistas, abría puertas. Lo habían comprado tras la jubilación forzosa, cuando solo le quedaban deudas y una rabia inútil.

Ya no había marcha atrás.

# 3

La Comisaría Provincial parecía un búnker con ventanas, no un edificio público.

A las cinco, el cambio de turno llenaba los pasillos de uniformes arrugados y cafés fríos en vasos de cartón. Las frases se quedaban a medias, como si nadie tuviera ya ganas de acabarlas.

La gente seguía entrando: a denunciar, a llorar, a pedir milagros. Casi nunca se los daban.

Desde el caso de Emily Green y Marcus Willoughby, tras la suspensión de Rojo, el departamento había sufrido algunos cambios. El subinspector Costa estaba de baja por lesiones, aunque no tardaría en regresar a su puesto de trabajo. Para calmar los ánimos, la inspectora Marta Agulló ahora compartía despacho con dos inspectores más de la Brigada de Investigación Criminal y con el subinspector Ferrando, de Homicidios, que suplía la ausencia de Rojo. Un movimiento hábil del comisario, para ventilar la casa.

La inspectora estaba terminando el informe de un caso de violencia de género, cuando pasó la vista por unas notas garabateadas en el margen: 4587-LFR. La había visto dos veces en la misma semana: una en Elche, otra a las afueras de San Vicente

del Raspeig. No tenía sentido… pero el murmullo de la mesa de al lado interrumpió la línea de su pensamiento.

—¿Rojo… sigue vivo? —preguntó Antón, cerrando con la llave un cajón.

—Lo han visto esta mañana por el puerto —contestó la subinspectora Javaloyes, sin levantar la vista—. Quién sabe qué hacía por allí… En teoría, sigue de baja. Estrés postraumático o alguna mierda así.

—Estaría relajándose un rato.

—Dándoles de comer a las gaviotas…

—Sí, claro. Lo que tiene es mono de placa.

Agulló no apartó la vista del ordenador, pero aguzó el oído. Rojo había sido su compañero durante los últimos años. También su mentor. Y, después del caso Emily Green, algo más. Aquella noche había cruzado una línea que ninguno de los dos volvió a mencionar.

Oficialmente, lo habían suspendido por métodos irregulares y por la presión de Asuntos Internos. Extraoficialmente, Rojo había destapado una red de corrupción que subía más alto de lo que era prudente señalar.

—¿Alguien le ha mencionado algo al comisario? —preguntó Javaloyes.

—¿Para qué? —preguntó la inspectora.

—Mientras no meta la pata, mejor que esté fuera, que dentro, creando problemas —respondió Antón.

Javaloyes se acercó a ella.

—¿Qué tal está Costa?

—Sigue de baja.

—Dale recuerdos de mi parte.

Cuando sus compañeros se marcharon, Agulló se quedó sola en el despacho. La conversación le había removido algo por dentro. Sabía que debería mantenerse al margen, cumplir con sus obligaciones y no complicarse la vida. Había trabajado demasiado duro para llegar donde estaba.

Pero no podía quitarse de la cabeza la imagen de Rojo el día que cruzó por última vez aquella puerta. No era culpabilidad lo que

llevaba en la cara, sino resignación. Como si hubiera sabido desde el principio que todo acabaría así.

Movida por un impulso que no terminaba de entender, abrió el sistema informático policial. Tecleó el nombre.

Pulsó la tecla intro.

La pantalla parpadeó. Luego, una línea de texto:

ACCESO DENEGADO. EXPEDIENTE CLASIFICADO.

Frunció el ceño. Eso no era normal. Los expedientes del personal solo se clasificaban en casos excepcionales, generalmente relacionados con operaciones encubiertas o asuntos de seguridad nacional.

Intentó acceder desde diferentes ángulos: expedientes de casos en los que habían trabajado juntos, informes de actuación, evaluaciones psicológicas. Todo estaba bloqueado o había sido transferido a archivos externos.

Cada golpe de tecla le devolvía el mismo mensaje.

ACCESO DENEGADO.

Sus propios informes, firmados por ella, habían desaparecido. Como si Rojo nunca hubiera existido.

El teléfono de su mesa sonó. Una vez. Y se cortó.

Cuando miró alrededor, vio que alguien había dejado una nota doblada sobre su mesa.

¿Cuándo había sucedido aquello?, se preguntó, desconcertada.

Tal vez, la nota estuviera ya antes, y la confusión fuese fruto del cansancio.

Echó un vistazo a la sala, pero el despacho estaba vacío.

Desdobló el papel con cuidado. La letra era angular, masculina, escrita con bolígrafo azul:

«Todavía te importa, ¿verdad?».

Agulló miró de nuevo a su alrededor. Exceptuando a Costa, muy pocos conocían en profundidad su relación con Rojo, pero Costa llevaba días sin pisar la oficina. «Debe de ser Javaloyes», se dijo, pensando en la subinspectora, aunque la caligrafía indicara lo contrario. Dio otro vistazo. Los pocos agentes que quedaban en la planta estaban concentrados en sus tareas. Nadie la observaba, o al

menos eso parecía. Dobló la nota y la guardó en el bolsillo de su chaqueta.

Cuando se giró, Ferrando estaba cruzando el pasillo, con un café en la mano. Le dedicó una sonrisa rápida, casi cortés, pero sus ojos permanecieron un segundo de más sobre ella.

—¿Trabajando duro, inspectora…? —comentó en tono neutro, antes de desaparecer por la puerta del fondo.

Agulló se quedó inmóvil. Podía ser una coincidencia, claro. Pero también podía ser que no lo fuera.

Se levantó y fue hacia la ventana. Desde la tercera planta apenas se veía nada más allá del barrio de Benalúa, gris y apelmazado. En algún rincón de ese laberinto, Rojo seguía con su cruzada personal, sin saber que su antigua compañera estaba atrapada entre la lealtad al Cuerpo y algo que empezaba a parecerse peligrosamente a la justicia.

Ella sabía que tenía dos opciones: ignorar la nota y continuar con su rutina, o empezar a hacer preguntas cuyas respuestas probablemente no querría escuchar. La primera opción era la sensata, la que cualquier policía experimentada habría elegido. La segunda era un salto al vacío que podía costarle la carrera.

Sacó su teléfono personal y buscó en la agenda el número de Costa. Su dedo se quedó suspendido sobre la pantalla, dudando.

—Agulló, es para ti —dijo la subinspectora Javaloyes, que estaba encima de ella sin que se hubiera dado cuenta—. Te llaman del hospital.

—¿Para mí?

—Sí.

Al final, guardó el teléfono sin hacer la llamada.

Afuera, Alicante jugaba a parecerse a una postal. Pero las postales nunca cuentan la historia completa.

En su bolsillo, la nota ardía como la brasa.

# 4

Tres pisos de ladrillo rojo. Ventanas como ojos ciegos. Y en algún rincón de ese laberinto médico, una menor que conocía su nombre.

La inspectora Agulló empujó las puertas automáticas del centro de salud del Distrito Norte, y el familiar cóctel de desinfectante y desesperación la golpeó como un puñetazo. Después de varios años trabajando en casos de menores, aún le sorprendía la capacidad del sistema para convertir tragedias humanas en números de expediente.

La sala de espera bullía con una mezcla de idiomas y acentos que transformaban el lugar en una pequeña Babel mediterránea. Mujeres con niños pequeños aguardaban junto a hombres que sostenían papeles médicos arrugados. Un grupo de adolescentes de origen diverso ocupaba una esquina, hablando entre cuchicheos, mientras una de ellas mostraba hematomas en el brazo izquierdo.

—Inspectora Agulló —la saludó Carmen Jiménez, trabajadora social del centro desde hacía quince años. Su rostro cansado reflejaba el desgaste de quien había visto demasiadas historias repetirse—. ¡Gracias por venir tan rápido!

—¿Qué tenemos exactamente?

—Pelea entre varias jóvenes de un piso tutelado. Las trajeron esta mañana. Contusiones leves, pero hay algo que no me cuadra. —Carmen la guio hacia una sala privada—. La menor que más heridas presenta no quiere hablar. Se llama Ivanka, quince años, búlgara. Lleva en España menos de seis meses.

—¿Piso tutelado oficial?

—En teoría, sí. Pero ya sabe cómo funciona esto... El sistema está saturado y hay muchas residencias privadas que operan al margen de la legalidad. Acogen a menores a cambio de subvenciones, pero el control real es mínimo.

La inspectora conocía bien esa realidad. Los menores extranjeros no acompañados constituían un problema creciente que las administraciones resolvían transfiriendo la responsabilidad a entidades privadas, con escasa supervisión. Como resultado, se generaba un limbo legal en el que la explotación podía prosperar.

—¿Dónde está ahora?

—En la sala de curas. Le están revisando las heridas. No obstante, hay algo más, inspectora. Cuando la chica llegó, preguntó específicamente por usted.

Agulló frunció el ceño. No recordaba haber tenido contacto previo con ninguna menor en las últimas semanas.

—¿Está segura?

—Completamente. Dijo «inspectora Agulló» con mucha claridad. Su español es limitado, pero pronunció su nombre perfectamente.

La sala de curas era un espacio pequeño e impersonal, con dos camillas separadas por una cortina verde desgastada. Ivanka estaba sentada en una de ellas, balanceando las piernas mientras una enfermera le aplicaba antiséptico en varios cortes superficiales del brazo derecho. Era menuda, con cabello rubio platino artificial, que contrastaba con sus ojos oscuros y una expresión que combinaba miedo y desafío.

—¡Hola, Ivanka! Soy la inspectora Agulló. —Se acercó lentamente, manteniendo las manos visibles—. ¿Puedes contarme qué ha pasado?

La chica la observó con interés, como si estuviera decidiendo si podía confiar en ella. Cuando habló, su español sonaba un poco

forzado, pero se entendía.

—Pelea. Chicas del piso. Por comida.

—¿Solo por comida? No pareces ser muy glotona…

La adolescente negó con la cabeza, pero no añadió nada más. La enfermera terminó de curar las heridas y se retiró, dejándolas solas. El silencio se mantuvo entre ellas hasta que la más joven pareció decidir algo.

—¿Usted busca chicas perdidas? —preguntó en voz baja.

—A veces. Depende del caso.

—Hay otra chica. Elena. —Las palabras salieron como un murmullo —. Pero ya no grita.

Cuando la chica mencionó el nombre, Agulló sintió la presencia de Rojo. No de manera física, sino como un déjà vu profesional. Habría formulado la misma pregunta, con el mismo tono y la misma urgencia.

—¿Cómo que no grita?

La chica cerró los labios como si llevara una cremallera.

La inspectora sintió un escalofrío recorrer su espalda. Aquella parecía una llamada de auxilio.

—Elena… ¿qué más? ¿Sabes su apellido?

—No sé. Solo Elena. Chica española. Muy joven. Cabello... —Se tocó su propia melena—. Como miel.

—Ajá. ¿Y dónde está Elena ahora?

Ivanka la miró con unos ojos que habían visto demasiado para su edad.

—No sé. Antes gritaba por las noches. Ahora silencio.

Antes de que Agulló pudiera proseguir con el interrogatorio, una mujer de mediana edad irrumpió en la sala. Llevaba ropa cara pero discreta, un bolso de marca y zapatos que costaban más que el sueldo mensual de una trabajadora social.

—Ivanka, tenemos que irnos, cariño —habló en español con un deje ligeramente extranjero. La inspectora pensó que esa mujer llevaba años en el país—. Ya hemos perdido demasiado tiempo aquí.

—¿Y usted… es? —Agulló mostró su placa.

—Rosa Martín, tutora legal de Ivanka. Trabajo para la Fundación Nuevo Horizonte, una entidad que se ocupa de menores en situación

de vulnerabilidad.

El nombre no le sonaba de ninguna lista oficial, pero eso no significaba nada. Había decenas de organizaciones privadas que trabajaban con menores extranjeros.

—Necesito hablar un poco más con Ivanka sobre la pelea.

—Me temo que eso no será posible.

Agulló arqueó una ceja.

—¿Porque usted lo diga? Eso lo decidiré yo.

—La menor ha sufrido un trauma y necesita descanso. Además, ya hemos presentado un informe completo a los servicios sociales.

Rosa tomó del brazo a Ivanka, con más firmeza de la necesaria. La joven miró a la inspectora con una expresión aterrada.

—Si necesita más información, puede ponerse en contacto con nosotros a través de los canales oficiales —añadió Rosa, mientras se dirigían hacia la salida.

Agulló las siguió hasta el pasillo, pero al llegar a la puerta principal, ya habían desaparecido. Un coche negro con cristales tintados se alejaba del centro de salud, pero desde esa distancia era imposible distinguir la matrícula.

Carmen Jiménez se acercó con un expediente en las manos.

—¿Todo bien, inspectora?

—¿Conoce a esa mujer? ¿Rosa Martín?

—Es la primera vez que la veo. Aunque, ya sabe cómo es esto... Cada día aparecen nuevas organizaciones, nuevos tutores. Es imposible seguirles la pista a todos.

La inspectora tomó el expediente y lo hojeó rápidamente. Información básica: nombre, edad aproximada, país de origen. Nada sobre la Fundación Nuevo Horizonte o sobre cómo había llegado Ivanka a España.

—¿Puede enviarme una copia de todo esto? Se lo agradeceré.

—Por supuesto. Pero inspectora... —Carmen bajó la voz—. He trabajado con menores extranjeros durante quince años. Esa chica ha sufrido más que una simple pelea.

—No hace falta que lo jure. Yo también lo he notado.

La inspectora sabía que tenía razón. Ivanka había mencionado a Elena por algo, y la aparición repentina de su tutora, nerviosa por

sacarla de allí, no era casualidad. Demasiadas coincidencias, para tratarse de un simple caso de menores problemáticos.

Mientras bajaba hacia el coche, no podía quitarse de la cabeza la mirada de la chica. La había visto antes en víctimas de trata. Su expresión reflejaba una mezcla de resignación y esperanza, como si ya no confiara en los adultos, pero aún conservara un atisbo de fe en que alguien, tal vez, la salvaría.

De pronto, sintió que el móvil le vibraba con un mensaje de texto.

Pero era solo una falsa sensación.

«Rojo, ¿dónde diablos te metes?».

Contempló la pantalla del teléfono durante unos segundos y lo guardó.

# 5

La calle de San Francisco rajaba el casco antiguo como una cicatriz torcida. A un lado, la historia; al otro, el negocio fácil y el hurto. Y todo revuelto en los mismos adoquines.

Los edificios bajos acogían un revoltijo de bares de tapas, tiendas de souvenirs, heladerías y comercios llevados por hijos de inmigrantes. Las setas decorativas frenaban el paso y ofrecían sombra a los carteristas que merodeaban a menudo por allí, en los días de bullicio y borrachera. Era una calle estrecha, perfecta para desaparecer a plena luz del día.

Rojo ocupaba una mesa en la terraza del restaurante «Bellaterra», un italiano que llevaba años sirviendo cervezas frías, arroces mediocres, pizzas, milanesas y platos para turistas, que poco tenían que ver con la gastronomía de los países que representaban.

Eran las seis de la tarde y el sol comenzaba a declinar tras los edificios, creando un juego de luces y sombras en la calle. Los camareros conocían a Rojo de cuando era policía en activo. Hoy por ti, mañana por mí. Los hosteleros le soplaban información sobre los carteristas y demás chusma que deambulaban por las calles, y Rojo se encargaba de que algunos municipales hicieran la vista gorda en ciertos aspectos.

Por eso lo trataban con una mezcla de respeto y cautela, reservada para los clientes con historias complicadas.

Ahora, el inspector era más difícil de definir y mucho más difícil de ignorar.

—¿Otro café? —preguntó el camarero.

—No, gracias. Estoy esperando a alguien.

Mora llegó tarde. Delgado, cincuentón, con pelo gris repeinado y gafas metálicas parecía un funcionario intachable. Lo era. Excepto cuando no. Había trabajado en el departamento de telecomunicaciones de la comisaría durante veinte años, manteniendo los sistemas informáticos y las comunicaciones.

Discreto, eficiente y siempre disponible si el precio era el adecuado.

—Rojo —lo saludó mientras se daban un apretón de manos—. No esperaba volver a verte, después del caso de Emily Green.

—Los tiempos cambian, Mora. Siéntate. ¿Quieres beber algo?

Mora tomó asiento y pidió una cerveza sin alcohol. Nunca bebía durante las horas de trabajo, otra muestra de su meticulosidad profesional.

—Entiendo que no es una cita para saber cómo estoy.

—Necesito encontrar a una chica desaparecida. Discotecas, bares… Todo en los últimos tres meses.

Mora se removió incómodo en su silla.

—Estás suspendido, Rojo. No puedo darte acceso a bases de datos policiales.

—No te pido acceso. Te pido información.

—Es lo mismo y lo sabes.

Rojo extrajo de su chaqueta una carpeta con fotocopias del expediente de Elena. Las extendió sobre la mesa para que el otro pudiera verlas sin tocarlas.

—Elena Herrera. Diecisiete años. Desaparecida hace tres meses. Última vez vista en un club nocturno de Elche. La investigación oficial se archivó por falta de indicios.

—¿Qué puedo hacer yo?

—Empieza con teclear su nombre en las bases de datos. Estoy seguro de que habrá algo en ellas.

Mora examinó las fotografías sin tocarlas. Su expresión se endureció al ver la imagen de una chica sonriente en lo que parecía una foto del instituto.

—Tenía diecisiete, Mora. La misma edad que tu hija. Ponte en el lugar de su padre, si supiera que a su hija la han metido en una red de prostitución.

Era un golpe bajo, pero efectivo. Mora tenía una hija adolescente y Rojo sabía que eso lo haría más receptivo.

—Así que es eso… —dijo y dio un respingo. Luego levantó la mirada y la clavó en el policía—. ¿Qué te hace pensar que la encontrarás, cuando la policía no pudo?

—Porque la policía no quería encontrarla.

Mora alzó la vista de las fotografías y miró a Rojo directamente a los ojos.

—Eso es una acusación muy seria.

Cuando el funcionario hablaba, Rojo pensaba en Agulló. Ella habría desentrañado esa información con tres preguntas y una mirada. Su método era diferente, pero igualmente efectivo.

—A estas alturas, me la puedo permitir. Es la realidad y es muy fea.

El técnico en telecomunicaciones bebió un sorbo de su cerveza sin alcohol y contempló el trasiego de peatones en la calle. Familias que paseaban después del trabajo, turistas consultando mapas, jubilados en las terrazas vecinas. Vida normal, después de todo.

—Está bien. Tú, ganas.

—Yo te proporciono el número de la chica, tú identificas el IMEI y compruebas los de datos de las torres de telefonía móvil, en un radio de cinco kilómetros alrededor del club Nova Lux, donde desapareció. Busca teléfonos que estuvieran activos entre las diez de la noche y las dos de la madrugada, durante la semana en que desapareció Elena.

—¿Estás loco? Eso son miles de registros. Me pueden pillar.

—Haz tu magia, sabes de sobra que puedes con ello.

Mora asintió lentamente. Era una petición técnicamente compleja pero factible.

—¿Cuánto? Esto no es un trabajo de un par de horas.

—Quinientos euros.

—¡Ja, ja! Mil.

—¿De qué vas? Tenemos un historial de favores. No puedo pagarte eso con un salario de funcionario.

—Y yo me juego el pellejo y el puesto. Setecientos cincuenta y te doy la información en cuanto la consiga.

—Eres un mamonazo.

—Y tú, un interesado.

Mientras esperaban a cerrar el trato, Rojo sacó un paquete aplastado del interior de la chaqueta, golpeó la parte trasera y sacó un cigarrillo. Luego lo encendió. El humo le raspó la garganta, pero también le devolvió algo parecido a la calma. Fumar era de los pocos vicios que aún se permitía y, muy pronto, ni eso sería legal.

A tres mesas, en el restaurante contiguo, un tipo con gorra de béisbol y chaqueta vaquera sostenía el móvil apuntando discretamente hacia él. El flash estaba desactivado, pero el policía vio el brillo de la pantalla cuando captó varias fotos. Cruzaron la mirada un segundo. El hombre bajó el móvil sin apuro, lo guardó y volvió al periódico, como si nada.

—¿Qué ocurre?

—A tus espaldas —dijo y señaló con el mentón al individuo—. ¿Conoces a ese tipo?

—¿Cuál?

Cuando Rojo volvió a mirar, la mesa estaba vacía. El hombre había desaparecido, dejando solo un periódico doblado y unas monedas junto a una taza de café a medio terminar.

—Da igual. Probablemente un turista mirón.

Mora siguió su mirada, pero no pareció darle importancia al incidente.

—Volviendo al asunto… ¿Cómo quieres que te pase la información?

—Quedaremos en el punto de encuentro habitual. El quiosco de prensa de la plaza de los Luceros.

—De acuerdo, aunque, escucha, Rojo... —Mora se agachó un poco —. Sé más discreto.

—¿Es una advertencia?

—No, en absoluto.

—Entonces, ¿de qué carajo hablas ahora?

—Verás… Desde que te han suspendido, hay gente preguntando por ti.

—Es normal que pregunten.

—No, si no son policías.

—¿Qué tipo de gente?

—No lo sé exactamente. Los de Asuntos Internos son peores que un inspector motivado por Hacienda.

Rojo apagó el cigarrillo con más fuerza de la necesaria. La desconfianza era un riesgo ocupacional en su situación, pero también una herramienta de supervivencia. Si alguien estaba siguiendo sus pasos, significaba que se estaba acercando a algo importante.

—¿Le has contado algo a alguien?

—¿Qué coño…? Por supuesto que no. Aún le tengo aprecio a mi vida… pero no soy el único con acceso a datos de telecomunicaciones. Por eso te doy el aviso.

—Entonces, eres tú quien debe ser más discreto.

—No soy yo quien está suspendido, Rojo…

—No te demores.

—No… Me comunicaré pronto contigo.

Cuando Mora se marchó, Rojo permaneció en la terraza unos minutos más, observando el flujo de peatones y memorizando rostros. Había aprendido a detectar patrones en el comportamiento humano: quién pertenecía al entorno y quién era un elemento extraño.

El hombre de la gorra no había vuelto a aparecer, pero eso no significaba que hubiera desaparecido. En el mundo de la vigilancia profesional, lo importante no era ver a los observadores, sino saber que estaban ahí.

Tres giros calculados, dos callejones sin salida y una pausa fingida ante un escaparate bastaron para confirmar que, por el momento, caminaba solo.

La certeza no logró disipar la sensación de estar siendo observado. La sensación persistía, como un puñal invisible rozándole la espalda.

No era miedo. Era instinto. Y el instinto nunca juega limpio.

# 6

Agulló eligió una hora sin testigos, no por culpa, sino por experiencia. Al caer la noche, la comisaría se transformaba en un laberinto de pasillos vacíos y luces parpadeantes. Era en ese momento cuando se llevaban a cabo las búsquedas que no debían quedar registradas.

La inspectora esperó a que la mayoría de sus compañeros se marcharan, antes de dirigirse al archivo digital. No es que su búsqueda fuera ilegítima, pero no quería suscitar preguntas innecesarias sobre su repentino interés en los casos archivados.

El centro de documentación era una sala sin ventanas en el sótano, con terminales grises y torres de servidores que resguardaban la memoria digital de la policía. Los fluorescentes zumbaban en un ambiente estéril, diseñado para disuadir la permanencia.

La inspectora se acercó al ordenador que daba acceso completo a los archivos históricos. Su rango le permitía consultar la mayoría de los expedientes, aunque algunos casos especiales requerían autorizaciones superiores.

Escribió «Elena» en el campo de búsqueda, aunque sin muchas esperanzas.

El listado era extenso, y no tenía otra opción que revisar uno por uno los rostros de esas mujeres hasta encontrar a la chica desaparecida.

«Elena», repitió, recordando la voz de la adolescente.

No contaba con un perfil concreto que seguir. Se preguntó en qué podía basarse.

Tras una búsqueda exhaustiva, dio con el nombre de Elena Herrera. Por alguna razón, le resultaba familiar.

Hizo doble clic para abrir el archivo.

La pantalla mostró el mensaje habitual de procesamiento durante unos segundos, antes de devolver un resultado inesperado:

«ACCESO DENEGADO. CONSULTE CON ADMINISTRADOR».

Esto la sorprendió y despertó su recelo. Era extraño que un caso de desaparición reciente estuviera protegido con ese nivel de seguridad. Intentó distintas variaciones del nombre: solo el nombre de pila, solo el apellido, búsquedas por edad y fecha de desaparición. Todos sus intentos culminaron en el mismo mensaje de acceso denegado.

En ese momento, oyó pasos en el pasillo del sótano. El sonido se acercaba pausadamente, como si quien lo produjera no tuviera prisa. Reconoció la voz de Ferrando, hablando por teléfono, arrastrando las palabras.

—Sí, sí… mañana a primera hora. No, dile a la diputada que no se preocupe, yo me encargo.

El subinspector pasó frente a la puerta del archivo sin entrar. Agulló contuvo la respiración, temiendo que la descubriera allí. Sin embargo, Ferrando continuó su camino, con la calma de quien se siente dueño del lugar.

La inspectora decidió cambiar de táctica. Se levantó de la silla y subió a la planta de los superiores a por un café.

Fue entonces cuando la vio: la puerta del despacho del comisario, entreabierta.

Linares solía dejarla así. Un gesto estudiado, casi teatral. Una aparente transparencia para quien quisiera asomarse. «No tengo nada que ocultar», parecía decir, siempre que no estuviera presente.

Mientras la máquina dispensaba un café aguado, Agulló echó un vistazo. El portátil seguía encendido; Linares lo había dejado abierto esa misma tarde.

Sintió un nudo seco en el estómago.

No debía estar allí. Ni pensarlo. Ni permitir que la idea tomara forma.

Sin embargo, sabía que en ese ordenador estaban las respuestas.

Y también conocía la contraseña. La había visto tantas veces en reuniones, que no necesitaba dudar.

«Linares123».

Con descuidos así, era fácil entender cómo tipos como Linares llegaban tan alto.

«Hay que ser idiota».

Agulló se sintió atraída, como si aquel portátil fuera la manzana del Edén.

Se aseguró de estar sola, echó un vistazo al pasillo y entró en el despacho de Linares. Tecleó la contraseña sin titubeos.

En el correo abierto del comisario había varias carpetas. Una de ellas, sin marcar, tenía como asunto:

«Reunión con L. Borrás. Comisión de Seguridad».

No se atrevió a abrirla, pero el nombre se grabó en su mente después de haberlo escuchado minutos antes. Tomó nota para investigar más tarde la relación entre Linares, Borrás y Ferrando.

Con la atención puesta en el portátil, la búsqueda, esta vez desde las credenciales del comisario, ofreció un resultado distinto. El nombre de Elena Herrera aparecía en pantalla.

Al intentar abrir el expediente, se encontró con un archivo vacío, casi de manera deliberada. Parecía que alguien había querido que supiera de su existencia, pero no de su contenido.

No había informes, fotografías, ni declaraciones de testigos. Solo la estructura básica del expediente, con campos en blanco y fechas que confirmaban que había existido documentación que, posteriormente, había sido eliminada.

Decidió ampliar su búsqueda a casos relacionados. Si Elena había desaparecido en un club de Elche, podría haber otros expedientes con patrones similares.

Escribió varios términos de búsqueda: «desaparición + Elche», «menores + clubs nocturnos», «trata + Costa Blanca».

Los resultados mostraron docenas de casos archivados, la mayoría con investigaciones incompletas o cerradas por falta de pruebas. Era el patrón habitual en delitos de trata: muchas denuncias, pocas condenas y víctimas que desaparecían antes de poder testificar.

En uno de los expedientes más antiguos encontró algo interesante. Entre los informes de 2019 había un anexo firmado por una tal Rosa Martín, directora de la fundación Nuevo Horizonte. Era un comunicado genérico, de esos que se repiten en cada caso: «Nuestro compromiso con las víctimas es absoluto…». Lo extraño era que la misma Rosa Martín aparecía en al menos tres expedientes distintos, siempre vinculada a denuncias de chicas desaparecidas en Elche y Torrevieja.

Demasiadas coincidencias para ser simplemente filantropía.

También halló un caso de 2019 sobre una red de prostitución desmantelada en Elche. Entre las evidencias incautadas había una fotografía de una pulsera rosa con las letras «EH» grabadas en una placa dorada.

«¿Elena Herrera?».

En el mismo expediente, en una nota al margen, aparecía una referencia extraña:

«Consultar con contacto Europol. Bruselas +32.xxx.xxx».

El número de teléfono estaba parcialmente tachado, pero el prefijo +32 de Bélgica era claramente visible.

Intentó acceder al archivo completo para obtener más detalles, pero el sistema le mostró un mensaje de error:

«ARCHIVO CORRUPTO. CONTACTE CON SOPORTE TÉCNICO».

—Mierda…

Se levantó rápidamente de la silla y cerró la sesión, consciente de que ya era demasiado tarde. Los registros del sistema guardarían evidencia de su actividad, y si alguien estaba monitorizando las búsquedas relacionadas con ciertos casos, pronto recibirían una notificación.

Salió del despacho de Linares y regresó a su escritorio, intentando aparentar normalidad. El edificio parecía aún más silencioso que

antes, como si las paredes hubieran absorbido todos los sonidos.

Las cámaras de seguridad que había ignorado durante años ahora le parecían ojos que la vigilaban. Los ordenadores conectados a la red central podrían estar registrando cada búsqueda, cada consulta, cada archivo abierto.

Se había convertido en sospechosa en su propio lugar de trabajo.

Al volver a su mesa, vio un sobre de manila sin remitente.

Dentro, había una fotografía en blanco y negro, con ella entrando al centro de salud, esa misma mañana. En el reverso, la misma caligrafía angulosa de la nota anterior:

«Algunos casos se resuelven solos».

Un latigazo le recorrió la espina dorsal al leer aquello. La inspectora guardó la foto en su bolso y salió de la comisaría con la certeza de haber cruzado una línea. Ya no buscaba respuestas; buscaba entender por qué alguien se había tomado tantas molestias en borrarlas.

Sin embargo, había conseguido algo: un número con prefijo de Bélgica. Una pista. Tal vez, la única.

El aire nocturno de Alicante olía a sal y jazmín. La ciudad seguía siendo la misma. Ella, no.

Y alguien lo sabía.

Algunos casos se resuelven solos. Otros te entierran con ellos.

# 7

Sacó el móvil casi por instinto y buscó el número de Costa.

La voz cascada de su compañero tardó en responder:

—¿Agulló? No esperaba que me llamaras a estas horas. ¿Ya me echas de menos?

—Necesito hablar contigo. Es importante.

—¿Tan mal pinta? —dijo y tosió. Luego se oyó un vaso posarse en una mesa de madera—. Estoy de baja, joder…

—Pinta peor de lo que imaginas.

—Ya.

—Es importante, Costa.

—Vale, vale… Dame media hora. ¿Conoces la cervecería Davi's, frente al campo de fútbol de Babel?

Agulló soltó una risa breve, cansada.

—Claro que la conozco. El único sitio donde el camarero no te tira los trastos sin preguntarte el nombre.

—Será a ti…

—Nos vemos allí. Y no lo comentes con nadie, ¿entendido?

Hubo un silencio en el otro extremo, como si Costa calibrara el peso de sus palabras.

—Oye.

—¿Qué?

—Espero que no tenga que ver con quien pienso…

—Mueve el culo.

—Tú pagas las cervezas de hoy.

Colgó sin despedirse.

Agulló guardó el teléfono en el bolsillo de la cazadora y echó a andar hacia el coche.

***

El Davi's estaba casi vacío a esas horas. Tres parroquianos en la barra discutían de fútbol con la mirada fija en el televisor viejo que escupía imágenes del pospartido del Hércules. El camarero limpiaba vasos con un trapo húmedo y el olor a fritura rancia impregnaba el aire.

Agulló empujó la puerta con la mano derecha, como tanteando la resistencia de un mundo que no terminaba de aceptar su presencia. Costa ya estaba allí, a una mesa esquinada bajo un póster descolorido de cerveza Mahou. Tenía la chaqueta doblada sobre el respaldo y una venda mal ajustada asomando bajo la manga de la camisa.

—Llegas puntual —dijo él, levantando la ceja.

—Y tú deberías estar en casa. No te veo tan mal, ¿eh?

—La baja no me impide beber una cerveza.

Pidió otra para ella. Agulló se sentó, dejando el bolso a su lado como si fuera un salvavidas. El silencio del bar se coló entre ellos unos segundos, hasta que Costa rompió la tensión:

—Vale, Marta. Me llamas de noche, con prisas, con esa cara… Suéltalo ya. ¿Qué coño has encontrado?

Agulló respiró hondo. Sabía que, una vez que dijera esas palabras, no habría marcha atrás.

—He entrado en el sistema. He buscado a Elena Herrera.

—Espera, ¿la hermana de Emilia? —Costa arrugó la frente—. Recuerdo su rostro de desesperación. Pero, ¿a qué viene esto ahora?

—La misma. Expediente bloqueado. Y cuando usé las credenciales de Linares, lo único que apareció fue un archivo vacío. Ni informes,

ni fotos, ni declaraciones.

—¡Joder, Agulló!

—Baja el tono, ¿quieres?

—¿Estás mal de la cabeza?

—Costa, escúchame.

—¿Te vio?

—No, es un borracho. Ni siquiera se dio cuenta de que estaba allí. ¿Vas a escuchar lo que tengo que decir?

—No sé si quiero hacerlo, después de la que está cayendo.

—Estaba como si alguien lo hubiera borrado a propósito.

Costa giró la cerveza entre las manos, pensativo.

—Eso no lo comete un error del sistema. Eso es alguien con acceso y motivos.

—Ferrando estaba en el sótano mientras yo buscaba. Lo escuché hablar por teléfono… Mencionó a una diputada.

—Déjame adivinar… Laura Borrás.

Agulló lo miró sorprendida.

—¿Cómo lo sabes?

Costa bajó la voz.

—Porque está en boca de todos. ¿Has oído lo que propone?

Ella sintió un golpe en el estómago.

—No. No sigo las noticias.

—Quiere terminar con la prostitución.

—¿Y te parece mal? Lo que propone, digo.

—En absoluto. Pero desconfío de las propuestas imposibles de los políticos. La gente mira al dedo, pero no a la luna, ya me entiendes...

—Más o menos...

Costa recuperó el tema principal.

—Entonces, te has reunido conmigo para contarme que la desaparición de Elena no ha sido un caso perdido.

El murmullo del bar siguió con normalidad, pero a Agulló le pareció que cada mirada, cada sombra, podía estar escuchando.

—Mira, hay algo más —continuó—. Esta mañana he estado en el hospital para un caso de menores.

—¿Tú?

—Es una larga historia, pero la chica, una joven del Este, había mencionado mi nombre... y también el de Elena. No me preguntes cómo, ni por qué. El caso es que, cuando he intentado hablar con ella... ha venido la lista de turno para llevársela. Rosa Martín. Nuevo Horizonte. Sale en varios expedientes, siempre vinculada a chicas desaparecidas. Como si cada caso acabara en la misma fundación.

Costa bufó.

—Demasiada coincidencia, sí.

—Lo peor no es eso. —Agulló bajó la voz—. En el correo del comisario encontré referencias a reuniones con Laura Borrás.

Costa la miró fijamente, procesando.

—Estás hablando de nombres muy gordos, Agulló. Borrás, Linares, Ferrando… Si te equivocas, te cortan la cabeza.

Costa bebió un trago largo, dejando el vaso medio vacío.

—Lo sé. —Agulló clavó los ojos en el botellín—. Pero es una chica de diecisiete años. ¿Tú qué harías?

—No solo te juegas la placa. Te juegas que te aparten. Ya lo has visto antes.

Ella le sostuvo la mirada con la suya.

—Ya estoy en el punto de no retorno, Costa. Alguien me dejó una foto que me sorprendió entrando al centro de salud. Me siguen, nos siguen. Y quieren que lo sepa.

El subinspector chasqueó la lengua, resignado.

—Estamos jodidos.

—Por eso necesitaba hablar contigo aquí, ahora. No iba a esperar a que regresaras a la comisaría.

—Como comprenderás, no tengo ninguna prisa. Creo que me estoy aficionando a los ansiolíticos...

Se miraron en silencio. Afuera, un coche arrancó con un rugido que resonó demasiado cerca. Ambos giraron la cabeza hacia la ventana.

Costa rompió la pausa.

—Y Rojo… ¿qué sabes de él?

Agulló tragó saliva.

—Nada.

—Vamos, Marta. Tú y yo sabemos que ese «nada» no existe. Lo han suspendido, sí, pero es un grano en el culo.

—Ya. Eso pienso yo.

—Dime una cosa, ¿qué pasó de verdad con el caso de Emily Green?

Ella apartó la mirada hacia el botellín vacío, como si la etiqueta pudiera darle una salida.

—Costa… no es el momento de hablar de eso.

—¿Hubo algo personal? —insistió él, más bajo, casi con cuidado—. Tranquila, lo sé y no diré nada. Asuntos Internos te podría abrir un expediente.

Agulló cerró los ojos un instante.

—En este momento, no importa lo personal. Lo que importa es que no sé dónde coño está Rojo. Y eso me preocupa más que todo lo demás.

—A lo mejor, está disfrutando de sus vacaciones, ¿no te has planteado eso?

—Él no es así. ¿Me vas a ayudar?

Costa asintió, leyendo entre líneas. No preguntó más.

La televisión anunció una noticia de política local: imágenes de Laura Borrás inaugurando un centro de acogida en Valencia, sonriendo rodeada de cámaras y banderas autonómicas.

Ambos la observaron en silencio. El camarero subió el volumen sin que nadie se lo pidiera.

—Mira qué cara de santa —dijo Costa, con ironía.

—Un ángel de cara a la prensa, un verdugo entre bambalinas —murmuró Agulló.

El noticiario pasó a deportes y el bar recuperó su murmullo de siempre. Pero entre ellos, el silencio quedó mucho más pesado que antes.

***

La puerta se cerró con un clic hueco detrás de ella. Agulló no encendió la luz. Se quedó de pie junto al marco, en silencio, con la espalda pegada a la madera, como si esperara que alguien la

detuviera antes de entrar del todo en esa noche que se le había pegado al cuerpo.

Afuera, la Rambla seguía viva. Los faroles proyectaban una luz blanquecina sobre los árboles desnudos y los taxis que cruzaban con desgana. Desde el balcón, podía oír la risa de dos turistas perdidos, o más bien borrachos; el zumbido de una moto; el último autobús. Pero las ventanas seguían cerradas. No quería que la ciudad las traspasara.

Abrió la nevera. Un bote de cerveza fría, un paquete de jamón de York, una barra de fuet más dura que el tronco de un nogal. Ni siquiera se molestó en mirar la fecha de caducidad. Tomó la cerveza y la destapó contra el borde del mármol, bebió un trago y se dejó caer en el sofá, sin quitarse los vaqueros.

Había sido un día largo. Se alegraba de ver que Costa no había perdido su sentido del humor, pero estaba cansada. Demasiadas preguntas. Demasiadas dudas.

Miró el móvil. Sin llamadas. Sin mensajes. Sin Rojo.

Encendió la lámpara de pie. La luz cálida no ofrecía consuelo, pero al menos no la juzgaba allí dentro. A pesar de lo que había ocurrido en el interior de aquel apartamento, decidió seguir en él. De alguna manera, huir de los problemas, no era lo suyo.

Pensó en lo que había encontrado. En lo que no había podido ver. En lo que se habían molestado tanto en ocultar. Mientras saboreaba la cerveza, pensó en los siguientes pasos que debía dar. Era obvio que la estaban vigilando, aunque no podía pararse a investigar quién. Al día siguiente, decidió que iría al archivo, a primera hora, en busca del informe de Elena Herrera. Más tarde, averiguaría quién estaba detrás del número extranjero.

Apuró la cerveza y dejó el botellín sobre la mesa baja, junto a una pila de informes que no quería volver a leer. Sacó el teléfono móvil del bolsillo y preparó la alarma del día siguiente. Por un momento, pensó en Rojo, en llamarlo, pero era incapaz de localizarlo. Después, dejó el aparato sobre la mesilla del salón y cerró los ojos. No durmió bien.

Pero, esa noche, soñó con él.

# 8

«Un auténtico hijo de perra», pensó. Lo había mandado a Elche por gusto.

La dirección era de un burdel, sí, pero Milenka no estaba. Y en cuanto la nombró, todas las puertas se cerraron.

Tal vez fue su manera de entrar, sus andares. No estaba seguro.

Su cara lo delataba.

Lo único que consiguió, fue un nombre: club Nova Lux.

Allí era donde, supuestamente, encontraría a Milenka.

Se preguntó si era otro farol. No había oído ese nombre antes, y no coincidía con el que le había soltado el expolicía. Algo no cuadraba.

A estas alturas, no podía fiarse de nadie.

Ya no tenía placa, pero el mundo seguía viéndolo como a un poli. Aunque le hubieran quitado la chapa, el gesto seguía hablando por él. El instinto se le notaba en la cara.

Antes de llamar la atención, decidió largarse con las manos vacías. Esta vez no podía tirar de galones, ni saltarse las reglas. Aún era pronto para ofrecerle su cabeza en bandeja a Jefatura.

El bar Emilio resistía en el corazón de Benalúa como un vestigio tercamente anclado en otra época. Era un bar cutre, destartalado,

donde los habituales habían aprendido a no ver, ni oír más de lo justo.

La clientela de media tarde era predecible: jubilados que alargaban el café con brandy, obreros que mataban el descanso con una cerveza rápida o con un chato de vino de barril, y algún comercial inmobiliario de traje arrugado y poco talento para la venta. Rojo había elegido una mesa en el rincón más alejado de la barra, espalda contra la pared, bajo la televisión que ponía la telenovela, con vista completa del local. Posición defensiva, adquirida por instinto desde su paso por el Cuerpo. El café torrefacto se enfriaba delante de él mientras se forzaba a mantener las manos ocupadas, solo para que no delataran la tensión.

El decorado no había cambiado desde los inicios: carteles taurinos desvaídos, fotos en blanco y negro de futbolistas del Hércules, y un televisor con el volumen tan bajo que parecía murmurar secretos. El suelo del terrazo arrastraba décadas de manchas y el aire olía a tabaco negro, café quemado y una nostalgia rancia que se quedaba pegada a la ropa.

El lugar perfecto para que no lo vieran.

«El Tarta» llegó a las cinco y cuarto, con el retraso calculado de quien quiere dejar claro que marca el tempo. Con cada segundo que pasaba, Rojo ansiaba más romperle la mandíbula. El expolicía de Estupefacientes llevaba una chaqueta de cuero sintético sobre una camisa blanca manchada de sudor, y los ojos le iban como radares, ya fuera por miedo o por haberse colocado un rato antes.

Pidió una cerveza al camarero del pelo blanco y se acomodó en la silla, frente a Rojo. Sabía que el policía pagaría la ronda. Su actitud había cambiado desde su último encuentro; parecía más confiado, menos nervioso, como si hubiera encontrado un equilibrio en su nueva vida al margen de la ley.

—¿Qué se celebra, *compare*?

—Cierra el pico y siéntate. ¿Qué tienes para mí?

—Información buena. Muy buena. —Julián bebió un trago largo de cerveza. Se repetía y no tartamudeaba. Eran claros síntomas del subidón de cocaína que llevaba encima—. ¡Joder, qué buena está la

cerveza! Pero me va a costar más de lo que hablamos… Ya sabes, las tasas de gestión.

—Me estás haciendo perder el tiempo y te estás ganando una buena hostia.

—Relájate, socio. El café te sube la tensión.

—Precio.

—Trescientos euros. Y vale la pena.

Rojo estudió el rostro del hombre que tenía delante. Expolicía y también adicto, a saber a qué más que el polvo blanco. Había algo diferente en su expresión, una seguridad que no encajaba con su situación de informante ocasional. Por desgracia, no podía atribuirlo a otra cosa que no fuera el perico.

—Habla primero. Y, si vale la pena, te pago.

—Joder, macho… No funciona así. El dinero por adelantado o no hay trato. ¿Qué garantías son esas?

—¿Desde cuándo eres tú quien pone las condiciones? ¿Desde que te has convertido en un yonqui de mierda?

—Mira, odio dar consejos, pero te voy a dar uno…

—No lo hagas, Tarta. Tengamos la fiesta en paz.

—Tu problema es que sigues pensando como un policía, pero ya no lo eres... En la calle, la información se paga antes de entregarla. Y eso de faltarle el respeto al informador... No, amigo, no son maneras. Esto va así. Yo no he escrito las reglas.

Rojo lo miró con desprecio y suspiró por la nariz. No tenía mucho margen de maniobra y «El Tarta» conocía sus métodos. Así que cedió. Siendo policía en activo, lo habría tenido más fácil. Un par de sopapos bien dados y una amenaza profunda con meterlo entre barrotes. Extrajo tres billetes de cien euros de su cartera y los dejó sobre la mesa, pero mantuvo la mano encima.

—Habla.

—Milenka. La búlgara. Sé dónde está.

—Eso me dijiste la última vez y me mandaste a un callejón sin salida.

—Lo sé, pero me engañaron a mí también. Esta gente cambia de domicilio constantemente. Pareces nuevo…

—Habla.

—Apunta esta dirección —dijo y le dictó el nombre—. Calle de Alingasa, barrio de San Antón, Elche. Número dos. Es una casa de protección que usan cuando hay problemas. Ella se esconde allí desde hace una semana. Por eso, ayer no estaba…

—¿Cómo demonios sabes que pregunté ayer por ella?

—No lo sé. Pero lo imaginaba —dijo, con cara de idiota—. No eres el único que va a hacer preguntas, ¿sabes? Tampoco eres el único que ha sido poli.

Rojo apretó la mandíbula. Julián no era tan imbécil como parecía, pero le estaba inflando las pelotas.

Con un gesto desdeñoso, Rojo levantó la mano y Julián tomó los billetes rápidamente y los metió en el bolsillo interior de su chaqueta.

—¿Quién te da los soplos?

—Tengo contactos. Buenos contactos.

—¿A cambio de qué?

—¿Qué pregunta es esa? A cambio de lealtad.

—¿Tú? Venga, no me jodas...

—¿Acaso cuestiono tus métodos? No lo hagas con los míos.

—Corta el rollo de una vez. Me interesa encontrar a esa chica lo antes posible. ¿Qué tipo de contactos te están dando las migajas?

Julián sonrió con una mezcla de suficiencia y amargura.

—A ver si lo entiendes, Rojo. No preguntes de más, que nos jugamos el cuello, los dos.

—¿Me estás tomando el pelo? Tú no te juegas nada, imbécil.

—Solo te digo que así se hacen los negocios ahora.

Confiado, «El Tarta» se acercó a tomar el vaso de cerveza, pero Rojo interceptó su mano y la presionó contra la superficie. Sus ojos estaban encendidos como los de un Miura furioso.

—Te estás olvidando de lo que soy capaz —dijo Rojo, bajando la voz—. *Troç de merda.* Y no tengo reparos en dejarte postrado en una cama, si es necesario.

—¿Qué coño haces…? ¿Estás loco?

La cara de susto del otro bastó para que lo soltara. El inspector sabía que, si lo presionaba demasiado, perdería el contacto.

—Sabes que detesto que me tomen el pelo.

—Tampoco es para eso, ¿eh? No es nada personal, solo negocios, solo negocios… y no quiero problemas, ni contigo, ni con ellos. Esto no va de justicia. Va de saber cuándo callarse. Te lo digo porque te tengo aprecio.

Rojo sonrió, pero no había humor en sus ojos.

—Nunca he sido bueno para eso.

—Esa actitud te va a meter en problemas serios.

—Ya los tengo.

—No me refiero a problemas legales, ni con Asuntos Internos, sino a que te partan la cara o algo peor...

—¿Has acabado?

—Sí.

—Estupendo. —Rojo sacó un billete de cinco euros y lo dejó sobre la barra. Después le hizo un gesto al dueño del bar para que cobrara las consumiciones—. Esta vez, espero que no te hayas equivocado. De lo contrario, comenzaré a pensar que me has estado engañando.

—Sí, hombre —dijo, mostrándole las palmas de las manos y exagerando con los gestos—. ¿Desde cuándo, Rojo? ¿Desde cuándo? Somos camaradas...

—Una mentira más y tendrás que buscar un buen escondite.

Cuando Rojo se dirigía hacia la salida, Julián lo detuvo con una última observación:

—No lo tomes como algo personal. Los negocios, a veces, son así.

—Tú lo has dicho.

—Lleva cuidado con las preguntas que haces por ahí, ¿quieres? Sobre todo, en Elche. Los aldeanos no se andan con tonterías…

Era una advertencia extraña. Rojo se volvió para preguntarle qué quería decir exactamente, pero Julián ya estaba en la barra pidiendo una cerveza y hablando con el dueño.

Salió del bar con esa vieja sensación de haber pagado por humo. Pero no tenía mejor opción.

Tenía que comprobar la dirección en San Antón. El último soplo había sido un callejón sin salida, y si esta pista era cierta, por fin estaría cerca de Milenka. No podía permitirse desecharla solo por oler raro.

Cada día que pasaba, la chica se alejaba un poco más de sus padres. Y él, un poco más del margen legal.

Cuando lo perdió de vista, Julián extrajo un móvil de su otro bolsillo. Acto seguido, marcó un número que tenía guardado bajo la letra "M" y esperó a que contestaran.

—Ya le he dado la dirección —habló en español—. Estará allí esta tarde. Está enfadado y tiene prisa.

Al otro lado de la línea, una voz femenina con acento extranjero respondió:

—Perfecto. ¿Parecía sospechar algo?

—No, pero es más listo de lo que aparenta. No podré engañarlo más veces, ¿queda claro? He cumplido con mi parte. Ahora quiero lo mío.

—Eso lo decidimos nosotros. No me preocupa su inteligencia. Más bien, su intención.

—No me jodas, ahora. Busca a la chica, nada más. ¿Qué quieres que haga si aparece por aquí otra vez? Me partirá en dos.

—Mantén la boca cerrada y no te hará nada. Te llamaremos. A partir de ahora, otros se encargarán de él.

La comunicación se cortó. Julián guardó el teléfono y terminó su cerveza lentamente, algo más nervioso, contemplando la calle a través del cristal empañado del bar. Había vendido a un compañero, del todo. En el Cuerpo, la traición a un compañero podía salirle cara, aunque ya no estuviera en activo.

El soplón terminó su cerveza sin mirar a nadie. El vaso tembló levemente cuando lo dejó en la barra.

Veinte minutos después, un coche con matrícula búlgara se detuvo frente al bar. Julián salió a fumar. El conductor le hizo una señal con la cabeza. Sin decir palabra, subió al asiento del copiloto.

El coche se perdió en el tráfico denso de la tarde alicantina. Como si nunca hubiera estado allí.

# 9

El barrio de San Antón se extendía por la periferia de Elche, creciendo desordenadamente durante el boom industrial. Sus calles estrechas albergaban bloques de protección oficial de los años sesenta y setenta, muchos de los cuales se encontraban medio vacíos o apuntalados para evitar su colapso.

La calle de Alingasa atravesaba el barrio de norte a sur, flanqueada por palmeras raquíticas que apenas sobrevivían al abandono. El número dos era un edificio bajo de dos plantas, con fachada de ladrillo visto, y su entrada estaba situada entre una pollería y una farmacia.

Rojo llegó al volante de un Seat León gris alquilado. Anónimo y genérico, era una opción mucho más segura que su viejo Ford Focus, demasiado reconocible y personal.

Tras localizar el edificio, dio la vuelta a la manzana y aparcó a unos cincuenta metros. Desde allí, tenía una visión directa de la entrada principal y de las ventanas del piso superior.

Esperó, inmóvil y sin mirar el móvil, como si la quietud pudiera ofrecerle alguna respuesta.

Eran las seis de la tarde y el sol de octubre proyectaba largas sombras entre los edificios. El barrio mantenía el ritmo tranquilo de

los distritos humildes: niños jugando en la calle, abuelos sentados en sillas de plástico frente a sus casas, y el constante murmullo de televisores sintonizados con programas de entretenimiento.

Como era de esperar para él, su presencia no pasó desapercibida, pero nadie se atrevió a comentar nada.

La primera hora fue estéril. La casa parecía habitada, pero dormida. Las cortinas estaban corridas en todas las ventanas y no había un solo gesto tras los cristales. En el pequeño jardín delantero, un coche viejo con matrícula española acumulaba polvo, como si llevara semanas sin moverse.

A las siete y cuarto llegó un repartidor de comida china. Llamó al timbre, esperó y entregó varias bolsas a alguien que abrió solo lo justo para recibir el pedido. Rojo no pudo ver el rostro, pero era suficiente: había alguien dentro.

Media hora después, una mujer salió de la vivienda.

Llevaba grandes gafas de sol, vaqueros ajustados y una chaqueta de cuero negra. Su cabello rubio, recogido en una coleta, brillaba bajo la débil luz de la tarde. Caminaba con seguridad, como quien sabe que la están mirando y no le importa.

Rojo la siguió con los prismáticos desde el coche. Encajaba con la descripción: joven, delgada, con un cuerpo entrenado y ropa cara sin ostentación. Se alejó sin mirar atrás y caminó hasta una parada de autobús, a dos manzanas.

Subió a un autocar rumbo al centro de Elche.

Decidió no seguirla. Su objetivo era confirmar que la dirección era correcta y observar los patrones de movimiento alrededor de la casa. Después del primer error, pensó que perseguir a Milenka por la ciudad podría exponerlo innecesariamente y arruinar futuras oportunidades de vigilancia.

—Pero, ¿qué demonios? —murmuró. Para él, estaba más que claro que el autobús era una táctica para evitar el seguimiento.

«Hay que ser ingenuo para creer que esta gente usa el transporte público».

Cogió el paquete aplastado de Fortuna que había junto a la palanca de cambios y se puso un cigarrillo entre los labios. Luego lo encendió y esperó un poco más.

Las horas transcurrieron entre casetes de Led Zeppelin, más cigarrillos y la sensación de estar a ciegas. Los fantasmas del pasado iban y venían dentro del vehículo, recordándole que esta vez no tendría «una flor en el culo», como solía decirle Gutiérrez antes de fallecer. El policía había presenciado el final de su carrera, y ahora el inspector contemplaba el suyo, lentamente, como una enfermedad terminal. Era una verdad difícil de aceptar, ya que dejar el Cuerpo era como liberar a un hombre que había pasado su vida en la cárcel. Al menos, así lo sentían los policías como él.

Cuando las farolas se encendieron y el barrio se hundió en su rutina nocturna, Rojo decidió terminar la vigilancia. Había confirmado lo suficiente: la casa estaba habitada —probablemente por más de una persona—, y al menos una encajaba con el perfil de la chica búlgara.

Al llegar al coche, notó un detalle mínimo: el retrovisor del lado del conductor estaba torcido. Casi imperceptible. Pero él había memorizado cada centímetro del vehículo antes de empezar.

—¿Qué carajo?

Lo ajustó con suavidad.

Cuando lo vio, el estómago se le encogió.

Un punto rojo, parpadeando como un latido ajeno, pegado en el retrovisor.

Una de esas minúsculas cámaras chinas, del tamaño de un botón, pegada con cinta adhesiva al interior del espejo. Cutre, pero suficiente para joderle la vida.

El corazón le dio un salto y luego empezó a martillear en las sienes. La garganta se le secó. Sintió la piel arderle bajo la camisa, un sudor frío bajándole por la espalda.

Cerró la mano en un puño, tan fuerte que los nudillos crujieron. Quiso arrancar el espejo de cuajo, estrellarlo contra el suelo. Pero respiró hondo. Una, dos veces. La rabia había que guardarla, no regalarla.

Llevaba horas grabando.

Todo estaba ahí: llamadas, murmullos, pensamientos expresados en voz alta. Cada palabra, cada desliz, cada cigarrillo, cada maldita frase.

Despegó la cámara con cuidado, como si fuera veneno. El piloto rojo seguía parpadeando, insolente.

«Hay que joderse», murmuró, pero lo que le quemaba no eran las palabras. Era la certeza de que alguien había estado dentro de su mundo, hurgando en su vida, respirando sobre su nuca.

¿Quién? ¿Linares o Asuntos Internos? ¿O tal vez los mismos de los que hablaba Mora?

Sin embargo, algo no le encajaba. Los de Asuntos Internos no eran tan torpes como para usar equipo de tan bajo coste.

Si alguien se había molestado en grabarlo, era porque ya había dicho —o podía decir— algo que les interesaba. Y si perdían la grabación, tendrían que acercarse más. Exponerse. Cometer errores.

Y eso, pensó, jugaba a su favor.

Por desgracia, la carretera de vuelta a Alicante no logró despejarle la mente.

Al llegar a casa, revisó el coche palmo a palmo. No había nada a la vista. Pero en estos tiempos, un rastreador podía ser más pequeño que una moneda, como aquella cámara.

Esa noche durmió con la STAR bajo la almohada y el móvil en el microondas. La pregunta no era quién lo vigilaba, sino cuánto tardarían en venir a por él.

# 10

Rojo llevaba casi veinticuatro horas sin dejar de moverse. Nadie sabía dónde estaba, y así quería que siguiera. Desaparecer era una de sus aptitudes.

Tras dejar Alicante con el sol aún en el cielo, se sumergió en la red de contactos que había cultivado a base de favores, amenazas y silencios. Empezó en una gasolinera de Cox, donde un camionero le habló de un alijo que había cambiado de manos en una zona industrial sin cámaras. Luego fue una parada rápida en un puticlub de Albatera, cerrado por la Guardia Civil, donde el portero —al que una vez le perdonó una multa— le soltó un nombre: *Nova Lux*.

«Chicas nuevas cada semana».

Eso era lo que buscaba.

«Jóvenes, del Este», repetían.

Elche. Avenida de la Libertad. Carrús. No era la primera vez que mencionaban el nombre. Ahora solo quería asegurarse de que «El Tarta» no le tendía otra trampa. Demasiados nombres que se repetían, demasiadas casualidades mal encajadas.

Pasó el día llamando desde móviles desechables, escuchando más de lo que hablaba. En la terraza de un bar cerca de la plaza de Barcelona, una mujer moldava que conocía desde hacía años le

mencionó a una chica que había desaparecido tras trabajar de camarera en cierto club. Y luego vino la conexión con Karim. Un tipo que, según le dijeron, había empezado a hablar más de la cuenta y al que ahora nadie encontraba.

Para cuando cayó la noche, Rojo ya sabía a dónde tenía que ir.

Regresó a Alicante, se dio una ducha y descansó una hora, antes de comer algo y salir de nuevo hacia Elche.

Condujo por la carretera sin música, solo el rugido del motor y el zumbido persistente de lo que no le dejaba dormir. No era culpa. Era instinto. Era Elena Herrera. Y cada pista lo arrastraba más adentro del pozo.

El cartel de Elche parpadeó a su derecha. Bajó la velocidad. Revisó el móvil: sin mensajes. Mejor así.

Tras dejar la autovía de Murcia, atravesó el polígono de Carrús y siguió las coordenadas del navegador del móvil hasta que entró en la avenida. A lo lejos, las luces violetas del *Club Nova Lux* parpadeaban con timidez encima de la puerta.

Rojo aplastó el cigarro en el cenicero del interior del coche y luego apagó el motor. Para él, comenzaba la jornada.

***

Miércoles, 23:00 horas. Callejón trasero del Nova Lux, Carrús.

Rojo llevaba tres horas apostado entre los contenedores cuando comprendió que había entrado en territorio enemigo sin mapa. El callejón apestaba a cerveza agria y meados, una sinfonía olfativa que le recordaba por qué había dejado de patrullar estas zonas cuando aún llevaba placa. Desde su posición tenía una vista completa de la puerta de servicio del club, pero también la certeza creciente de que no era el único observando.

El Nova Lux ocupaba la planta baja de un edificio que había conocido mejores décadas. Su fachada de mármol sintético intentaba proyectar lujo, pero solo conseguía aparentar lo que era: un escenario donde las transacciones se medían en desesperación.

A las once y cuarto, la puerta se abrió con un chirrido que cortó el aire nocturno como una navaja. Dos hombres emergieron

arrastrando entre ellos a una chica que apenas podía mantenerse en pie. Sus movimientos eran torpes, descoordinados, como si estuviera bajo los efectos de sedantes pesados.

El primer hombre era corpulento, con la cabeza rapada y una chaqueta que parecía haber sobrevivido a la Guerra Fría. Él no estaba tan seguro de sobrevivir esta noche. El segundo era más joven, nervioso, con gestos que delataban inexperiencia en ese tipo de trabajo. Mantenía la vista fija en el suelo, como si no quisiera enfrentar la realidad de lo que estaba haciendo.

Rojo reconoció esa mirada vidriosa, ausente. La de quien ya no manda sobre su propio cuerpo.

La chica era menuda y no tendría más de dieciocho años. La melena pelirroja le caía sobre la cara, pegada en mechones. Llevaba un jersey infantil con dibujos animados, una prenda que no pertenecía a ese lugar, ni a ese momento. Por eso resultaba aún más obsceno.

—Zorra inútil —murmuró el hombre corpulento, en español con acento extranjero—. No puede ni caminar.

La chica tropezó y cayó de rodillas sobre el asfalto húmedo.

Rojo sintió cómo cada reflejo cultivado en veinte años de servicio le gritaba que interviniera. La rabia se acumulaba como un puño que apretaba en su pecho. Era un policía sin placa, pero seguía siendo un hombre con principios. Cada fibra de su cuerpo le pedía actuar, hacer algo. Lo que fuera.

Pero no lo hizo.

No todavía.

Porque no podía permitirse ese lujo.

Sabía que, si salía del escondite, si se enfrentaba a esos tipos ahora, sería el fin. Lo matarían, y con él se iría toda posibilidad de encontrar a Elena. Aquello no era solo una red de trata; era un sistema. Una maquinaria bien engrasada donde cada engranaje tenía su función.

La puerta del club se abrió de nuevo.

Un tercer hombre salió de la oscuridad. Alto, corpulento, con una clase de presencia que no pedía respeto, lo imponía. En los brazos llevaba tatuajes eslavos que Rojo identificó al instante, incluso desde

la distancia. No eran decoración. Eran marcas de cárcel. Rangos. Jerarquía criminal propia de las organizaciones violentas.

—Симеон —murmuró uno de los hombres cuando el recién llegado se acercó.

Simeon.

Eso fue todo lo que entendió el inspector.

Rojo memorizó el nombre y el rostro, grabando cada detalle: la cicatriz que le atravesaba la ceja izquierda, la cadena de oro al cuello, la manera en que los otros dos se apartaron automáticamente para hacerle espacio. Con esos detalles, podría investigar más cuando tuviera acceso a los archivos.

Entre los tres levantaron a la chica y la arrastraron hacia una furgoneta blanca sin matrícula, que había permanecido aparcada al final del callejón durante toda su vigilancia. El inspector había asumido que pertenecía a algún comercio de la zona. Error de principiante.

El motor rugió con un sonido diésel que reverberó entre las paredes del callejón. La furgoneta se alejó lentamente, con los faros apagados durante los primeros metros.

Rojo no se movió hasta que el sonido desapareció del todo.

Solo entonces salió de su escondite, con las piernas entumecidas y la cabeza procesando lo que acababa de ver. No era una agresión al azar. Era una operación limpia, profesional. La coordinación entre los tres hombres y la furgoneta lista lo dejaban claro: aquello era rutina.

Se acercó al punto donde había caído la chica. En el asfalto encontró unas gotas de sangre y un pendiente dorado. Lo guardó en una bolsa de plástico, como si todavía tuviera derecho a seguir el protocolo.

De camino al coche, no lograba apartar de su mente la mirada de la chica. No era solo miedo: era resignación. Como si ya no esperara nada de nadie.

El estómago le ardió por dentro.

Luego pensó en Elena. Y eso le bastó para seguir.

Esa noche entendió que no estaba frente a un caso más y que no podría darles una explicación a los padres de la chica, al menos, hasta que la encontrara con vida o sin ella. De lo contrario, esa

familia estaría condenada a vivir en un infierno, si es que no lo hacían ya, pensó. En cuanto a él, estaba dentro de algo más grande. Ya había abierto la caja. Ahora tenía que meterse dentro, encontrar a Elena y rezar por no quedarse atrapado.

# 11

Jueves, 02:30 horas. Comisaría Provincial de Alicante.

Cuatro horas después del secuestro de la chica de Elche, Agulló se movía por los pasillos de la comisaría como un fantasma con su ordenador portátil bajo el brazo.

El eco de sus pasos sobre el suelo de linóleo parecía amplificado en el silencio absoluto. El turno de noche tenía personal reducido, concentrado en la planta baja. Los pisos superiores olían a desinfectante rancio de los cubos de la empresa de limpieza y a café viejo. Estaban casi desiertos, vigilados solo por cámaras que ella sabía esquivar.

Después de su primera misión con éxito, ahora, el descuido del comisario Linares valía oro. Agulló sabía que tenía que volver a ese despacho, para descubrir qué guardaba Linares en esa memoria USB. Y así lo iba a hacer.

Cuando llegó a la máquina de café, se detuvo un segundo. El zumbido metálico del motor le recordaba que aún no estaba sola. A su izquierda, la puerta del despacho del comisario. Empujó con suavidad. El campo estaba despejado.

El despacho era un espejo de su dueño: sobrio, ordenado, sin sorpresas. Olía a madera encerada, cuero viejo y un leve rastro de

colonia masculina. Todo en su sitio. A eso jugaba el superior, a que nada estuviera fuera de lugar, incluida su carrera. El tipo sabía que, en ese mundo, el desorden olía a debilidad. Sin embargo, para la inspectora, todos los detalles que encontraba apuntaban lo contrario.

Cerró con sigilo hasta escuchar el chasquido de la cerradura. No había cámaras en las esquinas y tenía una misión muy concreta esa noche.

En el cajón inferior izquierdo, detrás de una cajetilla vacía, encontró un USB sin etiqueta.

«Qué iluso eres, Linares».

Lo conectó a su portátil personal, sin pensar en las consecuencias. Ni tocó el ordenador oficial. Si había algo ahí, no pensaba dejar huellas.

Un minuto más tarde, tenía delante un listado de archivos repartidos en diferentes carpetas. El dispositivo contenía grabaciones de audio numeradas secuencialmente, algunas de las cuales databan de varios meses atrás. Cuando abrió la grabación, el sonido era irregular, casi sucio. La voz masculina en la cinta tenía un tono rasposo, metálico, como si viniera de otro mundo. La joven que respondía apenas podía contener el llanto. Y cada sollozo, amplificado por los auriculares, le erizaba la piel.

La voz masculina hablaba en español con acento exótico, de alguna región del Este de Europa:

—¿Cuánto tiempo llevas en España?

—Seis meses —respondía una voz femenina joven, asustada—. Vine para trabajar.

—¿Qué tipo de trabajo?

—Me dijeron que sería camarera. En un restaurante.

Un silencio prolongado. Después, sollozos.

—Por favor. Quiero volver a casa.

—Háblame de Milenka.

—Ella trae chicas nuevas. Les dice que van a trabajar en hoteles. Pero es mentira.

—¿Has visto alguna chica española?

—¿Española?

—Sí, de aquí. ¡Coño!

—Sí. Una. Muy joven. Cabello como miel. Llora mucho por las noches.

—¿Su nombre?

—No sé. Solo la llaman «la nueva».

—¿Y el inspector?

—¿Qué inspector?

—El inspector suspendido. ¿Lo has visto?

La grabación se cortaba ahí.

Agulló reprodujo el archivo varias veces, intentando extraer cada matiz. La referencia al «inspector suspendido» la desconcertaba, pero intuía que se refería a Rojo. O no. Todo era posible. Lo que sí cuadraba era la descripción de la chica española, que coincidía con la información que le había soltado la adolescente del hospital. Elena Herrera, probablemente. O alguien que jugaba a parecerlo.

Estaba a punto de abrir el siguiente archivo cuando escuchó pasos en el pasillo. Desconectó rápidamente el USB y lo guardó en el cajón. Después, cerró el portátil, pero ya era demasiado tarde para esconderse.

«Mierda».

El pulso se le disparó.

Ella se escondió tras la puerta y esperó a que el superior pasara. Linares no la vio. Entró tambaleándose y con él entró un olor penetrante: sudor, whisky barato y algo agrio, como una cena recalentada que se había pasado de fecha. Apestaba desde la puerta, y eso desconcertó a la inspectora, además de no entender qué hacía a esas horas allí. Su traje estaba arrugado, la corbata colgando como una soga mal hecha.

—¿Eh? ¿Dónde cojones…? —murmuró, entrecerrando los ojos, mientras buscaba algo en el cajón de su escritorio—. ¿Dónde carajo están las malditas llaves del coche, Linares?

Por accidente, algo se le cayó al suelo y se agachó para buscarlo. La inspectora aprovechó el momento para salir de la habitación, sin que el otro la advirtiera. Sin hacer ruido, dio varios pasos hacia delante, mientras el superior murmuraba de rodillas tras su mesa. Cuando cruzó el umbral de la puerta, lo oyó hablar:

—¿Quién anda ahí?

Ella se giró hacia un lado y fingió aparecer por casualidad.

—¿Comisario?

—¿Inspectora? —preguntó y asomó la cabeza. Poco a poco, se incorporó—. ¿Qué demonios haces a estas horas en la comisaría?

—Estoy buscando el expediente del caso Herrera.

—¿Aquí, ahora?

—No, señor. Llevo todo el día con ello…

—Son las dos de la madrugada. ¿Es que no tienes vida? Porque deberías.

—Tengo problemas para dormir. Trabajar me ayudaría.

Linares se acercó a su escritorio y se dejó caer en la silla, respirando pesadamente. Le costaba pensar con claridad. Su mirada estaba desenfocada, pero conservaba la suspicacia de un perro viejo.

—Ya… ¿Y has encontrado ya lo que buscabas?

—No, señor. Parece que el expediente no está en los archivos.

—No, claro que no está en ninguna parte —murmuró, abriendo el cajón donde ella había encontrado el USB—. Algunos casos es mejor no encontrarlos…

—¿Se encuentra bien?

—Es la maldita humedad… Necesito un trago de agua.

Ella jugaba a confundirlo, pero él no parecía ponérselo fácil. Con un poco de suerte, el superior no recordaría aquel encuentro.

—Le traeré una botella de agua de la máquina.

—Dime una cosa, inspectora.

—¿Sí?

—¿Por qué te empeñas en joder tu futuro? Eres buena. No lo entiendo.

La frase cayó como una piedra en medio del despacho. Ella no respondió de inmediato. Sabía que lo que venía a continuación podía ser importante.

—¿Cómo dice?

Mientras la máquina escupía la botella, se preguntó si aún quedaba lucidez en él o si simplemente hablaba sin filtro. En todo caso, se alegró de que no viera cómo le temblaban las manos.

—Porque hay casos que no se deben tocar, Agulló. Sobre todo, los cerrados. No sea como Rojo. No es un buen ejemplo.

—Disculpe, pero creo que me está juzgando sin argumento. No sé a qué viene ahora hablar de mi compañero…

—No conviene molestar a gente con poder por casos irrelevantes. Y hablo de gente que no necesita placa ni despacho.

Ella sintió un escalofrío que le recorrió la espalda como una descarga eléctrica.

—Creo que no lo entiendo bien…

Estaba siendo honesta. Linares estaba borracho y se le enredaba la lengua, pero podía intuir hacia dónde iba.

—Sí, sí que lo entiendes. Eres lista, ¿verdad? Pues eso… Te lo estoy diciendo. Hay un tipo de poder que no necesita razones ni juicios. Solo órdenes. Y una llamada. Una sola. Hazme caso, te lo dice el propio comisario.

—Hacer caso, ¿a qué?

—Esa chica desapareció.

—¿Y qué tiene que ver esto con Rojo?

—A ese, ni lo menciones.

—¿Él sabía algo de esto?

—Rojo es un testarudo que no sabe cuándo parar —dijo y bebió un sorbo de agua—. Me alegra que ya no esté aquí después de lo de Emily Green.

—¿Eso significa que lo van a echar del Cuerpo?

—Ojalá. No caerá esa breva tan rápido. La investigación sigue abierta. Lo suspendieron porque cruzaba líneas. Y porque Asuntos Internos le seguía el rastro desde la chica inglesa. No todo vale, Agulló. No todo vale.

Se hizo un silencio denso. Linares dejó que el alcohol hiciera el resto.

—¿Sabes qué es lo peor? —dijo al fin—. Que ese zoquete tenía razón. Algunos desgraciados merecen un tiro entre ceja y ceja. Pero para eso está la Ley. Para que no seamos como ellos.

Cerró los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo.

—Vete a casa. Y olvida ese expediente. Es lo más inteligente que puede hacer.

Agulló se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo.

—No soy de las que cesan tan fácilmente.

—Entonces que Dios te ayude. Porque yo no podré.

Salió del despacho con la copia de la grabación en el ordenador portátil y una certeza nueva: Rojo caminaba hacia una trampa.

Ella también.

Mientras bajaba las escaleras, su móvil vibró.

Otro mensaje anónimo: «No vuelvas a entrar en ese despacho».

Se detuvo en seco y miró hacia atrás. El pasillo estaba vacío. O al menos, eso creía.

Le temblaban las manos. El encuentro con Linares había sido surrealista y perturbador.

Apretó el portátil contra el pecho.

Y por primera vez en semanas, tuvo miedo de verdad.

# 12

Jueves, 11:45 horas. Barrio San Antón, Elche.

Mientras Agulló se revolvía en un sueño turbio, Rojo ya había conducido de vuelta a Alicante y había dormido un par de horas, antes de regresar a Elche. Lo suyo no era descanso, era obsesión: la noche anterior había sembrado dudas, y esa mañana iba a cosechar respuestas.

Volvió a las calles donde había olido la primera pista sobre Milenka. Su instinto lo empujaba y el sueño no le había dado tregua.

Aparcó en la misma calle donde lo había hecho el día anterior y se dirigió hacia el edificio que había identificado como posible refugio de la mujer búlgara. Su paciencia se agotó cuando una vecina le confirmó lo que ya sospechaba:

«La búlgara se ha ido. Esta mañana temprano, con dos maletas».

La había perdido. Y también la mañana entera.

Pero las preguntas sobre Milenka tendrían que esperar cuando vio su oportunidad para entrar.

El piso franco tenía una fachada de normalidad doméstica que contrastaba con la realidad que se vivía en su interior.

Forzó la cerradura, con la habilidad de alguien que había hecho registros ilegales antes, aunque nunca por razones tan personales.

Para él, era pan comido y ni siquiera llamaba la atención de su alrededor.

Dentro olía a sudor viejo, a miedo seco pegado a las paredes y a un químico amargo que se metía por la nariz como gas pimienta. Las cortinas estaban corridas, creando una penumbra perpetua.

La planta baja había sido reconvertida en un centro de operaciones. Las paredes estaban cubiertas de fotografías de chicas jóvenes, algunas sonriendo en poses que sugerían que habían sido tomadas sin su conocimiento, otras con expresiones de terror.

En el centro había una mesa con una lista de nombres en cirílico. Algunos estaban tachados con líneas rojas. Junto a la lista, había una carta en ruso escrita en papel de hotel con membrete de Benidorm. Guardó la carta, esperando encontrar a alguien que pudiera traducirla.

En el cajón halló una cadena infantil de plata. La placa rectangular llevaba dos letras grabadas: EH. Sintió que el aire se le helaba en los pulmones, al recordar a los padres de la chica, hablándole de sus objetos personales.

Mientras examinaba la cadena, escuchó el clic inconfundible de una pistola siendo amartillada.

Un escalofrío recorrió su espina dorsal.

—¿De veras pensabas que podías entrar así, Rojo?

La voz del Tarta salió de las sombras como un eco distorsionado.

Ya no quedaba rastro de la camaradería forzada de sus encuentros anteriores.

Rojo se giró lentamente, manteniendo las manos a la vista. Julián estaba a tres metros, sosteniendo una pistola con una familiaridad que no recordaba de sus años de servicio. Ahora que se fijaba en él, había engordado más de la cuenta, tenía la piel grisácea de quien no duerme bien, y sus ojos evitaban el contacto directo. No estaba solo; dos figuras más habían aparecido desde la oscuridad.

—Esto ya te-te-te viene grande —continuó Julián, y su voz se quebró ligeramente en la última palabra—. Siempre has sido un zo-zo-zo-quete que no escucha a los demás.

—¿Desde cuándo trabajas para ellos?

Julián soltó una risa que sonó más a tos.

—¿Trabajar? No, Rojo.

—¿Entonces?

—Ha-ha-go negocios.

—Jodido tartaja… —murmuró y vació los pulmones—. Negocios, dice… Tú no sabrías cerrar ni la caja de un supermercado. En cuanto puedan, se desharán de ti. Eres un expolicía. Eso te perseguirá toda la vida.

Un segundo clic metálico le heló la sangre.

Rojo giró despacio. Julián lo apuntaba, con un pulso tembloroso.

—Hay una diferencia entre nosotros, aunque supongo que tú nunca la has tenido que aprender.

El inspector se dio cuenta de que no era nerviosismo; era abstinencia de algo.

Antes de que pudiera abrir la boca, uno de los hombres lo embistió.

Un puñetazo seco al estómago le cortó el aire.

Otro le barrió la mandíbula y el sabor metálico le explotó en la boca.

Rojo reaccionó por instinto puro. Le metió un codazo al tipo que tenía más cerca. Oyó un crujido, acompañado de un gruñido, y aprovechó el hueco para lanzarse contra Julián. El excompañero retrocedió, pero uno de los matones le metió un culatazo en la nuca. El culatazo le apagó la visión en un fogonazo blanco y el suelo le estampó la nariz, antes de que pudiera meter las manos. Trató de levantarse, pero una rodilla le cayó en la espalda y un puño le golpeó las costillas hasta que se oyó un chasquido sordo.

—¡Ah! —gritó con dolor y escupió sangre. Aun así, soltó un cabezazo hacia atrás. El hombre soltó un grito, pero el otro ya estaba encima.

Una bota le presionó la cara contra el suelo. Las bridas de plástico le cerraron las muñecas con un chasquido y el nailon se clavó en la carne.

La pistola de Julián seguía fija en su frente.

Uno de los matones le quitó la STAR de la funda con un movimiento brusco, para desarmarlo por completo. Este no resistió.

Julián observó el proceso sin apartar la vista del arma, como si eso fuera lo único que lo tranquilizaba en la habitación.

—¿Qué habéis hecho con Elena…? —preguntó, desde el suelo.

Julián cerró los ojos un momento. Cuando los abrió, vio como los otros dos sentaban al inspector.

—¿Elena? —Hizo una pausa y soltó una risa seca—. Hay cientos de Elenas. Sé más específico.

No se trataba de crueldad, sino de la autoprotección de alguien que había aprendido a no hacer preguntas sobre los nombres.

—La española. Diecisiete años. Cabello rubio. ¡No me jodas ahora!

El tipo que lo había desarmado lo agarró del pescuezo con fuerza, para que cambiara de actitud.

Rojo reculó y la mano que lo sujetaba se aflojó por un segundo.

Julián se frotó la frente con la mano libre, dejando marcas rojas en la piel.

—Ah, esa. —Una pausa larga—. Sí, era especial. ¿Qué quieres que te diga? Lástima que se la llevaran.

La manera en que lo dijo reveló que sabía exactamente de quién hablaba. Y que ese conocimiento lo carcomía.

—¿Dónde está ahora?

—No lo sé —respondió, pero su voz se quebró al final—. Se la llevaron hace semanas. Pero puede que aún esté viva.

El segundo hombre agarró a Rojo y le apretó las bridas de plástico. Este no opuso resistencia. Sabía que, si se la jugaba, acabaría en un charco de sangre aún más profundo. Sin embargo, si cedía, podría acceder a la organización y ponerles cara a los jefes. El excompañero apartó la mirada cuando el material se clavó en las muñecas del inspector.

—¿Qué van a hacer tus colegas conmigo?

—Depende de ti.

Guardó la pistola. Las manos le temblaban.

—Alguien quiere hablar contigo. Puede terminar bien… o muy mal.

Sin embargo, su tono no resultaba amenazante. Comprendía perfectamente lo que implicaba «muy mal» y no lo deseaba ni a su peor enemigo.

El inspector sospechó que esa noche no lo iban a matar.

—Eres un hijo de perra y un traidor —le reprochó Rojo y lo miró directamente a los ojos—. ¿Tanto merece la pena cargarte a un poli, payaso?

La pregunta lo golpeó como una bofetada. Julián se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta instintivamente, y Rojo comprendió que ahí llevaba lo que necesitaba para pasar el día. Quizás las próximas horas.

—Lo suficiente… —murmuró— para no tener que pensar en lo que hago... Y tú ya no eres un policía.

—Basta de hablar —dijo uno de los hombres y, entre los dos, lo agarraron y lo sacaron del piso. Una vez fuera, lo llevaron hacia un furgón con las ventanillas tintadas que esperaba con el motor encendido. Era del mismo tipo que había visto en el callejón detrás del Nova Lux.

Lo arrastraron hasta la acera.

Cuando ya tenía las rodillas contra el bordillo, uno de los hombres le estampó una patada seca en la pierna maltrecha. El dolor le arrancó un alarido gutural.

El otro se inclinó y le escupió en la cara. La saliva se mezcló con la sangre en su boca.

—Ponte esto —dijo el matón, intentando ponerle un pasamontañas con la mano, a pesar de la resistencia.

—Espero que por lo menos no me llevéis a Ikea.

Rojo lo miró a los ojos y no vio nada más allá de su fría mirada. El tipo le puso el pasamontañas en la cabeza y todo se volvió oscuro.

Mientras la furgoneta se alejaba, entendió que ya no investigaba nada. Él era el motivo de la investigación.

Y la carta en su bolsillo ardía como una mecha encendida.

***

A unos veinte kilómetros de distancia, Agulló despertaba de un sueño intranquilo, con la certeza de que algo había cambiado durante la noche. No sabía aún, que mientras ella dormía, el hombre cuyo rastro seguía, acababa de desaparecer definitivamente en el territorio que ambos habían estado explorando por separado.

La persecución ciega había llegado a su fin. Ahora comenzaba algo mucho peor.

# 13

Jueves, 15:30 horas. Barrio de Carrús, Elche.

Le habían partido la cara, pero, por suerte, ningún hueso. El sabor metálico de la sangre le cubría la lengua. El control se le había ido hace rato.

Rojo volvió en sí como un animal herido: sin ruido, pero alerta. Sabía que estaba en uno de esos sitios donde no se hacían preguntas con delicadeza.

Cada músculo era un nudo de dolor, su cuerpo estaba cargado como un resorte oxidado y el golpe que lo había dejado inconsciente seguía hablando dentro de él.

De un vistazo, supo que había vuelto al barrio. Las persianas bajadas no ocultaban que aquello era Carrús. Duro, obrero, olvidado. Un distrito que sabía guardar secretos y evitar los problemas.

Simeon lo observaba desde otra silla, con la postura relajada de quien controla la situación. Sus tatuajes carcelarios se extendían por unos brazos hechos para el trabajo duro y refinados en el dolor ajeno. Cuando hablaba, la cicatriz que atravesaba su ceja palpitaba ligeramente. Sobre la mesa, alineaba una caja de cerillas con un cuidado obsesivo. Encendía una, la dejaba arder hasta casi

quemarse los dedos y la apagaba con la lengua. Cada cerilla, una advertencia muda.

—¿Este es el poli que jugaba a héroe buscando a la chica española? —Su español machacaba las consonantes, pero la amenaza era perfectamente comprensible.

Julián apareció en el corredor con una expresión sombría. Su rostro conservaba vestigios de la camaradería que habían compartido durante años de trabajo, pero ahora esos rasgos familiares se habían transformado en los de un enemigo que conocía demasiado bien sus debilidades. Rojo se fijó en él con la luz natural. Tenía un aspecto deplorable.

—Era un buen policía —respondió, encendiendo un cigarrillo, con torpeza—. Demasiado apto para su propio bien.

El matón lo miró como si estuviera observando animales en una venta. Su español era tosco, funcional, sin matices. Elegía cada palabra por necesidad, no por garbo.

Rojo bajó la mirada. Por un instante, dejó de ver a Simeon. Dejó de oír a Julián. Solo vio a Elena, en aquella foto descolorida que llevaba su padre siempre en la cartera. Las trenzas mal hechas, la risa rota por falta de dientes, el pastel mal cortado. Era antes de que desapareciera. Recordó su promesa. «No pararé hasta encontrarla". Una promesa dicha con los dientes apretados, frente a unos padres desamparados. Y ahora, esa promesa lo arrastraba a hacer un trato con los mismos demonios que juró combatir. ¿Cuántas veces había visto a otros cruzar esa línea? Siempre pensó que él era diferente.

—Buenos, malos… Los que no aceptan sobornos aún se creen mejores. Es gracioso. Todos tienen un precio, ¿verdad?

Rojo intentó hablar, pero solo produjo un murmullo incomprensible.

La sed se había convertido en una sensación pastosa que ocupaba su garganta. El matón interpretó su intento de comunicación como una súplica.

—Ah, el héroe quiere hablar. ¿Qué tienes que decirnos, policía?

—Agua...

—¿Agua? ¿Crees que esto es un hotel?

Julián se acercó con una botella de plástico y permitió que Rojo bebiera unos sorbos que aliviaron momentáneamente el ardor de su garganta.

—¿Mejor? —preguntó el capo, con falsa cortesía—. Ahora podemos hablar como personas civilizadas.

—¿Qué quieren de mí?

—Inteligente. Va directo al grano. —El búlgaro se levantó y comenzó a caminar alrededor de la silla. Luego se alejó unos pasos. Su gesto parecía más relajado. Julián incluso le ofreció un cigarrillo a Rojo. Durante unos segundos, el ambiente en la habitación perdió tensión. Como si la amenaza se hubiera disipado.

«Tal vez esto pueda funcionar. Tal vez, si juego bien mis cartas, podré sabotearlos desde dentro. Encontrar a Elena y sacarla de donde la tienen. Terminar con todo esto», pensó Rojo en silencio.

Por un instante, volvió a sentirse policía. Un agente encubierto, con una causa justa.

Hasta que Simeon regresó.

—¿Sabes qué me gusta de los héroes caídos? —dijo mientras revisaba el cargador de la pistola, antes de devolvérsela—. Que se creen listos. Piensan que pueden mentirnos. Que pueden usarnos.

Rojo tragó saliva.

—Pero nosotros ya hemos jugado este juego. Y siempre ganamos. Porque somos los únicos que no tienen nada que perder.

El alivio se evaporó. Algo llamó su atención en las palabras de aquella bestia. En todo momento, se refería a «nosotros», en lugar de a él, y el inspector no podía deducir si hablaba de más gente o, simplemente, era un modo de expresarse.

—Quiero bases de datos. Niños sin papeles. Dónde están, cuándo llegan. —Enumeraba con los dedos, como si fuera una lista de compras—. Tú tienes acceso.

—Estoy suspendido. No tengo acceso a nada.

—Pero tienes contactos. Favores pendientes. Maneras de conseguir lo que necesitamos.

***

Rojo procesaba las implicaciones de la petición. La base de datos de extranjería contenía información delicada sobre los menores más vulnerables del sistema: niños refugiados, víctimas de trata que habían logrado escapar, adolescentes en situación de desamparo legal. Era exactamente el tipo de información que una red de explotación necesitaría para identificar objetivos potenciales.

—¿Y si me niego?

—¿Cuál es tu precio? Pon una cifra.

—No tengo precio.

—¿No quieres dinero?

—No.

El otro no respondió. Sacó el móvil y lo giró hacia el expolicía como quien muestra una foto familiar. En la pantalla, la chica pelirroja del callejón, pero ya no en el callejón. Ahora estaba en una habitación que Rojo reconoció por docenas de informes policiales. Los ojos vidriosos, la expresión ausente. El catálogo del horror reducido a píxeles.

—La chica del pelo rojo —murmuró Simeon, encendiendo otra cerilla—. Bonita, ¿verdad? Pero eso no importa. Lo importante es que tiene miedo. Y el miedo… moldea mejor que cualquier otra cosa.

Hizo una pausa, mirándolo fijamente.

—Tú sabes cómo es. El miedo, al principio, no sirve. Están en shock. Pero con el tiempo... aprenden. A obedecer. A suplicar. A agradecer.

Las imágenes lo golpeaban: la chica pelirroja, los ojos vacíos, los datos de menores indefensos... y la idea insoportable de que Elena podría haber terminado igual. O peor.

Respiró hondo. No había heroísmo posible. Solo elección. Una que lo haría cómplice. O cobarde.

—Serás cabrón… —dijo y vio cómo los ojos apuntaban a él. Enseguida, cambió el tono hacia uno más amistoso—. ¿Qué le han hecho?

—Lo que hacemos con todas. La preparamos para su nueva vida. Le damos un futuro.

—Ese no es el futuro que eligen.

—Nadie elige su futuro. Todos tomamos decisiones bajo los intereses de otras personas.

—Esa chica no merece eso…

—Tú las ves como víctimas. Yo las veo como inversiones. Y el mundo… El mundo paga bien por lo que yo vendo. —Aplastó con la palma la cerilla usada, sin inmutarse—. Lo que tú llamas crimen, yo lo llamo suministro eficiente.

Las palabras contenían una brutalidad casual que resultaba más aterradora que cualquier amenaza explícita. Rojo había investigado casos de trata durante años, había leído informes, había entrevistado a víctimas, pero nunca había estado tan cerca del núcleo operativo de una red.

—Tú decides —continuó el matón—. Sales caminando y nos ayudas, o sales en bolsa y ella paga el precio de tu tontería.

Era un dilema diseñado para no tener una solución conveniente. Cooperar significaba convertirse en cómplice de futuros crímenes, alimentar el sistema que intentaba desmantelar. Negarse implicaba la muerte de una víctima inocente y probablemente la suya, poco más tarde.

Sabía lo que implicaba. Colaborar era una traición. Pero también, quizás, su única vía para destruirlos desde dentro. Y lo más importante para él: podría encontrar pistas sobre el paradero de Elena.

—¿Cómo sé que cumplirán su parte del trato?

—No lo sabes. —Simeon guardó el móvil—. Pero es la única oportunidad que tiene esa chica de sobrevivir. Y tu única oportunidad de encontrar a quien buscas. Esa es mi garantía.

—Tu garantía.

—Yo sé que te da igual esta chica. Buscas a otra.

La mención de Elena confirmó que sabían exactamente por qué estaba allí. No era casualidad. Habían estado observando su investigación desde el principio.

—Está bien —murmuró—. Haré lo que pueda.

—Inteligente. —Simeon hizo un gesto a Julián, quien se acercó con unas tijeras para cortar las bridas de plástico—. Pero no me sirve.

—¿No te sirve?

—Quiero tu palabra. ¿Eres hombre o no?

—Tienes mi palabra.

—Bien… y recuerda: cualquier intento de heroísmo y las chicas mueren de maneras muy desagradables.

El matón dijo algo en búlgaro y uno de los tipos que había, le cortó las bridas con una navaja. Cuando las ataduras se aflojaron, Rojo sintió un doloroso hormigueo mientras la circulación regresaba a sus muñecas. Se frotó las marcas rojas que las bridas habían dejado en su piel, consciente de que eran solo el primer signo físico de una degradación que apenas comenzaba.

—¿Qué necesitan exactamente? Sin detalles, no puedo trabajar…

—Una lista de centros de acogida en la provincia de Alicante. Fechas de llegada de nuevos menores. Edades, nacionalidades, situación legal. Con eso, tienes suficiente.

—Eso llevará tiempo.

—Tienes setenta y dos horas. Ese es todo el tiempo que te doy.

No era suficiente, pero tampoco tenía poder para negociar.

—Antes, quiero saber que la chica está viva.

—Tú cumples con tu palabra, nosotros con la nuestra —dijo Simeon y sonrió con frialdad—. Digamos que es tu incentivo extra para que esto funcione.

Julián le devolvió la vieja pistola y su documentación. Rojo tomó su arma y miró hacia las puertas del apartamento. Por un momento, pensó en liarse a tiros con ellos, pero no solucionaría nada. Más bien, se metería en un problema más gordo. Así que guardó el arma en su funda, consciente de que había perdido cualquier ventaja psicológica que pudiera haber tenido.

—Una cosa más —añadió Simeon cuando se dirigía hacia la puerta —. Tu compañera, la policía. Está haciendo preguntas que no debe.

—Ella no sabe nada sobre esto.

—Las preguntas llevan a respuestas, y las respuestas pueden ser peligrosas para todos nosotros.

—¿Qué quieren que haga? No tengo contacto con ella. Si aparezco, sospechará.

—Tú sabrás. Si se convierte en un problema, los dos seréis un problema y tendremos que solucionarlo.

Rojo asintió, sumando otra traición a la lista. Cada compromiso moral lo alejaba de quien había sido y lo acercaba al tipo de hombre que había perseguido toda su carrera.

—Recuerda, inspector… —Acercó la cara, el aliento olía a menta y ceniza—. Si haces algo estúpido, no te mataremos rápido. Primero te mostraremos videos. Imágenes. De lo que les haremos a esa chica. De lo que ya les hemos hecho a otras.

Su sonrisa no era teatral. Era como la de un hombre satisfecho tras revisar un inventario.

Cuando emergió del agujero, la tarde de Elche lo recibió con una normalidad que le resultó insultante. Familias paseaban entre palmeras, niños corrían tras pelotas desinfladas, las persianas caían con ese chirrido lento que marca el final del día y el comienzo de lo que no se ve.

Nadie parecía intuir el infierno que bullía bajo sus pies.

# 14

Jueves, 17:45 horas. Comisaría Provincial de Alicante.

La luz dorada de octubre se había filtrado a través de las ventanas de la comisaría, creando charcos de luminosidad que contrastaban con las sombras alargadas de los pasillos. Como un fotograma suspendido, el momento capturaba la transición: papeles dispersos, monitores parpadeantes, sombras que se estiraban como tentáculos invisibles.

Era la hora del relevo, cuando el turno de día empezaba a disolverse y el de tarde aún no había tomado del todo el control. Ese punto exacto donde el edificio parecía contener la respiración.

Los responsables de los archivos ya habían terminado su jornada, pero los sistemas informáticos permanecían activos para el personal de tarde.

El sistema informático policial mantenía un registro meticuloso de todas las solicitudes, órdenes y gestiones que pasaban por el departamento. Aquella red digital garantizaba transparencia, sí, pero para alguien como Agulló, la transparencia solía ser una trampa.

Ella había estado buscando durante horas cualquier rastro de las últimas actividades oficiales de Rojo antes de su suspensión tras el caso de Emily Green. Las órdenes de registro, las solicitudes de

seguimiento, las peticiones de información que habrían dejado huella digital en el sistema, si hubieran seguido los cauces reglamentarios.

Pero el ordenador le devolvía un vacío sistemático que resultaba más revelador que cualquier documento. Era como si los últimos meses de trabajo de Rojo hubieran sido cuidadosamente borrados, eliminando cualquier evidencia de que hubiera estado investigando algo específico relacionado con Elena Herrera.

Frustrada por los archivos digitales, decidió recurrir a los documentos físicos que aún se conservaban en el archivo de papel. Era un sistema redundante que la mayoría de sus compañeros consideraban obsoleto, pero que ocasionalmente conservaba información que los sistemas informáticos habían perdido o deliberadamente eliminado.

En una carpeta marcada como «Pendientes de archivo - Septiembre», encontró una orden de seguimiento que no había visto antes. El documento estaba impreso en el papel oficial del departamento, pero la firma en la parte inferior se había quedado a medias, como si quien la estampaba hubiera sido interrumpido en el proceso.

La orden hacía referencia al club «Nova Lux» de Elche, el mismo establecimiento que aparecía en el expediente de Elena Herrera. Por tanto, el Nova Lux no era solo un club. Solicitaba autorización para vigilancia discreta durante un período de dos semanas, con especial atención a «movimientos sospechosos de menores en horario nocturno».

Pero lo verdaderamente sorprendente era la firma inconclusa: «Ferrando», o eso interpretó ella. El subcomisario no tenía nada que ver oficialmente con el caso de Elena Herrera. De hecho, su incorporación a la brigada había sido muy reciente, casi súbita. Hasta el momento, había trabajado en el departamento de extranjería y asuntos de inmigración, un puesto que le proporcionaba acceso privilegiado a información sobre menores vulnerables.

«¿Ferrando?» pensó Agulló. «¿Qué demonios es esto?».

La inspectora comenzó a recolectar las piezas del puzle, aunque no tenía las ideas claras.

Intentó fotografiar el documento, pero la cámara del móvil se le atascó.

«Malditos teléfonos chinos…».

Cuando se acercó a la fotocopiadora, esta respondió con un error.

Una luz roja parpadeante indicaba «MANTENIMIENTO REQUERIDO».

—¿Tiene que ser ahora?

Levantó la vista. El pasillo seguía su curso: informes apilados, agentes tecleando, cafés fríos, cuerpos cansados. La comisaría de siempre.

Pero al volver a la pantalla y empezar a transcribir manualmente la orden, lo notó. Un cambio sutil. El tipo de vibración en el aire que no viene del sonido, sino de una presencia.

En el reflejo del monitor, alguien se acercaba.

Pasos lentos. Cuidadosos. Alineados para no destacar. Se detuvieron a metro y medio. Lo justo para mirar sin intervenir. Lo bastante lejos para negarlo todo si hacía falta.

Siguió escribiendo.

En el rabillo del ojo, lo identificó.

Era Martínez, del departamento técnico, aparentemente revisando conexiones de red en una terminal cercana.

—¡Anda! Inspectora… No quería molestar.

—No es molestia.

—¿Todo bien?

—Sí. Por cierto, la fotocopiadora…

—Sí, lo sé. He sentido la llamada de socorro…

Agulló apagó el monitor y guardó rápidamente el documento en su lugar. Luego se levantó de la silla y adoptó la postura de quien está trabajando en tareas rutinarias.

—No seas tan listillo. Echa un vistazo al trasto ese. Debe de haberse atascado.

—Por supuesto… Para eso me pagan.

Salió de allí y caminó hacia la salida, asegurándose de que Martínez se ocupaba de la fotocopiadora.

Percibió un crujido leve, un ajuste torpe en una silla. Martínez fingía revisar conexiones de red, con movimientos demasiado

pausados. ¿Desde cuándo un técnico tardaba tanto en comprobar un cable?

Cuando regresó al archivo, varios minutos después, buscó la carpeta de la orden de seguimiento, pero esta había desaparecido.

—No, no puede ser…

—¿Ha dicho algo, inspectora? —preguntó el técnico, al otro lado de la sala—. Esto creo que ya está.

Ella no respondió.

La carpeta seguía en su lugar, pero el documento que había examinado ya no estaba entre los papeles. Alguien había entrado al archivo mientras ella estaba distraída y había retirado específicamente aquel documento.

Revisó toda la carpeta tres veces, esperando haber colocado el documento en el lugar equivocado, pero la orden firmada por Ferrando había desaparecido, como si nunca hubiera existido.

—Martínez. ¿Has estado alguien por aquí?

—¿Se refiere a alguien más que nosotros?

—Sí.

El tipo miró hacia el otro lado de la sala y se encogió de hombros.

—Lo siento. Si ha venido alguien, ni me he enterado…

Ella suspiró. Era de esperar, pensó.

—¿Seguro que no has visto a nadie?

—Ya le he dicho que no.

—Claro.

Martínez tardó demasiado en volver la vista a la fotocopiadora.

En ese instante, el móvil de la inspectora vibró con un mensaje de texto de un número que reconoció. Era Costa:

«Te sorprendería saber quién es Rosa Martín. Llámame cuando puedas. Costa».

No obtuvo más mensajes.

Cada paso hacia el coche lo midió como si caminara sobre vidrio: la mirada clavada en los reflejos de las ventanillas, los movimientos medidos, la respiración pausada.

Entró en el vehículo, encendió las luces y salió del aparcamiento.

La brisa marina le rozó la cara. Otoño. Jazmín. La ciudad de siempre.

Pero esta vez, el enemigo estaba cerca.
Miró al retrovisor.
Un destello. Un coche la seguía como una sombra.

# 15

El clic de la puerta resonó más fuerte de lo habitual, como un disparo seco en el pasillo.

Agulló no encendió la luz. El apartamento olía a cerrado, a polvo y a ropa que llevaba días esperando en la silla. Caminó hacia la cocina, guiada por la memoria, con pasos que parecían ser de otra persona. Abrió la nevera y el resplandor blanco iluminó su cara como un interrogatorio. Sacó una cerveza y la dejó sin abrir sobre la encimera, mientras el cristal frío sudaba en la penumbra.

No quería beber. No todavía. Quería reflexionar sobre lo que había sucedido y sobre lo que podría suceder más adelante.

A través del ventanal, la ciudad continuaba su ritmo habitual: terrazas llenas, coches cruzándose sin parar, luces cálidas brillando tras los cristales. Un escenario perfecto, como si Alicante fuera inmune a la corrupción, a la sangre y al miedo. Como si nada se resquebrajara.

Se sentó en el borde del sofá sin quitarse el abrigo. El sobre seguía en su bolso, al igual que la voz de Linares. El expediente se había evaporado. La imagen de Elena se volvía cada vez más lejana, como una fotografía que se borra al sol.

Pensó en Rojo, en su terquedad y obsesión. En cómo lo habían echado por hacer las mismas preguntas que ahora ella repetía en su mente. Pensó en la chica del pasillo, en el mensaje de Costa, cargado de promesas y advertencias. En Ivanka. Y reflexionó sobre las muertes que tal vez ya no pudieran evitarse.

Fue entonces, como un golpe de gracia, cuando la revelación cruzó su mente. Abrió su móvil y tecleó el nombre: Noelia Ríos.

Costa podía esperar.

Había pasado un año sin hablar. La última vez fue durante una cena con colegas del Cuerpo, antes de Emily Green, antes de que todo comenzara a desmoronarse.

Siempre habían mantenido una relación correcta, casi cómplice, por la empatía de ser mujeres en un entorno dominado por hombres. Nunca fueron amigas íntimas, pero sí compañeras de confianza. Agulló sabía que, si alguien podía escuchar sin juzgar, era Noelia.

El problema era Rojo. Noelia nunca lo soportó; lo consideraba imprudente, un kamikaze que solo complicaba la vida de los demás. Y Marta iba a tener que pronunciar su nombre.

—¿Sí?

—Soy Marta Agulló.

Silencio.

—Vaya, Agulló. Hace tiempo…

—No pareces muy contenta de recibir mi llamada. ¿Estás ocupada?

—¿Eh? No, es decir, sí que me alegro. Es solo que… ¿Sinceramente? No lo esperaba.

—Necesito verte, Noelia. Es importante.

—¿Qué ha pasado?

—No puedo contártelo por teléfono. Solo dime si puedes quedar esta noche.

—¿Esta noche? Pero, Marta, es tarde y…

—Es urgente. Te lo pido como compañera.

Hubo una pausa y se notó una respiración tensa de la interlocutora.

—Está bien… ¿Dónde?

—En el Manero. A las 21:30.

—Allí estaré.

—Gracias.

—Espera…

—¿Sí?

—¿Tiene que ver con Rojo?

—¿Por qué piensas eso?

—Lo he intuido.

—Está relacionado con él y algo peor. Por eso te necesito.

—No te preocupes. Seré puntual.

Colgó.

La inspectora se quedó mirando el móvil unos segundos. No sabía si había cruzado otra línea o simplemente estaba dando un rodeo de regreso al principio.

Se levantó. No encendió la luz, ni abrió la cerveza.

Buscó su bolso, la pistola y el cuaderno, donde solo quedaba una hoja limpia.

Esa noche, no iba a hablar como policía.

Iba a escuchar, sabiendo que la verdad nunca viene sola.

# 16

Jueves, 21:30 horas. Bar Manero, Alicante.

Agulló llegó diez minutos antes. Su presentimiento pesaba más que la pistola en su bolso.

Optó por el banco de terciopelo verde, en el fondo.

El bar estaba ubicado en la placita del Doctor Balmis, con oscuras maderas de iroko y murales que evocaban el Alicante del siglo XVIII. Una lámpara de Murano iluminaba el lugar con un suave tono ámbar.

La elegancia del sitio invitaba a entrar y relajarse, pero Agulló no estaba allí para eso.

Noelia Ríos llegó tarde, como siempre, encorvada por veinte años de trabajo como forense, lo que había dejado huella en su espalda... y en su conciencia. Había sido compañera de Agulló antes de que sus carreras tomaran caminos diferentes.

Al verla después de tanto tiempo, no se sentó de inmediato. Permaneció de pie junto a la mesa, observando el entorno.

—¿Esto es por él? —preguntó—. ¿Sigues enredada después de lo que te hizo?

—Siéntate, Noelia.

—¿Crees que no lo sé? Soy capaz de hacer hablar a un muerto. Y, aun así, no sé qué hago aquí.

—Te lo pido como compañera.

La forense se dejó caer en la silla.

Agulló no supo si lo decía por el breve romance que tuvieron, por el contacto cero, por cómo acabaron en el departamento, o por todo junto.

—Necesito que me ayudes con algo que ha sucedido recientemente —insistió la inspectora—. O con lo que has escuchado.

—Tal y como están las cosas, compartir información no es lo más sensato.

Agulló pidió al camarero un vino tinto. Su amiga, una cerveza. Cuando el hombre se alejó, Agulló bajó la voz.

—¿Qué sabes de cadáveres recientes sin identificar, en la provincia?

Noelia dio un trago largo.

—He visto patrones que no deberían existir.

—Te pediría que fueras más específica…

—Lo sé. Hace unas semanas trajeron el cadáver de una joven... Presentaba signos de violencia marcada. Siempre es lo mismo. Historias que no encajan con dónde aparecen…

—¿Pruebas?

—Observaciones. Las pruebas desaparecen antes del juicio.

Agulló se inclinó. Pero Noelia levantó la mano.

—¿Recuerdas cómo se llamaba?

—Antes de continuar, quiero dejar algo claro. Si hablo, hay reglas. —Su voz era firme—. Si alguien une los cabos, nos vincularán.

—No diré tu nombre.

—Más te vale, porque esta conversación nunca ocurrió. Y si lo usas como evidencia, lo negaré. ¿Queda claro?

—No pienso delatarte. ¿Vas a decirme su nombre?

—No lograron identificarla. Solo sé que llevaba un tatuaje con el nombre de Zlata… Según lo que averigüé, es un nombre de mujer.

—Podría ser el de su madre.

—Podría.

—¿Has modificado informes?

—No. Pero he recibido presiones para hacerlo, para que mis conclusiones fueran… menos específicas.

—¿De quién?

—De superiores. Que reciben órdenes de otros superiores. Y así hasta la cima.

—Te he preguntado de quién.

La forense la miró a los ojos.

—Pides demasiado.

Sacó una pequeña libreta de su bolso, no una carpeta. Pasó las páginas como si buscara algo específico, pero en realidad controlaba el ritmo de su explicación.

—Hace dos semanas llegó una chica. Drogas en sangre. Pero las lesiones no encajaban.

Arrancó una página de la libreta y la deslizó sobre la mesa. No era una fotografía; era un bosquejo hecho a mano, un dibujo detallado de marcas específicas que había observado en el cuerpo.

—¿Qué es esto?

—Como comprenderás, no puedo darte fotografías. Pero sí un esbozo.

El dibujo mostraba contusiones en patrones que Agulló reconoció de inmediato: marcas de ataduras específicas, lesiones que indicaban métodos de control profesional.

—¿Dónde la hallaron?

—Oficialmente, en una pensión de Benidorm. Pero entre sus pertenencias había algo más.

Noelia se inclinó y bajó la voz.

—Una tarjeta. Club Dácil, Elche. Parece ser un club de alterne. ¿Te suena?

—Me suena.

—Cuando intenté incluirla en el informe, desapareció.

—¿Y la chica?

—Murió. Paro cardíaco súbito, según el informe médico. Claro... —Noelia dudó—. Cabello rubio, diecisiete años.

Agulló sintió un escalofrío recorrer su columna vertebral.

—¿Identificada?

—No puedo confirmarlo. El cuerpo se incineró antes de realizar más pruebas. Pero… —Sacó una bolsita de plástico—. Encontré esto.

Dentro de la bolsita había un trozo de cadena de plata con una letra parcialmente visible, aunque era difícil determinar a qué letra pertenecía.

Agulló la reconoció.

—Podría ser de ella…

—¿De quién?

—Estoy buscando a Elena Herrera. Lleva desaparecida unos meses.

—¿Está relacionada con ese club?

—No lo sé.

—¿Y con Rojo?

La pregunta la desarmó. Miró fijamente a Noelia antes de responder.

—Dime una cosa, ¿por qué me cuentas esto?

—Porque me caes bien y tengo una hija de diecisiete años. Y porque tú eres la única persona que conozco que aún cree que puede cambiar algo.

Noelia terminó su cerveza y dejó el dinero exacto sobre la mesa.

—Escúchame bien, por favor. Esto es todo lo que puedo hacer por ti. No me llames otra vez. No menciones mi nombre. Si alguien pregunta, me has consultado sobre procedimientos de autopsia rutinarios.

—Puedes confiar en mí.

—Lo sé.

Se levantó, pero antes de alejarse añadió:

—Busca otro departamento, Marta. No quiero ser quien firme tu autopsia.

—Eso no pasará.

—Entonces más te vale haber perdido el miedo a disparar.

Noelia se marchó, pero Agulló permaneció en el bar unos minutos más, terminando su copa de vino mientras contemplaba el fragmento de cadena y el bosquejo. La posibilidad de que Elena ya estuviera muerta la golpeó como un martillo, aunque también sabía que podría tratarse de otra víctima.

En cualquier caso, la red seguía activa.

Y Rojo estaba en el centro, tal vez sin saberlo.

En su bolso, junto al bosquejo, llevaba las llaves de su coche y una pistola reglamentaria que apenas había utilizado fuera del campo de tiro. Sintió el miedo deslizarse por su espalda, como una antigua cicatriz que vuelve a arder.

El fragmento de cadena brillaba bajo la luz del bar.

¿Era una promesa o una amenaza?, se preguntó, sin estar segura de cuál de las dos.

# 17

Rojo caminó con paso medido por las calles quebradas de San Antón. No corría, pero tampoco se detenía a mirar escaparates. Era consciente de que lo estaban vigilando, aunque no sabía quién ni desde dónde.

El León gris seguía donde lo había dejado, frente a la tienda de colchones cerrada desde la pandemia. Se inclinó y revisó: retrovisor, bajos, portón. Nada nuevo. O nada visible.

Subió al coche. El asiento le mordió la herida de la espalda.

—Joder… —murmuró.

Giró la llave. El motor rugió y el ruido cubrió el silencio pegajoso de la tarde.

Condujo sin dirección clara, bordeando Elche por el cinturón industrial. Cambiaba de carril como si esquivara pensamientos, pero un nombre lo alcanzó igual.

—Agulló…

La imagen se coló como humo por la rendija de una ventana mal cerrada.

¿Dónde estaría? ¿Aún en la comisaría? ¿Siguiendo pistas por su cuenta?

La vio en su cabeza, inclinada sobre mesas que no eran suyas. Lapicero entre los dientes. Esa arruga en el entrecejo cuando algo no le cuadraba.

—Rojo, no me mientas —decía su voz, nítida.

Él estaba suspendido. Ella seguía dentro. La única con acceso. Solo ella era capaz de mover un expediente sin dejar rastro. La única que, si quería, podía salvarlo. O hundirse con él.

Apretó el volante.

—No puedo llamarte. No ahora.

Pensó en dejarle una nota anónima, como antes. Dos líneas que no decían nada y lo decían todo.

La imaginó encontrándola. La imaginó quemándola. La imaginó siguiéndolo igual.

No iba a funcionar.

¿Y pasar por su casa?, se planteó. Fácil. Tocar al timbre. Ver esa sombra detrás de la mirilla. Decir «tenemos que hablar».

«Demasiado arriesgado».

Era probable que Simeon ya hubiera colocado ojos en la esquina. Un coche apagado. Cristales ahumados. Un tipo con la paciencia de un santo y el encargo de un verdugo.

«Los búlgaros no improvisan. Ven, anotan y esperan».

Una visita suya, una sola, y ella pasaría de inspectora molesta a objetivo principal.

No podía contactarla. Cada llamada, cada mensaje, cada búsqueda quedaría registrada en algún servidor, archivada como evidencia de una traición que aún no había decidido si cometer. Y ella, con su terquedad habitual, respondería. Preguntaría. Pondría en riesgo lo que quedaba de su carrera. Y quizás su vida.

Si Agulló entraba, debía ser en sus términos. Desde dentro, sin exponerse, sin que nadie pudiera atarla a él. Y él, mientras, debía tragarse la disculpa, guardarla donde duele y convertirla en lo único que entiende esa gente: movimiento.

Encendió un cigarro y dejó que el humo se disolviera contra el parabrisas. La nicotina le quemó la garganta, pero lo mantuvo anclado al presente. No podía permitirse el lujo de la nostalgia

cuando lo que estaba en juego era mucho más que su propia supervivencia. Necesitaba claridad, no consuelo.

Aparcó en doble fila frente a una nave cerrada con grafitis. La zona industrial de Elche era un cementerio de negocios fallidos: imprentas, mayoristas de zapatos, distribuidores de cerámica a medio fundir. Cada persiana bajada ocultaba el epitafio de un sueño roto.

Entonces consultó el reloj.

18:47.

Simeon le había dado setenta y dos horas. Él no pensaba esperar tanto.

Sacó uno de los móviles desechables de la guantera y marcó un número que no figuraba en ninguna agenda.

Esperó.

Un clic seco al otro lado.

—Mora, soy yo.

—¿Rojo? ¿Qué demonios haces llamándome?

—Relájate. Nadie pincha esta línea. Y tampoco a ti.

—No me llames a mi número privado. Sabes que no me gusta.

—No te gusta que te llame nadie.

Silencio.

—¿Qué quieres? —gruñó Mora—. Te dije que te avisaría cuando tuviera algo.

—Olvídate de eso.

—¿Qué?

—Céntrate en lo siguiente —le dijo y enumeró la lista que Simeon le había encargado—. ¿Puedes conseguirlo en menos de 72 horas?

—No lo sé. Pero no te voy a preguntar para qué quieres esto.

—No te molestes. No pienso contestar.

—¿En qué carajo andas metido, Rojo?

—¿Ahora te gusta hablar por teléfono? Extrae lo que puedas y envíamelo por correo anónimo. De momento, servirá.

—Espero no estar alimentando un monstruo.

—No te entretengas. —Colgó, guardó el teléfono y buscó otro. Luego marcó uno de los números memorizados.

Esperó dos tonos.

—*Da?*

—Necesito entrar esta noche. Club Dácil. Dile a tu jefe que es Rojo.

Hubo una larga pausa silenciosa.

—¿Rojo?

—Sí. Él me conoce. Dile que tengo lo que me pidió.

Colgó.

No esperaba respuesta inmediata. Solo necesitaba que el aviso llegara a su destino.

Se reclinó en el asiento y permitió que sus párpados se cerraran por un instante. No buscaba descanso, sino concentración. Lo que venía después exigiría toda su lucidez, toda la experiencia acumulada en años de navegar por los márgenes de la legalidad.

La noche se acercaba… y Simeon ya sabía que estaba de vuelta.

# 18

Las cámaras fueron lo primero. Tres en la fachada, dos entre los neones que parpadeaban como ojos rojos. Rojo ya sabía dónde estaba entrando. El cristal tintado prometía extravagancia, pero él reconoció inmediatamente la arquitectura del control: cada ángulo calculado para vigilar, cada luz diseñada para confundir.

Simeon lo escoltaba junto a dos hombres que caminaban con el paso mecánico de quien ha aprendido a moverse en formación. El aparcamiento mezclaba Audis alemanes con furgonetas sin matrícula, un catálogo de éxito donde cada vehículo contaba una historia diferente sobre cómo llegaba el dinero desde los márgenes de la ley.

—Viene conmigo —murmuró Simeon al oído del portero principal, un gigante de origen marroquí con cicatrices en el rostro y las orejas destrozadas.

El interior confirmó sus sospechas. Las luces estroboscópicas alternaban con sombras, creando un ambiente donde los rostros se difuminaban y las transacciones podían realizarse sin testigos. La música sonaba a un volumen que enmascaraba las conversaciones.

Rojo catalogó mentalmente lo que observaba: chicas que se movían con movimientos seductores, pero sin ganas; ojos ausentes

que delataban sedación o entrenamiento para desconectar, y rostros donde el maquillaje profesional intentaba añadir años a lo que claramente eran menores.

Simeon lo condujo a través del laberinto de mesas y reservados hasta una zona VIP separada por cortinas de terciopelo rojo. Un espacio hecho para cerrar tratos sin testigos.

Entonces la vio.

Milenka lo esperaba sentada con las piernas sin cruzar. No necesitaba moverse para dominar el espacio. Su aspecto físico no importaba; lo importante era cómo los otros hombres en la sala no la miraban a los ojos, como si fueran sus subordinados.

—¡Inspector Rojo! —Su español era preciso, sin adornos. Cada palabra, medida como quien ha aprendido que el silencio puede ser más efectivo que la intimidación—. Simeon dice que necesitas trabajo.

No era una pregunta.

—¿Trabajo? —Rojo sonrió apenas, con un filo de cansancio—. Trabajo sobra. Lo que escasea es la confianza.

—¿Te gusta lo que has visto? —Milenka chasqueó los dedos hacia las chicas, como quien exhibe mercancía, no personas—. Aquí todo se puede conseguir, inspector.

—No estoy de compras.

—¿Y si lo que ofrezco no está en el mercado? —Su mirada reptó un instante hacia las menores.

—Tampoco.

—Eso me gusta. Los hombres que dicen «no», suelen terminar diciendo «sí».

—He hecho un trato con él —dijo, señalando al matón.

—Pero, no conmigo. ¿Qué puedes ofrecer? Simeon dice que puedes conseguir información valiosa. Eso me interesa.

Rojo se sentó en el sillón que le señalaron, con una postura tranquila, como si no se sintiera en peligro.

No le importaba morir, eso era cierto.

Milenka encendió un cigarrillo sin ofrecerle uno, a pesar de que él habría pagado por fumar en ese momento. Su gesto transmitía un

mensaje que el inspector había aprendido a interpretar en sus veinte años de interrogatorios: ahí, las cortesías se ganaban.

—Confías demasiado en mi nombre —dijo él, probándola.

—Tus hechos también hablan. Eres un policía respetado en esta ciudad. Y los rumores dicen cosas muy… útiles.

—Los rumores son humo.

—El humo revela por dónde se esconde el fuego. —Una pausa helada—. Y yo siempre encuentro el fuego.

Él le sostuvo la mirada, sin pestañear. Ella sonrió, pero era un gesto sin calor.

—Sospecho de los hombres como tú —dijo finalmente—, los suspendidos, siempre creen que alguien quiere escuchar sus historias. Tarde o temprano hablan más de lo debido.

Rojo asintió, comprendiendo que había pasado algún tipo de examen previo.

Mientras ella hablaba, él observó cómo los otros hombres en la sala reaccionaban a su presencia. No era adoración, ni miedo explícito; era algo más sutil y más revelador: respeto profesional. Milenka no era la cara bonita de la operación. Era la mente que la dirigía.

El inspector estaba dentro de la boca del lobo, pero, pensó que, quizá, al otro lado, estaba Elena.

La mujer hizo una señal para que se acercaran las chicas con una botella de vodka y varios paquetes de cigarrillos.

En un momento de distracción, la mirada del policía se desplazó hacia una esquina del reservado, donde varias chicas esperaban en silencio. No tardó en reconocer aquellos andares. Una de ellas era la pelirroja del callejón, pero ahora vestida con un conjunto que la hacía parecer mayor y más sofisticada. Sus ojos se encontraron durante un instante que pareció extenderse como una eternidad.

La chica se acercó, con unos movimientos que parecían guiados por el temor a morir o a que la sacudieran. Al llegar lo suficientemente cerca, fingió ajustar el cenicero y susurró unas palabras que no llegaron a los oídos de Milenka.

—Elena desapareció. Se la llevaron hace meses.

Las palabras impactaron al inspector. No era el final de la búsqueda, sino una confirmación de que Elena seguía viva. Había esperanza, pero también urgencia; cada día que pasaba, las posibilidades de encontrarla viva disminuían.

Sus manos se mantuvieron firmes al prender un cigarro, pero su mente trabajaba a toda velocidad procesando la información. Milenka lo miraba atentamente, valorando su respuesta.

—¿Todo bien? —preguntó con falsa solicitud—. Parece que has visto un ángel.

—Estoy bien.

La sed de venganza se instaló en su pecho.

—¿En qué piensas, inspector? —Milenka sopló humo directo a su rostro, buscando grietas.

—En cómo aprovechar tu interés.

—Y en la recompensa, imagino.

—La recompensa nunca es lo que uno espera. A veces, es más peligrosa que el trabajo.

—Eso lo decidirá Petar —respondió, tajante—. Ahora, no tienes alternativa.

—Supongo que Petar es quien manda…

—Hablas demasiado. Recuerda lo que te he dicho.

Iba a ser útil, pero no de la manera que ellos esperaban. Iba a aprender sus rutinas, memorizar sus protocolos, identificar sus debilidades. Y después iba a usar toda esa información para encontrar a Elena y destruir metódicamente a quienes la tenían, uno por uno, hasta destrozar a la mujer que tenía delante.

La chica pelirroja se había alejado, pero antes de desvanecerse en la penumbra de terciopelo, le dirigió una última mirada de auxilio.

Rojo permaneció en el club durante dos horas más, memorizando rostros, observando jerarquías, registrando cada detalle que pudiera serle útil en el futuro. Cuando finalmente se dirigía hacia la salida, Milenka lo interceptó cerca de las cortinas rojas.

—Una cosa más, inspector. —Su voz tenía un tono diferente, más personal—. La chica que se te ha acercado... Te ha gustado, ¿verdad?

Rojo se giró lentamente. En los ojos de Milenka había un matiz violento que no había visto antes. Era fría y calculadora.

—Eso no está bien. Es una menor de edad.

—La pelirroja habla demasiado.

Rojo la miró, intentando no reaccionar.

—Si vuelve a acercarse a ti, no sobrevivirá otra noche aquí.

Y con esa frase lo soltó al vacío, consciente de que le había clavado un anzuelo imposible de ignorar.

Cuando salió del club, Rojo no solo llevaba un mapa mental de la operación. También notó algo más: u

n Audi negro esperaba con el motor encendido al otro lado de la calle. El mismo que había visto en el aparcamiento dos horas antes.

Las luces se encendieron en cuanto arrancó su coche.

No estaba solo.

Lo estaban siguiendo.

# 19

El amanecer la encontró aún en pie, con los ojos enrojecidos por el cansancio y la pantalla del portátil quemándole la retina. Durante seis horas, su salón había sido una sala de operaciones: carpetas abiertas sobre la mesa, grabaciones reproducidas hasta el hartazgo, una caja de tallarines chinos ya resecos y algunas notas apretadas en márgenes sin espacio.

Había diseccionado la orden de seguimiento firmada por Ferrando, como si fuera una escena del crimen: la rúbrica, comparada con otros documentos; la fecha, cruzada con registros de entrada y salida; el club Dácil, cotejado con horarios de vigilancia. Lo que al principio parecía una irregularidad aislada, ahora se perfilaba como parte de una operación cuidadosamente enterrada.

No lo podía creer. Todavía no. Las grabaciones de Linares, reproducidas en bucle, le revelaron más por lo que no decían que por lo explícito. Ese cabrón las había guardado con llave en su cajón para que nadie siguiera el caso. Después vino la oscuridad de los foros cifrados, los artículos que desaparecían tras ser leídos, los nombres que se repetían en la internet profunda.

A las ocho de la mañana, la inspectora tenía la vista nublada, un escozor persistente en el ojo izquierdo y una certeza punzante de

que el subinspector no solo había autorizado la vigilancia del club, incluso había firmado para proteger algo. Y luego había intentado borrar su rastro.

«Muchas veces, solo miramos a donde apunta el dedo».

Solo necesitaba una fisura. Un gesto mal medido, una pausa fuera de lugar, una mentira mal encajada. Pero debía llevar cuidado con el subinspector. Este sabía jugar y era probable que estuviera blindado y preparado para lo peor, aunque todos los que mienten, tarde o temprano, respiran más de la cuenta.

Revisó su móvil antes de meterse bajo el agua. Tenía una llamada perdida, de Costa, hecha de madrugada. Nada más, ni mensajes. Había olvidado responderle al mensaje, llamarlo de vuelta. No devolvió la llamada. No tenía fuerzas para hablar con nadie todavía.

Se duchó bajo el grifo de agua fría y se quedó allí unos minutos, sin sentir alivio. Después, se vistió y salió de casa sin desayunar. No tenía hambre. De camino al puesto de trabajo, condujo con un leve dolor de cabeza, a la espera de que las aspirinas hicieran efecto.

Distraída, con las manos en el volante y la cabeza aún girando entre nombres, amenazas y una pulsera con iniciales grabadas. Por la radio, los informativos anunciaban la llegada de una extraña ola de calor en otoño. Luego, una cuña política irrumpió en el boletín: "L

a diputada regional Laura Borrás ha insistido en la necesidad de una Policía «más transparente y menos politizada»…"

Agulló apagó la radio de golpe. No quería oír sermones de nadie, y menos de políticos que jugaban a ser jueces, sin mancharse las manos.

Apagó la radio y continuó en silencio.

Al llegar a la comisaría, subió a la cuarta planta sin desviar la mirada. Tenía una misión y no iba a permitir que nadie la interrumpiera.

Y Ferrando, de alguna manera, sabía que ese día llegaría.

***

Si no hubiese sido policía, habría sido un buen político, y eso lo convertía en peligroso.

—¡Inspectora Agulló! —La saludó desde detrás de su escritorio—. ¿En qué puedo ayudarla?

—¿Tiene un minuto, Ferrando?

—Para usted, tengo dos.

El comentario no cayó en gracia. Agulló entró y entornó la puerta. Ferrando se mostraba relajado, como si le agradara la presencia de la inspectora. Por cómo la miraba, ella solo podía sentir asco hacia él.

—Verá, estoy trabajando en un caso y me gustaría que me aclarara algo…

—Usted dirá.

—Sé que estuvo en inmigración antes de ocupar… su puesto en Homicidios. He encontrado una orden de seguimiento firmada por usted. Parcialmente firmada, mejor dicho. Hace referencia al club Dácil, de Elche.

Ferrando se recostó en su silla con una calma estudiada. Un dedo tamborileaba contra el brazo del sillón, como si marcara un reloj invisible.

Agulló notó el golpe seco en cada pulsación. Le taladraba los nervios.

—¿Puedo ver? —pidió él.

Ella le entregó la fotocopia. Mientras la leía, Ferrando ladeó la cabeza, arrugando apenas la frente. Un gesto rápido, como un calambre, que delató un recuerdo no deseado. Luego, la comisura de su boca se tensó, pero lo disimuló con una mueca de cansancio.

—No recuerdo haber autorizado ningún seguimiento relacionado con ese establecimiento.

—La orden está fechada el quince de septiembre. No hace tanto.

El subinspector levantó la vista. Sus ojos tenían un brillo frío.

—¿Insinúa que miento?

—No. Tan solo indico que su firma se encuentra de manera parcial, como si se hubiese interrumpido durante el procedimiento. ¿Recuerda qué lo produjo?

Ferrando se levantó con brusquedad. La silla chirrió contra el suelo, como el sonido metálico de las uñas sobre vidrio. Su hombro casi rozó el de ella al pasar, y Agulló tuvo que contenerse para no

dar un paso atrás. Caminó hasta el ventanal y apoyó ambas manos en el marco. Los nudillos se le pusieron blancos.

Agulló lo observaba, inmóvil, con las uñas hundidas en la carpeta que llevaba. Tenía el pulso acelerado, la garganta seca.

—¿Sabe cuántos expedientes he firmado en diez años? —soltó él sin girarse. El tono fue tan áspero que el vidrio pareció empañarse.

—Quince de septiembre. Si hace memoria, seguro que recuerda con quién comió ese día.

Se dio la vuelta despacio, como si calibrara cada movimiento. Cuando avanzó hacia ella, el piso crujió bajo sus pasos y Agulló tuvo la sensación de que el espacio se achicaba.

—¿A qué ha venido, realmente, inspectora? Hable claro.

—Cerró el expediente de Elena Herrera.

—¿Elena Herrera?

—Diecisiete años. Desaparecida en Elche.

—¿Quiere perder el tiempo con esa pista? —dijo Ferrando, chasqueando la lengua—. Solo conseguimos un testimonio de una indigente borracha. Eso no va a resolver nada. Además, ya es cosa de Extranjería. Déjelo morir, Agulló.

—Elena era una menor.

—Déjeme preguntarle algo. ¿Es cosa de su amigo?

—¿Quién?

—El inspector Rojo. Sé que no le agrada que ocupe su puesto.

—No. Él no tiene nada que ver…

—El caso se cerró porque Elena Herrera desapareció por voluntad propia. Se marchó de casa y les comunicó a los padres que no quería volver.

—Eso no es cierto.

—Porque usted lo diga.

—Sigue desaparecida.

—Como bien sabrá, cada año se registran unas quince mil denuncias por desapariciones. Más del sesenta por ciento se cierran o se resuelven en el plazo de una semana. La gran mayoría, dentro del primer mes… Esa chica lleva más de dos meses desaparecida. Haga sus cuentas.

Agulló sintió que algo se endurecía en su pecho.

—No convierta a una persona en una estadística.

—¿Acaso no lo somos?

Ferrando regresó a su escritorio y se inclinó apenas sobre la mesa, reduciendo el espacio entre ellos a una distancia incómoda, como si quisiera comprobar hasta dónde aguantaba su pulso.

—No tiene por qué ser tan hostil conmigo. Rojo está acabado, inspectora. Yo no elegí su puesto. No soy el comisario Linares, no tengo nada contra el inspector. Aunque debo reconocer que no era el más metódico. Se obsesionó con casos que no podía ganar. Y este era uno de ellos.

—¿Qué pretende decir con eso?

—Si cree que al inspector lo suspendieron solo por lo que ocurrió el verano pasado, está muy equivocada. No me sorprende que Asuntos Internos tenga un amplio abanico de motivos para echarlo. Tal vez tuviera una relación cercana con él, pero…

—¿Perdone?

Ferrando la miró a los ojos y se retractó.

—Se saltó las normas, inspectora. Y si usted sigue su camino, acabará igual.

—Eso es una amenaza.

El subinspector se recostó en su silla y la observó con una expresión que había perdido cualquier vestigio de cordialidad profesional.

—No, en absoluto. Es un consejo de compañero a compañera. Hoy no es su día, ¿verdad?

«Vete a tomar por el culo, Ferrando».

Agulló se levantó, consciente de que la conversación había llegado a su punto de ruptura.

—Será mejor que me marche.

—Como desee. Espero que, tras nuestra charla, tome una decisión acertada.

—No me deja opciones.

—Siga con su jornada y elija lo que su conciencia le dicte. Mañana por la mañana, todo seguirá igual.

Salió del despacho sin decir una palabra, con el rostro tenso y los pasos firmes. En ese momento, habría deseado romper algo.

En el ascensor, el silencio era tan espeso como el aire. Se miró en el espejo y comprendió que Ferrando también jugaba con dedos invisibles. Ella tendría que aprender a mirar más allá de donde señalaba. La mujer del reflejo tenía los hombros caídos, la piel más opaca, las ojeras más hondas. Había envejecido años en media hora. Las reglas del juego habían cambiado y ella tendría que aprender a jugar de nuevo, o morir intentándolo.

El teléfono sonó. Era un número desconocido.

—¿Sí?

—Soy yo —contestó Noelia, la forense, al otro lado del aparato—. Tengo algo para ti. Te veo en media hora.

—¿Dónde?

—Te enviaré la ubicación por Telegram. Bórrala en cuanto la abras.

Después colgó y las puertas se abrieron en la planta baja. En el bolsillo del abrigo, el móvil vibró de nuevo. Costa. Esta vez ni siquiera lo miró; lo dejó sonar hasta que cesó. Se dijo que lo llamaría más tarde, pero sabía que no lo haría. No ahora.

Quizá esa llamada lo habría cambiado todo. O quizá no.

# 20

Agulló llegó al Polígono de Babel con la certeza de que alguien la estaba observando. Las naves industriales se alzaban como tumbas de hormigón bajo luces de seguridad que apenas espantaban la oscuridad. Entre las calles Metalúrgicas y de las Comunicaciones, cada eco podía ser una alerta, y cada movimiento entre las estructuras, un sobresalto.

De pronto, había comenzado a llover, aunque sin demasiada fuerza. La fina lluvia había convertido el asfalto agrietado en una superficie resbaladiza, y el repiqueteo contra las chapas metálicas de los almacenes creaba la banda sonora perfecta.

Noelia Ríos, la forense, apareció puntual entre las naves, tal y como le había indicado en la aplicación de mensajería instantánea. Como una sombra que tomaba forma bajo la luz intermitente de una farola de la calle. Llevaba una gabardina empapada y una mochila de lona a la que sostenía con firmeza. Agulló la miró. Su compañera tenía miedo, pero estaba convencida de lo que hacía. Su rostro reflejaba la tensión de alguien que ha cruzado líneas de las que no se puede regresar.

—Agradezco lo que estás haciendo —murmuró Agulló cuando se acercó desde su posición de espera junto a una grúa portuaria—.

Podrías no haber dicho más.

—No tenía alternativa.

—Siempre hay alternativas. Algunas son simplemente más prudentes que otras.

—Prudentes… o cobardes.

Noelia extendió la mochila hacia la inspectora, pero mantuvo las manos en las asas como si todavía estuviera considerando retractarse de la decisión.

—¿Qué hay aquí?

—Documentos médicos que ya no deberían existir. Fotografías que no constan en archivos oficiales. Y una tarjeta con un nombre que puede ser la clave de todo, o la razón de que acabemos muertas.

—¿Es la tarjeta del club?

—No.

Agulló tomó la mochila, sintiendo el peso de la información.

—¿Cuál es el nombre?

—Doctor Blazev. Ginecólogo búlgaro con licencia médica en regla, consulta privada en Benidorm y especialista en lo que los eufemismos médicos clasifican como «intervenciones de emergencia».

El nombre emergió de la memoria como un fragmento contaminado: en los audios hallados en el despacho de Linares, siempre flotaba vinculado a prácticas que nadie se atrevía a nombrar.

—¿Qué tipo de intervenciones?

—Abortos sin preguntas, partos sin registro, cirugías que borran evidencias de violencia. Es el eslabón médico de una cadena que se extiende desde las calles hasta las clínicas privadas.

Noelia extrajo una carpeta de la mochila y la abrió cuidadosamente, protegiendo los documentos de la lluvia con su chaquetón. Las hojas estaban selladas con el escudo del Instituto de Medicina Legal. El mismo organismo que debería garantizar la justicia, había rubricado la mentira. Las fotografías que contenía mostraban cuerpos de chicas jóvenes con heridas que contaban historias de agresiones constantes.

—Elena llegó a él. Lo denunció ante un colega que mantenía cierta ética profesional. Dos días después, su cuerpo apareció clasificado como suicidio. Pero las lesiones no cuadran con la versión oficial.

—¿Qué tipo de lesiones?

—Marcas defensivas en antebrazos, hematomas que insinúan forcejeo, traumatismo craneal consistente con golpe contundente. Nada de eso aparece en el informe oficial de la autopsia.

Con cada foto que pasaba, Agulló comprendía que no podría denunciar esto en comisaría. Había visto casos archivados en tiempo récord, autopsias con conclusiones que nunca cuadraban, expedientes desaparecidos en los sótanos del juzgado. Ahora todo encajaba. No se enfrentaba a un criminal, sino a un circuito blindado donde médicos, policías y jueces se pasaban el silencio de mano en mano. No habría sumario, ni juez, ni fiscal que aceptara esa prueba sin arrastrarla a ella al mismo fango.

Sintió un frío distinto al de la lluvia, calándole los huesos.

En ese instante entendió que estaba sola.

—Necesito algo más que esto. Ya lo sabes. Necesito evidencias que valgan para acusar formalmente.

Noelia cerró la carpeta con un movimiento brusco que salpicó gotas de lluvia sobre ambas.

—Ya te lo dije ayer, Agulló. Si quieres justicia, vete de aquí. Coge un tren, cambia de ciudad, cambia de profesión. Olvídate de que esta conversación ha ocurrido.

La forense cerró la mochila con la cremallera.

—¿Te arrepientes? No te entiendo. Has sido la que me llamó.

—Me arrepiento de no haber hecho esto antes. Pero no me arrepentiré de parar aquí.

—No pretendes ayudarme, ¿verdad?

—Tan solo quiero que veas lo peligroso que es.

—Soy policía, sé lo que hago.

—No, creo que no eres consciente del agujero en el que te metes. Si algo te sale mal, acabarás como ellas o como mi compañero.

—Esto no tiene por qué ser así.

—Pero, muchas veces, lo es, inspectora.

No era cobardía, sino cálculo maternal. Noelia había evaluado los riesgos con la precisión de una madre que conocía el precio de cada decisión.

Cuando la compañera desapareció entre los contenedores con la misma rapidez con la que había aparecido, la inspectora se quedó sola bajo la lluvia, con la mochila llena de fotografías.

La bruma se hacía más densa.

—Rojo, ¿dónde diablos te metes? Ojalá estuvieras aquí —murmuró.

El motor rugió cuando arrancó el coche.

Pero en el espejo retrovisor, juraría haber visto una silueta moviéndose entre las sombras.

# 21

Rojo cerró la puerta del portal sin hacer ruido. No había ni un alma en la escalera, solo el hedor de la lejía. Subió a pie hasta la primera planta, contando sin querer los escalones: uno, dos, tres, hasta llegar arriba.

Se detuvo frente a la puerta y escuchó.

Nada.

Entró con una mano en el bolsillo y la otra en la culata de la STAR. Dos vueltas de llave. Pasador. Cadena. Tope de goma. Después, las cortinas. Las gruesas. Las que se llevó de un piso embargado en Benalúa hace años, cuando aún tenía placa y licencia para entrar en vidas ajenas.

La penumbra del salón era reconfortante. Solo allí podía pensar. , sin ruido.

El rincón del trabajo estaba desbordado. Fotografías impresas en papel barato, fichas con nombres escritos en tinta roja, mapas desplegados y líneas marcadas con cartabón: rutas de transporte, direcciones cruzadas, anotaciones a mano con pulso tenso. Había organizado el infierno como si pudiera controlarlo. En el centro, el rostro de Elena Herrera, rodeado de flechas y preguntas que nadie hacía.

La pasada de hostias que le habían dado habría encamado a cualquiera durante una semana, pero él aún era capaz de sacar fuerzas para seguir trabajando y dejar atrás el dolor.

Se quitó la chaqueta y la dejó colgada de una silla. Encendió la radio y sonó «Do You Read Me» de Rory Gallagher. Buena elección y muy acertada para el momento, pensó con sorna. Se sirvió lo que quedaba de la botella de DYC, para apaciguar el malestar, tres dedos escasos, y lo bebió sin más. El alcohol le raspó como si tuviera falta de costumbre. Luego encendió un cigarrillo y lo dejó colgar entre los labios, sin apurarlo. Miraba el mapa como si pudiera encontrarla a través de la tinta.

La foto de Elena Herrera tenía los ojos demasiado vivos como para estar ausentes. Había garabateado sobre la imagen un círculo apretado, tanto que casi la borró. A un lado, un nombre tachado con furia: Karim.

Lo rodeó con un círculo y escribió al margen:

Desaparecido. ¿Silenciado? ¿Huido? Captor de chicas.

Después apuntó otro:

Simeon. Capo o jefe indirecto.

En el fondo, el búlgaro era una marioneta de los que realmente mandaban.

A falta de fotografías, sacó una nota adhesiva y escribió un nuevo nombre: Petar. ¿Líder? ¿Posible jefe? Fachada legal.

Se dirigió al nombre de la compañera. Milenka, operadora clave. Control de flujo humano. ¿Posible vínculo emocional con Petar?

En una hoja aparte, clavada a la pared con una chincheta oxidada, escribió una sola frase:

«¿Quién está limpiando los expedientes?».

Tras lo visto, era obvio para el inspector que estaban recibiendo ayuda externa, de alguien que estaba dentro del Cuerpo. La pregunta era quién.

Dio otro trago para mojarse los labios y continuó con una larga calada al cigarrillo. Estaba concentrado en la pared que tenía delante.

«Demonios… ¿Dónde estás, chica?».

A las tres y media, apagó la radio. Se pasó por el baño, se enjuagó la boca con una botella de Oraldine y se arrojó a la cama sin quitarse la ropa. La pistola, bajo la almohada, como ya era habitual. Empezaba a formar parte de la rutina. Al igual que las aspirinas.

Antes de cerrar los ojos, pensó en Elsa, y sospechó que debía de ser por culpa del whisky y del cansancio. Luego en Elena. Finalmente, en Agulló. Se prometió no pensar más.

***

Cuando abrió los ojos, a las 6:47, con un clavo atravesándole el cráneo, el teléfono de prepago vibraba sobre la mesa.

Rojo no respondió de inmediato. Lo dejó sonar dos veces.

—*Collons*…

Luego lo tomó sin mirar el número. Llamada entrante: número oculto. Sabía quién era. Lo sabía antes de descolgar.

—¿Sí?

La voz al otro lado sonó como una amenaza que todavía no se había convertido en castigo. Era Simeon:

—Tenemos que hablar. Pronto.

Rojo se levantó, caminó descalzo hasta la ventana y apartó apenas la cortina. Afuera, la calle estaba vacía y el Seat León seguía allí. El nuevo. El que ahora usaba él. El que otros ya conocían.

—Se supone que me quedan 48 horas —le dijo, esta vez con un tono más altivo. Desde que sabía que no era el jefe, podía ponerlo a prueba—. Estoy trabajando. Si no lo parece, es porque no estoy haciéndolo para vosotros.

—Cuidado con eso.

—Tranquilo. Si supiera más de lo que sé, ya estaría muerto, ¿verdad? Me diste un teléfono. Lo uso. ¿Cuál es el problema?

La respiración del matón cambió. Era leve, pero Rojo la captó. Una pausa demasiado larga. Algo en su tono pasó de amenaza a advertencia.

—Petar no confía en ti.

«¿Así que el jefe no confía en mí?», se preguntó en silencio y caminó hacia la pared donde tenía todos los nombres. Luego escribió

el nombre de «Petar» con un rotulador grueso sobre una nota adhesiva. La pirámide no hacía más que extenderse.

—Empiezo a hartarme de vuestra falta de apoyo.

—Milenka cree que puedes ser útil, pero se está quedando sola en eso. Nadie confía en ti.

—Dile a la chica que se lo agradezco. De verdad. Lo pondré en la tarjeta de Navidad…

—Te estoy dando un aviso, perro. Ellos no dan avisos.

—¿Para qué me llamas, Simeon?

—Escucha… Esta noche llega un nuevo grupo. Quieren que estés allí.

—¿Chicas?

—Puede ser.

—¿Dónde?

—En el club. A las 22:30. Usa la entrada del callejón, no llegues tarde y no vengas con tu cara de poli.

—Claro.

—No cuelgues.

—¿Qué pasa ahora?

—Petar quiere conocerte en persona.

—Ya veo.

—Te enviaré la dirección. Sé puntual. Petar odia la impuntualidad.

Rojo no dijo nada. Solo colgó, se levantó y caminó directo a la ducha. Algo había sucedido para que los planes cambiaran de esa manera. Suspiró profundamente cuando se vio al espejo.

El reloj marcaba las 7:01 y su torso era una paleta de colores amoratados. Al observarse, no sintió pena, sino un profundo sentimiento de revancha. Una venganza que ejecutaría, cuando llegara la ocasión perfecta.

Por ahora, tenía quince horas para decidir si ir a la cita… o hacer saltar todo por los aires.

Solo había una certeza: esa noche alguien iba a morir.

# 22

Elche, otra vez, pensó, desairado.

La carga psicológica y el cansancio comenzaban a pesar sobre sus hombros.

Siguió las indicaciones del navegador hasta aparcar el Seat León frente a un restaurante turco en la plaza de Crevillente. Después, caminó hacia el edificio que Simeon le había indicado.

El edificio de la calle Capitán Antonio Mena era perfecto por su fachada de ladrillo visto, los geranios en los balcones y los niños en el portal; un lugar donde nadie hace preguntas y todos fingen no ver nada. Tocó un timbre sin nombre y la puerta de acero inoxidable se abrió. Subió por las escaleras para evitar sorpresas. En el tercer piso, entre el olor a sofrito de la vecina y el sonido de los dibujos animados que se filtraba desde el apartamento de al lado, se decidía quién viviría y quién desaparecería.

El salón familiar se había convertido en una sala de juntas improvisada. Cortinas gruesas bloqueaban la luz del mediodía de octubre, creando la penumbra que necesitaban los hombres acostumbrados a vivir al margen de la legalidad.

El inspector jamás imaginó que una organización así se comportara de manera tan cutre, tan tribal, tan zíngara, aunque, en

el fondo, probablemente tuvieran algo de esto último. Sin embargo, el éxito de las mafias se debía a su habilidad para operar sin llamar la atención.

Petar Vasilev presidía la mesa desde una silla que podría haber pertenecido a cualquier comedor familiar. Sin embargo, su presencia transformaba el mueble en un trono desde el cual dirigía un imperio construido sobre el sufrimiento ajeno.

Era más joven de lo que Rojo había esperado, probablemente no más de treinta y cinco años, sospechó. Tenía el físico voluminoso de quien abusa del gimnasio y de los anabolizantes para compensar complejos de adolescente pobre.

El inspector no podía creerlo.

Sus ojos, pequeños y duros, evaluaban constantemente a quienes lo rodeaban, reflejando la desconfianza de quien ha llegado a la cima a base de patadas y roturas de costillas.

Vestía como quien quería demostrar que había dejado atrás la pobreza: traje demasiado ajustado, corbata dorada, un Rolex Submariner que hablaba más de inseguridad que de éxito. El anillo de diamante en el meñique completaba la estampa de mafioso que se había visto demasiadas veces en el espejo.

Milenka ocupaba la silla a su derecha. Era la única que hablaba con Petar sin esperar permiso, la única cuyos gestos no revelaban la tensión que caracterizaba al resto de los presentes. Su relación trascendía las jerarquías criminales habituales; era socia, consejera y posiblemente algo más complejo que las palabras convencionales podían describir.

—Milenka apuesta por ti —Petar habló en español con un acento apenas perceptible, pero conservando la cadencia búlgara—. Sin embargo, eres policía y eso no es bueno. Es un problema.

—Lo es.

—En mi país tenemos un dicho, *Doveryavai, no proveryavai*... que quiere decir «Confía, pero verifica».

—A estas alturas, supongo que han comprobado que estoy limpio.

El tipo se rio.

Rojo estaba de todo, menos limpio.

En la mesa también se sentaban personas que el inspector consideró parte de la infraestructura legal de la operación: un abogado de aspecto respetable que manejaba la documentación, un gestor de licencias que conocía los procedimientos burocráticos necesarios para legalizar actividades ilegales, y una traductora que facilitaba la comunicación con las víctimas que no dominaban el español.

Milenka deslizó una carpeta hacia él.

—Necesitamos tus contactos en extranjería.

El inspector abrió la carpeta.

«Papeles falsos, chavales solos y chicas con documentación sucia…».

El aire se volvió más espeso.

Las empleadas de los clubes eran las víctimas de trata, y la «limpieza digital» significaba borrar evidencias de su situación irregular, para facilitar su explotación.

—Hasta hace poco, he sido inspector de Homicidios. Esto requiere acceso de nivel administrativo. Estoy suspendido. No puedo ni acceder a un ordenador.

—Pero mantienes contactos —intervino el abogado—. Favores pendientes.

Un ruido interrumpió la reunión. Era la televisión. Alguien la había encendido y había subido el volumen sin pudor. Un *zapping* errático saltaba de dibujos animados a un programa de reformas del hogar y luego a un canal de deportes.

Petar entrecerró los ojos sin girarse.

—¿Quién coño está tocando la tele? —preguntó.

Apareció Simeon, con su camiseta sin mangas y sus tatuajes carcelarios.

—Es solo el partido. Quedan cinco minutos.

La mesa se congeló.

Petar no levantó la voz. No hizo falta. Primero le comentó algo en búlgaro, que el policía no entendió. Después, cambió al español:

—¿Recuerdas las normas del piso seguro?

—Claro. No molestar reuniones. Pero esto no es una reunión, ¿no?

El silencio se volvió denso e incómodo, incluso para el inspector. Petar sacó un cuchillo de cocina largo de un cajón a su derecha, aún con restos de cebolla en el filo, y lo colocó frente a él.

—Hazlo callar.

Simeon lo miró con media sonrisa, sin moverse.

—Venga ya, jefe. ¿En serio?

Rojo miró el cuchillo. Luego a Petar. Después a Milenka, que no apartó la vista, pero tampoco intervino. El abogado parecía concentrado en sus documentos, aunque, en realidad, estaba cagado de miedo. En el rostro de la mujer no había ni aprobación, ni advertencia. Solo observación, paciente y fría.

—¿Es una broma?

—*Ne me ebavay, ayde…*

—Él te hizo daño —dijo Petar, como si le hablara a un niño—. Ahora puedes compensarlo… Si no puedes manejar a un idiota como Simeon, no vas a manejar lo que viene.

Rojo se puso de pie, contuvo la respiración y tomó el cuchillo.

Petar arqueó una ceja en silencio.

Simeon no se movió. Lo subestimaba, desde el principio y hasta el final. Tenía esa sonrisa tonta en la cara, que delataba su exceso de confianza. Después de todo, él era un policía.

—¿Qué vas a hacer, perro?

El inspector caminó despacio hacia él.

—¿En serio?

Un metro más.

La mente en silencio.

El cuchillo en la mano.

«Maldito hijo de puta».

# 23

Todo sucedió en un instante.

Le clavó el cuchillo en el muslo, por la cara interior. Preciso. Suficiente para que doliera como el infierno, pero sin tocar la femoral.

Simeon gritó y cayó al suelo, doblado sobre sí mismo, mientras la sangre manchaba el pantalón de chándal.

Rojo soltó el cuchillo sin dramatismo en el interior del fregadero. El corazón le latía a mil por hora, pero era capaz de mantener las apariencias. Volvió a la mesa. Petar sonrió, agarró una botella de vino búlgaro que había sobre la mesa y le sirvió un vaso chato. El inspector lo bebió de un trago. Sabía horrible. No se parecía en nada al Ramón Bilbao, ni siquiera a un Coto. Pero era necesario en ese momento.

—Tienes cojones.

El subordinado seguía retorciéndose en el suelo, maldiciendo en búlgaro.

—Que alguien apague la puta tele —añadió Petar, sin alterar el tono—, y que calle a ese imbécil.

Milenka retomó la conversación como si nada hubiera pasado.

—La información que necesitamos es urgente. Tenemos un cargamento llegando la próxima semana, que requiere documentación actualizada.

El término «cargamento» aplicado a seres humanos resultaba particularmente repugnante, aunque, después de haber acuchillado a ese matón, el inspector mantuvo la expresión neutral que había perfeccionado durante años de interrogatorios con Asuntos Internos.

En ese momento, un hombre se acercó desde el pasillo, con la postura erecta de quien había servido en fuerzas militares. Era alto, fibroso, con cicatrices que sugerían experiencia en conflictos armados y ojos que evaluaban constantemente amenazas potenciales. Para Rojo, parecían clones sacados de la misma fábrica. Soldados que no se acababan. Su presencia alteró la dinámica de la habitación; incluso Petar modificó ligeramente su postura cuando el recién llegado tomó posición junto a la pared.

Rojo esperó no tener que enfrentarse a él.

—Ahora que no está Simeon, Dumitru será tu escolta —explicó Milenka—. Se asegurará de que tengas todo lo que necesitas para llevar a cabo tu trabajo.

El tipo asintió en silencio.

—¿Habla español? —preguntó Rojo.

—Cuando hace falta.

«De puta madre. Aquí nadie habla un carajo».

Un hombre que escuchaba más de lo que hablaba acumulaba información que podía resultar valiosa en momentos críticos.

Petar extrajo un móvil de prepago de su bolsillo y lo empujó hacia Rojo.

—Tu nuevo teléfono de trabajo. Tira el otro al río.

Rojo tomó el dispositivo, sabiendo que cada llamada sería escuchada. De alguna manera, se sentía satisfecho por haber escalado una posición. Simeon quedaba relegado y no volvería a tocarlo. No se arrepentía de lo que había hecho. Después de todo, merecía mucho más.

—¿Y lo mío?

Todos miraron a Petar. Este sirvió un poco más de vino.

—Un policía corrupto se juega más que nadie.

—Solo quiero mi parte.

—Y la tendrás. Pero no corras. Milenka ya me habló de esa chica. Estamos buscándola.

—¿Buscándola?

—Sí —dijo, y la respuesta sorprendió al inspector, que se preguntó dónde demonios estaba. ¿La habían vendido a otra organización? Se llenó de dudas, pero no podía preguntarlo, no allí—. No te hagas muchas ilusiones.

—Petar, debemos comenzar la reunión —intervino Milenka y clavó los ojos en el español—. Hay trabajo que hacer.

Rojo se quedó en la reunión a petición del jefe. Mientras escuchaba los detalles de su nueva función, observó que Milenka manejaba un segundo móvil bajo la mesa, con una aplicación de grabación de audio activa. La reunión estaba siendo documentada, probablemente para chantajes o como respaldo en caso de deterioro de las relaciones.

La sesión duró una hora y media, estableciendo protocolos de comunicación, definiendo objetivos y detallando las consecuencias de traiciones. Al levantarse, Rojo se llevó no solo las instrucciones para ser cómplice de una red criminal, sino también un mapa mental de jerarquías y vulnerabilidades que podría explotar cuando fuera necesario.

—Consigue lo que te hemos pedido. Si necesitas dinero, llama a Milenka —dijo Petar, antes de despedirse—. No pierdas el tiempo.

En el pasillo, Simeon seguía tirado, atendido a desgana por uno de los hombres de la banda. La sangre en el suelo parecía importar más que la herida.

Dumitru lo acompañó en silencio hasta la salida y, antes de que Rojo subiera a su coche, le susurró en búlgaro una frase incomprensible.

Él no entendió la frase, pero el tono le heló la sangre.

# 24

Esa misma noche, Agulló se mantenía despierta en su apartamento, rodeada de los documentos que Noelia le había entregado tras su segunda reunión. Las fotografías del club Dácil estaban esparcidas sobre la mesa de su salón, como piezas de un rompecabezas macabro. Si guardaba silencio, se convertía en cómplice, y ya no podría mirarse al espejo. Cada rostro golpeado y cada mirada rota confirmaban lo que empezaba a sospechar; la repentina desaparición de Rojo se tornaba cada vez más sospechosa.

Durante las siguientes setenta y dos horas, trabajó con la obsesión de quien sabe que el tiempo se agota. Cruzó datos de personas desaparecidas con registros de empresas fantasma, rastreó transferencias bancarias sospechosas y siguió el rastro de licencias comerciales que no coincidían con actividades reales. Entre los documentos había encontrado un número de teléfono con prefijo +32.

Bélgica.

«¿Cuál es la conexión con Bélgica?».

En las grabaciones del USB, se mencionaba a un «contacto en Bruselas». Las piezas empezaban a encajar.

El contacto con esa persona no fue fácil.

Agulló dudó un instante antes de marcar. El número con prefijo belga seguía allí, anotado en los papeles que le había entregado el subinspector Ferrando. Sabía que, una vez que escuchara la primera respuesta al otro lado, no habría vuelta atrás.

La voz que contestó era neutra, sin acento reconocible, casi maquinal.

—¿Sí?

Agulló apretó el móvil contra la oreja.

—Soy Agulló. Le llamo desde la comisaría de Alicante. Estoy investigando un caso relacionado con el club Dácil. Ferrando me dio este número.

Se produjo un silencio tan largo, que Agulló creyó que la línea se había cortado. Entonces, la voz volvió, fría:

—Ese nombre no debería haber salido de su comisaría. ¿Quién es usted exactamente?

—Ya se lo he dicho. La inspectora Agulló, de la Brigada de Homicidios —respondió ella, conteniendo el temblor en la voz—. Y necesito saber con quién hablo.

—No es relevante.

La respuesta fue un muro. Agulló insistió:

—Claro que lo es. No voy a entregar información confidencial a un desconocido.

—Es usted quien ha llamado, ¿no es así? Algo me dice que se ha equivocado de línea…

Sintió que la conversación se le escapaba entre los dedos. Tenía un segundo para retenerla:

—¡Espere! —exclamó—. Se trata de Rosa Martín, la directora de la Fundación Nuevo Horizonte. ¿Le suena el nombre? Estoy convencida de que encubre parte de la red.

Esta vez, del otro lado del auricular no hubo silencio cortante ni evasivas. Un ruido breve, como de hojas moviéndose, precedió la orden:

—Continúe.

Agulló respiró hondo.

—Entre las chicas aparece un nombre una y otra vez: Ivanka.

El silencio que siguió fue distinto. No burocrático, sino expectante.

—Repita ese nombre —pidió la voz, más tensa ahora.

—Ivanka. Es una joven búlgara. Hay más… Lo tengo todo documentado: grabaciones, transferencias…

La pausa se prolongó hasta hacerse insoportable. Cuando el desconocido habló de nuevo, su tono había cambiado; ya no sonaba distante, sino urgente.

—Si realmente está interesada, la veré en Madrid. Estación de Atocha. Cafetería principal.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—Antes necesito saber quién es usted.

—No. Solo necesita estar allí. Y traer lo que tiene.

El clic seco la dejó sola, con el zumbido del auricular y una punzada clara: había tocado algo que no debía.

El AVE de las 6:47 la llevó a Atocha en una gris mañana de octubre. El chirrido del tren resonaba en sus dientes, recordándole que no había vuelta atrás. La cafetería de la estación, llena del constante ruido de viajeros y el anonimato de las multitudes, se convirtió en el escenario de una conversación que confirmaría sus peores temores.

# 25

El interior de la estación de Atocha estaba impregnado de un olor inconfundible a cruasán recién horneado, grasa, sudor de los transeúntes y carbón de las vías del tren. Luis Aguilera emergió entre las columnas como si hubiera sido cronometrado. Era demasiado puntual para ser un civil y demasiado alerta para pasar desapercibido. Aunque vestía ropa de civil, su caminar revelaba una disciplina militar. Su postura era rígida y su mirada, entrenada. Aquella persona había pasado demasiado tiempo entre militares.

Aguilera, de cincuenta años, tenía un aspecto que denotaba haber visto demasiado. Su cabello gris, cortado al estilo militar, y sus ojos, que no dejaban de evaluar potenciales emergencias, hablaban de su experiencia. Sabía que los monstruos existían, no solo por lo que había visto, sino por lo que le devolvía la mirada.

—Inspectora Agulló —la saludó con un apretón de manos que duró exactamente el tiempo reglamentario—. Aguilera. Un placer, aunque no deberías estar aquí.

—Tampoco tú.

—La diferencia es que a mí me cubre Bruselas. A ti solo te respalda el instinto.

«Propio de Europol... Imbécil».

Se dirigieron hacia la cafetería que Aguilera había elegido: un lugar con múltiples salidas y una vista despejada de todos los accesos. Escogió una mesa en el rincón más alejado, donde el ruido de los trenes y las conversaciones ajenas proporcionaban la cobertura sonora necesaria para una conversación que no debía ser escuchada.

Aguilera sacó una carpeta de lona impermeable de su maletín y la colocó sobre la mesa, entre dos tazas de café que se enfriaban mientras hablaban.

—Esto es todo lo que puedo ofrecerte sin comprometer a nadie —explicó, abriendo la carpeta para mostrarle mapas, fotografías y documentos con sellos oficiales de varios países europeos—. Desapariciones que no son casuales, facturas médicas infladas, dinero que va a fundaciones que no existen.

Los documentos mostraban la realidad: ese no era solo un problema en Alicante, sino en toda Europa. Era una industria que se extendía hasta políticos y banqueros.

—¿Qué tan grande es esto realmente? —preguntó ella, examinando las transferencias bancarias que reflejaban movimientos de millones de euros—. ¿Y cómo es que nadie lo frena?

—Más grande y complejo de lo que puedes imaginar y más pequeño de lo que temes —respondió él con firmeza—. Es una red importante del Este, pero no la única. Funciona como una tela de araña que llega hasta la Bratva rusa, y se reproducen como larvas. Si la desmantelaras completamente mañana, habría tres más operando la semana siguiente.

Era una perspectiva desalentadora que Agulló había comenzado a sospechar, pero que no había querido aceptar. La magnitud del problema trascendía cualquier intervención individual; era un fenómeno sistémico que requería cambios estructurales en múltiples niveles de gobierno.

No parpadeó, pero la presión en el pecho le recordó que llevaba demasiado tiempo conteniendo la respiración. Tal vez era miedo. Tal vez era la certeza de que ya no había vuelta atrás.

—Entonces, ¿para qué sirve esto?

—Para salvar las vidas que puedas salvar. Para hacer justicia con los responsables que puedas alcanzar. Para que algunas familias sepan qué pasó con sus hijas.

El hombre desplegó un mapa de la provincia de Alicante y señaló varios puntos marcados con círculos rojos.

—Torrellano, Callosa de Segura, una finca en San Isidro... Son rutas secundarias que utilizan para mover víctimas cuando las principales están comprometidas. Movimientos nocturnos, vehículos sin identificación, paradas que duran el tiempo justo y necesario para cambiar a los conductores.

—¿Cómo has conseguido esta información?

—Somos Europol. Llevamos un tiempo tras ellos… —dijo él, con un tono de lamento en su voz—. Pinchazos telefónicos autorizados, seguimiento de transferencias bancarias, infiltración en foros de Internet donde se coordinan estas operaciones... Son meses de trabajo que no puedo utilizar oficialmente, porque comprometería fuentes y métodos.

Agulló estudió el mapa, antes de que lo retirara. Memorizó carreteras secundarias y ubicaciones que podrían ser cruciales para futuras operaciones. El área le resultaba familiar. Cada punto marcado representaba un lugar donde se había documentado actividad sospechosa, pero también donde las víctimas habían estado más cerca de la libertad y más lejos de la ayuda.

—Estoy en Homicidios. No puedo abrir un caso, sin más.

—No, de momento.

Ella no supo qué significaba aquello.

—¿Entonces? Mi ayuda es inútil.

—¿Tienes las grabaciones?

—Sí —dijo y le entregó el dispositivo—. Pero...

—Tu amigo se está jugando el cuello, aunque desconozco la razón.

—¿Qué sabes sobre Rojo?

—Que está vivo, pero no sabemos por cuánto tiempo. En estos momentos, sospechamos que forma parte de la red, y eso no lo deja en un buen lugar...

—¿Es una operación encubierta?

—Oficialmente, no.

—¡Joder, Aguilera! Dime la verdad.

—No, ya te he dicho que no lo es. Eso es lo más peligroso... Más allá de eso, tu información es tan buena como la mía.

—Mierda. ¿Puedes ayudarme a sacarlo?

Aguilera cerró la carpeta y la devolvió a su maletín. El gesto indicaba que la conversación había llegado a su fin.

—No puedo ayudarte… por ahora. Pero, intentaré llegar a ti.

—¿A mí? No entiendo nada.

—No me contactes, yo lo haré cuando sea necesario. Y cubre tu espalda. Si desapareces, sabré que fue Ferrando.

Era una promesa ambigua. Aguilera había proporcionado información valiosa, pero también dejó claro que su compromiso tenía límites impuestos por consideraciones políticas que trascendían la justicia individual.

—Es él, ¿verdad? El topo de esta gente.

—No voy a contestar eso. Solo pregúntate: ¿por qué siempre llega antes que tú?

—Pero, ¿por qué tanto interés?

—He sido claro, inspectora.

—Si no puedes ayudarme con esto…

—Creo que mereces saber en qué te has metido, antes de tomar decisiones que no podrás deshacer. Pero eso no significa que debas saberlo todo.

—No. No es eso. Quieres la cabeza de Ferrando. Por eso lo mencionas.

—Y tú quieres encontrar a tu amigo… Cuando llegue el momento, un favor se pagará con otro favor, Agulló. La paciencia es una virtud.

Esas fueron sus últimas palabras. Después de eso, el agente se esfumó entre la multitud.

La inspectora no se movió. Se quedó una hora más en la cafetería, esperando su tren de vuelta, con el café frío y los documentos delante de ella. Mientras Aguilera desaparecía entre la multitud, notó por primera vez un rostro que no encajaba. No era un policía. No era un civil. Solo era alguien que no quería ser visto.

El deber decía una cosa; el instinto, otra. El manual le habría aconsejado remitir los hallazgos al juzgado, escalar el asunto a

Asuntos Internos, redactar un informe que moriría en algún despacho sin ventanas. Pero el rostro de Rojo seguía ahí, entre las sombras de cada fotografía, y la certeza de que nadie más movería un dedo.

¿Y si no era ella, entonces quién? ¿Cuántas chicas más desaparecerían mientras el sistema «evaluaba riesgos»? se preguntó.

Cada ruta trazada en el mapa podía llevarla a Rojo, a esas chicas… o borrarlos a todos del mapa.

Luego estaba la cuestión de Ferrando, pensó. Las alarmas se habían activado y caminar por la comisaría no sería tan sencillo como lo había sido hasta ahora.

La información que había recibido era relevante, pero también confirmaba que se enfrentaba a fuerzas que operaban con recursos y conexiones que trascendían cualquier cosa que hubiera imaginado. Agulló se obligó a recordar que era inspectora de Homicidios. Tenía un reglamento, una cadena de mando, un código. Pero nada de eso servía ahora. La ley era un muro demasiado bajo para detener a esta gente. Y detrás de cada nombre, de cada cifra, solo veía un rostro: el de Rojo.

No era justicia lo que lo movía. Era venganza. Y eso la aterraba más que cualquier amenaza externa.

Tal vez Rojo no se había desvanecido. Tal vez había seguido cavando en esta misma mierda hasta que se lo tragó. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer? Fingir que él no importaba no era una opción.

# 26

Las chicas a las que nadie buscaba vivían en una casa que nadie quería.

Dos días después, siguiendo una de esas rutas marcadas en rojo en el mapa de Aguilera, la inspectora se encontraba frente a la casa ocupada, de Torrellano.

Nadie la esperaba dentro, pero todos los silencios apuntaban a ella.

La ocupación de Torrellano había sido una finca abandonada, que se transformó en el último refugio para víctimas que habían perdido la fe en la ayuda oficial. La fachada estaba agrietada, las ventanas tapiadas y su aspecto era de ruina, lo que la hacía perfecta para pasar desapercibido. Perfecta para desaparecer.

Tocó varias veces, sin esperar respuesta. Finalmente, tras asegurarse de que no se había equivocado de localización, decidió forzar la cerradura, cuando algo se movió al otro lado.

Era una mujer morena con el rostro magullado.

—¿Vienes a salvarlas o a matarlas? —preguntó cuando Agulló se identificó con la placa.

La inspectora calculó que tendría unos treinta años.

—¿Perdón?

—Cada vez que viene la policía, alguien desaparece.

Sus ojos evaluaron a la inspectora.

—¿Tú eres distinta?

La mujer abrió apenas la puerta, dejando que solo un ojo asomara entre la rendija.

—Diga lo que diga esa placa, no eres bienvenida.

Agulló le sostuvo la mirada sin moverse.

—No vengo a cerraros otro expediente —respondió, con voz baja, casi cansada—. Vengo a escucharos. Soy inspectora de Homicidios.

La joven entrecerró los ojos, calibrando cada palabra.

—Escuchar… Eso dicen todos. Y después desaparecen las chicas.

—Entonces, hazme un favor —dijo Agulló—. Si notas que miento, ciérrame la puerta en la cara.

Un silencio pesado se instaló entre las dos. La mujer respiró hondo, como si el aire le quemara. Después, abrió la puerta un poco más.

—Entra. Pero si haces lo mismo que los otros, no habrá próxima vez.

El interior de la casa se había reconvertido en un espacio comunitario, que combinaba la funcionalidad con la calidez necesaria para ayudar a las víctimas a recuperar algo parecido a la normalidad. Las habitaciones se habían dividido para proporcionar privacidad, pero las paredes comunes mantenían un sentido de comunidad esencial para el proceso de rehabilitación.

La mujer que le había abierto la puerta se llamaba Rebeca y no hablaba mucho de su pasado. Decía que el silencio era la única patria que nadie podía arrebatarle.

A los treinta y tres, su cuerpo era un mapa de cicatrices y su mirada un recordatorio de que había visto demasiado.

Nadie sabía de dónde había salido ni por qué había decidido proteger a esas chicas, pero lo hacía.

Ellas la respetaban porque no prometía nada que no pudiera cumplir. No hablaba de justicia, ni de esperanza. Solo de sobrevivir.

Y, de alguna forma, todas confiaban en ella.

En el salón principal, seis chicas de entre dieciséis y veintitrés años ocupaban sillas dispuestas en círculo. Era una sesión de terapia

grupal que se interrumpió cuando Agulló entró, pero las expresiones de las participantes revelaron que estaban acostumbradas a visitas imprevistas de autoridades que oscilaban entre la ayuda y la amenaza.

—Esta es la inspectora Agulló —explicó Rebeca—. Está buscando información sobre un policía desaparecido.

Una de las chicas, con cabello oscuro y una figura de bailarina, se levantó de su silla, con cuidado.

—No, policía no, por favor…

—Tranquila, chica. Es mi compañero. Se llama Rojo. Es alto, fuerte, con la mirada…

—Sí. Yo sé.

Se llamaba Anya y había llegado a España seis meses atrás, con promesas de trabajo en la industria turística. La realidad había sido diferente: encierro, violencia sistemática y explotación que habían destrozado su confianza en cualquier figura de autoridad. Pero Rojo había sido distinto.

—¿Qué quieres decir con que sabes?

—Las chicas del club hablaban de él…

Una de las chicas desvió la mirada y se encogió en la silla, moviendo nerviosamente una pulsera de plástico en su muñeca. Alguien estaba escuchando esta conversación, aunque no se encontrara presente.

Rebeca se acercó con una caja de cartón que contenía objetos personales que las víctimas habían logrado conservar durante su cautiverio: móviles rotos, fotografías familiares y joyas que representaban conexiones con vidas pasadas que la trata había intentado borrar.

—Inspectora, encontré esto entre las cosas de una chica que murió la semana pasada —explicó, extrayendo una fotografía en color que mostraba el interior del club Dácil.

—¿La semana pasada?

—Sí. No sabemos si la mataron, pero sabemos que no volverá.

En la imagen, tomada desde un ángulo que sugería que había sido hecha en secreto, como si fuera la cámara de un móvil, aparecía

Rojo, de espaldas y conversando con una figura que Agulló reconoció al instante. Era la mujer del hospital.

—¿Quién tomó esta fotografía?

—Sofia... Era pelirroja y tenía apenas dieciocho años. Se llevó lo que no debía, quiso hablar con la poli y… la pescaron en el puerto. Dos días después.

Anya se acercó y señaló figuras en la fotografía, que Agulló no había notado inicialmente.

—Este es el doctor…

—Blazev —intervino la inspectora. Tenía la certeza de que debía de ser él.

La chica la miró a los ojos y asintió.

Su dedo indicaba un hombre mayor con barba gris.

—Sí… Es médico. Hace cosas malas a chicas embarazadas. Y este —añadió señalando una figura más joven, fuerte y con tatuajes—, es quien lleva chicas a otros países.

—¿Sabes su nombre?

—Petar.

—¿Petar?

—Sí… Es muy malo.

La información confirmaba las sospechas que Agulló había estado desarrollando sobre la estructura de la red.

—¿Sabéis dónde puedo encontrar a Rojo?

—Dentro —respondió Anya—. Está dentro.

—¿A qué te refieres con «dentro»?

—Está dentro. Pero algo cambió. Al principio venía como policía. Ahora es diferente. Es como ellos.

La inspectora sintió que la palabra «ellos» le quemaba los oídos. Quiso protestar, negar lo imposible, pero solo consiguió murmurar:

—Necesito más detalles. ¿Qué quieres decir con «ellos»?

Esperaba que la distinción fuera superficial, pero la expresión en los ojos de Anya indicaba que había notado cambios en Rojo que iban más allá del simple fingimiento de una identidad falsa.

—Es suficiente por hoy, inspectora —intervino Rebeca—. Las chicas necesitan descansar y aquí no vas a encontrar lo que buscas.

Sin derecho a réplica, Rebeca la acompañó hacia la salida cuando la visita llegó a su fin. Antes de abrir, echó una mirada rápida a la calle. Había aprendido a detectar coches, hombres desconocidos que regresaban y ojos que miraban demasiado.

—Os vigilan, ¿verdad? —preguntó la inspectora cuando salieron de casa—. Puedo enviar a alguien.

Aquella mañana no había visto nada raro, pero eso no significaba que estuvieran seguras.

—No. Solo traerá más problemas. Una vez que huyes, lo haces para siempre... hasta que te encuentran.

—Debe de ser agotador.

—No es necesario que finja pena por nosotras.

—No lo estaba haciendo. ¿Te puedo preguntar algo?

—Como poder... puede intentarlo.

—Todas las chicas de ahí dentro...

—Sí. Es lo que estás pensando. Han abusado de todas. Lo único que importa, es salvarlas.

—¿De ti, también?

—Mi historia no es la misma, pero me engañaron como a las demás.

—Entiendo... —La inspectora buscó una tarjeta en el bolsillo del pantalón y se la entregó—. Sé que no lo vas a hacer, pero, por si acaso, si tienes información que pueda ser útil…

—No vas a volver.

—No he dicho eso.

—Lo has sugerido. No nos puedes ayudar.

—Ya te he dicho que puedo enviar a alguien. Eso es una ayuda.

—¿Para qué? ¿Para que sepan dónde estamos? Pronto nos tocará buscar otro lugar.

—No, no tiene por qué ser así.

—Eso dicen todos. Hasta que cambia la película.

—Te doy mi palabra, Rebeca.

—Por favor, márchese. Es peligroso que nos vean aquí.

—Como quieras.

Al salir de allí, la inspectora sintió el peso de varias miradas desde las ventanas tapiadas. No eran de las chicas. Eran ojos

acostumbrados a vigilar, pacientes, invisibles… esperando.

La inspectora se alejó por el camino hasta que se acercó al vehículo. Antes de que subiera a su coche, Rebeca se dirigió a ella:

—Inspectora, tal vez esto le sirva de algo para su investigación —dijo, caminando hacia el vehículo y le entregó la fotografía donde aparecía Blazev.

# 27

48 horas antes.

El parking subterráneo del centro comercial Panoramis olía a cemento húmedo y aceite de motor. Antes de parar el vehículo, Rojo había dado tres vueltas al perímetro, verificando que ningún coche sospechoso lo hubiera seguido.

Mora lo esperaba junto a su Citroën Berlingo, apoyado contra la puerta del conductor, con cierto nerviosismo en su actitud.

—Mil quinientos euros —dijo sin preámbulos cuando Rojo se acercó—. Y quiero el dinero antes de entregarte nada.

—¿Desde cuándo negocias como un camello?

—Desde que empecé a vender información que puede costarme la carrera y la pensión. Esto no son datos de telecomunicaciones, Rojo. Es acceso directo a la base de datos de Extranjería. La real. La que tiene nombres, ubicaciones, fechas de llegada…

El eco de sus palabras rebotó contra el hormigón. Un coche lejano arrancó, y ambos se quedaron en silencio un segundo, como si cada ruido pudiera ser un testigo. Rojo sacó quince billetes de cien euros del sobre que le había entregado Milenka. El rostro de la muchacha apareció en su memoria como una sombra insistente. Si esos papeles podían acercarlo a ella —o a cualquiera de las otras—, valía

cada centímetro de riesgo. El funcionario los contó lentamente, dejando que el inspector viera cada movimiento.

—¿De dónde carajo sacas el dinero?

—Cuenta.

Mora resopló, dándole una palmada a los billetes como si quisiese comprobar su textura.

—No me jodas, Rojo. La última vez que entramos en un favor así, casi me arruinan. ¿Y si esto es una trampa? ¿Y si Asuntos Internos está grabando ahora mismo?

—¿Eres imbécil? Tú no vas a perder nada. Yo ya lo he perdido todo.

Mora guardó el dinero y calló.

Del maletero del Berlingo extrajo un portátil usado, una reliquia de oficina con la carcasa rayada y pegatinas de empresas que ya no existían. Junto al ordenador había un módem USB y un cable de red muy usado.

—Las credenciales están en un documento de texto en el escritorio. Desde el momento que entres, tendrás acceso durante seis horas, antes de que el sistema cambie automáticamente los códigos.

Rojo tomó el equipo, calibrando el peso de una herramienta que podía condenarlo o salvarlo.

—¿De dónde lo has robado?

—No lo he robado. Un técnico de sistemas que se jubiló el mes pasado se olvidó de borrar sus accesos remotos antes de entregar el portátil corporativo. —Mora se frotó los ojos enrojecidos—. En fin, cosas que pasan. Oficialmente, ese equipo se perdió durante el proceso de devolución de material…

—Ya veo.

—¿Qué importa ahora?

—¿Alguien más sabe que tienes esto?

—No. Y así debe seguir.

El silencio se espesó entre los pilares del aparcamiento.

—¿En qué clase de mierda te has metido, Rojo?

—En la clase que requiere este tipo de favores.

—Eso no es una respuesta.

Rojo guardó el portátil en su chaqueta, sintiendo cómo el metal frío se pegaba a su costado como una segunda piel.

—Menores desaparecidos. Expedientes que se archivan demasiado rápido. Gente que prefiere que ciertas preguntas no se hagan.

—¿Es por lo de tu situación?

—Más o menos.

—En fin, no quiero saber nada. No uses conexión doméstica cuando lo utilices… y, escúchame bien…

—Dispara.

—Si te pillan con esto, date por muerto. Pasarás una larga temporada en prisión.

—Entendido.

—¡Ah! Una cosa más. —Mora se acercó hasta que su aliento de café amargo raspó el aire entre ellos—. Sobre lo que te comenté el otro día… La gente que pregunta por ti no lleva placa. Si es que lo quieres saber…

—¿Funcionarios aburridos, entonces?

—Ojalá. —Mora tragó saliva—. No es policía local, ni autonómica. Ni siquiera Asuntos Internos.

—¿Entonces quién?

—El ministerio, Rojo. El puto ministerio.

—Hiciste tu trabajo…

—Sentí curiosidad, ya sabes.

—Te lo agradezco.

—Te han echado el ojo y pagan bien por saber dónde comes, dónde duermes, con quién hablas. —Mora le puso la mano en el hombro—. No te fíes de tus colegas del departamento. Sea lo que sea que estés investigando, alguien quiere asegurarse de que no llegues muy lejos.

—Puede estar tranquilo. No lo haré.

Las palabras golpearon contra el techo del aparcamiento como un presagio.

Cuando Mora subió a su coche y el motor tosió hasta encender, Rojo permaneció solo entre las sombras que se alargaban bajo la luz parpadeante.

Mil quinientos euros por seis horas de acceso. Seis horas para salvar vidas o arruinar la suya.

El dinero no era suyo, era de Milenka. Era de todas esas jóvenes que ya no podían esperar más.

## 28

Rojo utilizaba el sistema para proteger a los menores. Ahora lo empleaba para venderlos.

La culpa le ardía en el estómago mientras contemplaba la base de datos de Extranjería en la pantalla del portátil. Cada expediente representaba una vida vulnerable: localizable, explotable. Una condena generada por sus propios algoritmos.

La sala técnica del Club Dácil había sido acondicionada como un centro de conexiones donde la información se almacenaba, procesaba y destruía con precisión. Las paredes, sin ventanas, estaban recubiertas con material que absorbía el sonido, convirtiendo el espacio en una cápsula aislada. Múltiples pantallas mostraban datos que se actualizaban constantemente: nombres, fotografías, fechas de llegada y ubicaciones de centros de acogida.

Habían pasado tres días desde su última reunión en el piso de la calle Capitán Antonio Mena, setenta y dos horas en las que había aprendido a moverse entre la documentación oficial como un técnico más de la red. El portátil le permitía acceder al sistema que había creado para protegerse, pero que ahora lo convertía en parte del problema.

La pantalla mostraba expedientes de menores no acompañados, con una precisión inquietante: edades exactas, países de origen, centros de acogida asignados y fechas de llegada. Cada archivo representaba una vida vulnerable que la red podía localizar y explotar, utilizando información proporcionada por el mismo sistema que debía protegerla.

El estómago le ardía, no solo por la culpa; empezaba a sentir arcadas cada vez que el cursor parpadeaba junto al nombre de un menor. Se repetía que todo valía la pena, que cada archivo copiado podría convertirse en la prueba definitiva para derribar la red. Sin embargo, esa excusa sonaba cada vez más débil cuando la pantalla le mostraba rostros infantiles reducidos a códigos.

—Necesitamos que borres estos antecedentes —dijo Petar, señalando una lista de nombres eslavos—. Son chicas que han trabajado para nosotros, pero ahora enfrentan problemas legales que podrían comprometer futuras operaciones.

Era una petición que convertiría a Rojo en cómplice de obstrucción a la justicia, pero también representaba una oportunidad para documentar la estructura completa de la red. Mientras fingía ejecutar las órdenes de borrado, activó discretamente un programa de copia que transfería toda la información a un lápiz de memoria oculto bajo su cinturón.

Cuando volvió a pulsar la tecla, Rojo sintió el peso de la mirada de Dumitru en su nuca. No era una simple supervisión técnica; era la mirada de un cazador evaluando los movimientos de su presa.

—En Bulgaria sabemos anticiparnos a los movimientos antes de que ocurran.

No era una frase casual: sonaba a alguien que ya lo había desenmascarado, solo que estaba decidiendo cuánto tiempo dejarle respirar.

—¿Algún problema? —preguntó en español.

—Solo que los que sobreviven... aprenden a no dudar —respondió Dumitru en su idioma, esta vez con una sonrisa fría.

Su respuesta indicaba que había notado algo en el comportamiento de Rojo.

En ese momento, el teléfono de Petar sonó y este se retiró para hablar en el exterior. Allí dentro, la cobertura era mínima, debido a razones de seguridad.

Milenka entró en la sala con la elegancia que la caracterizaba. Llevaba un sobre en la mano, manejándolo con cuidado.

—El cliente de esta noche quiere silencio absoluto —dijo, agitando el sobre.

—¿Perdona? Petar no ha mencionado nada de un cliente.

Milenka dejó caer el sobre en la mesa.

—Esta noche, a las once en punto.

Rojo miró el reloj del portátil: faltaban apenas seis horas. Cada minuto que pasaba lo acercaba a convertirse en cómplice de algo irreparable.

—¿No pensarás que íbamos a terminar aquí?

—Esto no era lo acordado.

—Por tu bien, abre el sobre.

El sobre contenía un fajo de billetes, pero también una fotografía.

Reconoció el rostro y la náusea le subió como un vómito contenido. El hombre que inauguraba bibliotecas infantiles en Alicante pedía ahora silencio absoluto para comprar niñas.

Era el concejal de cultura del Ayuntamiento de Alicante; casado, padre de tres hijos y con una reputación pública construida sobre valores familiares. Representaba la hipocresía que alimentaba las redes de explotación: hombres respetables que satisfacían impulsos secretos a expensas de víctimas que el sistema había abandonado.

—¿Qué demonios? —preguntó, aunque temía conocer la respuesta —. ¿Qué busca?

—Chicas jóvenes. Muy jóvenes. —Milenka parecía disfrutar cada palabra—. Y que sepan comportarse. Él te puede facilitar la información sobre esa chica.

—¿Insinúas que no sabéis dónde está?

—No insinúo nada.

Las palabras resonaron en el aire acondicionado de la sala, destruyendo cualquier vestigio de fe en la naturaleza humana que Rojo pudiera haber mantenido. Cada expediente que había revisado a lo largo de su carrera policial había forjado una visión del mundo

donde la violencia era constante. Ahora comprendía que la corrupción se extendía a niveles que había subestimado por completo.

—Es una finca privada en las afueras de Elche. Tu trabajo es asegurar que no haya interferencias policiales en un radio de cinco kilómetros.

Hasta ese momento, había jugado el papel de técnico obediente, un engranaje más en la maquinaria. Pero aquello era diferente: no se trataba de borrar datos ni de manipular registros. Ahora le pedían blindar físicamente el terreno donde se violarían a niñas. Pasaba de ser espectador a guardián del horror.

—¿Y si hay patrullas rutinarias?

—Las desvías. Inventas una emergencia falsa, reportas actividad sospechosa en otra zona y usas tu experiencia policial, para mantenerlos ocupados lejos de nosotros. Aún tienes la placa, ¿verdad?

Milenka se acercó y le puso la mano en el hombro, con un gesto que podía interpretarse como camaradería.

—No falles. Petar estará contento contigo. Y si él no lo está, créeme, yo tampoco.

Ya estaba dentro. Hasta el cuello.

# 29

La voz de Rebeca había sonado urgente, casi clandestina:

«Ven. Hay algo que necesitas ver».

Para moverse hacia eso, Agulló necesitaba antes un margen de maniobra. Invisible en los papeles, podría acercarse sin dejar rastros.

La doctora Mendoza levantó la vista del expediente, con la expresión de quien ha visto más historias parecidas. Cuarenta años ejerciendo la medicina le habían enseñado a leer entre las líneas de los síntomas oficiales y detectar las heridas que no aparecían en los informes.

—Estrés postraumático derivado del trabajo —dictaminó mientras rellenaba el parte de baja—. Siete días. Renovable si es necesario.

Mientras la pluma raspaba el papel, le volvió la imagen de Aguilera en la estación de tren y su advertencia sobre el subinspector Ferrando.

*«Y cubre tu espalda. Si desapareces, sabré que fue Ferrando».*

*«Solo pregúntate: ¿por qué siempre llega antes que tú?».*

Si ese cretino llegaba a sospechar que la baja era una maniobra, no un síntoma, la usaría como prueba de debilidad.

Agulló firmó los documentos, con una mezcla de alivio y culpabilidad. No era mentira. El insomnio le mordía las noches y la tensión le había encajado una armadura en los hombros.

—Doctora, esto es entre nosotras, ¿verdad?

—Entre nosotras —repitió ella, pero sin levantar la vista del formulario.

La doctora se ajustó las gafas con un movimiento seco, como si cerrara un expediente judicial, más que médico.

—Aunque le recomiendo que aproveche esta semana para desconectar realmente. Hay trabajos que devoran a las personas desde dentro. El suyo es uno de ellos.

El diagnóstico resonó como una advertencia mientras Agulló salía de la consulta. Metió el parte médico en el bolso. Ahora sí podría ir a ver lo que Rebeca quería mostrarle, sin que Ferrando supiera que se había movido del mapa. Una semana de invisibilidad administrativa. Una semana borrada del mapa. No para descansar. Para moverse sin que ese imbécil viera la jugada.

En siete días podía desaparecer. O podía hundirlo.

# 30

Agulló vio el Audi en el retrovisor y supo que aquella tarde no iba a llegar a casa.

La CV-845 serpenteaba entre palmeras y ruinas urbanísticas, legado de un fallido pelotazo inmobiliario. A su alrededor, parcelas secas, esqueletos de hormigón y esa luz sucia de octubre.

Agulló había detectado el Audi tres kilómetros atrás, cuando tomó la salida hacia Crevillente sin usar el intermitente. El coche había replicado su maniobra con precisión, como si estuviera siguiendo un protocolo de manual. Era un Audi oscuro con cristales tintados, que había aparecido en su retrovisor justo después de salir de la comisaría.

Decidió poner a prueba las intenciones de sus seguidores, desviándose hacia un camino rural que conducía a una urbanización inacabada, suspendida durante la crisis económica. Este lugar era ideal para confirmar sus sospechas: si el Audi la seguía hasta allí, no habría duda sobre sus intenciones.

El acceso estaba flanqueado por carteles descoloridos que anunciaban "Residencial Las Palmeras: Tu hogar en el paraíso". La realidad, sin embargo, mostraba un paisaje de cimientos

abandonados y estructuras de hormigón que se alzaban como restos de proyectos inmobiliarios fracasados.

La inspectora detuvo su coche en el centro de la urbanización y esperó. Treinta segundos después, el Audi apareció, confirmando sus sospechas sobre el seguimiento. Durante unos minutos, ambos vehículos permanecieron inmóviles, como en una partida de ajedrez vehicular, donde el primer movimiento definiría las reglas de la confrontación.

Finalmente, decidió bajar del coche con las manos a la vista, pero cerca de la pistola que llevaba en la funda bajo la chaqueta. Era una táctica que había aprendido durante sus años de patrullaje: proyectar autoridad, sin provocar una escalada inmediata de violencia.

Cuando había caminado diez metros hacia el Audi, la tentación de llevar la mano al arma fue casi insoportable. Sabía que un gesto en falso podría desencadenar una reacción que no controlaría. Decidió mantener los brazos tensos, al descubierto, obligándose a mostrar calma que no sentía.

El vehículo arrancó bruscamente y desapareció por el camino de acceso, dejando tras de sí una nube de polvo que se disipó lentamente en el aire de la tarde. Había sido una demostración de poder calculada: te vemos, te seguimos, sabemos dónde estás, pero aún no hemos decidido qué hacer contigo.

La inspectora permaneció unos segundos quieta, respirando el polvo que el Audi había dejado tras de sí. No sabía si sentir alivio o rabia. Aquella retirada no era una victoria: era un aviso.

No habían querido matarla. Todavía.

Eso era peor: significaba que conocían su nombre, su dirección, quizá también a quién amaba.

Cuando llegó al piso franco de Torrellano, una hora después, Rebeca la recibió ansiosa.

—Ahora sabes lo que se siente, inspectora.

—¿Cómo sabes que me han seguido?

—Porque nosotras también los hemos visto. Llevamos varios días bajo vigilancia, desde que viniste a vernos. La diferencia es que nosotras ya estamos acostumbradas a vivir como presas.

El piso franco había sido fortificado desde la última visita de Agulló. Las ventanas estaban protegidas con láminas que impedían la visión desde el exterior, las puertas habían sido reforzadas con cerraduras adicionales y se había establecido un sistema de vigilancia que permitía detectar aproximaciones hostiles.

—¿Quiénes son?

—No son policías.

—¿Cómo lo sabes?

Rebeca señaló la ventana reforzada.

—Los vi fumar fuera, dos noches seguidas. Ni un uniforme. Ni una radio. Solo pistolas y ojos que no parpadean.

Los criminales tradicionales operaban dentro de límites definidos por el riesgo de consecuencias legales. En cambio, las redes de trata actuaban con una impunidad que les permitía usar métodos que superaban las restricciones habituales.

—Podrías ser más específica, ¿sabes?

—No es tan sencillo. ¿Entiendes?

—Intento comprenderlo.

—Ellos tienen información sobre lo que sabemos, a quién hemos hablado, qué pruebas hemos recopilado. También quieren asustarnos lo suficiente para que dejemos de cooperar con las autoridades.

Rebeca mantuvo la postura alerta de quien ha aprendido que el terror puede llegar sin aviso.

—¿Y funciona?

—Con algunas chicas, sí. Con otras, no. Las que ya no tienen nada que perder... son las que más peligro representan.

# 31

El sótano del piso franco se había convertido en un centro clandestino de documentación donde las víctimas preservaban evidencias que sabían que nunca llegarían a los tribunales oficiales. Era un archivo organizado que registraba atrocidades que el sistema prefería ignorar.

Las paredes estaban cubiertas de fotografías, mapas y cronologías que delineaban la estructura de la red de trata. Cada imagen había sido obtenida con riesgo personal por víctimas que entendieron que documentar sus experiencias era la única forma de venganza al alcance de quienes carecían de poder institucional.

Rebeca abrió una caja metálica que contenía teléfonos móviles confiscados, tarjetas de memoria y fotografías impresas que representaban años de recopilación de evidencias. Era el tipo de archivo que habría atraído a cualquier fiscal experimentado, pero que existía fuera del sistema legal, porque las víctimas sabían que testificar oficialmente equivalía a firmar su sentencia de muerte.

—Esto es todo lo que hemos logrado en dos años —explicó, extrayendo cuidadosamente materiales organizados por fechas, ubicaciones y tipos de delito—. Nombres, rostros, lugares, métodos operativos. Es suficiente para desmantelar toda la red.

—¿Por qué no lo denunciáis?

—No podemos. Nadie nos creería.

Entre las fotografías, una destacaba especialmente: Rojo, con una carpeta bajo el brazo, saliendo de lo que parecía una oficina oficial. La calidad de la imagen indicaba que había sido capturada con un teleobjetivo desde una posición elevada, posiblemente desde un edificio cercano. Era parecida a la que habían tomado de ella, días antes. Sin embargo, había algo diferente en su postura y en la forma en que se movía. Ya no caminaba como un policía; había adoptado los gestos contenidos de alguien que opera en territorio hostil.

Demasiado oficial.

—¿Quién tomó esta foto?

Rebeca la miró con expresión neutra, sin responder. La inspectora no vio miedo en su rostro. Era más bien... cálculo. Y eso la inquietó aún más.

—Un contacto. Tenemos gente que colabora.

—¿Qué tipo de contacto? —insistió.

—Uno que aún trabaja dentro.

La inspectora la miró por un instante, tratando de encajar algunas piezas que no cuadraban: la forma en que Rebeca usaba términos policiales, su lenguaje corporal, incluso cómo evitaba mirar ciertas fotos.

—¿Dentro de qué? —Agulló dio un paso hacia ella—. ¿Cómo una de «vosotras» tiene acceso a las cámaras de seguridad en Extranjería?

Rebeca no retrocedió. Su rostro no mostraba miedo, sino algo peor: un plan en marcha.

Agulló dio dos pasos más, rápidos, y la acorraló contra la estantería metálica del fondo. Sacó la pistola del bolso y sin decir una palabra, la encañonó por la garganta, con el cañón empujándole justo bajo la mandíbula.

—No me mientas, zorra —susurró—. Esa imagen solo puede haberla tomado alguien con acceso policial. ¿Quién coño eres?

—No soy tu enemiga.

—Eso no responde a mi pregunta.

La mujer alzó ligeramente las manos, despacio, midiendo cada gesto. Las otras chicas estaban arriba, ajenas a todo lo que sucedía. Sabía que nadie bajaría.

—No te conviene hacer esto, Agulló.

—¿Y a ti? —replicó la inspectora, apretando el arma—. Dime por qué no debería apretar el gatillo ahora mismo.

Rebeca mantuvo el contacto visual. No parpadeó. Y entonces lo hizo.

Un giro seco de muñeca, imperceptible al principio, desvió el cañón apenas unos centímetros. Al mismo tiempo, su pierna avanzó con rapidez controlada y golpeó con la rodilla la parte interna del muslo de Agulló. El impacto la hizo perder estabilidad y disparó el reflejo de soltar el arma. No la soltó del todo, pero bastó.

Rebeca se abalanzó, golpeándole la muñeca con el canto de la mano y luego empujando con el hombro. Ambas cayeron al suelo.

Rodaron sobre el cemento frío y polvoriento, chocando con una estantería metálica que tintineó con el impacto. No gritaron. Solo se oían respiraciones entrecortadas, jadeos ásperos y el sonido sordo de los cuerpos en tensión. Agulló intentó agarrarla del cabello; Rebeca le propinó un codazo seco a las costillas. La inspectora reaccionó con un puñetazo directo al rostro y la otra lo desvió a medias, pero el golpe le rozó el pómulo y dejó la piel marcada al instante.

El arma cayó y rebotó una vez sobre el suelo de hormigón, antes de deslizarse lejos, girando lentamente hasta detenerse bajo una estantería.

La lucha se detuvo como si ambos cuerpos recordaran, al mismo tiempo, lo que estaba en juego.

Respiraban agitadas, cubiertas de polvo, con la tensión aún vibrando en los músculos. La mejilla de Rebeca empezaba a inflamarse; la inspectora tenía el labio roto y sangre en los dientes.

Las dos mujeres quedaron frente a frente, ambas de rodillas, valorando si el siguiente movimiento sería un golpe... o una palabra.

—¿Quién diablos eres? —escupió Agulló, con el odio aún en la voz.

El silencio regresó.

Rebeca bajó la mirada. Y por primera vez, no fue para disimular. Fue porque lo que iba a decir... lo cambiaba todo.

***

—No soy Rebeca. Ese nombre es parte de la cobertura.

Agulló no parpadeó.

—¿Entonces?

—Trabajo para Europol. Es una operación encubierta... Llevo aquí seis meses. Fingí ser una víctima para infiltrarme. Las chicas no lo saben. Nadie lo sabe. Solo mi superior. O lo sabía —añadió con desgarro.

—Si eres de verdad de Europol, acabas de violar media docena de protocolos.

Rebeca dudó apenas un segundo.

—Si me han abandonado, ya estoy muerta. Y si hablo contigo... también. No hay camino de regreso.

Agulló tragó saliva, aún sin confiar. Pero algo en su mirada había cambiado. Era el tipo de miedo que solo se ve en quien se ha quedado sin apoyo.

—Sigo sin creerte.

—Tienes todo el derecho. Pero, mira a tu alrededor. ¿Crees que todo esto lo montaron chicas de veinte años sin experiencia? Las pruebas, las fotografías, los seguimientos... Si yo desaparezco mañana, no habrá nadie más que pueda seguir dentro.

La inspectora la observó en silencio. El arma seguía en el suelo, como una amenaza que ambas decidieron ignorar.

—Una palabra fuera de lugar y lo sabrán todo —dijo finalmente.

—Y yo moriré. Ellas también. Lo sé.

Un segundo más. Otro.

La inspectora asintió, casi imperceptible. Se limpió la sangre del labio con el dorso de la mano. Luego la observó durante un largo instante. No bajó la vista. El tipo de miedo que tenía delante no era histeria, era certeza. Miedo de quien sabe que la han abandonado.

—Y todo esto… —Hizo un gesto con la cabeza hacia el archivo—. ¿Lo has montado tú sola?

—Parte sí. Parte no. Yo he seguido el trabajo que dejaron mis compañeros… Algunas pruebas son reales. Otras, plantadas. Pero nadie ha llegado tan adentro como yo. Ahora mismo, si me matan, se cierra el acceso.

«Cerdo, cabrón… Maldito Aguilera», se dijo Agulló, recordando el encuentro.

Luego recogió la pistola y la guardó en el cinto, sin apuntar a la otra.

—Entonces habla. Todo lo que sepas. Ahora.

—Esto se tomó hace cuatro días, en Extranjería. Rojo accedió a información que debería estar fuera de su alcance. Lleva credenciales falsas. O alguien muy arriba le está abriendo puertas.

—Es imposible... ¿Cómo es que nadie nos ha notificado de esto?

Para ella, era una clara evidencia de que Rojo había obtenido acceso a información oficial a pesar de su suspensión, y también sugería que había otros elementos dentro del sistema que facilitaban sus movimientos. Definitivamente, su compañero había cruzado una línea prohibida, convirtiéndose en un corrupto.

Otra imagen mostraba a la chica pelirroja del club, pero en circunstancias distintas. La fecha en la esquina indicaba que había sido tomada solo tres días atrás.

—La trajeron con promesas de trabajo en hoteles.

—Es la chica que mataron…

Rebeca continuó mostrando fotografías que documentaban la estructura de la red: ubicaciones de clubes, rostros de los perpetradores, vehículos utilizados para el transporte. Había imágenes de Milenka coordinando operaciones, de Simeon intimidando a las víctimas, y del doctor Blazev en su consulta privada.

—¡Esa mujer! Rosa Martín…

—Se llama Milenka. Es la mano derecha de Petar, el jefe de la célula. Es una auténtica zorra.

—Lo sabía…

—Esta es Zhara. —Señaló la fotografía de una chica rubia que la inspectora reconoció de inmediato.

—No. Es Elena Herrera.

—Así es como la conocimos nosotras. Llegó aquí hace cuatro meses. Muy valiente y con carácter, pero estaba muy asustada. Le dieron un seudónimo para no dejar rastro de ella. No recordaba quién era.

—¿Cómo es posible?

—Algunos de estos cabrones estuvieron en la guerra de los Balcanes. No solo aprendieron a manejar armas, aprendieron a romper personas.

—¿Tortura?

—Más sutil que eso. Técnicas de manipulación psicológica. Aislamiento en contenedores, privación sensorial, control del lenguaje, ciclos de interrogatorio diseñados para desorientarte. No necesitas una celda, si puedes encerrarlas en su propia cabeza.

—¿Y eso funciona?

—Cuando las chicas llegan aquí, muchas ya no saben distinguir lo que fue real de lo que les hicieron creer. A Elena la reconstruyeron desde cero. Y cuando empezó a recordar, ya era Zhara.

—¿Qué pasó con ella?

—Comenzó a salir con uno de los hombres de la organización, hasta que la captaron.

—¿Es algo habitual?

—Por supuesto. Todo comienza con un primer trabajo —explicó la mujer, resignada—. Sin embargo, no lograron manipularla lo suficiente. Eso, o era la más valiente de todas. No les quedó otra vía que deshacerse de ella. Así que, oficialmente, su muerte fue registrada como un suicidio, pero nosotras sabemos que fue asesinada.

Esto confirmaba lo que Agulló había sospechado desde el principio. Sin embargo, ahora la atormentaba una nueva pregunta: ¿sabía Rojo que Elena estaba muerta? ¿O seguía buscando a una chica que ya no podía ser salvada?

La agente sacó una última fotografía de la caja: un grupo de hombres en trajes caros reunidos en lo que parecía ser una oficina gubernamental. Algunos rostros eran reconocibles de periódicos locales: políticos, empresarios y funcionarios de alto nivel.

—Los clientes especiales —murmuró—. Aquellos que pagan extra por discreción y por... servicios especiales.

—¿Tienes nombres?

—Algunos. Pero tenerlos es una condena.

La inspectora examinó el archivo durante más de una hora, en silencio absoluto. Página tras página, imagen tras imagen, fue armando un mapa del horror que habría tomado años reconstruir desde cualquier institución oficial. Era suficiente para arrasar con toda la red. También era suficiente para enterrar a cualquiera que intentara usarlo dentro del sistema.

—Esta noche habrá una entrega —explicó la agente de Europol—. Todavía no sé la hora exacta.

—¿Una entrega de… chicas?

—Sí.

—¡Joder! Es la oportunidad para detenerlos. ¿Dónde va a suceder? Tengo que avisar al comisario… Necesitamos una orden, ¡ya!

Rebeca la miró con recelo y la agarró por el hombro. Sus ojos hablaban por ella y temía que la inspectora destrozara la operación.

—No puedes hacerlo. Eso lo arruinará todo. Nos matarán a todas.

—No voy a permitir que sigan traficando con mujeres para luego prostituirlas.

—No lograrás nada.

—Tengo que marcharme.

Al salir del sótano, Agulló llevaba copias de las fotografías más relevantes y algo más pesado que cualquier expediente clasificado: la certeza de que los tribunales no eran para los justos, sino para los ingenuos que aún creían en finales felices.

En los peldaños de salida, justo antes de que las chicas pudieran verlas, Rebeca la alcanzó.

—Agulló —dijo con voz firme, sin súplica—. Si mañana me pasa algo, necesito saber que alguien seguirá con esto.

La inspectora se giró despacio. Su rostro era una máscara sin fisuras.

—No me pidas nada.

—¿En serio? ¿Después de todo esto?

La inspectora pensó en Anya, convertida pronto en una ficha más en una carpeta cerrada. Tragó saliva. No era el momento de sentir. Sentir solo servía para romperse.

—No puedo prometerte nada —dijo al fin—. No confío en ti. Ni en Europol. ¿Cómo sé que no me estás usando?

—¿Y las pruebas que te llevas? —respondió Rebeca, desconcertada—. ¿No bastan? Yo también estoy al límite.

—Tendrás que demostrarme que lo que dices es cierto.

Rebeca asintió con una lentitud casi resignada, como si esa respuesta ya la hubiera ensayado. No replicó. No insistió.

Cuando emergieron al exterior, la ciudad seguía oliendo a jazmín y salitre. Todo igual. Todo indiferente.

Como si Rojo no estuviera operando dentro del sistema.

Como si Elena no estuviera enterrada.

Como si los finales felices aún fueran posibles.

## 32

El tráfico era denso a la salida de Alicante. La luz del crepúsculo rebotaba en los retrovisores y la radio murmuraba noticias que ya no le importaban. No podía olvidar la conversación con Rebeca. Las dudas la atravesaban y tenía los nudillos apretados sobre el volante. El aire acondicionado echaba un soplo tibio que no lograba bajar la presión arterial.

Marcó desde el móvil privado, pero no con llamada directa. Usó Telegram. Llamada de voz. Más informal. Más difícil de rastrear, o eso se suponía.

Luis Aguilera respondió al tercer tono.

—¿Sí?

—¿Tienes un momento?

—¿Tú? Depende.

—Es importante.

Silencio. Luego, un suspiro de los que preceden a las mentiras.

—Habla.

—¿La Europol tiene ahora mismo a alguien infiltrado en trata en la Comunidad Valenciana?

Otro silencio.

—No que yo sepa —dice al fin Aguilera—. Y no deberías preguntar eso por aquí.

—¿Estás seguro?

—¿De qué?

—De que no hay nadie operando aquí bajo cobertura.

—No te metas en cosas que no puedes manejar.

Clic.

La llamada se cortó sin despedidas. Agulló dejó el teléfono en el asiento del copiloto y mantuvo la mirada en la línea blanca de la autopista. Tenía el pulso en quinta, y el coche en cuarta.

Sin esperarlo, el móvil vibró:

«Club Dácil. Medianoche. Ven sola, si quieres ver a tu compañero».

Agulló observó la pantalla. Era Rebeca y se refería a Rojo.

Buscó en las llamadas recientes y marcó el número de Costa.

—¿Agulló? Por fin respondes a mis llamadas… Pensé que te había tragado la tierra.

—No… Todavía no.

***

El puerto respiraba con lentitud. Las luces del Noray iluminaban los reflejos del mar, y en la terraza solo quedaban dos mesas ocupadas. Costa llegó con paso contenido, su cojera aún era evidente. Vestía una cazadora azul marino y su expresión oscilaba entre el fastidio y la preocupación. Al verla, no la saludó con palabras, simplemente se sentó frente a ella.

Agulló dejó la carpeta sobre la mesa en silencio y pidió un café, sin azúcar.

Costa echó un vistazo a la carpeta cerrada.

—¿Qué traes ahí, denuncias o fantasmas? —preguntó.

—Ambas cosas —respondió ella.

Abrió la carpeta despacio. El viento intentó mover algunas hojas, pero ella las sujetó con firmeza. Costa vio las primeras imágenes y su expresión cambió: rostros, lugares, chicas muy jóvenes y hombres que no debían estar allí.

—¿Qué coño es esto? —exclamó.

—Un archivo clandestino. Recopilado por víctimas de trata. Fotografías, seguimientos, nombres, fechas. Llevan dos años construyéndolo en secreto.

Costa cerró la carpeta con un gesto brusco.

—No lo enseñes aquí. Ni aquí ni en ningún sitio público. —Se inclinó hacia ella—. ¿De dónde carajo has sacado esto?

Agulló mantuvo su mirada fija.

—De una mujer que se hace llamar Rebeca. Pero ese no es su verdadero nombre.

—¿Una mujer sin nombre? Suena raro, Agulló.

—Es una larga historia.

—Empieza mal esa historia.

—¡Déjame hablar! ¿Quieres? Dice que es una agente de la Europol y que está infiltrada como víctima.

Costa alzó lentamente las cejas.

—¿Una infiltrada? ¿Y crees a la primera desconocida?

—Es algo más complejo. Hace unos días llegué a otro agente de la Europol, a través de los papeles de Ferrando. Tengo razones para creer a esa mujer.

—¿Y qué hace entre las chicas? Me cuesta encajar las piezas.

Agulló resopló.

—Vive con ellas y recopila pruebas. Entró en la organización como una «víctima» más, o eso me dijo... Se destapó conmigo cuando la acorralé, pero no tengo forma de verificarlo. Pregunté a Aguilera…

—Y te mintió.

—Sí, o me ocultó algo, que es peor.

Costa se frotó la mandíbula, pensativo, y luego señaló la carpeta sin tocarla.

—¿Y tú la crees?

—A ella, no. Pero me creo las fotografías. Hay fotos de Rojo con documentación oficial. No debería tener acceso a eso. Alguien le está abriendo puertas, y es alguien de alto nivel.

—¿Rojo está metido en el ajo?

—No sé en qué, la verdad, y no sé si quiero saberlo, pero se mueve como si tuviera respaldo. La pregunta es: ¿de quién?

Costa resopló, mirando fijamente el mar oscuro.

—¿Y Ferrando?

—¡Ah! Ese cerdo... He pedido la baja.

—¿Hay algo que no me has contado?

—No.

—¿Segura?

—No estoy embarazada, capullo —respondió y el otro rio—. Recursos Humanos me ha llamado dos veces hoy. Ferrando también. No los he cogido... Y alguien ha cambiado la contraseña de mi correo de servicio. Así que prefiero salir del tablero, antes de que él me sacara por la fuerza.

—Bien jugado, inspectora —dijo él con una sonrisa triste—. ¿Y qué vas a hacer ahora?

—Seguir, con o sin placa. Pero necesito que alguien lo vigile. Ferrando no es idiota y sabe que estoy metiéndome en sus asuntos. Me pregunto si sus asuntos también son los de Laura Borrás y si alcanzan a Linares. Eso lo complicaría todo... El caso es que, si se da cuenta de que me muevo fuera del radar, vendrán a por mí.

Costa asintió lentamente.

—Puedo hacerlo y cubrirte. Estoy de baja y no tengo nada mejor que hacer que seguir a ese desgraciado. Además, me vendrá bien estirarme un poco.

Agulló lo miró, agradecida, pero con una expresión seria.

—¿Estás seguro?

—¿Tú no lo estarías? Todavía estoy de baja y echo de menos la calle.

Ella asintió finalmente.

—Entonces hazlo. Pero sé precavido. Si te acercas demasiado, también te quemarás.

Costa sonrió con esa mezcla de resignación y adrenalina que los viejos policías reservan para los casos imposibles.

—Después de recibir un disparo... A estas alturas, Agulló, no estoy seguro de tener nada que quemar.

# 33

Tres chicas respiraban dentro del contenedor.

Rojo abrió las puertas metálicas y el olor lo golpeó de inmediato: sudor, miedo y algo químico que reconoció de otros interrogatorios. Orina. Vómito.

—Verifica la mercancía —había dicho Petar—. Que llegue limpia al destino.

«Mercancía». Como si fueran cajas de fruta.

Una cámara con un LED rojo parpadeaba en la esquina. A la izquierda, un montacargas inmóvil; a la derecha, una salida de emergencia encintada. El almacén B-47 del Polígono de Babel era perfecto para lo que hacían: paredes insonorizadas, suelo cubierto de plástico, cero testigos. La crisis había vaciado media zona industrial, dejando naves abandonadas, ideales para negocios que preferían la discreción. Allí dentro, las botas hacían ventosas con el suelo, al caminar sobre él.

En el centro del espacio se alzaba un contenedor marítimo estándar, pero modificado, con ventilación discreta y cerraduras que se abrían solo desde el exterior. Era el tipo de transporte que permitía mover «mercancía delicada» sin despertar sospechas en puertos o controles de carretera.

Rojo abrió las puertas traseras del contenedor. La pesadilla habitual: tres chicas acurrucadas en colchonetas sobre el metal. De dieciséis a veinte. En los ojos, el vacío aprendido: resistirse solo alarga el dolor.

Una rubia apretaba las muñecas marcadas como si pudiera sostenerse con sus propios huesos. Una morena lo taladraba sin parpadeo, como si contara su respiración. Y la castaña… lo miraba como si lo conociera.

Cuando lo vio en la entrada del contenedor, algo cambió en su expresión.

Petar observaba desde la entrada del almacén, evaluando cómo el policía manejaba su primera confrontación directa con las víctimas.

De repente, la chica de cabello castaño se incorporó e intentó correr hacia la salida del contenedor. Era un movimiento desesperado y sin posibilidades de éxito, pero Rojo lo vio como una oportunidad para demostrar su competencia mientras brindaba ayuda discreta.

La agarró con firmeza del brazo, pero de manera calculada para no causarle daño. Durante el forcejeo, la llevó hacia el palé astillado y, al tropezar, le cubrió el movimiento con el cuerpo.

—Se me iba. Ya está.

Petar sonrió sin dientes. Duró medio segundo más de lo normal.

—¿Todo en orden?

—Sí. Pero una de ellas parece enferma. Si no se atiende, podríamos perder mercancía.

Petar asintió.

—La carne fresca viaja mejor que la fruta… Donde manda patrón, no manda corazón.

—Si quieres que pase el control, hay que hidratarlas.

El término «carne» resultaba particularmente repugnante, pero no podía permitir que sus emociones revelaran su verdadera agenda.

La chica de cabello castaño se quedó mirándolo.

—No nos vendas.

Rojo sintió cómo el mundo se estrechaba.

—¿Qué has dicho?

—Zhara dijo que vendrías a rescatarnos.

—No sé de qué coño hablas, pero, si no quieres buscarme un problema, será mejor que cierres el pico…

Hizo una mirada rápida hacia Petar, que ahora hablaba en búlgaro por teléfono.

—Grabó con el móvil. Llevaba la tarjeta de memoria pegada bajo una uña con esparadrapo. Cuando la atraparon… se la quitaron.

—¿Dónde están las grabaciones?

—Escondidas. Pero no sé dónde.

Petar terminó su llamada. Regresaba hacia ellos.

—¿Sabes conducir tráiler? —preguntó Petar como quien habla del tiempo—. El transporte sale en dos horas. Necesito que revises los documentos de identificación que usaremos en los controles.

Entre los DNIs falsos, uno tenía un sello real de aduanas, con filigrana térmica. No era un sello fabricado en un taller, sino acuñado en un despacho.

Mientras los hombres salían del almacén, Irina lo miró una última vez.

—¿A dónde las llevan?

—A trabajar —respondió el jefe y la conversación concluyó.

Miró el reloj: 17:05. Dos horas exactas para que un camión con tres vidas desapareciera de mapa.

***

En el coche de regreso a Elche, Petar mantuvo una conversación banal, un interrogatorio disfrazado.

—Bien —dijo y sacó un fajo de billetes—. Esto es para ti.

Rojo contó despacio. Billetes húmedos de mar. Petar miraba sus nudillos, no el dinero.

—Más de mil —dijo Rojo.

—Para empezar —respondió Petar—. Lo caro es la confianza.

—Este no es el trato.

—De algo tienes que vivir, ¿no? —preguntó y se rio con sorna—. ¿Tienes familia por aquí? Nunca te he visto con nadie.

—Me diste tu palabra.

—Lo sé, pero todo a su tiempo… La información que buscas está a punto de llegar a ti. A todo esto, ¿qué opinas de las chicas? Son bonitas, ¿verdad?

—Mercancía estándar. La rubia tiene potencial para clientes exigentes. La morena necesita más entrenamiento.

—¿Y la de cabello castaño?

—Problemática. Demasiada personalidad.

—A veces, Rojo, la personalidad es exactamente por lo que más pagan.

Hubo un silencio tenso y Rojo mantuvo la mirada al frente. No podía permitirse que el asco se le notara. El camión salía en dos horas. A Rojo le quedaban ciento veinte minutos para elegir a quién traicionar.

# 34

Medianoche. Calle paralela al Club Dácil, Elche.

El motor del Opel Astra ronroneaba en ralentí, como si también dudara de lo que estaban a punto de hacer. Agulló apagó las luces y se acomodó en el asiento. Le había costado dar el paso, pero las dudas habían superado su determinación. A su lado, Rebeca observaba el edificio con la paciencia tensa de quien ha aprendido a esperar en silencio.

—¿Estás segura de que es aquí? —preguntó Agulló.

—¿Ves a aquel tipo en la puerta? Camisa negra, mirada de tiburón. Es Dumitru, uno de los hombres de Petar. Siempre es él quien lleva a las chicas. Y el otro...

Del interior del club salió Rojo, vestido con ropa que no era suya: demasiado limpia, demasiado nueva, demasiado cómoda. Caminaba con una media cojera que Agulló reconocía de lejos, aunque la dureza de su rostro la desconcertara. Tras él aparecieron dos hombres más: el primero, corpulento y alto, caminaba con una muleta. El segundo llevaba una camiseta negra de licra y era algo más bajo.

—El último es Petar, el jefe de todos.

—Hijo de puta... —susurró la inspectora.

Rojo subió al asiento del copiloto de un Audi oscuro. Dumitru conducía y los otros dos se acomodaron atrás. El coche arrancó y se alejó sin prisa hacia el sur, como si no tuviera nada que ocultar.

Agulló encendió el motor. Rebeca ya tenía el cinturón puesto.

—Voy a seguirlos.

Condujeron sin luces durante las primeras dos calles, luego se incorporaron a la avenida, manteniendo una distancia prudente. Un tráiler frigorífico se interpuso entre ellos y Agulló perdió de vista el morro del Audi durante unos eternos segundos, hasta que la calzada se despejó de nuevo. Finalmente, el Audi tomó dirección a Torrellano, cruzando los polígonos industriales con la tranquilidad de quien lleva la ley en el bolsillo o sobornada en la guantera.

—¿Y bien? —preguntó Rebeca tras varios minutos de silencio.

—¿Y bien qué?

—¿Vas a seguir dudando de mí?

Agulló tragó saliva. No respondía por Rebeca, sino por lo que acababa de ver: a Rojo, con Petar. A Rojo, sin forzar ninguna salida. A Rojo, como uno más.

—No es eso.

—Sí, es eso. —Rebeca giró el rostro hacia ella—. Te cuesta aceptar que lo has perdido.

—No lo he perdido.

—Entonces dilo. En voz alta.

—¿Por qué no mencionaste a Aguilera desde el principio?

Llegaron al borde del polígono. El Audi se detuvo frente a una nave industrial sin rotular. Agulló apagó las luces y estacionó en paralelo, a medio bloque de distancia. Desde su posición podían ver el contenedor, las luces y las sombras que se movían. Observaron la escena: Petar estaba revisando la carga, Rojo abría el contenedor y las chicas permanecían adentro.

—¿Ves eso? —dijo Rebeca con voz seca—. Esa es Irina, la chica del pelo castaño. La rubia de atrás, esa es Ivanka. Lleva desaparecida…

—Una semana. ¡Mierda!

—¿Cómo lo sabes?

—La conocí en el hospital…

«Y no hice nada por ayudarla».

Al verla, Agulló asintió, sin apartar los ojos del parabrisas. Era la muchacha del hospital.

—Deberíamos detenerlos ahora. No podemos permitir que continúen con esta atrocidad. Pidamos refuerzos y bloqueemos la salida. Con una llamada... lo que sea.

—¿Y luego qué? ¿Una redada que no llega a tiempo? ¿Una filtración desde comisaría? ¿Un parte disciplinario por actuar fuera de protocolo? ¿Sabes cuántas veces lo han intentado ya? —interrumpió la agente de Europol—. Las redadas siempre llegan tarde y en tu comisaría ya saben lo que estamos hablando. Nos pegarán dos tiros, inspectora.

La inspectora respiró hondo.

—No puedo permitir que Rojo se hunda con ellos.

—Él ya no es policía.

—Lo mismo podría decirse de ti, ¿no crees?

—Es diferente... —respondió Rebeca.

La respuesta cayó como un ladrillo dentro del vehículo y un nudo se formó en la garganta de la inspectora. Contó tres respiraciones para liberarlo.

Del almacén ya salía el cargamento: las chicas estaban dentro del contenedor, los motores en marcha y una caravana de miseria industrial rugía perfectamente engrasada.

—¿A dónde las llevan? —murmuró Agulló.

Rebeca desbloqueó su móvil y le mostró un mapa con tres pines rojos.

—A un piso de tránsito en San Vicente del Raspeig, en el muelle de carga del puerto. Cortinas verdes en el balcón. Han seguido esta ruta dos veces esta semana. No es una teoría. Es un patrón.

—¿Quieres decir que…?

—En unas horas, estarán navegando por el Mediterráneo.

La inspectora no respondió. Encendió el motor y se preparó para seguirlos.

—Eso no ocurrirá.

Miró el reloj. Las agujas marcaban las 00:58.

—No, si nos movemos ahora.

—Despacio, inspectora.

—No me digas cómo hacer mi trabajo.

Pausa.

—Haz el tuyo.

—Entonces, ¿vamos a por ellos?

—No. De momento, solo a por ellas.

Apagó las notificaciones del móvil y pisó suavemente el acelerador. El reloj empezó a correr en serio.

# 35

La pensión de San Vicente albergaba historias tristes desde hacía décadas, mucho antes de que comenzaran a desaparecer jóvenes. Los trabajadores que llegaban con sueños de temporadas prósperas se marchaban con los bolsillos vacíos. Ahora, el lugar servía como un almacén para mercancía que aún respiraba.

La fachada de ladrillo desconchado reflejaba el cansancio de los barrios obreros, donde nadie pregunta y todos fingen no ver. Las ventanas del segundo piso, tapiadas con maderas deformadas por la humedad, filtraban una luz artificial que parpadeaba como ojos enfermos.

Agulló observó el edificio desde el callejón trasero, apostada junto a los contenedores que aún retenían el calor del día. El aire nocturno traía consigo el aroma del jazmín de los patios, la grasa rancia del bar de la esquina y algo más siniestro: el rastro químico de la desesperación procesada.

—Es ahí.

—Las cortinas verdes —dijo Agulló—. Es la ventana del cuarto. Si están echadas, significa que deben estar dentro.

—¿Estás segura de esto? Puede que la situación se ponga fea —murmuró Rebeca mientras se colocaban en posición, asegurándose

de que había una bala en la recámara—. Espero que tengas buena puntería.

Hasta el momento, la inspectora había preferido no pensar en ello.

—Llevas tres semanas viendo cómo se las llevan una por una —respondió Agulló, palpando la pistola bajo la chaqueta—. Si no hacemos algo, mañana será otra.

Accedieron al edificio a través de una ventana del sótano, que había sido forzada por okupas que huyeron al descubrir el nuevo uso del inmueble. El interior conservaba ecos de vidas pasadas: marcos vacíos y papel pintado con flores descoloridas que se habían transformado en manchas abstractas. El aire estaba impregnado de humedad, abandono y productos químicos destinados a mantener a las víctimas bajo control.

La escalera crujía bajo sus pies; cada peldaño era una nota discordante.

Los sonidos del segundo piso llegaban amortiguados: voces masculinas en búlgaro, como fragmentos de cristal, y la respiración ahogada de alguien que luchaba contra la niebla mental.

A través de la puerta entreabierta, Agulló presenció la escena que había aprendido a odiar. Un hombre corpulento fumaba en una silla, mientras otro más joven se movía nervioso entre la ventana y una cama donde yacía una figura femenina.

El mayor rondaba los cuarenta y cinco años. Sus manos callosas hablaban de una juventud de trabajo, antes de que la necesidad lo empujara a territorios más oscuros. Su rostro conservaba las líneas de quien había conocido risas familiares, aunque sus ojos reflejaban la opacidad de alguien que había aprendido a ignorar ciertas cosas, para poder dormir por las noches.

El joven no debía tener más de veinticinco. Cada gemido de la chica le tensaba el cuello; apretaba la colilla sin fumar, buscando en la nicotina una anestesia que nunca llegaba, con la mirada fija en la puerta, como si esperara permiso para huir.

En la mesita, junto a la pistola del mayor, había una fotografía enmarcada, de una mujer con dos niños. El cristal estaba roto, como si hubiera sido aplastado y recompuesto varias veces. Era evidencia

de un conflicto interno que se libraba cada noche entre el hombre que había sido y el que necesitaba ser para que su familia comiera.

Agulló reconoció de inmediato el cabello rubio: era Ivanka, la chica del hospital. Tenía los ojos abiertos pero desenfocados, flotando en un limbo químico. En su mirada perdida se reflejaban los neones de la calle, formando un caleidoscopio que parecía burlarse de su situación.

—¿Cuánto falta? —preguntó uno en búlgaro.

—Una hora.

Agulló miró a Rebeca y pateó la puerta.

—¡Alto!

La realidad estalló en fragmentos.

El joven saltó hacia la ventana.

Pánico. Vidrio.

El mayor se dirigió hacia el arma.

Rebeca disparó. Se oyó un alarido y el hombro del chico se abrió como una sandía

Agulló apuntó y apretó.

Rebeca disparó desde la esquina. El joven gritó y se desplomó con el hombro destrozado, interrumpiendo su huida.

El gordo ya tenía su arma. Agulló ajustó la puntería y apretó el gatillo.

El primer disparo después de mucho tiempo.

El estallido resonó en la habitación. El retroceso le recorrió los brazos y le crujió los dientes.

Veinte años de protocolos, desechados.

La pierna del muchacho estalló como un saco de carne húmeda, pero ella no parpadeó y el aire se impregnó de un olor rancio a pólvora quemada.

En el silencio que siguió, solo se oía la respiración esforzada de los heridos y el sonido de la chica tratando de levantarse de la cama.

Ivanka, aún tendida, giró lentamente la cabeza hacia Agulló. Su voz llegó empapada en sedantes:

—Zhara... Preguntaste por Zhara.

Agulló se arrodilló a su lado, dejando que la pistola descansara en el suelo.

—¿Qué sabes?

Ivanka tragó saliva con esfuerzo. Tenía los ojos nublados, pero en su mirada había más que confusión; había recuerdos.

—La mataron... porque sabía los nombres.

—¿Qué nombres?

—Clientes importantes —hizo una pausa, dudando de su propia seguridad—. Lo grabó todo. Hay una copia en la cámara del club. Está escondida…

—¿Dónde?

—En una estatua de la sala de reuniones. Detrás del espejo. Milenka... y el doctor... la usaban para chantajear. Ella lo descubrió…

El resto de la frase se perdió en un suspiro.

Las palabras cayeron sobre Agulló como esquirlas de un artefacto que finalmente explotaba en su mente.

Rebeca irrumpió por el pasillo, nerviosa, con la pistola aún humeante en la mano.

—Tenemos que largarnos. Los disparos se han oído desde la calle. Si alguien llamó a la policía, llegarán en tres minutos. Cuatro, si están fumando.

Agulló se puso en pie y observó los cuerpos en el suelo: el joven seguía quejándose, apretando su hombro ensangrentado. El mayor respiraba con dificultad. No decía nada; solo miraba el techo con los ojos vidriosos y la pierna hecha un desastre.

—¿Puedes caminar? —le preguntó a Ivanka, que había logrado sentarse.

La chica asintió con torpeza.

Rebeca recogió los casquillos con un pañuelo, mientras Agulló, usando guantes, limpiaba la mirilla de la puerta con la manga, para evitar dejar grasa.

Una vez en el coche, Rebeca tomó un par de giros adicionales antes de incorporarse a la A-7, para evitar posibles atascos. Agulló apagó el móvil de Ivanka y puso el suyo en modo avión.

Debido a las sacudidas del vehículo, Ivanka vomitó en el asiento trasero al tomar la curva hacia la A-7.

—Mierda —murmuró Rebeca, bajando la ventanilla—. La tintorería te costará un ojo de la cara.

Agulló se giró hacia la chica, que se limpiaba la boca con una mano temblorosa.

—¿Estás mejor?

—Me duele todo —respondió Ivanka, cerrando los ojos—. Pero estoy viva.

Tres palabras que valían más que cualquier informe policial que hubiera redactado en veinte años.

Rebeca encendió un cigarrillo.

—¿Y ahora qué?

—Ahora sabemos dónde está la cámara.

—¿Y?

Agulló se tocó la pistola en la funda, aún caliente.

—Primero, la escondemos. Luego, les devolvemos la visita.

***

Una hora después. Medianoche.

Agulló dejó a Ivanka dormida en una cama limpia, en el piso de Torrellano. Respiraba mejor y el color había regresado a sus mejillas. Por primera vez desde que la vio, no parecía estar flotando en formol.

Rebeca se quedó en el umbral, con los brazos cruzados y una expresión tensa.

—Tranquila, cuidaremos de ella —le dijo—. Se recuperará.

—Sobre lo ocurrido esta noche…

—Sé que va a sonar extraño para ti, pero forma parte del trabajo.

—¿Trabajo? Esos dos tipos…

—¿Estás segura de que tienes que ir esta noche? —interrumpió Rebeca.

La inspectora no respondió de inmediato. Se quedó observando a Ivanka, dormida, bocarriba, con las manos crispadas sobre la manta. Aún tenía espasmos, como si su cuerpo se negara a creer que estaba a salvo. Su rostro parecía el de una niña a la que le habían robado demasiadas noches.

—Si espero, alguien no se despertará mañana.

Ya en el coche, rumbo a la comisaría, el silencio era tan denso como el humo que no se atrevían a encender. Pensaba en la cámara oculta, en los políticos, en Elena, la chica que creyó poder con todos.

¿De veras estaba muerta? Entonces, ¿por qué Rojo seguía en el caso? Se cuestionó sin encontrar respuesta.

Pero lo más preocupante no era eso. La guerra no estaba por venir; había comenzado en aquella habitación.

Habían dejado con vida a esos dos hombres —uno sangrando por el hombro, el otro respirando con dificultad—, y juntas pagarían el error.

# 36

Antes de que Agulló regresara a su domicilio, Rojo llevaba horas en la penumbra, mirando el coche gris plantado frente a su ventana. No era el mismo conductor, pero el patrón se repetía: llegar al amanecer, marcharse al caer la noche.

«Jodida cabeza…», murmuró, intentando encontrar en la memoria el momento en que todo se había ido a la mierda. «Idiota. Pensaste que eras más listo. Nunca lo fuiste», se dijo, apurando una lata de cerveza ya caliente.

No podía llamar a la policía. Mora ya no contestaba a sus mensajes. El círculo se estaba cerrando y no había escapatoria fácil. La única salida era largarse. Pero no podía. No mientras esas chicas siguieran cayendo en manos de esa gente.

Al menos, eso era lo que le dictaba la conciencia, pero, con los años, había aprendido que el corazón, no siempre lleva la razón, ni es el órgano más sabio cuando se quiere sobrevivir.

Decidió salir de la vivienda a pie. Tomó calles secundarias, vigilando escaparates y retrovisores, con la sensación de que cada cristal le devolvía un rostro que no era el suyo. Hacía días que había dejado de ir al bar Guillermo y al Ferrao, bares donde siempre le reservaban mesa o rincón en la barra y sabían cómo tomaba el

carajillo. Demasiada costumbre; demasiado fácil para que cualquiera lo relacionara con un lugar y lo esperara allí.

Ahora alternaba rutas sin patrón: a veces bordeaba la plaza del Mercado, otras veces subía por calles estrechas y sin salida, para ver quién doblaba detrás. Evitaba las mismas aceras, cambiaba de dirección sin aviso, fingía entrar en portales ajenos solo para despistar. Ya no era paranoia, era un instinto afilado por semanas de acecho.

El problema era que ya no sabía quién lo seguía. Podían ser los búlgaros, policías de paisano, o algún civil comprado para hacer de perro pastor. Tal vez todos a la vez. En su mundo, las fronteras entre unos y otros se desdibujaban hasta parecer la misma cara con distintas placas o acentos.

Su objetivo esa tarde era llegar al edificio de Agulló, sin arrastrar la sombra que lo vigilaba. Necesitaba advertirla de que había órdenes de atraparla. Y aunque ella jamás se lo hubiera pedido, sentía que debía protegerla. Había perdido demasiada gente como para permitir que su compañera fuera la siguiente.

En la esquina de un bar de barrio se detuvo. El olor a fritanga y cerveza rancia le cubrió como un camuflaje. Desde allí vio a Agulló, entrando a su portal. No se acercó. Había otro hombre al otro lado de la calle, fingiendo hablar por teléfono, pero siguiendo con la vista cada movimiento.

El estómago se le encogió.

«¿Tú?».

No podía ser cierto, pensó, al reconocerlo. Era el subinspector Ferrando. Ese cerdo la tenía en la mira y ella no lo sabía. Si se acercaba demasiado, era probable que también lo viera a él. Y eso no entraba en sus planes de esa noche.

Regresó a pie, haciendo tiempo en una tienda de alimentación regentada por chinos. Compró una botella de agua, una linterna barata y pilas. No eran compras al azar, eran cosas que quizá necesitaría antes de desaparecer.

Al llegar a su piso, el móvil vibró. Mensaje de Milenka:

*«Esta noche, al club. Celebración».*

Rojo leyó y supo que aquello no era una invitación, sino una convocatoria obligatoria. La palabra «celebración» en su boca siempre significaba algo más sórdido.

Apretó el teléfono en la mano. El caso estaba hundiéndose más y más, y si no jugaba bien su papel, se lo tragaría entero. Pero una cosa tenía clara: tarde o temprano, Agulló acabaría en la mira de la misma gente que lo tenía a él bajo lupa. No sabía cuándo, ni dónde, pero una pistola ya estaba cargada. Solo faltaba que alguien apretara el gatillo.

# 37

Despertó con la boca seca y el pulso acelerado. Su arma seguía en la mesilla, justo donde la había dejado antes de dormir. Una noche más con el acero al alcance, otra noche esperando que alguien cruzara la puerta con la intención de acallarla.

No oyó disparos, pero sintió un sudor frío recorrer su cuerpo. Había soñado con escaleras, cuerpos y una voz que le susurraba que ya era tarde.

Se sentó en el borde de la cama, tomó un ibuprofeno seco y se quedó mirando al suelo, como si allí pudiera encontrar las respuestas que no estaban en los informes.

La botella de vino permanecía abierta en la cocina. No había bebido mucho, pero sí lo suficiente para perder el miedo a cerrar los ojos. A veces pensaba que así comenzó Rojo: una copa para dormir, otra para olvidar. Luego, ya no podía distinguir entre ambas.

Cuando finalmente se dio cuenta, estaba enterrando pruebas para sobrevivir en un sistema que ya no reconocía.

«Rojo».

Había algo que no encajaba. Lo había visto con ese mafioso del puerto: su sonrisa forzada, su lenguaje corporal contenido. Sabía

interpretar esas señales; las había observado en testigos que no querían hablar y en policías que ya no podían callarse.

Quiso llamarlo una sola vez, para asegurarse de que seguía vivo.

Pero no lo hizo.

Si estaba limpio, un contacto la pondría en su punto de mira. Y si no lo estaba… tal vez él también dudaría en apretar el gatillo.

Se sirvió un café que no pensaba terminar. Amargo, como la noche que había dejado atrás.

El contestador parpadeó.

Una única luz. Un solo mensaje.

Pulsó el botón de llamada.

La voz de Costa sonó distorsionada al principio, como si hubiera dudado antes de hablar.

—Agulló... soy yo.

Pausa.

—No sé por qué te dejo esto aquí. Supongo que no quiero esperar a que me cojas el teléfono. He estado... moviéndome un poco. Sé que estoy de baja, pero los días se hacen largos.

Colgó el mensaje y marcó el número. Esta vez, respondió al primer tono.

—Vaya, esta vez has sido más rápida —dijo él, con una tos que se mezcló con el sonido de papeles al otro lado de la línea.

—¿Qué tienes?

—¿Estás bien? Te noto la voz un poco rara...

—Más o menos...

Un breve silencio, solo el crujir de hojas y el roce de un bolígrafo. Costa respiró hondo antes de continuar:

—He seguido a Ferrando. No preguntes cómo. A veces, uno se vuelve creativo cuando no tiene nada que perder. Lo vi un par de veces y no estaba solo.

—¿Para eso me llamas?

—No tan deprisa. Aquí es donde se pone interesante… He visto también a Laura Borrás, la diputada, un par de veces. Siempre en lugares discretos: hoteles de carretera y cafeterías de paso. Nada oficial. No estaban precisamente trabajando, si me entiendes.

Agulló no pudo responder en ese momento.

—Sí, sé que no puedes hablar. Tendrías que haberlo visto.

—¿Estás diciendo que…?

—No insinúo nada. Ignoro lo que sucedía allí dentro, aunque no hace falta ser un genio para intuirlo. Puede que solo sea un lío, pero pregúntate: ¿qué hace un subinspector de homicidios reuniéndose a escondidas con una política regional que tiene línea directa con Linares? Aunque solo se trate de un asunto sexual, eso ya huele mal y está buscando problemas. Y si no es así… entonces la situación es aún peor.

—No es un delito.

—No, si no fuera porque ella está haciendo campaña y él es un corrupto.

Agulló se frotó las sienes, sintiendo cómo el dolor de cabeza se intensificaba.

—¿Tienes pruebas? ¿Has sacado alguna fotografía con el teléfono?

—Nada que sirva ante un juez.

—¿Ni una fotografía?

—Ni una…

—Vaya…

El estómago de Agulló se encogió. Costa carraspeó y cambió de tema.

—Hay algo más… Le he pedido un favor a Javaloyes, para que me revisara la denuncia de Elena Herrera.

—¿Y te lo ha hecho esa arpía?

—Claro que sí. Está colada por mí.

—No sé por qué te fías de ella.

—Yo tampoco, pero volviendo a la denuncia…

—Dispara.

—Encontré una contradicción en el expediente. Una vecina declaró haber visto a la chica entrar en un coche negro la noche de la desaparición. Sin embargo, en el informe oficial aparece tachado y reemplazado por «última vez vista saliendo sola del domicilio».

—¿Y quién firmó la corrección?

Costa bajó la voz, como si alguien pudiera escucharlo en su propio salón.

—Ferrando. Su firma está ahí, en tinta azul. Javaloyes me lo mandó escaneado.

Agulló cerró los ojos con fuerza, sintiendo cómo el café frío en su estómago se revolvía.

—Eso es grave, Costa. Muy grave.

—Lo sé. Pero todavía no es una prueba, solo un hilo. No será útil. Y ya sabes cómo funciona esto: si tiras demasiado, te cortan la mano.

La inspectora respiró hondo. Costa no había terminado, pero ella había tenido suficiente por esa noche.

—Gracias, Costa.

—No me agradezcas. Haz algo mejor: cuídate. Porque si yo he podido atar estos cabos desde mi sofá, imagina lo que saben los que están ahí arriba. Y esos no llaman por teléfono antes de venir a verte.

Agulló no respondió. La llamada concluyó con un clic seco, y el silencio en su salón se volvió aún más insoportable. Se asomó a la ventana y miró hacia la calle, pero no vio a nadie. Eso la tranquilizó por un instante, hasta que un golpe sordo en la ventana la hizo girar de inmediato.

«¡Joder!».

Solo era una rama. Al menos esta vez.

A continuación, un mensaje de texto.

«Ven a por mí. Estoy en el cauce seco, kilómetro siete de la carretera de La Marina».

# 38

El Club Dácil, cerrado al público, era un mundo aparte: sin música, sin luces, sin el dulce veneno del vodka con limón. Solo se escuchaba el zumbido grave del aire acondicionado y el eco de los pasos sobre la tarima desierta. El silencio pesaba como un interrogatorio antes de comenzar.

Milenka lo esperaba en la sala VIP. Había desmantelado la decoración habitual. La austeridad imponía un nuevo orden: los sofás estaban apartados a los lados, los focos iluminaban al máximo y no había rastro de botellas en las repisas. El ambiente olía a perfume caro y a electricidad estática. Se detuvo frente a una estatua y la miró a los ojos. En ese momento, la mujer llamó su atención:

—¿Champán? —preguntó mientras servía dos copas, con la solemnidad de una boda sin novios.

—Prefiero whisky.

—Traedme el mejor que tengáis —ordenó ella a uno de sus hombres.

—¿Qué estamos celebrando?

—Las pequeñas victorias… como ver lo bien que te adaptas a nuestros métodos.

Milenka mantenía la voz suave, pero alargaba las pausas, obligándolo a llenar el silencio con su propio nerviosismo. Uno de los esbirros le sirvió un whisky con hielo.

Rojo bebió, no por sed, sino para enfriar algo que ya empezaba a hervirle por dentro.

—¿Has tenido alguna dificultad?

—No. El jefe está contento. El cliente también. Un negocio redondo.

Tomó un trago. Milenka lo observó como un entomólogo a su presa: sin prisa, sin piedad.

—¿Todo bien, Rojo?

—Sí.

—¿Tienes problemas personales?

—No más de los que ya tenía.

—¿Te sientes solo? Puedo ofrecerte buena compañía.

—No.

—Como quieras. Seguro que eres de los que se aferra a la bebida.

Las palabras rompieron el silencio frío de la sala. Rojo no pestañeó, pero sintió un puño cerrarse en su estómago.

—Todos nos aferramos a algo y yo ya elegí mi veneno. No necesito una terapeuta.

—Por supuesto que no.

Se levantó con calma, caminó hacia una mesa lateral y abrió una carpeta. Aunque parecía inofensiva, Rojo sabía que contenía un veredicto. Sacó varias fotos impresas en papel satinado. El olor de la tinta aún fresca indicaba que las habían preparado para esa noche, para él.

Las fotos se deslizaron como cartas marcadas en un juego cuyas reglas él no conocía, pero ella sí. Eran imágenes del rescate de Anya en la pensión abandonada, capturadas desde un ángulo que sugería vigilancia previa… o un soplo interno.

Por último, encontró una fotografía tomada a larga distancia. En ella aparecían dos mujeres.

Una era Rebeca y la otra era la inspectora Agulló.

—¿Qué es esto?

—Tu excompañera está causando problemas, problemas que requieren soluciones drásticas.

—¿Qué tipo de soluciones?

—El tipo que tú deberás implementar.

Le entregó un sobre de papel grueso, sin membretes ni marcas. El gesto era casi un ritual: la hoja anunciaba un trabajo sucio. Rojo lo abrió como si contuviera veneno o dinamita.

Dentro, halló la ficha de un objetivo.

Rebeca, española, treinta y tres años. Fotografía frontal, mirada fija a la cámara, expresión neutra. No reconoció de inmediato ni el rostro, ni el nombre. Sin embargo, había algo en sus ojos... Esa mirada terca, de quien no se deja doblegar.

Algo en su estómago se revolvió.

«¿Y si…?».

Una mezcla de alerta y resistencia surgió en él, como si supiera que parpadear significaba conceder una derrota.

Leyó los detalles:

Rebeca había sido una de las chicas de los clubes de la organización, un cuerpo en un catálogo privado. Sin embargo, contra todo pronóstico, había desaparecido. La ficha relataba el resto como un parte de guerra: desaparición, rumores de ayuda externa y un rastro que se perdía en medio de la provincia.

En la carpeta había registros fríos: horarios anotados a mano, fotografías tomadas con teleobjetivo y listados de lugares que solía frecuentar. Durante meses la habían buscado sin éxito… hasta que una dirección emergió en rojo: una vivienda ocupada en Torrellano. Habían encontrado su escondite.

«Demonios…».

No era improvisación. Era caza mayor, y llevaban tiempo afilando los colmillos.

—Sabemos que ella está proporcionando información a las autoridades —dijo Milenka, sin apartar la vista de él—. La han visto con tu compañera, la inspectora, y queremos que eso se detenga. Definitivamente. Tu amiga puede ser tan incómoda como una piedra en el zapato.

Rojo levantó la vista, sopesando las palabras.

—Agulló es policía. No te recomiendo que…

—No, olvídala. Tienes que encontrar a la chivata. Primero, hazla hablar. Obtén nombres, métodos, refugios. Y después… —Su pausa fue contundente—, que no vuelva a ser un problema.

—Entiendo.

La respuesta fue fría y automática. Por dentro, una chispa de rabia, duda y miedo comenzaba a consumirle el pecho. ¿Quién de esas chicas arriesgaba la vida de esa manera?, se preguntó. ¿Con Agulló? ¿Qué hacía ella allí, siendo de Homicidios? No era lo habitual, concluyó. Algo no encajaba en todo aquello.

Luego, recordó la última vez que vio a la inspectora entrando en el portal de su vivienda, mientras Ferrando la vigilaba. ¿Ahora debía reducirla a un nombre en un sobre?

—¿Qué consigo yo a cambio? —preguntó, tras meditar la situación —. Tú y yo tenemos un trato, me prometiste el paradero de esa chica y todavía no he visto nada. Empiezo a desconfiar de tu palabra.

Cuando se levantó, Milenka se acercó a él y lo tocó en el brazo. Sus miradas se encontraron, generando una sutil tensión en el ambiente. Él lo notó, aunque dudaba de la capacidad de esa mujer para fingir en cualquier circunstancia. No podía bajar la guardia con ella.

—Rojo. Petar es muy desconfiado. Si logras que tu amiga se aparte, te respetará y te entregará lo que has pedido. Solo te puedo decir eso.

—¿Por qué no me lo dices tú? ¿Acaso no sabes dónde está?

—No —lo dijo sin pestañear, pero esta vez, su voz no sonó tan firme.

Rojo notó un leve temblor en el gesto de dejar el sobre. Algo no encajaba.

—Lo entiendo perfectamente.

El sudor le corría por la espalda como el filo de una hoja bien afilada. De repente, sonó el teléfono de la mujer y ella respondió en búlgaro. Rojo comprendía lo que decía, pero notó un cambio en su expresión. Al finalizar la conversación, esbozó una sonrisa y se acercó a él.

—¿Puedo irme? —preguntó—. Me gustaría dormir un poco.
—No. Ha habido un pequeño cambio de planes.
La respuesta no le gustó nada.
—¿De qué se trata?
—Tendremos que hablar con Petar.
Rojo se tensó.
Petar no hablaba. Decidía, ordenaba y castigaba.
—¿Hablar? ¿Sobre qué?
Milenka se levantó y le hizo un gesto para que la siguiera.
—Ven, una imagen vale más que mil palabras.
Su tono era el habitual, pero algo en su sonrisa le erizó la piel.

# 39

Esa noche, el mundo se sumió en un silencio anómalo. Algo, en algún lugar, estaba a punto de romperse.

Entonces, el teléfono vibró.

Era un mensaje de Rebeca. O de alguien que usaba su número:

«Ven a por mí. Estoy en el cauce seco, kilómetro siete de la carretera de La Marina».

El cauce seco de la rambla entre Elche y La Marina se extendía por el paisaje. En otoño, las lluvias lo convertían en un río salvaje durante unas horas; el resto del año, era un lugar olvidado.

Primero pensó que era un grito de auxilio. Luego, una trampa. En ambos casos, no podía ignorarlo.

La inspectora salió de la carretera y detuvo el vehículo en un camino de tierra. Pasó media hora sentada en la oscuridad del coche, inmóvil, escuchando su propia respiración como un reloj de cuenta atrás. La posibilidad de no volver pesaba mucho frente a la carga de dejar atrás a quien había arriesgado todo.

Decidió avanzar con la pistola reglamentaria oculta bajo la chaqueta y un cargador extra en el bolsillo. Lo demás quedaba en manos del destino.

El descenso al cauce fue un viaje hacia un escenario preparado para la tragedia: piedras sueltas que crujían bajo sus botas, maleza alta que rozaba sus piernas y sombras profundas que parecían cerrarse a su alrededor. Cada paso hacía que el silencio se volviera más profundo, hasta que el latido en su cabeza se convirtió en el único sonido real.

A mitad de la pendiente, el olor la golpeó. Primero, una nota de humo acre; luego, el filo químico de un acelerante industrial, tan preciso que casi podía identificar la fórmula.

Su estómago reaccionó antes que su cerebro, y el olor la llevó al pasado, a recuerdos imposibles de borrar: accidentes de tráfico, escenas de crimen, cuerpos irreconocibles.

La curva del cauce se abrió ante ella. Allí estaba el sedán, reducido a un esqueleto negro con las costillas de metal retorcidas. El aire aún conservaba el calor, como si el fuego se negara a marcharse del todo.

Se detuvo y cayó de rodillas, sin llorar al principio. Permaneció allí, con la boca abierta, como si su cuerpo hubiera olvidado cómo respirar. Una parte de ella intentaba encontrar una salida mental: podría ser cualquier coche, cualquier víctima. Rebeca podía estar en otro lugar. Podía.

Avanzó tres pasos, luego cinco más. La grava crujía bajo sus botas con un sonido seco, resonando en la noche.

El asiento del conductor albergaba una silueta encogida, inmóvil, carbonizada.

Entre el humo y la calcinación, asomaban jirones de tela: el azul vaquero de la noche anterior, ahora convertido en un recuerdo chamuscado.

La piel —o lo que quedaba de ella— se había retraído y agrietado, dejando un mosaico de ceniza y hueso. El cráneo, inclinado hacia un lado, revelaba la dentadura en una mueca fija, congelada en el instante de la combustión.

Las manos estaban contraídas en puños imposibles de abrir, con falanges desprendidas que colgaban. El torso había colapsado sobre sí mismo; costillas calcinadas asomaban bajo los restos de lo que había sido una camiseta.

El calor había soldado el cinturón a la hebilla, y parte del tejido vaquero se aferraba a las piernas como una segunda piel endurecida. Los pies, encajados bajo el salpicadero deformado, estaban cubiertos por restos derretidos de lo que alguna vez fueron zapatillas.

Agulló se obligó a mirar, a grabar cada detalle en su memoria, aunque su cuerpo le instara a huir. No podía hacerlo. El aire que rodeaba al cadáver desprendía un olor acre y denso que se pegaba a la garganta, prometiendo no irse.

«Si mañana me pasa algo, necesito saber que alguien seguirá con esto».

Y entonces, las rodillas le fallaron y el llanto llegó de golpe. Sintió tristeza por Rebeca e impotencia hacia un sistema que no castigaba a los culpables. Y algo peor: se dio cuenta de que el enemigo jugaba en otra liga.

***

Arriba, en la carretera, una cámara oculta grababa cada reacción. La transmisión se emitía en directo al club Dácil.

Rojo no apartaba la vista de la pantalla. Milenka y sus hombres disfrutaban del espectáculo. La mano del inspector apretó la copa hasta romperla y el vidrio estalló contra la pared.

Desafortunadamente, no solo había roto el cristal. También había quebrado el equilibrio que había estado fingiendo mantener durante semanas.

—¿Algún problema? —preguntó ella.

—Ninguno. Solo que prefiero métodos más discretos.

—La discreción es para los débiles. Nuestros mensajes no se olvidan.

Él asintió, pero la rabia lo recorría como una corriente eléctrica. Ya no eran víctimas anónimas; eran nombres, rostros, historias que había tocado.

Mientras conducía por la carretera oscura hacia su apartamento, comprendió que lanzar el whisky contra la pared no había sido solo un impulso, ni tampoco un acierto.

La red había cruzado la línea, y él también. Ya no podía controlarlo.

Ya no era un infiltrado. Ya no era un policía. Solo le quedaba una misión: acabar con todos ellos.

Y esta vez, no habría testigos.

# 40

La llamada llegó a las ocho y diecisiete de la mañana, interrumpiendo bruscamente el denso silencio de su piso. Doce horas antes, había reconocido el cadáver entre los restos calcinados de un coche, y luego, frente a la forense asignada, su compañera Noelia. Aún sentía el sabor del humo de la carne quemada en la garganta.

«Te lo advertí».

No había dormido. Ni quería. La rabia y el vacío le devoraban las entrañas. Seguía sentada en la penumbra, con el abrigo puesto, revisando cada conversación, cada advertencia ignorada, cada vacío en la investigación.

La voz en el teléfono móvil sonó seca, administrativa.

—Inspectora Agulló, el comisario Linares la requiere en su despacho. Es urgente.

No hubo explicaciones. Colgaron antes de que pudiera preguntar.

Ahora se encontraba en el pasillo que conducía a la oficina más grande de la planta, sintiendo que cada paso la acercaba a algo que preferiría no escuchar.

La inspectora entró tras un gesto seco de la secretaria que le dio paso. No pisaba ese lugar desde antes de su baja, y ahora cada

diploma en la pared parecía recordarle que estaba de vuelta… aunque no necesariamente bienvenida.

Linares, de pie tras la mesa, no sonrió. A su derecha, un hombre de traje oscuro se levantó. Tenía ojos que no parpadeaban más de lo necesario y una sonrisa breve, cortés en la superficie, pero cortante por debajo.

—Agulló —dijo Linares—. Bienvenida de nuevo. Sé que está de baja, pero me temo que…

—Sí, lo sé. ¿Qué hace él aquí?

—Este señor es Luis Aguilera, de Europol. ¿Se conocen?

Ella inclinó la cabeza. Él le tendió la mano como si no supiera de qué hablaba. Su apretón fue firme, pero sin calidez.

—No he tenido el placer hasta ahora —dijo Aguilera—. Encantado, inspectora… y lamento lo de esa mujer.

No era cierto. Ella sabía que la vida de Rebeca importaba muy poco en ese despacho.

—Esa mujer… —comentó, mordiéndose la lengua—. Era una chica valiente.

—Conocía el riesgo de la misión —dijo Linares, bajando el tono—. Rebeca llevaba seis meses infiltrada en la periferia de Elche, recabando información sobre uno de los enlaces de la mafia búlgara que opera aquí. Su contacto con nosotros se rompió hace tres días. La localizamos anoche… así.

La inspectora mantuvo su mirada fija, sin necesidad de expresar sus pensamientos en palabras.

—La quemaron viva.

El agente de Europol tomó la palabra, su tono de voz sonaba más a un informe técnico que a la descripción de un asesinato.

—Bruselas ha estado tras la pista de Petar Todorov y su mano derecha, Milenka Dimitrova, durante cinco años —explicó Aguilera—. No es solo un proxeneta; es el núcleo de una «red de redes» que conecta células búlgaras, albanesas, ucranianas y moldavas con intermediarios locales.

Agulló escuchaba con el rostro impasible, pero el nombre de Milenka le helaba el estómago por dentro.

—Mantiene un perfil tan bajo que rara vez aparece en los informes de sus propios negocios —añadió—. Sin embargo, anoche perdieron a alguien, y eso los impulsará a actuar.

Linares asintió.

—¿Qué papel juego yo en esto?

—Dígamelo usted, Agulló.

—Quizá debería preguntarle al subinspector Ferrando.

—Lo mejor será que no hable, inspectora —sugirió el comisario—. Está en una situación delicada.

Aguilera continuó con su exposición.

—El golpe consiste en desmantelar el eslabón que trae a las chicas del extranjero y que almacena toda la documentación: rutas, pagos, nombres y pisos de seguridad.

Luego abrió una carpeta amarilla. En su interior había mapas con tres puntos rojos, horarios escritos a mano y matrículas.

—Ese enlace moverá a tres chicas esta noche. Son menores de edad. Si logramos interceptar el camión y obtener la documentación, podremos forzar su entrega. Pero para registrar dónde guarda la información, necesitamos una orden judicial, y rápida. Un juez de instrucción que no se lo piense demasiado. ¿Linares?

—Puedo solicitarla por vía rápida.

—¿Y la conseguiremos? —preguntó Agulló.

—Si tenemos algo sólido que presentar antes de que amanezca, sí —respondió Linares—. Hasta entonces, nuestra prioridad es no perderle la pista.

—¿Agulló?

—Lo único sólido que tenía… está en la morgue.

—No, del todo —respondió Linares—. Hay un factor que puede alterar el trascurso de los acontecimientos.

Ella sintió que había algo más.

—¿Y cuál es ese «factor» del que me hablan?

—El inspector Rojo —dijo Linares, de manera contundente—. Aguilera está coordinando una operación conjunta con la Policía Nacional española. Se trata de un caso de menores, con ramificaciones internacionales, blanqueo de capitales, robos violentos, falsificación de pasaportes… y la lista continúa. Según lo

que nos ha contado Linares, su compañero, el inspector Rojo, ha estado trabajando con ellos desde su reciente suspensión de actividad. Curioso, ¿verdad? ¿Estaba al tanto?

Agulló parpadeó una sola vez. Su abdomen se tensó. Era el golpe que no quería recibir hoy.

—Se están equivocando…

—El último movimiento ha sido aquí, en Elche, y no tenemos margen.

Los dos hombres intercambiaron una breve mirada, llena de un acuerdo que no requería palabras. Agulló la captó al vuelo y sintió que el suelo se movía un centímetro bajo sus pies.

—Quiero saber qué va a hacer Rojo y cuándo —dijo Aguilera—. Y lo quiero antes de que se mueva. Usted es la única que puede acceder a esa información. La única en quien confía.

Ella se encogió de hombros. Linares callaba como un zorro que ya ha atrapado a la gallina.

Y ella lo sabía.

«Todo esto es una trampa… Si me muevo, salto al vacío. Si me quedo, me pudro».

—No sé por qué dice eso.

—¿De qué lado está, Agulló? —preguntó el de la Europol.

Ella chasqueó la lengua. Sospechaba que Aguilera estaba interpretando el papel del policía malo, mientras Linares permanecía en silencio. Desgraciadamente, si sacaba a relucir el tema de las grabaciones en el ordenador del comisario, podría quedar como una lunática y darle al comisario razones para sancionarla sin dudar. Por un momento, dudó de que Costa hubiera soltado la lengua, pero confiaba en él. No podía fiarse de ninguno de los dos hombres presentes. Todo ese teatro era un truco psicológico para empujarla a un callejón sin salida.

—Del único que hay, señor. Y no, no tengo todos los detalles.

—Pero, tiene alguno, ¿verdad?

—Hasta donde sé, Rojo no difiere mucho de lo que estaba haciendo Rebeca.

—¿Insinúa que es una operación encubierta? Porque, de ser así, estaría al corriente.

—Esto solo son suposiciones, pero, si no yerro en mis cálculos, Rojo intenta llegar a Elena Herrera a través de los búlgaros. Cree que sigue viva y puede resolver el caso.

—¿Elena Herrera? —preguntó Linares, desconcertado—. ¿La chica que desapareció?

—Sí.

—¿A santo de qué? Se esfumó por voluntad propia… —respondió el comisario y, de repente, recordó algo. Por su mirada, la inspectora dedujo que había comprendido qué hacía esa noche en su despacho. Un rictus cruzó su rostro y un bufido fue suficiente para saber que se había metido en problemas—. Cuando termine esta reunión, tendremos una conversación a solas.

—¿Quién es esa chica y qué tiene que ver en todo esto? —preguntó Aguilera, con un tono demasiado neutro para parecer casual—. ¿Deberíamos preocuparnos por el inspector?

—Solo es una joven que terminó atrapada en esa red.

—El inspector trabaja con ellos y es probable que haya cometido algún crimen. ¿No le preocupa?

—Todos sabemos qué tipo de policía es.

—Lo que creo —añadió Linares— es que está interfiriendo en una operación internacional. Ese hombre ya no es un policía en activo, sin mencionar los problemas que ha causado al Cuerpo y a esta Unidad. Y si no nos dice todo lo que sabe, estará encubriendo a un peligroso criminal.

—¿Peligroso para quién?

—Su tendencia a actuar por libre ya nos ha tocado las pelotas lo suficiente. Si se cruza con nosotros esta noche, daré la orden directa.

—¿Abrir fuego? No me haga reír. Existe un protocolo.

—No sea tan lista, Agulló.

Linares se inclinó hacia delante, apoyando las manos sobre la mesa.

—Este no es un debate sobre Rojo. Es una orden, inspectora. No me obligue a hacerla razonar. En este momento, tiene mucho que perder.

Aguilera abrió una carpeta de cartón. En ella había un mapa con tres puntos rojos, folios con horarios y un listado de matrículas.

—Tres chicas, menores. Piénselo, inspectora.

—Yo no tengo nada que pensar, sigo de baja. Son ustedes los que me han citado.

—Ahórrese las excusas, está decidido.

—No puede hacer eso, Linares.

—Por afinidad con la zona y por su… experiencia, irá en primera línea —añadió el comisario—. Y hay un detalle más.

—¡Aguilera! Está de testigo —respondió, pero el otro miró hacia la ventana.

—El inspector Rojo está suspendido oficialmente —dijo el comisario y mostró un documento oficial, firmado y sellado—. Y desde este momento, pesa sobre él una orden de detención.

—¿Qué?

—Por obstrucción, encubrimiento... y posible traición.

Sacó el documento como si lanzara una carta ganadora. Estaba firmado y sellado: una orden oficial de detención contra el inspector Rojo. Lo habían hecho oficial. Lo habían declarado enemigo. No había lugar para dudas ni para rebeliones.

—No empeore la situación y colabore Agulló —comentó Aguilera, antes de retirarse—. Todos queremos acabar con esta gentuza cuanto antes. Hágalo por las chicas…

Su tono no era agresivo, sino cálido. Tan cálido como el aliento de una serpiente.

«Será hijo de perra».

Ella mantuvo el rostro impasible, aunque los nervios la atravesaban por dentro. No era agradable estar allí.

Los dos hombres intercambiaron una mirada fugaz de complicidad.

—Los detalles están en esa carpeta. —Aguilera le empujó la documentación sobre la mesa—. El resto… lo entenderá sobre la marcha.

Tomó el dosier sin abrirlo. El peso no estaba en el papel, sino en lo que ocultaba.

Estaba ingresando en una operación oficial… y también en una cacería.

El problema era que la presa no era cualquiera.
Y la misión acababa de comenzar.

# 41

Los túneles bajo el Club Dácil olían a óxido viejo y humedad estancada, arrastrada desde el Vinalopó. Rojo los recorría con la prudencia de un hombre que sabía que cada paso podría ser el último. Hasta ese momento, había logrado engañar a los altos mandos de la organización, pero no podía bajar la guardia. A esas alturas, no temía morir; solo temía hacerlo sin haber comprendido jamás la verdad.

Desde lo de Rebeca, todo había cambiado: más ojos lo vigilaban, más coches lo seguían y más silencios incómodos lo rodeaban. Rojo ya no era el hombre de confianza; era un rehén tolerado, con fecha de caducidad. Incluso Dumitru había cambiado, como si esperara órdenes que aún no llegaban, y ese cambio olía a emboscada.

El sistema de ventilación del club, mal instalado, provocaba que las conversaciones se filtraran por los conductos. El inspector se pegó al suelo húmedo, arrastrándose como un reptil hasta la rejilla oxidada. Aquella noche, las voces en el despacho de Milenka resonaban con claridad en el túnel.

—Estamos llamando demasiado la atención —dijo Milenka—. Petar está muy enfadado por lo sucedido con esa mujer. ¿No había otra forma de amenazarla para que guardara silencio?

El inspector sospechó que estaban hablando con otro español. El sudor le caía por la frente, pero no podía limpiárselo. Un leve crujido del metal bajo su codo le hizo contener el aliento. Si alguien se acercaba, sería su final.

—Son órdenes. Era una policía —respondió un hombre con acento búlgaro que no reconoció—. ¿Cuánto tiempo más necesitamos a ese inspector? No me gusta.

Ahora hablaban de él.

—Ya os dio lo que queríais —respondió otra voz con acento local. Pronto se dio cuenta de que era «El Tarta»—. Protocolos, entradas, contactos… ¿Qué más necesitáis de él?

—¿Qué insinúas? —preguntó Milenka, suspicaz.

—Nada.

—No, estás pensando en algo. Habla.

—No pienso en nada, ¿vale?

—Yo no me fío de él —dijo el desconocido. Rojo pensó que debía ser cercano a la cúpula, pero, al no reconocerlo, no podía ponerle cara.

—Pero Petar sí.

—Lo hemos vigilado de cerca. Nos miente.

—Eso deberías decírselo a Petar. ¿Por qué no lo has hecho?

De repente, se hizo un breve silencio.

—¿Qué pasa con su amiga, la inspectora? —preguntó el hombre, dirigiéndose esta vez al español.

—Por ahora, no será un obstáculo —respondió «El Tarta»—. La tienen entretenida en comisaría.

—Tu contacto, el subinspector Ferrando. ¿Ha hecho lo que le pedimos?

—Ha habido un pequeño contratiempo con eso, pero no tenéis por qué preocuparos.

—Por supuesto que sí —añadió Milenka—. A Petar no le gustan los contratiempos.

—¡Está todo bien, *stava*! —respondió el expolicía, con un ligero temblor en la voz. Rojo podía notar la tensión desde su posición—. La inspectora Agulló cree que ayuda a Europol, pero, en realidad,

nos está marcando a los que se acercan demasiado. Confiad en mí, ¡joder!

—Confiad en mí… Eso dicen todos cuando te van a traicionar.

—¿Desde cuándo os he fallado? Me juego mucho con esto.

—Simplemente, no te atrevas a fallar.

—Buen trabajo, Julián —agregó el hombre.

—Gra… gra… gracias…

Ferrando. Ese era el nombre que flotaba en el aire, y con él, la certeza: n

o había infiltrado nada.

Lo habían dejado entrar.

Había sido un peón desde el primer día.

—¿Entonces? Si ya no lo necesitamos, comenzará a ser un problema.

—Eso pregúntaselo al jefe. Él toma las decisiones.

—Milenka…

—¿Tú qué opinas, Julián?

—Yo… no opino.

—Tú sí que opinas —insistió Milenka—. Dame una razón para confiar en ti y no en él.

—Tú confías en mí, ¿no? Él solo piensa en sí mismo.

«Maldito perro sarnoso…», pensó Rojo, con el rencor ardiéndole tras los dientes.

El silencio se volvió eterno. Era como si estuvieran haciendo algo que él no podía ver. Segundos después, la conversación regresó al tubo de ventilación.

—En ese caso, eliminadlo. Avisad a Ferrando para que lleve el caso… —dijo la mujer con despecho—. Simeon se encargará de todo lo demás.

—El jefe quiere a Rojo en el intercambio de las chicas —respondió Dumitru—. Sus palabras fueron esas.

—Tengo que hablar con Petar. Habrá un cambio de planes.

Las palabras le golpearon como metralla. Aquel rechazo había provocado una respuesta emocional en Milenka.

Cuando las voces se apagaron y los pasos se alejaron, Rojo permaneció inmóvil. El silencio pesaba como el plomo.

Se obligó a respirar hondo. Había algo más fuerte que la derrota: la información que ahora poseía. Y Agulló... ella también era una marioneta. Otra víctima del teatro.

Debía encontrar los medios y la forma de que todo el esfuerzo no fuese en vano, y que la información que había recabado llegara a las manos apropiadas.

Por desgracia, era un hombre solo, en busca y captura.

Debía largarse, bien lejos, hasta que tuviera un plan mejor.

Y esta vez, no iba a avisar a nadie.

# 42

Rojo salió del club con la cabeza baja, inhalando aire frío para despejarse y sin llamar la atención de la calle. No había dado ni tres pasos cuando una voz ronca lo detuvo.

—Perro.

—Vaya… —respondió él, pensando que lo había encontrado antes de lo que esperaba.

Simeon estaba apoyado en un sedán negro, fumando, con los ojos hundidos en la penumbra. Su gesto era el de un perro de presa esperando la orden final.

—La jefa quiere que hagamos un trabajo —dijo, arrojando la colilla al suelo—. Hay que llevar a unas chicas a Albatera.

Su tono arrastraba la palabra «órdenes» como si pesara más de lo habitual. Rojo no contestó; no hacía falta. Simeon abrió la chaqueta y mostró la pistola, sin ningún disimulo.

—Sube.

Rojo obedeció con una calma forzada, como quien acepta el veredicto de un juez. Se sentó en el asiento del copiloto. El motor arrancó y el coche se dirigió hacia la avenida, perdiéndose en el silencio de la ciudad.

El viaje comenzó en una densa calma, interrumpida solo por el zumbido del motor. Las calles de Alicante se desvanecían, reemplazadas por rotondas desiertas y arcenes sin farolas. Cada kilómetro alejaba a Rojo de cualquier posibilidad de ayuda. El búlgaro conducía con manos firmes, en silencio, sin música.

Rojo miraba de reojo, calculando. Cada curva era un ensayo mental: ¿debería golpear el volante?, ¿abrir la puerta en marcha?, ¿romperle el cuello antes de que sacara el arma? Pero no podía precipitarse. Aún no.

Al dejar atrás las últimas casas, la carretera se convirtió en un corredor oscuro. La luna, oculta tras nubes bajas, apenas iluminaba la línea continua del asfalto. Simeon bajó la ventanilla y escupió, sin apartar la vista del frente.

El silencio se rompió con un comentario seco:

—¿Sabes, inspector? Algunos ya no confían en ti. Dicen que eres un problema.

Rojo no respondió. Tenía la mandíbula apretada y los ojos fijos en la carretera.

—¿A dónde vamos, exactamente?

Simeon sonrió, una mueca torcida que tensó su cicatriz en el cuello. Reduciendo un poco la velocidad, continuó con su monólogo:

—Pero no necesito que me lo digan —prosiguió—. Yo lo sé. Eres un traidor.

—¿Te ha dado esta noche por hablar?

—¡Ja, ja!

—¿Te resulta gracioso? —preguntó Rojo, con un tono provocador. Quería ponerlo nervioso.

—Me río porque eres idiota.

Rojo cerró la boca y lo dejó hablar.

—No lo tomes como algo personal. Pero esa chica que buscas, Zhara... Pierdes el tiempo.

—¿Qué sabes de ella?

—¿Qué sé? ¡Ja, ja...! —Rio con un tono depravado—. No era la más cariñosa, pero reconozco que tenía buenas piernas... Pierdes el tiempo buscándola. Petar te está usando.

El inspector trataba de contener su ira y mantener la compostura. Era probable que Simeon intentara hacerlo enloquecer y que estuviera mintiendo, pero no podía evitar sentir la rabia acumulándose en su interior. Si hubiera estado en otra situación, ya le habría roto los dientes.

—Escucha, tarado. Te salvé la vida, pero no sucederá dos veces.

—Puto desgraciado —se golpeó el muslo, recordando la puñalada —. Si dependiera de mí, ya te habría matado.

—Pero no depende de ti.

—Tienes cojones...

Rojo permaneció en silencio, sopesando su respuesta. Cada comentario tenía su peso.

—Me dejaste tirado en el suelo como a un perro, sangrando —escupió Simeon—. Y todos pensaban que no me levantaría. Pero mírame. Aquí estoy. Vivo. Y tú… Tú eres solo un jodido policía corrupto.

Rojo guardó silencio y el otro chasqueó la lengua, disfrutando de la falta de respuesta.

—¿Sabes qué me dolió más que el cuchillo? —preguntó, con voz áspera—. Que nadie en la organización te apartara después, como si fueras intocable, como si valieras más que yo. ¿Qué has hecho?

—Obedecer.

—Te has acostado con esa zorra de Milenka, ¿verdad?

—Cierra ya la boca.

—He visto cómo te mira.

—¿Estás celoso?

—Te has follado a la zorra del jefe.

—Eso es solo lo que tú fantaseas, pero les das tanto asco a las mujeres, que las tienes que forzar.

Se inclinó hacia él, con los ojos llenos de odio.

—Estoy harto de ti y esta noche voy a corregir este error. Sin cuchillos. Solo tú y yo en esta carretera. Y créeme, perro, voy a saborear cada segundo, antes de apretar el gatillo…

Con la mano izquierda firme en el volante, su mano derecha se deslizó lentamente hacia la chaqueta. El brillo de la culata emergió de las sombras.

Rojo lo vio. Ese destello era el punto de inflexión que había estado esperando. Todo su cuerpo se tensó, listo.

El cañón apenas asomaba cuando Rojo se lanzó sobre el volante. Con un giro brusco, el coche se desvió hacia la cuneta. Los neumáticos chirriaron, el vehículo mordió la grava y perdió el control.

Un golpe seco los sacudió al estrellarse contra un talud de tierra. El parabrisas se resquebrajó como una tela de araña, y el ruido del metal al doblarse se perdió en un silencio súbito y denso.

Rojo quedó sujeto por el cinturón, aturdido y con un pitido en los oídos. A su lado, Simeon se había estrellado contra el volante; tambaleante, pero aún consciente.

El aire olía a goma quemada, y el coche, humeante, permaneció clavado en la cuneta.

# 43

El pitido en los oídos era ensordecedor. Rojo intentó mover los brazos, pero el cinturón lo mantenía clavado al asiento. Sentía un dolor en el pecho, pero estaba vivo. El aire estaba impregnado de humo y gasolina.

A su lado, Simeon gruñía, tambaleándose. La frente le sangraba, pero aún tenía fuerzas. Con un alarido gutural, se lanzó sobre Rojo.

Las manos del búlgaro, huesudas y brutales, se cerraron alrededor de su cuello como un cepo. El aire se le escapó en un jadeo entrecortado. En cuestión de segundos, el mundo se convirtió en un túnel negro.

Rojo manoteó a ciegas, arañando y golpeando con los nudillos los brazos del búlgaro. Era inútil: la presión aumentaba, su tráquea crujía bajo aquellos dedos que eran como tenazas.

—¿Lo sientes? —escupió el matón, con el aliento agrio en su rostro —. Así me sentí yo cuando me dejaste sangrando. ¡Así!

Rojo intentó clavarle la rodilla en el costado, pero Simeon lo bloqueó con su cuerpo, atrapado en el asiento. El interior del coche era una trampa: metal retorcido, cinturones ajustados y espacio mínimo.

Desesperado, Rojo logró arañarle la cara. Simeon soltó un gruñido, pero no cedió. La sangre resbaló por su mejilla y manchó sus dientes cuando sonrió con rabia.

—No vas a matarme otra vez, cabrón. Esta vez no te salvarás.

Las venas del cuello de Rojo parecían estallar. Su vista se llenó de manchas negruzcas. Forcejeó con los brazos, tanteando el suelo del coche, entre los cristales rotos, buscando algo. Sus dedos se clavaron en la nada, hasta que sintió un frío metálico bajo la pierna.

La pistola.

Intentó agarrarla, pero el búlgaro lo vio. Le mordió la oreja con rabia animal y empujó con más fuerza. Rojo creyó que se iba a desmayar allí mismo.

Con un último esfuerzo, empujó su frente contra la nariz del oponente. Un crujido sordo y un alarido lo hicieron aflojarse apenas un instante. Fue suficiente. Rojo cerró la mano alrededor del arma, la levantó con dificultad y apretó el gatillo.

El disparo resonó en el interior del coche, retumbando como un trueno. Simeon se sacudió, sorprendido, pero aún intentó apretar el cuello, gruñendo entre dientes:

—No… acabarás… vivo…

Rojo apretó nuevamente el gatillo. El segundo disparo lo golpeó como a un muñeco roto. Esta vez, el cuerpo cayó sobre él, pesado e inerte, empapándolo de sangre caliente.

El inspector jadeaba como un pez fuera del agua, con el pecho ardiendo. Tardó varios segundos en apartar aquel peso muerto. El aire en el coche olía a pólvora, sudor y muerte.

El silencio denso era interrumpido solo por el goteo del radiador. Rojo respiraba con dificultad, sintiendo la mezcla de sangre y pólvora en su boca. Durante unos segundos, solo pudo escuchar el latido de su corazón, retumbando como un martillo.

Entonces recordó el teléfono. Si el otro lo llevaba consigo, podría contener información valiosa.

Introdujo la mano en el bolsillo interior de la chaqueta del muerto. Sus dedos encontraron un rectángulo de cristal frío. Lo sacó; la pantalla parpadeaba con notificaciones. Un bloqueo de huella lo protegía.

Rojo maldijo en silencio. Miró el rostro inmóvil del esbirro, aún húmedo de sudor y sangre. Lo sujetó con ambas manos y presionó el pulgar del cadáver contra el sensor. La piel muerta respondió como si nada hubiera ocurrido. Un clic digital resonó y la pantalla se iluminó.

Mensajes. Decenas de ellos. La mayoría en cirílico, un mar de símbolos que para él eran puro ruido. Rojo deslizó el dedo por la conversación. Encontró largas cadenas de texto, órdenes, confirmaciones, números de teléfono y nombres que no lograba descifrar. Solo de vez en cuando lograba distinguir alguna palabra familiar: «Petar», «Inspector».

Se detuvo en el chat con Milenka. La foto de perfil mostraba un rostro difuminado por las sombras, inconfundible. Su último mensaje estaba en búlgaro, una secuencia áspera de caracteres que no podía leer.

Rojo sintió la tentación de responder con algo más elaborado, un texto inventado, cualquier palabra al azar. Pero se contuvo. Un error tipográfico, un acento fuera de lugar, y sabrían que no era Simeon.

Pensó rápido. La mejor mentira era la más simple.

Pulsó el teclado y en la caja de texto escribió un único símbolo: un pulgar levantado.

Lo miró durante un segundo, evaluando las consecuencias. Era ambiguo, universal, y expresaba exactamente lo que Milenka quería oír: obediencia, confirmación, control.

Respiró hondo y lo envió. Eso le daría unas horas de ventaja.

El mensaje se marcó en azul. Visto. Un segundo después, otro globo de notificación parpadeó en la pantalla, pero Rojo decidió no leerlo.

Con un gesto decidido, cerró el chat y bloqueó el teléfono. Lo miró, como si pudiera consumirlo con la mirada. Luego, abrió la ventanilla y lo lanzó con fuerza al descampado oscuro, donde se perdió entre las sombras.

El cadáver seguía allí, en el asiento. Lo arrastró con dificultad hasta la cuneta, ocultándolo entre la maleza. El esfuerzo le ardía en los brazos, pero no se permitió descanso. Regresó al coche. El

parabrisas estaba hecho añicos y la carrocería abollada, pero el motor aún respondía.

Encendió las luces, pero las apagó de inmediato. No podía arriesgarse a atraer miradas. Durante unos kilómetros, condujo despacio, sin faros, siguiendo la línea del arcén iluminada solo por la luna. Cada metro era una apuesta, pero no había otra opción.

Finalmente, llegó a una carretera secundaria que, tras varios desvíos, lo llevó a la entrada industrial del polígono de Babel. El lugar estaba desierto, apenas iluminado por farolas anémicas y naves cerradas. Aparcó en una esquina oscura y se quedó un instante con las manos en el volante, sintiendo el latido acelerado de su pecho.

Estaba vivo. No podía pedir más.

Sacó su móvil personal, buscó un número de taxi y marcó.

—Necesito un taxi que me recoja en Babel —dijo con voz ronca—. Lo antes posible.

Colgó sin dar explicaciones. Luego apoyó la cabeza en el respaldo, cerró los ojos un momento y dejó que la oscuridad lo envolviera.

El plan había cambiado. Ahora debía abandonar la ciudad.

# 44

La madera oscura y el aroma a cerveza impregnaban el aire del O'Hara. Desde la terraza llegaba el murmullo apagado del mar y el bullicio de los turistas, ajenos a la tormenta que se gestaba a pocos metros de ellos. Dentro, a una mesa apartada junto a una ventana, Agulló giraba el vaso entre las manos, como si buscara respuestas en la espuma que se deshacía.

—Hoy han dejado claro lo que piensan de mí: que no pinto nada.

—Quizá no estés viendo la otra cara.

—No me jodas, Costa… Me han puesto una carpeta delante. Ni siquiera han escuchado lo que tenía que decir. Solo órdenes. Y la orden es ir a por Rojo. —Su voz sonaba quebrada, más cercana a la derrota que a la rabia—. Quieren cazarlo, y me van a usar a mí para hacerlo.

El subinspector tomó un trago largo, apretando los labios antes de hablar.

—Porque eres la única en la que confía. Lo saben.

Agulló apartó la mirada. La cerveza le sabía amarga.

—He visto lo que hicieron con Rebeca… y no les importó. ¿Crees que a alguien le importará si mañana me toca a mí? Rojo es el

siguiente. Y si caemos detrás, solo seremos una nota a pie de página.

—Tal vez se le haya ido la cabeza. Ya sabes cómo es: hermético, oscuro, incapaz de compartir lo que realmente piensa. Nunca ha permitido que nadie sepa hasta dónde está dispuesto a llegar. Puede que lo de Elena Herrera sea solo una excusa.

Agulló levantó la vista, incómoda.

—No digas eso. —Agulló miró hacia arriba con una mezcla de rabia y súplica—. Rojo es un buen policía. Ambos lo sabemos. Siempre lo ha sido, y lo de esa chica… nadie prestó atención a la familia.

—También es un hombre capaz de perderse en su propio papel. Lo hemos vivido juntos. Demasiadas veces se ha metido hasta el cuello, sin mirar atrás. ¿Y si ahora no busca a esa chica? ¿Y si lo que realmente quiere es otra cosa? Su cabeza es una fortaleza en la que nadie puede entrar…

Las palabras le calaron hondo. Agulló recordó todas las noches en que había dudado de él, de sus métodos, de su silencio obstinado… y también todas las veces que había sido la única en ver lo que nadie más veía.

—Pero si no lo salvo yo, nadie lo hará.

—Maldita sea, Agulló. No es tu cruz —respondió Costa, bajando la voz—. No quiero ser el abogado del Diablo, pero no puedes cargar con lo que él ha decidido ser. Ahora mismo, Rojo es un lobo solitario. Y los lobos solitarios… ya sabes cómo terminan.

Las palabras le pesaron más de lo que quiso admitir. Ella tragó saliva, sintiendo un nudo en el estómago.

—¿Y qué hago entonces? ¿Me retiro? ¿Me pudro en casa mientras ellos siguen?

—Mira por ti. Hazlo por lo que sabes, por lo que has visto. Yo te ayudaré. Seguiré a Ferrando y no me quedaré al margen, pero…

Agulló lo observó, buscando en su rostro la certeza que le faltaba.

—¿Y Rojo? —susurró, como si la pregunta fuera un pecado.

Costa apretó la mandíbula antes de responder.

—No puedes pensar así.

—No tengo pruebas contra Ferrando, ni contra Linares. Nada sólido —bajó la voz—. Si Rojo ha cruzado al otro lado, yo también

podría estar equivocada. Quizá solo estoy luchando contra fantasmas.

Costa negó con la cabeza y dio un trago largo a su jarra.

—Escúchame bien. Si aparece, bien. Pero no lo esperes. No lo sigas. Tú y yo vamos a hacer esto juntos, con lo que tenemos, por esas chicas, por esa agente de Europol.

Agulló alzó los ojos hacia él, incrédula.

—¿Después de todo lo que ha pasado?

—Justamente por eso. Tú lo sabes. Yo lo sé. Y Rebeca lo sabía. Hazlo por ella.

El nombre de Rojo quedó suspendido en el aire, como un golpe en el pecho. Ella lo sintió más pesado que cualquier orden, más cruel que cualquier amenaza.

Costa apretó los labios, permitiendo que el silencio se instalara entre ambos. Luego, añadió:

—Mañana regreso al trabajo. A pesar de estar de baja, seguiré de cerca a Ferrando, y si encuentro la más mínima grieta, la aprovecharé. Nadie podrá detenerme.

Agulló bebió el último sorbo de su cerveza, consciente de que, a pesar de lo que dijera Costa, la sombra de Rojo seguiría presente en cada decisión.

# 45

El taxi lo dejó en la esquina de la calle Tomás López Torregrosa, bajo la tenue luz de una farola que apenas iluminaba la acera. El conductor ni siquiera le dirigió la palabra. Rojo arrojó los billetes en el asiento y cerró la puerta de un golpe.

No le importaba si lo estaban siguiendo. Si querían verlo allí, que así fuera.

Subió el primer tramo hasta el portal y comprobó si las luces del salón estaban encendidas, pero no era así. A continuación, pulsó el timbre de Agulló. Esperó. Nada. Insistió de nuevo. Solo escuchó el zumbido eléctrico del pulsador y el eco vacío del rellano.

—Vamos, joder… —murmuró entre dientes.

Pasaron segundos que parecieron minutos. Nadie abrió. Su corazón latía con fuerza, aún agitado por el enfrentamiento en el coche. Dio un paso atrás y miró a su alrededor: la calle estaba desierta, con apenas un coche aparcado al otro lado. Decidido, sacó del bolsillo una tarjeta de crédito, con el borde ya doblado. La sostuvo un instante, como si dudara de lo que estaba a punto de hacer. La deslizó entre el marco y el resbalón. El plástico rasguñó la madera con un sonido áspero. Empujó suavemente, tanteando el

ángulo, hasta que sintió la ligera resistencia ceder con un clic seco. La puerta se abrió unos centímetros. El portal cedió.

El eco de sus botas resonaba en las escaleras mientras ascendía, eligiendo evitar el ascensor. Al llegar a la puerta de Agulló, levantó la mano para tocar el timbre, pero se detuvo. La imagen se le presentó con claridad: hombres esperando en una furgoneta, francotiradores, una llamada interceptada. Solo necesitaba una señal para que esa puerta se convirtiera en una sentencia de muerte.

Bajó la mano lentamente. No. No podía arrastrarla con él.

Se agachó, sacó la memoria USB de su bolsillo interior y la dejó bajo el felpudo, confiando en que su compañera notara el bulto al regresar a casa. El gesto fue rápido, pero le pesó como una despedida.

El olor del ambientador de jazmín aún flotaba en su memoria. Cerró los ojos un instante y recordó aquella noche: los dos trabajando en la mesa del salón, papeles esparcidos, discusiones en voz baja. Luego, la tensión se desbordó en sexo intenso, en el calor de su piel contra la suya. La mirada firme de Agulló, una mezcla de desconfianza y deseo.

«Joder, Agulló…».

Pensó que, tal vez, nunca encontraría a esa chica con vida y que no podría cumplir su promesa ante los padres. Sin embargo, al menos ayudaría a la inspectora a concluir el trabajo que él solo había logrado iniciar.

Esa era su única esperanza, y toda su fe estaba depositada en un chip envuelto en un trozo de plástico.

Un zumbido metálico lo sacó de sus recuerdos: el ascensor.

Rojo se enderezó de inmediato y descendió por las escaleras sin mirar atrás. Bajó tres pisos con una rapidez contenida, sintiendo cómo su cuerpo protestaba con cada movimiento. Salió por el portal justo cuando el ascensor se detenía en su planta.

No se detuvo a comprobar si alguien lo seguía. Simplemente, se perdió en la calle, caminando rápidamente hacia la avenida, donde las sombras eran más densas.

Le habría gustado dejar una nota, una palabra, cualquier cosa. Pero no. Era mejor así.

No sabía si volvería a verla.

La ciudad seguía dormida cuando se desvaneció rumbo a su apartamento, con la pesadumbre clavada en el pecho: no poder despedirse de Agulló era un precio demasiado alto, pero era el único que podía pagar para mantenerla con vida.

# 46

Estaba solo. Más solo que nunca. Y no podía avanzar en la búsqueda de Elena Herrera. Al menos, hasta que lo dieran por muerto. Si quería seguir respirando, necesitaba salir del mapa.

Rojo estaba en el dormitorio de su casa, llenando una bolsa de viaje. Metió dentro la STAR, junto a varios fajos de dinero en efectivo, la memoria USB en la que almacenaba información sobre las actividades de la organización, dos teléfonos básicos con tarjetas de prepago y un cuchillo de cazador. Lo tenía todo planeado: conduciría hasta León, se desharía del Focus y se dirigiría hacia Asturias. En Mieres tenía contactos que podrían ayudarlo a desaparecer durante un tiempo del radar de la banda de los búlgaros. De allí, pasaría a Cantabria y se esfumaría como un zorro en el bosque al caer la noche.

Si no lo hacía, era un cadáver andante.

Sabía que la suspensión del Cuerpo era inminente. Asuntos Internos se encargaría de escarbar en su pasado hasta encontrar algo que usar en su contra. «David contra Goliat», se dijo con un toque amargo de victoria. Estaba cansado de huir de sus errores. Con el presunto homicidio de Belmonte, aunque era inocente, la maquinaria estatal se pondría en marcha para aplastarlo. No tenía

fuerzas para más entrevistas o juicios; prefería reincidir y desaparecer antes que enfrentarse a un sistema que ya lo había condenado en silencio. «Por lo tanto, quid pro quo», pensó. Era consciente de que, mientras no diera problemas, lo dejarían en paz. En el mejor de los casos, lo cesarían o lo obligarían a retirarse, pero ese escenario prefería no contemplarlo.

Mientras ordenaba la casa con cuidado, asegurándose de no dejar ningún cabo suelto, pensó en si Agulló habría encontrado el lápiz de memoria, y comenzó a arrepentirse de aquello.

Estaba terminando de preparar el equipaje cuando el timbre de la puerta sonó. En ese momento, se detuvo en seco, extrañado. No esperaba visitas, nunca lo hacía, por lo que se activó su alarma interior. Se acercó a la ventana y echó un vistazo. Desde allí, no logró ver el Seat que aparcaba a diario en la calle, y eso lo alivió. Sin embargo, sí vio a un muchacho vestido de rojo, sosteniendo una caja de pizza, lo que le hizo bajar la guardia.

—*Collons*, otra vez... —gruñó, caminando hacia el interfono con un gesto de irritación.

—¿Sí?

—Pizza.

—Te has equivocado.

—Es aquí. No han pagado.

—Hazme caso, no pierdas el tiempo. Estoy ocupado y no quieres ponerme de mala hostia...

El repartidor no se daba por vencido y Rojo decidió que era hora de acabar con aquella absurda situación. Salió del dormitorio con paso firme y bajó las escaleras hasta la puerta. Al abrirla, la caja de pizza estaba en el suelo, abandonada a su suerte. El inspector maldijo entre dientes y la cogió para no dejarla allí. Comer pizza no entraba en sus planes, pero no quería que se quedara en la puerta de su casa. Se agachó, sujetó la caja y miró a su alrededor. El muchacho ya estaba en su moto, alejándose rápidamente.

—El mundo se va definitivamente al carajo...

Rojo levantó la caja de pizza y se aseguró de que no había sido una broma de mal gusto. En efecto, no lo era. La pizza estaba recién

horneada y el delicioso aroma a queso fundido y jamón braseado le cambió el humor por unos segundos.

Justo cuando iba a regresar al interior, sintió un empujón desde atrás.

Sus reflejos se activaron al instante, pero no reaccionó a tiempo.

Un golpe seco en el estómago lo hizo doblarse y la caja de cartón cayó al suelo, desparramando la pizza por los escalones de la entrada. Antes de que pudiera defenderse, un sujeto le puso una bolsa en la cabeza, apretando con fuerza para asfixiarlo.

De un vistazo, reconoció los ojos. Era ese cerdo de Dumitru.

La acción fue rápida y brutal.

Rojo, a ciegas, luchó con toda la fuerza que tenía.

Primero, se impulsó hacia atrás para derribar al atacante contra las escaleras. El impacto le ayudó a deshacerse de las manos que sujetaban la bolsa. Después, dio la vuelta y encontró el rostro de uno de los agresores. Sin pestañear, le lanzó un golpe directo al puente de la nariz, sintiendo cómo el hueso cedía bajo sus nudillos. Se oyó un fuerte crujido, acompañado de un grito de dolor. El matón se tambaleó hacia atrás, pero otro lo atacó por el costado, golpeándolo en las costillas.

Rojo se revolvió como un animal acorralado, lanzando codazos y patadas en todas las direcciones, logrando zafarse de la bolsa que cubría su rostro. Se oyó un fuerte estruendo en la entrada del edificio. El atacante cayó al suelo y el inspector se giró rápidamente para enfrentar al segundo hombre, quien lo esperaba con una pistola Taser en mano.

Estaba acorralado.

El zumbido eléctrico chisporroteó en el aire. Rojo intentó esquivarlo, pero la descarga lo alcanzó en el costado y el dolor fue instantáneo, paralizándolo mientras caía al suelo con un gemido de dolor. Su cuerpo se convulsionó, los músculos se contrajeron involuntariamente, y antes de que pudiera recuperarse, el segundo hombre lo inmovilizó con una rodilla en la espalda.

Tirado en el suelo, el inspector luchó por mantenerse despierto, a pesar de la sacudida que le había provocado la descarga, pero el mundo se desvanecía a su alrededor, haciéndose más confuso a sus

ojos. El dolor muscular era insoportable y la oscuridad del portal lo envolvió finalmente. La última imagen que vio fue un casco de moto que le colocaron en la cabeza, antes de que lo levantaran entre dos y lo cargaran hacia una furgoneta que se había detenido frente al edificio.

Después, la furgoneta desapareció de la calle, dejando atrás solo el eco de su motor y se lo llevaron como a tantos otros. Pero esta vez, habían atrapado a un hombre que ya no tenía nada que perder.

# 47

La mañana le cayó encima como una losa. Agulló llegó a la oficina con la resaca amarga de la cerveza y el cansancio de una noche sin sueños. Había salido de casa a toda prisa, sin fijarse en nada: ni en el buzón lleno de propaganda, ni en la alfombra algo desplazada del felpudo, bajo la cual un objeto mínimo esperaba a ser descubierto.

Para sorpresa de todos, incluida Agulló, Costa se reincorporó al trabajo antes de lo estimado, pero el ambiente era muy distinto al que había dejado antes de su marcha. Lo cierto es que la presencia del subinspector Ferrando en ese espacio no agradaba a nadie; sin embargo, no les quedaba más remedio que aceptarlo. Linares era quien daba las órdenes, después de todo.

El ambiente en el departamento estaba enrarecido desde que conocían al topo. La ausencia de Rojo se sentía en cada rincón, en cada conversación privada que mantenían los oficiales. El personal se hacía preguntas y su nombre aparecía en murmullos, en comentarios que se desvanecían cuando Agulló entraba en la habitación. Algunos hablaban de las razones por las que lo habían suspendido. Los más morbosos chismorreaban sobre una relación sentimental entre los dos, pero lo más grave era que nadie

sospechaba de Ferrando, ni estaba al tanto de la caza que habían ordenado para atrapar a Rojo.

Agulló se limitaba a callar.

En una mañana de papeleo y rutina, de pronto, un agente del piso inferior irrumpió en el departamento con una carta en la mano. Se acercó a Ferrando y se la entregó.

—No, no es para mí —le dijo, ofendido—. ¿No ves lo que pone? Ese no es mi nombre.

—¡Oh! Disculpe, subinspector.

—Espera, inútil… —recapacitó, cuando vio que podía ser de interés.

Agulló, que observaba la situación desde su escritorio, alzó una ceja e interceptó al mensajero.

—¿Qué ocurre?

El agente se giró hacia ella, nervioso bajo la mirada inquisitiva de los demás.

—Traigo un aviso postal para el inspector Rojo —explicó—. Han intentado contactar con él de manera telemática, por aviso certificado, y no hay manera... No se ha presentado a ninguna de las citaciones que se le han hecho, ni atiende a los avisos que se envían a su domicilio, ni emite ninguna clase de respuesta. Nadie sabe dónde está.

La inspectora se levantó de la silla sin pensarlo dos veces.

—Yo me haré cargo de la carta —dijo, tomando el sobre con firmeza—. Gracias.

Ferrando la miró con sospecha.

—¿Sabes dónde está? —preguntó con esa media sonrisa que nunca llegaba a los ojos—. Tal vez él sí te lo contó a ti, ¿no?

Ella mantuvo la compostura.

—No lo sé —respondió con calma—, pero intentaré localizarlo.

El subinspector no se tragó la respuesta y lo dejó claro en su mirada.

—Dale recuerdos de mi parte... y dile que, tarde o temprano, tendrá que presentarse por aquí —le comentó con socarronería—. Te aseguro que Rojo saldrá del agujero en el que se esconde.

—Veremos quién sale antes.

—¿Perdona? —preguntó, mosqueado—. Creo que no te he entendido bien.

—Pasa de mí, Ferrando.

Costa, que había estado observando la escena desde su escritorio, soltó una risa corta y se acercó a su compañera.

—Vaya con el colega…

—Nos acostumbraremos… hasta que podamos demostrar quién es.

—A todo esto, ¿sabes algo de él? —le preguntó en voz baja—. De Rojo, quiero decir.

Agulló negó con la cabeza.

—No. ¿Y tú?

—Nada. No responde a los mensajes.

—No lo he vuelto a ver desde el día de la detención del inglés —respondió—. Se lo ha tragado la tierra. ¿Es algo habitual en él?

—Me temo que sí… o eso dicen.

—Ya... —dijo ella y se mordió el labio, sopesando la situación. Harta de tanta falta de respuestas, tomó las llaves del coche con un gesto decidido y se levantó de la silla—. Vuelvo en un rato.

—¿A dónde vas?

—He recordado que tenía que hacer algo importante —dijo, sin demasiado esfuerzo, y salió de la comisaría, dejando atrás las miradas inquisitivas de sus compañeros.

***

El aviso al inspector estaba sobre el salpicadero del Peugeot 307 de la policía. Conducía con la mente en mil direcciones. Se sentía extraña, casi idiota, al dirigirse allí. Era como caer en una trampa para ratones. El sobre no era más que un pretexto, un vehículo para enfrentarse a él, para obtener las respuestas que tanto ansiaba. Linares y Aguilera lo querían vivo, Ferrando lo quería muerto y ella solo deseaba que Rojo desapareciera a tiempo. Eso y una explicación. Aunque ya no le dolía tanto, aún no entendía por qué la había dejado plantada ese día en el pub. Las preguntas la devoraban por dentro.

Al llegar al domicilio del inspector, la puso en alerta el extraño ambiente de la calle. La vivienda de Rojo, una antigua construcción de dos plantas, tenía un aire de abandono que no encajaba con lo que recordaba: las plantas de la terraza se habían secado y las persianas estaban a medio bajar. El aspecto descuidado no era habitual en alguien que vigilaba hasta el último detalle de su vida. Tocó al timbre, esperando una respuesta, pero fue un vecino quien le habló desde la acera opuesta.

—No te molestes, mujer, no hay nadie ahí —dijo el hombre, con una voz cansada—. La policía y los carteros lo han intentado varias veces.

Ella le mostró la placa para que bajara la guardia.

—¿Ha visto entrar o salir a alguien?

—No… Ahí vive un hombre, pero no se le ve por aquí. No se relacionaba con nadie de la calle.

—Por casualidad, ¿sabe si ha preguntado alguien por él?

—No, que yo sepa. Tampoco es que me interese mucho, la verdad. Entraba y salía. Hacía poca vida en esa casa.

Agradeció la información y observó la vivienda con atención. Sabía que algo raro estaba pasando, algo que no cuadraba con la historia que le estaban contando.

Esperó a que la calle quedara vacía, regresó al maletero y sacó una ganzúa para las ocasiones especiales. Necesitaba una orden para hacer aquello, y un par de ovarios, siendo la casa del inspector, pero se la debía, pensó.

«Lo siento, te la debía. ¿Acaso crees que no me iba a dar cuenta de que forzaste mi cerradura?».

Minutos más tarde, forzó la puerta y logró acceder a la propiedad. El silencio en el interior era tenebroso, como si estuviera en una cripta. El olor de la humedad la golpeó de inmediato y luego le llegó un hedor a comida podrida. Al encender la luz, sus ojos se fijaron en la sangre reseca que había sobre los escalones de piedra.

Al bajar la vista, encontró más sangre junto a los restos de una pizza reseca y desparramada por el suelo. El asco y la preocupación se mezclaron en su estómago mientras cerraba la puerta con sigilo y comenzaba a subir las escaleras hacia la primera planta.

«Por Dios, ¿qué es esto…?».

Cada paso que daba la convencía de que no debía estar allí, pero la certeza de que algo malo había ocurrido era más fuerte que cualquier sentido de prudencia. Cuando llegó a la planta superior, el piso estaba intacto.

Merodeó por el interior, inspeccionando cada rincón, hasta que encontró la bolsa de equipaje a medio hacer, los fajos de dinero en efectivo, los teléfonos de prepago, el machete y reconoció la vieja pistola STAR. Todo parecía casi preparado para una huida rápida, una que nunca llegó a concretarse.

—Maldita sea, Rojo, planeabas largarte sin decirme nada… Pero, ¿por qué no me lo contaste? —murmuró para sí misma, intentando descifrar la incógnita. La evidencia estaba clara, pero cuando vio las llaves del coche sobre la mesa del salón, la conclusión fue inevitable.

—Huías de alguien… —susurró y levantó el llavero del Ford Focus, observándolo fijamente—, y ese alguien ya te ha cazado.

# 48

La primera sensación fue el frío del hierro mordiendo la piel de sus muñecas.

Luego, el zumbido en los oídos.

Y, finalmente, el dolor: un dolor agudo, como si aún lo atravesara la descarga que lo había derribado en la entrada de su casa.

Rojo abrió los ojos a medias. La bombilla desnuda parpadeaba sobre su cabeza, lanzando destellos que lo cegaban. El aire estaba cargado de humedad y aceite rancio. No sabía si estaba en un taller o en un sótano. Tampoco importaba. Lo habían atrapado.

Intentó moverse. No pudo. Estaba atado a una silla metálica, con las manos a la espalda y los tobillos sujetos con cinta americana. Escuchó una gota caer en el fondo de la sala. Una, dos, tres veces. Un goteo regular, como un metrónomo, marcando el tiempo que le quedaba.

La puerta se abrió de golpe.

Petar entró primero. Era una mole en camiseta de tirantes.

Con una camisa encima abierta hasta el pecho, los tatuajes se perdían bajo su piel curtida, llena de cicatrices viejas. Era un recuerdo de todas las peleas que había ganado. No traía fruta ni

bebida; utilizaba un cuchillo para limpiarse las uñas, con calma, como quien se prepara antes de ensuciarse las manos.

—Míralo, es como un perro apaleado... —gruñó en un castellano áspero—. Ayer, creías ser más listo que nosotros… pero has matado a uno de los nuestros.

Se acercó, olfateando el aire como un animal.

—Huele a miedo.

Rojo apretó los dientes. Tenía sangre seca en la comisura de los labios. No respondió.

El primer golpe lo dobló sobre sí mismo, vacío de aire. El segundo le reventó el labio, provocando un fogonazo de sangre en la boca.

—Si fuera por mí —dijo Petar mientras examinaba sus nudillos—, ya estarías muerto.

Se apartó un paso, sonriendo, con los dientes manchados de nicotina.

—Pero no. Hay alguien que quiere que sigas respirando.

La puerta se abrió de nuevo.

El ruido de tacones. El perfume de la mujer fatal.

Milenka entró como si aquella pocilga fuera un escenario y ella la protagonista. Llevaba un vestido negro ajustado, una chaqueta corta de cuero y labios rojos; elegancia en el lugar menos indicado. Se detuvo a un metro de Rojo e inclinó la cabeza.

—Vaya, inspector… —dijo con voz suave y musical—. Yo confiaba en ti. No esperaba verte tan pronto.

Le ofreció una botella de agua.

—Bebe. No quiero que mueras… todavía.

Rojo giró la cara. Milenka sonrió, le agarró la barbilla con firmeza y derramó el agua sobre sus labios partidos. Él tosió y la escupió, dejando que las gotas le corrieran por el cuello.

Petar rio como un toro.

Milenka se secó la cara con calma, sin perder la sonrisa.

—Tienes carácter. Me gusta. Pero no se trata de lo que yo quiera.

Se giró hacia el búlgaro, como si lo desafiara. Él reaccionó al instante, agarrándole el brazo con fuerza y dejándole una marca roja en la piel.

—¡Perra! —escupió en su idioma.

Milenka no se quejó. Siguió sonriendo, mirándolo directamente a los ojos. Luego miró a Rojo, como si le dijera en silencio: así se sobrevive a un animal como este.

Petar la soltó, furioso, y golpeó la pared con el cuchillo, haciendo eco en la sala.

—Escucha, policía. Hay un camión en marcha y tú nos vas a ayudar a que llegue a su destino, sin intervenciones.

—Antes, prefiero que me mates.

—Si lo hacemos, no morirás solo tú. Lo harán todas ellas.

Milenka sacó una tablet y pasó fotos ante los ojos de Rojo.

Eran niñas, como todas las anteriores. Rostros asustados dentro de un contenedor.

Entre ellas, un rostro que lo atravesó como un cuchillo: Elena Herrera… o su reflejo en el infierno.

Rojo se removió en la silla, tirando de las ataduras. Pero no logró nada.

—¿Es ella?

La mujer inclinó la cabeza.

—Te dije que esperaras… y tendrías lo que pediste. Aquí está.

El inspector acumuló saliva y escupió al suelo. Luego miró a la mujer a los ojos.

—Os mataré a los dos, en cuanto salga de aquí.

—Qué ternura. ¿Cómo piensas hacerlo?

Petar le dio una bofetada, dejándole un zumbido en el oído.

—Hijo de puta…

—Me cansa escucharte, perro traidor... Harás lo que te pidamos, o esto terminará muy mal para ti y para ellas.

El inspector sabía que no podía negociar, ni siquiera ganar tiempo. Todo, allí dentro, a esas alturas, era ya en vano.

—¿Eres imbécil? —le preguntó, desafiante—. Nadie me puede ayudar, así que mátame y acepta que es lo único que te saldrá bien.

—No, te equivocas… —dijo, se acercó a él y le dio otro puñetazo en el oído, intensificando en dolor y el zumbido—. Harás una llamada. Y tu amiga, la inspectora, sabrá que tiene que parar.

Milenka dejó un móvil sobre sus piernas atadas. Pantalla negra.

—Convéncela. Si no… —Paseó un dedo por la pantalla, mostrando las fotos—. Lo haremos nosotros… Una chispa. Un contenedor lleno de gasolina. Y nadie preguntará por ellas. Ni siquiera la policía podrá detener la catástrofe.

Rojo bajó la vista. La rabia hervía, pero debajo estaba el miedo. El miedo a que tuvieran razón. A que él ya no pudiera hacer nada.

La tablet brillaba con los rostros de las chicas. Una lágrima se deslizó por su mejilla antes de que pudiera detenerla.

Durante un instante pensó en rendirse, en fingir obediencia solo para ganar tiempo. Pero la idea le repugnó.

Apretó la mandíbula.

—Que os jodan.

Si sobrevivía, alguien moriría por ello.

# 49

No sabía cuánto tiempo había estado solo. ¿Minutos? ¿Una vida entera? El goteo marcaba compases que se estiraban y rompían en su mente. Contó hasta cien y luego volvió a empezar. Pensó en Elsa y en la cadena que había convertido su vida en una prisión. Pensó en Agulló. No se permitió pensar más. Solo deseaba no quedarse dormido.

Por alguna razón, sabía que, en cuanto alguien cruzara el umbral de la puerta, comenzaría su viaje al infierno.

Y entonces, la puerta chirrió. El eco lo anunció antes que la luz. Petar regresó con dos sombras detrás de él. Uno de ellos llevaba un maletín negro y el otro, una bolsa de deporte. No hablaron. Olían a tabaco frío y gasoil.

—Arriba —ordenó Petar.

Le cortaron la cinta de los tobillos para arrastrarlo, pero le dejaron las muñecas atadas a la espalda. Lo tumbaron bocarriba sobre un palé. El mundo giró y el techo se deformó en círculos blancos. El maletín se abrió con clics secos. Dentro había abrazaderas, pinzas, un generador portátil con una manivela y cables delgados como venas.

—¿A dónde ibas, perro? ¿De vacaciones?

—Que te den...

—No tienes que morir —dijo Milenka desde la puerta, sin acercarse —. Solo tienes que obedecer.

Rojo miró el aparato y luego al techo. Fijó la vista en una telaraña; la araña no se movía. Tal vez estaba muerta.

Le enrollaron un paño mojado sobre la frente. Dos manos le abrieron la camisa, mientras otra levantaba la camiseta sucia, dejando su costillar al aire. El primer cable le rozó el costado derecho con un breve zumbido. La descarga arqueó su espalda. El grito se quedó atrapado en su garganta, como un hierro incandescente.

—Despacio —dijo Petar, disfrutando—. Se aprende más cuando duele.

Sintió otra descarga, esta vez en el abdomen. Era como si los músculos se clavasen en su interior. Su estómago se convirtió en piedra y luego en vacío. Sudor frío. Dientes apretados. La telaraña se volvió borrosa.

—No hables, no llores, no existas —se repitió a sí mismo.

El tercer golpe fue seco, con la culata, en la costilla vieja, aquella que ya se había roto una vez. La sintió abrirse de nuevo, como una puerta que se resiste y finalmente cede. El aire se negó a entrar. El mundo se cerró.

—Suficiente —dijo Milenka, acercándose más.

Le quitaron los cables. Otra sombra sacó de una bolsa una máscara de plástico transparente con una válvula de poca calidad. Petar se la colocó, ajustándola sobre su nariz y boca. Probó la válvula; el plástico se adhirió a su piel. Rojo pateó el palé con lo poco que le quedaba de fuerza, pero las manos atadas lo hacían torpe. Aspiró y no entró aire. Dos segundos. Tres. Su cuerpo entró en pánico. Petar abrió la válvula y el primer aliento fue como una navaja cortando sus pulmones.

—Una más —susurró el bruto—. Para saber si quieres vivir.

La segunda asfixia fue peor, porque ahora su cuerpo sabía lo que venía. Su corazón se subió a la garganta. La sangre retumbó en sus oídos. La bombilla emitió un zumbido inexistente. Cuando Petar

liberó la válvula, Rojo aspiró tan profundamente que sintió ardor en el pecho. Tosió. Notó un sabor metálico. Sangre.

—Hay un cargamento —repitió Milenka, sin emoción—. No te lo estamos pidiendo. Te lo estamos diciendo. Llamarás a tu inspectora. Le dirás que aborte. Que no envíe a nadie. Que la información es falsa. Que es una trampa contra la policía. Que Europol está comprometida. Lo que quieras. Pero el efecto es el mismo: nadie se acerca. Si alguien se acerca, arderán.

Petar apoyó el cuchillo en la madera junto a su oreja. Un sonido infantil, como el de una escuela. El acero vibró.

—Con diésel —añadió, casi amable—, todo prende mejor.

—Dentro van niñas —dijo Rojo, oyendo su propia voz como si fuera de otro—. ¿Qué clase de bestias sois…?

—Sí —Milenka pulsó la tablet. El vídeo era más gráfico que las fotos. Grano grueso, mala iluminación. Un contenedor. Tres cuerpos en la oscuridad. La cámara temblaba. Una voz hablaba en español: «¿Cuánto falta?», otra: «Cállate». Un rostro se giró lo suficiente para que el perfil recortado pareciera real. Rojo la había visto mil veces en fotos. Era Elena Herrera. No había duda—. Lo que importa ahora es lo que hagas.

Le quitaron la máscara. Las sombras retrocedieron un paso. Petar, por primera vez, esperó y disfrutó de la espera. A los sádicos les gustaba la pausa tanto como el golpe.

—Dame el teléfono —murmuró Milenka.

Uno de los hombres se lo entregó. Ella no tocó a Rojo; solo dejó el móvil junto a su mano atada. La pantalla negra reflejó el brillo de la bombilla, mostrando una cara pálida y manchada de sangre que devolvía la mirada.

—Cuando suene, responderás. Dirás lo que te dicte. Si cuelga, repetiremos —dijo ella—. Si mientes, sabemos escuchar. Si dudas, morirá alguien que no eres tú. ¿Todo claro?

Rojo cerró los ojos. Recordó el olor de la escalera de su casa, la pizza abierta como una herida, el ruido del casco que le pusieron antes de cargarlo. Recordó la bolsa de viaje lista y el cuchillo de caza. Todo eso pertenecía a otro mundo.

No supo cuánto tiempo lo dejaron respirar. Lo ataron de nuevo a la silla y le limpiaron la cara con una toalla vieja. El gesto fue casi tierno, por eso resultó tan obsceno. El generador se apagó y el goteo volvió a ser la única música.

Milenka se quedó. Petar salió con los otros, quizás a fumar, quizás a llamar a quien estaba por encima.

—No eres el primero —dijo ella, sin mirarlo—. Tampoco serás el último. La diferencia es que tú crees que todavía eliges.

—Todos elegimos —respondió Rojo, sin saber de dónde sacaba la voz—. Hasta los que obedecen.

—Yo obedezco cuando quiero vivir.

—Entonces no vives.

Una leve sonrisa. Una grieta en la máscara.

—¿Y qué significa vivir, inspector? ¿Morir por principios que nadie recordará? Yo elegí seguir respirando cuando me lo arrebataron todo. Ese es mi lujo. El tuyo es seguir creyendo en las elecciones.

Milenka guardó la tablet y caminó alrededor de la silla. Su perfume caro contrastaba con la humedad del lugar. Se inclinó lo suficiente para que él sintiera su cercanía, sin llegar a tocarlo.

—No te he pedido un consejo moral, inspector.

—Puedes tener lujo, pero no me tendrás a mí...

—No te ilusiones. Solo has sido un pasatiempo.

La puerta se abrió de nuevo. Petar entró solo esta vez. El cuchillo había desaparecido. Llevaba un cigarrillo entre los labios y un mechero en la mano.

—Última lección.

Acercó el cigarrillo al antebrazo de Rojo. La primera quemadura fue pequeña, un punto de luz que se convirtió en carne. Aguantó sin gritar. La segunda fue más larga, un trazo lento, dibujando algo que no iba a ver. La tercera no fue un punto, ni una línea: fue la certeza de que todo dolor tiene memoria.

—Basta —dijo Milenka, con voz seca. Y Petar, por primera vez, obedeció sin discutir.

El móvil vibró.

No fue un timbrazo limpio, sino un zumbido corto, seguido de otro. La pantalla se encendió con el mensaje *Número privado*. El corazón

de Rojo se hundió en el pecho y luego descendió hasta el suelo. En una esquina, una mancha de humedad tenía forma de mapa. Podría haber sido Asturias. O nada.

Milenka activó el altavoz y acercó el móvil a su boca.

—Habla con ella —ordenó, mirándolo.

Rojo tragó sangre y se aclaró la garganta. Su voz sonó oscura y rota, pero era suya.

—¿Agulló?

Un silencio de un segundo. Dos. El eco del recinto devolvió la pregunta como si fuera de otro.

—Rojo... —la voz llegó lejana, filtrada y viva—. ¿Dónde estás?

Enfrente, Petar levantó una mano, con los dedos separados, como un director de orquesta marcando el compás de la mentira.

—Dile —susurró—. Dile que pare.

Rojo cerró los ojos un instante. Vio a Elena, tal vez. Vio el fuego ardiendo en una cuneta de noche. Vio a Agulló entrando sola en una casa vacía.

Si decía lo que querían, condenaba a todos. Si se rebelaba, lo matarían al instante. Cada opción era una puñalada.

Buscó un resquicio, una línea invisible por la que caminar sin caer.

Abrió los ojos y miró a Milenka. Ella no parpadeó.

—Escúchame —dijo a la línea—. Solo oirás esto una vez.

Petar sonrió, satisfecho.

—No lleves a cabo la operación como estaba prevista.

La sonrisa del bruto se amplió.

—Es una trampa.

Milenka asintió.

Rojo prosiguió, sintiendo que su voz se balanceaba en un delicado hilo entre la obediencia y la verdad.

—Las chicas… —añadió—. Las van a matar si no canceláis la operación... Si actúas a tiempo, si no sigues la ruta esperada, quizás… —su voz se quebró—. Quizás aún logres salvarlas.

La boca de Petar dejó de sonreír, al igual que la de Milenka. Un destello, mínimo, cruzó sus ojos.

—Rojo —la voz de Agulló, ahora más alerta—. ¿Quién te obliga a decir esto? ¿Dónde te encuentras?

El móvil vibró una vez más en la mano de Milenka. En la pantalla, parpadeó un segundo: *Llamada entrante*. Otro número, otra línea. Milenka dudó un instante y miró a Petar, quien negó con la cabeza. Entonces, cortó la segunda llamada con el pulgar.

—Termina —escupió.

Rojo inhaló, sintiendo cómo la costilla rota protestaba como una bisagra vieja. Por el tono de la inspectora, dedujo que no había encontrado el lápiz de memoria.

—Hazme caso —dijo, y cada palabra fue un clavo—. Cancelad la operación o todas morirán... —cerró los ojos un instante, aferrándose a la imagen—. Quédate en casa, mira en tu casa… donde nadie ve… allí está todo lo que necesitas.

Petar dio un paso. El cigarrillo encendido dejó una coma roja en el aire.

—¡Cuelga! —ordenó.

Milenka apretó el botón con decisión. La sala se llenó nuevamente de silencio. De goteo. De respiraciones.

Rojo bajó la cabeza, sin saber si había salvado algo o, por el contrario, acababa de firmar tres sentencias de muerte.

Petar apagó el cigarrillo en el suelo, aplastando la brasa con la suela de su zapato.

—Bien hecho, inspector… Te queda bien el disfraz de héroe —dijo, sin entusiasmo—. Veremos si te hacen caso… y si alguien paga por tu culpa.

La mujer guardó el móvil en el bolsillo de su chaqueta y, con un gesto automático, se colocó un mechón detrás de la oreja. Luego, se inclinó lentamente y le susurró al oído:

—Cuando ella venga, ya será tarde.

La bombilla parpadeó una vez y se apagó. El goteo continuó sonando en la oscuridad, como un reloj que se niega a detenerse. Afuera, un motor arrancó, seguido por otro. El aire trajo un breve olor a lluvia vieja. Rojo respiró, contando de nuevo. Uno. Dos. Tres. El cuarto nunca llegó.

# 50

El pitido de la llamada aún resonaba en su oído. Rojo estaba vivo. Rojo estaba prisionero. La certeza le recorrió la espalda como una descarga.

Agulló guardó el móvil en el bolsillo interior de su cazadora y respiró hondo. El salón de Rojo parecía detenido en un instante de fuga: la bolsa a medio hacer, los billetes apilados, el machete de caza sobre la mesa. Nada se había movido desde aquella noche. Nada, salvo ella.

Un crujido sonó detrás.

No provenía de la calle. No venía del piso de arriba. Era del interior.

La sombra en la pared se alzó justo antes de que el golpe descendiera.

Se agachó. El hierro cortó el aire sobre su cabeza y estalló contra la lámpara de pie, partiéndola en dos. Luego, giró sobre sí misma con la pistola en mano.

Ferrando estaba allí, rígido, con el tubo todavía levantado. No intentaba sonreír ni se molestaba en fingir.

—Tranquila —dijo, con tono seco. Bajó el brazo despacio, dejando caer el metal al suelo—. Baja eso, inspectora.

—Me ibas a abrir la cabeza —respondió ella, apuntándole sin titubear—. ¿Qué coño haces aquí?

—He visto el coche, la puerta abierta… Al entrar, he escuchado ruido y nadie respondía. Pensé que no estabas sola.

Su voz era neutra, sin grietas, demasiado medida. El tipo de tono que no permite agarrarse a nada.

—¿Así trabajas? ¿Golpeando por la espalda?

Él se encogió de hombros, apenas un gesto.

—Perdona, no es lo habitual. ¿Vas a bajar el arma?

Agulló lo sostuvo con la mirada.

Todo en su cuerpo gritaba que dijera lo que pensaba: que era él, que estaba en el centro de todo. Pero no tenía pruebas. No aún.

Bajó el arma despacio, sin apartar los ojos de él.

Ferrando dio un paso atrás, como si eso saldara las cuentas.

—Joder… —dijo con voz seca. Bajó lentamente el brazo, dejando caer el metal al suelo—. Ni que te fuera a…

—Me ibas a abrir la cabeza —respondió ella, apuntándole sin titubear—. ¿Cómo quieres que reaccione?

—Ya te he dicho que lo siento.

Un silencio pesado se instaló, y el eco de la lámpara rota seguía zumbando. Ferrando entrecerró los ojos.

—¿Qué demonios está pasando aquí, Agulló?

Ella respiró hondo, manteniendo la pistola firme.

—Rojo me ha llamado. Está vivo. Lo tienen.

El subinspector inclinó la cabeza apenas un centímetro. No había sorpresa, solo reflexión.

—¿Lo tienen? ¿Quiénes?

—No lo sé todavía. Pero no ha desaparecido por su propia voluntad. Lo han secuestrado.

Ferrando mostró un breve gesto de escepticismo, casi un tic.

—¿Y si no? —replicó en voz baja y plana—. Rojo lleva meses operando en la sombra: dinero, armas, contactos… Sé lo de Europol, Agulló. Es imposible no escuchar las conversaciones de Linares por teléfono... Quizá se haya ido por su cuenta. Quizá te esté utilizando.

—¿A mí?

—Sí, para que hagas su trabajo.

—No me hables de hacer el trabajo de otros. ¿Todo bien con tu amiga, la diputada?

En ese instante, la inspectora se dio cuenta del error y habría deseado morderse la lengua a tiempo. Ferrando sabía demasiado.

—Mi vida privada no es asunto tuyo y me acuesto con quien me da la gana. ¿Quieres que opine de tu relación con Rojo?

—Ya lo estabas haciendo.

—¿Acaso crees que no sé que estás investigando lo de esa chica?

—Vaya, y parecías tonto. Lástima que no haya testigos, ¿verdad?

—No me vaciles. Deja el caso de una vez, hazlo por la familia de esa chica.

—Precisamente, la familia...

—La familia lo que quiere es tranquilidad. Crees que estás descubriendo algo, pero solo estás causando daño.

—Algún día, alguien te quitará esa sonrisa de imbécil.

—No lo tomes tan a pecho, inspectora —respondió él, con un tono bajo y monótono—. Aquí no eres la única que desconfía.

Luego se dio la vuelta y salió del piso sin esperar respuesta.

Agulló se quedó sola, con el olor a polvo y metal en la nariz, consciente de que había cruzado una línea de la que ninguno de los dos podría regresar.

Ella no contestó. Se subió al Peugeot, cerró la puerta de un golpe seco y permitió que el cristal la separara de la mueca del subinspector. Colocó las manos en el volante y respiró hondo. El espejo retrovisor le devolvió su reflejo: cansancio, polvo y una sombra de rabia visible en la línea de su mandíbula.

Marcó el número de Costa. Dos tonos. Tres.

—Dime.

—Bar Guillermo. En media hora.

—¿Estás bien?

—No.

Pausa.

—Voy.

Colgó. Antes de arrancar, miró por el parabrisas. Ferrando ya no estaba apoyado en la farola; había cruzado la calle y hablaba por el móvil, de espaldas al tráfico, como si fuera dueño de la calzada. Ella

metió primera y se alejó sin mirar atrás. En la rotonda, un Seat gris se incorporó dos coches detrás. Nada raro para un martes. Nada… salvo la sensación de tener un dedo en la nuca.

## 51

En la televisión, sin sonido, se transmitía un informativo con subtítulos: huelga en no sé dónde, una ministra, un accidente en la AP-7. La barra de mármol presentaba marcas redondas de vasos, como pequeñas lunas.

Costa llegó puntual, con el abrigo abierto y la cara de los días en que había que escuchar antes de hablar.

—Tienes la voz como para que nos echen —dijo, dejándose caer en la silla.

Ella levantó una mano. Dos cañas, una ración de calamares, pan. El camarero asintió sin pedir más explicaciones. Costa retiró su silla para ahuecar la espalda. Los viejos sabían sentarse para aguantar golpes.

—Rojo me ha telefoneado. Lo tienen los búlgaros.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Ha desaparecido, Costa —Hizo un gesto hacia el bolsillo—. He estado en su casa. Lo iba a dejar todo. Estaba huyendo. No llegó. Hay sangre en la escalera. Hay pizza en el suelo. Hay una bolsa con dinero y móviles. Hay una pistola.

Costa miró el vaso, no a ella.

—Vale. Más despacio, ¿quieres?

—Estoy segura de que lo han cazado —dijo, bajando la voz—. Linares y Aguilera tenían razón. Estaba trabajando para ellos e iba a huir, por lo que intuyo que algo se torció para que quisiera hacerlo. Por desgracia, lo pillaron antes de que lo consiguiera. —Se detuvo por un instante—. Y lo peor de todo… es que Ferrando lo sabe.

—¿Qué pinta ese ahora en esta conversación?

—Creo que me estaba siguiendo.

—¿Y qué sabe?

—No me lo reproches, ¿vale?

—Dilo.

—Que sabemos lo suyo con Laura Borrás.

El nombre flotó un segundo entre los dos, como un humo más pesado que el de la plancha. Costa bajó la vista, dejó que el aire le llenara los pulmones despacio, y soltó un bufido que no era risa.

—La diputada.

—Sí.

—La exfiscal. La del discurso contra la trata. —Agulló clavó los ojos en los suyos.

—Te has ido de la lengua.

—Así es...

Los calamares llegaron con un olor a limón falso. Nadie tocó el plato.

Él resopló.

—Bueno, lo hecho, hecho está. La has cagado, ¿qué voy a decirte que no sepas?

—Te lo agradezco.

—Y tú crees que, por eso, Ferrando… —empezó Costa.

—Creo que Ferrando estaba fuera de la casa de Rojo cuando yo salía para eliminar las pruebas que habían dejado los otros. Lo que no esperaba, era verme ahí. Llevaba una barra de hierro en las manos.

—Ajá.

—Sabe lo mío con Rojo, la operación de la Europol y que estoy tras el caso de Elena Herrera. Lo sabe todo, porque es la rata que tenemos dentro del Cuerpo. Lo peor de todo es que no le tiembla el pulso.

Costa bebió. Secó con el borde del pulgar una gota en el vaso. Puso la mano abierta sobre la mesa, como quien jura en falso o en serio.

—¿Qué quieren de ti?

—Que pare la operación —dijo, mirándolo—. El convoy… lo dicen por todas partes. Va a salir. Quieren que salgamos a por ellos. Quieren que salgamos justo por donde esperan.

—¿Alguna idea de dónde está Rojo?

—No. Solo me ha dicho que cancele la operación, que me quede en casa y que mire en casa… donde nadie ve… porque allí está todo lo que necesito.

Costa cogió un calamar con los dedos, lo dejó caer de nuevo en el plato.

—¿Y le vas a hacer caso?

—¿Estás tonto?

—No. Estoy vivo. Y Rojo puede estar jugando su última carta, usándote para ganar tiempo. No confundas un mensaje críptico con un milagro.

—Visto así...

—Rojo jamás diría algo parecido. ¿Has mirado en tu casa? Tal vez haya estado allí. No sería la primera vez...

En ese momento, ella recordó cuando él entró en su domicilio.

Se limitó a respirar hondo.

—¿Qué piensas hacer respecto a todo?

—No lo sé, Costa. No lo sé… —El vaso le tembló apenas entre los dedos antes de soltarlo. Sentía que cada palabra la dejaba más expuesta, como si hablara en voz alta en medio de una emboscada.

El bar siguió a lo suyo. Un anciano al fondo pedía caldo. Una pareja discutía por nada. En la tele, la diputada Borrás aparecía un segundo, sin sonido, estrechando manos con hombres de traje.

—La he visto —dijo Agulló, sin sorpresa.

—Todos la vemos. —Costa apuró la caña—. Poca gente la mira como Ferrando. ¡Maldita sea! Tengo que conseguir esas fotografías…

—Todo a su tiempo. No te obsesiones, que no eres un cazador de exclusivas. Mientras tanto...

—Tú encárgate de averiguar qué quería el inspector y yo vigilaré a ese cabronazo.

«Que me quede en casa y que mire en casa… donde nadie ve… porque allí está todo lo que necesito».

De repente, recordó la ocasión en que Rojo la acompañó a su apartamento mientras ella intentaba abrir la puerta.

La conversación relampagueó en su cabeza.

"—¿Algún problema? —quiso saber él.

—Siempre que me acuerdo, cierro y la dejo en vertical. Dos vueltas y con la ranura así, como está ahora... Llámame precavida, pero es una manía que heredé de mi padre, aunque muy efectiva.

—Todos tenemos nuestros métodos —dijo él".

Entonces, la inspectora regresó al bar, a Costa, al presente, y sus ojos se abrieron como platos.

—Tengo que largarme. Luego iré a la comisaría.

Pagaron en silencio. El camarero les deseó un buen día con una cortesía anticuada. Al salir a la calle, el cielo había decidido tornarse realmente serio.

En la acera, Agulló se ajustó la cazadora.

—Te avisaré cuando sepa algo —dijo.

—Yo te cubro —respondió Costa.

Ella cruzó y subió a su coche. Costa la siguió con la mirada hasta que desapareció en la avenida. Solo entonces permitió que el silencio del bar le cayera encima como un abrigo mojado.

Era su turno.

Su piel le advirtió antes que sus ojos. A dos coches de distancia, un León gris esperaba con el motor apagado. En el retrovisor, Costa vio un destello: Ferrando encendía un cigarrillo, pero no lo fumaba. Lo dejaba arder entre los dedos, consumiéndose solo, como si el humo fuese una señal. Costa lo miró de reojo, como quien evalúa la lluvia. El espejo lateral le mostró una silueta conocida: mandíbula apretada, un mechón de pelo rebelde y el gesto impaciente de un fumador que intenta dejarlo. Costa no sonrió.

Abrió su coche sin prisa, se sentó, contó hasta cinco y encendió el motor. Se incorporó al tráfico como si realmente no tuviera prisa. En el retrovisor, el León esperó tres latidos antes de arrancar.

—Hola, Ferrando —dijo en voz tan baja que ni él se oyó—. A ver quién sigue a quién.

Pisó el embrague, cambió a segunda y se unió al tráfico, convirtiéndose en uno más en el hormiguero.

# 52

Agulló empujó la puerta con el hombro y subió los tres pisos hasta su apartamento. La escalera estaba en penumbra, con dos bombillas fundidas y un silencio que parecía más espeso que el aire.

Sacó las llaves del bolsillo, pero algo la detuvo. Un reflejo extraño en el suelo, justo al borde del felpudo.

—¿Qué demonios...? —se preguntó, sin comprender cómo no lo había notado antes.

Se agachó con cautela. Lo primero que pensó fue que alguien había forzado la cerradura o dejado un aviso. Pero no. La cerradura estaba en vertical, tal y como la dejaba siempre. Sin embargo, el felpudo estaba ligeramente descolocado, apenas unos milímetros fuera de lugar. Y debajo, asomando como la esquina de una carta mal escondida, se veía un plástico negro.

El estómago se le encogió.

Tiró del felpudo despacio, con la mano izquierda, mientras con la derecha mantenía la pistola cerca de la cadera. Lo que apareció fue un objeto diminuto, envuelto en cinta aislante negra, como un insecto muerto al que alguien hubiera arrancado las alas: un lápiz de memoria USB.

No había notas, ni sobres, ni adornos. Solo el dispositivo, mudo y solitario.

Agulló lo sostuvo entre los dedos, evaluando el peso. Ninguna marca, salvo un pequeño arañazo en un lateral. Era la clase de cosa que podía venir de cualquiera: un vecino, un infiltrado, o alguien que quería que ella muriera al enchufarlo.

Pero lo sabía. En lo más profundo de su instinto lo sabía: esto venía de Rojo.

Entró en el piso, cerró la puerta con dos vueltas de llave y bajó todas las persianas. Encendió la lámpara del salón y sacó el portátil de la mochila. Lo colocó sobre la mesa con un cuidado ritual, como si fuera un altar improvisado.

Durante unos segundos solo se quedó mirando la memoria USB. Una parte de ella quería llamar a Costa, otra a Noelia. Pero esa misma parte sabía que si lo hacía, pondría a los dos en peligro.

Al final, enchufó el dispositivo.

La pantalla tardó unos segundos en reconocerlo. Apareció una carpeta sin nombre, que contenía varios archivos de audio y dos documentos comprimidos. Agulló abrió el primero.

La grabación inicial pertenecía a un club de alterne. Una voz masculina, gruesa y ebria, discutía el precio de "una nueva". El acento extranjero de la chica al fondo afectó a Agulló; apenas dieciocho años y ya convertida en mercancía. Se escuchaban risas, música y la voz de otra chica con acento extranjero. La conversación se interrumpía de vez en cuando con frases breves en un idioma que Agulló identificó como búlgaro.

La segunda grabación no era menos impactante. La voz de Ferrando era reconocible al instante. No hacía falta escuchar más de dos palabras; su tono burocrático y seco sonaba como si archivara vidas de la misma manera que archivaba papeles. Ferrando no parecía incómodo al hablar con miembros de la organización criminal y ordenar el cierre de un expediente.

—…lo archivamos como desaparición voluntaria. Nada de trata. ¿Entendido?

Otra voz respondió:

—¿Y si la familia insiste?

Ferrando:

—Se les convence. Todos acaban aceptando la versión oficial.

Finalmente, abrió el tercer archivo para asegurarse de que no estaba soñando. La voz de Rojo llenó la habitación. No era un mensaje personal, ni un diario íntimo. Eran conversaciones grabadas con la frialdad de alguien que sabía lo que hacía.

—…ya os dije que mientras no se meta la Guardia Civil, no habrá problemas en la carretera. —Su voz sonaba firme, dura, pero con un matiz distinto; el tono calculado del policía que jugaba a ser cliente o intermediario.

Un búlgaro respondió entre risas, en un castellano roto:

—Tú tranquilo, Rojo. Petar se encarga de los papeles. Nosotros ponemos las chicas, Milenka pone la cara bonita.

Agulló se estremeció. Sintió arcadas contenidas y tuvo que apartar la vista de la pantalla, como si las palabras pudieran mancharla. Era la prueba de que su compañero había estado allí.

El siguiente archivo mostraba otra conversación, más tensa.

—¿Qué pasó con la del brazalete rosa? —preguntó Rojo, con la voz contenida.

—¿Eh? —respondió otra voz, áspera, probablemente la de Simeon —. Esa ya no está. Pregunta a Milenka, si tienes cojones.

Agulló sintió un escalofrío recorrerle la nuca.

Con las manos sudorosas, abrió la carpeta de imágenes. No había pie de foto ni organización, solo una sucesión de rostros congelados, capturados con la urgencia de quien trabaja a escondidas. Las fotos, tomadas con un móvil, mostraban algunas imágenes borrosas y otras claramente provenientes de cámaras ocultas. Allí estaban los rostros: p

rimero, Milenka, elegante y segura en un reservado, lucía un vestido negro que parecía un uniforme de poder. Sonreía, pero sus ojos eran como cuchillas.

Luego, Petar, enorme y tatuado, estaba sentado en una mesa repleta de botellas, contando fajos de billetes con la naturalidad de quien realiza un inventario.

A su lado, Simeon mostraba una rigidez militar, con la mandíbula apretada y la mirada fija en la puerta, como si esperara problemas.

Una joven rubia, Ivanka, estaba sentada en un sofá, con el maquillaje corrido y los brazos cruzados sobre el pecho, como si se aferrara a un refugio que no existía.

En otra imagen, varias chicas posaban en fila, no para una foto voluntaria, sino porque alguien las había alineado como ganado: una rubia con un gesto vacío, una morena con un ojo amoratado y una pelirroja que apenas levantaba la mirada.

El pase de imágenes concluyó con una fotografía inquietante: una mano masculina sostenía una pulsera rosa con las iniciales EH grabadas en dorado. Era la misma pieza que había aparecido en los expedientes antiguos.

Luego, revisó los documentos. Eran informes escaneados que incluían fichas de chicas, horarios de vigilancia y cuentas de dinero negro, todo con el membrete del club Dácil. En varias páginas figuraba el nombre de Elena Herrera, asociado a fechas que coincidían con su desaparición.

El último archivo era un vídeo.

Agulló dudó antes de abrirlo. Pesaba más de 900 megas, lo que indicaba que duraría varios minutos. Respiró hondo y dio doble clic.

La imagen era granulada y temblorosa, teñida de un neón enfermizo. Mostraba un pasillo largo y húmedo, con puertas numeradas; un lugar donde hasta el aire parecía pedir auxilio. La cámara enfocaba justo en el momento en que dos hombres sacaban a una chica a la fuerza. Su rostro estaba parcialmente cubierto, pero su pelo oscuro y su complexión coincidían con las fotos de Elena.

Detrás de ellos, se distinguía a un tercer hombre. No llevaba uniforme ni máscara. Era Ferrando.

De repente, el archivo se detuvo en seco.

Agulló apartó la vista de la pantalla, conteniendo las ganas de lanzar el portátil contra la pared. Tenía la prueba. Tenía demasiado.

Y lo peor era que alguien más sabía que ella lo tendría.

Se levantó y comenzó a recorrer el salón de un lado a otro, aún sosteniendo la memoria. Podía entregársela a Linares, a Asuntos Internos, a la prensa o a Europol, pero cada opción conllevaba riesgos. Si había llegado hasta allí, era porque Rojo había querido que la tuviera. Eso solo podía significar dos cosas: o estaba vivo y

oculto en algún lugar, o ya había sido silenciado y aquello era su último legado.

Un ruido en el pasillo la hizo detenerse. Se acercó a la mirilla, pero no vio nada. Sin embargo, bajo la rendija de la puerta, durante un instante, creyó ver la sombra de unas botas inmóviles. Cuando volvió a mirar, ya no estaban.

Apagó el portátil de golpe, retiró la memoria USB y la guardó en el bolsillo interior de su chaqueta. Luego recogió todo lo demás con movimientos rápidos, como si borrar la escena pudiera devolverle la calma.

El silencio regresó, pero era un silencio diferente, cargado de tensión.

Agulló se dejó caer en el sofá, con la pistola en una mano y la memoria apretada contra su pecho. Por primera vez en mucho tiempo, se sintió exactamente como Rojo: al borde de un precipicio, consciente de que el próximo paso ya no dependía solo de ella.

Se levantó del sofá, tomó las llaves del coche y salió del apartamento.

Contaba con las pruebas, los testimonios y era consciente de que el tiempo corría en su contra. Solo había dos finales posibles: hundirlos a todos o acabar enterrada con ellos.

Y, además, encontrar a Rojo.

# 53

Costa permitió que el León gris se acercara y se alejara al compás de los semáforos, sin mostrar ningún gesto que indicara que lo había reconocido. Aprendió eso hace años: a veces, se sobrevive no por observar, sino por no mirar.

A cuatro manzanas del bar, giró hacia la Rambla y luego descendió por una calle donde los árboles parecían guardar secretos. El León lo siguió con la torpe discreción de quien lleva un traje de periodista en una fiesta de barrio. El retrovisor le ofreció destellos del rostro al volante, el humo de un cigarro inexistente en el interior del coche y una mano que tamborileaba con ansiedad.

Costa pitó a un taxista que se había detenido en doble fila, cumpliendo con la rutina. En la radio, un comentarista hablaba de fútbol como si fuera una guerra civil. Cambió de emisora y apagó la música. Necesitaba escuchar los sonidos sutiles: la vibración del teléfono en el bolsillo de la chaqueta, el clic del intermitente, el murmullo más grave de un motor que no era el suyo.

El móvil vibró. Era un mensaje de voz de Agulló: «Mándame matrículas. Cruces. Lo que veas. Voy hacia la comisaría y luego a mi apartamento. Si no te contesto, no me llames». Costa tecleó con el

pulgar en un semáforo: «León gris. 7831-KHJ. A 2 coches. Te escribo al llegar».

Dudó y añadió: «Ferrando. Casi seguro».

Guardó el teléfono. Las manos le olían a metal y a cerveza vieja. Recordó la foto del hotel de carretera de la noche anterior, con el cuello de la diputada entre los dedos de Ferrando y su expresión, que no era de amante, sino de dueña. Aquello no era un encuentro clandestino; era un acto de poder.

El otro vehículo mantuvo la distancia cuando Costa giró hacia su barrio. A esa hora, las panaderías desprendían el aroma del último horneado y de limpieza. Un gato cruzó la calzada con la dignidad de un conserje. Costa se permitió un instante de ternura por una ciudad que seguía comportándose como si los monstruos fueran solo de película. Luego giró a la derecha, entró en una calle estrecha, donde los coches estaban pegados a ambos lados, y en el último momento cambió de idea: continuó recto y se detuvo en una pequeña gasolinera.

El Seat dudó y pasó de largo. Por un momento, Costa se preguntó si su mente le estaba jugando una mala pasada, si el coche no era más que otro gris entre tantos. Pero entonces lo vio reaparecer en el retrovisor, paciente, respirando detrás de él.

Costa aparcó junto a un surtidor vacío. El muchacho del mono azul levantó una ceja y señaló con la manguera.

—Lleno —dijo, sin pensarlo.

Mientras el surtidor mostraba los números, sacó el móvil y lo puso en modo cámara. Apoyó los codos en el techo del coche, como si descansara la espalda un momento, y con la otra mano apuntó hacia el cruce donde acababa de perder de vista al León. Lo vio aparecer tres coches más allá, dar la vuelta a la manzana y situarse paralelo a la gasolinera en el carril contrario. Hizo una foto sin disimulo. Otra. Sabía que a veces el descaro es el mejor disfraz.

El León arrancó con nervio y se marchó sin luces. Costa pagó el depósito y condujo los últimos dos minutos hasta su edificio, sintiendo una molestia como si tuviera una piedrecita dentro del zapato, una incomodidad de la que no podía deshacerse.

Aparcó en su plaza y subió por las escaleras en lugar de usar el ascensor. Al abrir la puerta, mantuvo el oído atento, más por costumbre que por miedo. El piso olía a café frío y a libros, el aroma de una vida normal. Sin embargo, al ver el vaso en el felpudo, comprendió que incluso ese refugio había sido violado. Tiró la chaqueta sobre la silla y dejó las llaves en el cuenco. Se sentó en el borde de la cama sin quitarse los zapatos. No podía hacerlo; descalzarse sería admitir que estaba en casa, y ahora ni siquiera ese espacio le pertenecía. Su móvil vibró de nuevo. Era un mensaje de Agulló:

«He llegado a Homicidios. Linares ha estado con Borrás. No digas nada. Te escribo pronto».

***

Agulló aguardaba en el coche, a dos calles de la comisaría, con el motor al ralentí. El edificio de Jefatura brillaba con su habitual soberbia. En la puerta, un grupo de uniformados fumaba y reía a carcajadas, dejando caer colillas encendidas como si fueran cáscaras de pipas. La impunidad se percibía en el aire, impregnada de tabaco barato y arrogancia. Miró por el retrovisor y vio un Passat negro detenerse frente a la entrada. Linares bajó, luciendo un traje impecable. Luego, del coche salió la diputada Laura Borrás, con una sonrisa ensayada. Intercambiaron dos besos institucionales, fríos y distantes. Al subir los escalones, Linares sostuvo brevemente el codo de Borrás, quien ni siquiera se tomó la molestia de mirar a su alrededor. No lo necesitaba; quien se conoce como un reflejo no busca espejos.

Agulló sintió el impulso de arrancar y arrollarlo todo. Sin pensarlo, su pie derecho presionó el acelerador, haciendo rugir el motor, pero en lugar de eso, respiró y contó hasta cuatro.

Se dejó el móvil en el hueco de la palanca de cambios, bajó del coche y notó que el aire tenía un sabor a mar rancio. Cruzó la calle con la carpeta contra el pecho, como un escudo, y el lápiz de memoria pegado al bolsillo de su chaqueta. Sin mirar a nadie, subió la rampa lateral que conducía a los sótanos. Era su comisaría, pero

ese día no. Al poner el pie en la rampa, se le pasó por la cabeza la absurda posibilidad de no volver a salir. Aun así, continuó subiendo.

***

Costa salió de nuevo a la calle y se dirigió hacia el coche. No iba a quedarse quieto esperando el próximo timbrazo. Bajó al garaje y arrancó el motor. Mientras se dirigía a la avenida, su mente repasaba la lista que le había pedido a Agulló, pero que ella aún no le había enviado: lo que sabe, lo que cree, quienes respiran demasiado cerca. Añadió un nombre en su mente, que aún no había mencionado en voz alta: Ferrando. Porque a veces las jaulas no tienen solo un carcelero.

Tomó rumbo a la entrada de la A-31, por si el León gris decidía mostrarle los dientes. No tardó en aparecer; lo vio asomarse dos carriles más allá, como un tiburón que huele sangre. En ese momento sonó el teléfono. Era un número desconocido. Contestó sin alterar su ritmo de respiración.

—Costa.

Silencio. Luego, la risa enlatada de una voz que había escuchado demasiadas veces en un pasillo.

—Te queda bien el papel de perro faldero, subinspector —dijo Ferrando, seco—. Siempre detrás de ella. Pero, dime, ¿también la vas a escoltar cuando suba a su piso esta noche? Ella los prefiere más rudos...

Costa no se sorprendió. La mandíbula le crujió de tanto apretarla, pero mantuvo la mirada en el tráfico, en el letrero verde de la autovía, en el espejo. Finalmente, dejó escapar una sonrisa sin dientes.

—Ten cuidado, Ferrando —respondió—. No todos los faros iluminan la carretera.

Colgó, no porque hubiera conseguido algo, sino porque no quería darle el placer de seguir escuchando su voz. El León gris se quedó dos coches atrás. Costa abandonó la carretera, tomó un desvío de última hora y se adentró en un barrio donde los números de las calles parecían una broma. Aparcó en doble fila, bajó, cruzó entre

dos furgonetas de reparto y tomó otra calle. Abrió su móvil y grabó un audio de cinco segundos para Agulló:

—Tengo a Ferrando encima. Si no escribes en quince minutos, iré a buscarte, aunque me echen. No me dejes fuera esta vez.

Enviar.

Regresó al coche, respiró hondo y apoyó la frente en el volante. Murmuró, solo para el salpicadero:

—No te mueras, Rojo. Y tú, chica, no me falles.

En el retrovisor, a lo lejos, el León gris permanecía inmóvil. Demasiado inmóvil. Como si hubiera perdido el rastro o, simplemente, esperara a que él creyera haber ganado. Costa no celebró nada. Giró la llave y se sumergió de nuevo en el mar de coches.

Nadie aplaude por seguir vivo; solo se aguanta el pulso un día más. Pero al soltar el volante, Costa vio las huellas húmedas de sus manos en el cuero y supo que la próxima vez tal vez no pudiera soltarse.

# 54

Agulló bajó los últimos escalones, con la carpeta contra el pecho, como si contuviera un corazón prestado. El fluorescente del pasillo parpadeaba de manera caprichosa y cada destello parecía una advertencia.

La zona de «Asuntos Archivados» estaba envuelta en un silencio comparable al de una capilla abandonada. Había cajas con etiquetas inclinadas, estanterías desgastadas y nombres cuyas consonantes se desvanecían bajo el polvo. Buscó la letra H y encontró tres cajas con rotulador grueso: HERRERA, EMILIA; HERRERA, ELENA; HERRERA/VARIOS.

Sacó la primera y notó que tenía menos peso del esperado, demasiado aire en su interior.

Expediente de Emilia: dos atestados, una denuncia original con tinta corrida, un informe médico sin sello y una foto Polaroid pegada con celo amarillento en una esquina. En la hoja 7, el texto se interrumpía en medio de una frase: «La testigo afirma que el hombre que…» y no continuaba. La hoja 8 no existía, ni la 9. En la hoja 10, se cambiaba el tipo de letra, el margen y la gramática, lo que evidenciaba la prisa de quien lo redactó.

Abrió el expediente de Elena. La portada era correcta, con el timbre del Juzgado y una numeración limpia. Sin embargo, los anexos estaban incompletos:

«Anexo B: Testigo 3 — DESAPARECIDA, no localizable».

«Anexo C: Registro del local — FOTOS NO DISPONIBLES».

En la solapa interna, había un post-it envejecido que decía:

«Urgente: cerrar antes de fin de mes. Preguntar a Fiscalía».

En el dorso, un número de extensión había sido borrado con tinta.

Pasó las páginas, con guantes finos. Las fechas danzaban: una diligencia del día 15 con resultado el 18… y el sobre de archivo definitivo firmado el 11 de ese mismo mes. Era imposible. El sello llevaba el escudo oficial de la Fiscalía de la Comunidad. La firma era elegante, inclinada y segura. Un trazo que no se hacía por error, sino con la convicción de quien se siente intocable. Al pie, una inicial que no dejaba lugar a dudas: L. Borrás.

Un calor antiguo le subió por el cuello. No era ira, era náusea.

Agulló fotografió la firma una vez más: L. Borrás. El trazo final se remataba con orgullo. Debajo, la anotación «resuelto por falta de elementos probatorios». La goma del sello había borrado parte de la palabra «probatorios», dejándola incompleta: «proba…». A veces, el papel revelaba la verdad sin intención.

Guardó el móvil y reorganizó el expediente como si fuera suyo, dejándolo exactamente como lo había encontrado; el polvo no debía delatarla. Regresó a la caja y encontró un oficio que decía: «Se solicita apoyo a la Unidad de Homicidios por posible conexión con la muerte de Zlata Morózova». La respuesta llegó una semana después: «No procede. Competencia de Morals/Extranjería». Estaba firmada con una inicial que también conocía: Ferrando.

Su trazo temblaba un poco más que el de la fiscal, pero la intención era la misma: cerrar el caso.

Reconocer aquella firma era como tragar bilis.

Abrió la caja «VARIOS» y encontró un listado mecanografiado de testigos con notas al margen: «traslado», «revocada», «piso tutelado sin control», «no comparece», «menor devuelta». En una esquina, un sello en tinta violeta decía:

EUROPOL — Contacto local.

«Aguilera…».

Alguien había tachado el sello con un rotulador, pero el color violeta aún era visible.

La impresora del rincón gruñó al intentar sacar una copia. Produjo dos hojas en blanco y una más con una franja negra en medio. El mensaje en la pantalla fue un cruel chiste: «ERROR DE COLA». Ella soltó un suspiro que no llegó a salir de su garganta. Sacó el móvil. Fotos, fotos, fotos. Bordes, sellos, firmas. No iba a permitir que el silencio se tragara nuevamente aquel caso.

Un golpe de metal contra metal resonó a lo lejos. No sonó como un archivador cayendo, sino como una puerta cerrándose. El eco llegó a ella como una advertencia. Agulló dejó la caja abierta, respiró hondo y continuó. En los márgenes de un interrogatorio, apareció un nombre a lápiz, casi borrado: «Milenka Dimitrova». Habían intentado borrarlo, pero aún resistía. Un bolígrafo oficial lo había cruzado con un trazo firme. Debajo, otra palabra: «Petar Todorov». Escrita de forma más apretada, casi clandestina, como si el papel supiera a quién temía.

# 55

El dolor era un animal con dientes diferentes en cada parte de su cuerpo. Rojo buscaba, apoyado contra la pared, un ángulo donde la vida fuera menos insoportable. Cerró los ojos y el zumbido se transformó en otros sonidos: el aire acondicionado de una sala de interrogatorios, el chasquido de un bolígrafo, el café malo recién servido.

Varios años atrás. Milenka, mucho más joven, pero con los mismos ojos: una paciencia exasperante, propia de alguien que ha visto miseria, sufrimiento y hambre. Su piel era pálida, sus manos perfectas, y llevaba una pulsera barata que no le pertenecía.

Él le había llevado un vaso de agua y un café. Ella había tocado el vaso con la uña. La razón por la que la interrogaban en comisaría era por haber sido testigo de un asesinato en Alicante, en la calle, a plena luz del día.

—No estoy aquí para hablar —dijo con una voz sin acento, entrenada en la academia o en la calle—. No lo haré si no protegen a mi familia y a mí.

—¿De quién?

—¿Eso cambia algo?

En el espejo sin reflejo de la sala, él era consciente de que unos ojos lo observaban. En el expediente, la palabra «trata» estaba escrita con tinta temblorosa, como si el propio papel temiera su significado.

—Sé que conoces a los hombres que mataron a ese tipo —insistió Rojo—. Dime sus nombres.

—No. La policía solo genera más problemas.

Él quiso convencerse de que era una víctima. En el margen del atestado, escribió «posible captadora / posible víctima». Ahora, en la oscuridad del zulo, comprendía que ese «posible» había sido un salvoconducto para su conciencia.

La bombilla lo sacó del recuerdo con un destello de luz. Un chirrido metálico le atravesó el oído. Rojo abrió los ojos; su paladar sabía a hierro.

La puerta se abrió. Milenka entró sola y cerró tras de sí. No traía agua, ni cables, solo su perfume. Se acercó despacio, sin miedo, como si aquel agujero fuera su hogar.

—Mírate… —dijo con voz suave, casi maternal—. Te han dejado hecho una mierda.

Rojo no respondió.

Ella se inclinó, apoyó las manos en los brazos de la silla y luego se sentó sobre él. El gesto no tenía prisa. No era ternura, era posesión.

—Me rechazaste antes, ¿recuerdas? —susurró—. Dijiste que no ibas a seguirme el juego...

Él apretó la mandíbula. Su cuerpo respondía por inercia, no por voluntad, como el de un animal acorralado.

Ella se acomodó sobre él, invadiendo el espacio que no tenía. No hubo elección. Fue un gesto calculado, lento, la confirmación de que incluso el cuerpo podía ser otra celda.

Sin pedir permiso, sin dejarle espacio para elegir, lo montó con calma.

Luego le abrió el botón de los vaqueros, le desabrochó la bragueta y los bajó.

Rojo sintió la presión de su cuerpo contra el de ella, el roce inevitable, mientras Milenka lo instaba a entrar en ella. Su organismo

reaccionó por pura inercia, no por deseo. Era consciente de que ella lo percibía, y eso era parte de su victoria.

—¿Ves? —susurró Milenka, con la boca a un centímetro de la suya —. Aún puedes servirme, aún puedo usarte... Y si me sirves, tal vez, salgas vivo de aquí.

La mujer se movió lentamente sobre él, marcando el ritmo y sin apartar la vista de sus ojos. Las respiraciones de ambos se intensificaron y se sincronizaron. Era sexo, sí, pero carecía de intimidad; era control, un recordatorio de quién dominaba en aquel momento.

El inspector cerró los ojos por un instante, no para rendirse, sino para evadirse de aquel lugar, mentalmente, recuperar fuerzas. Cada caricia se sentía como un grillete, y cada jadeo de la búlgara era una orden para que siguiera.

Finalmente, alcanzó el orgasmo y su cuerpo se tensó como una roca. Luego se relajó y, al finalizar, lo besó sin ternura, sonriendo de manera torcida.

—Ahora somos cómplices, inspector. Recuérdalo... Si Petar se entera de esto, los dos estaremos muertos.

Rojo no podía hablar. Sabía que lo ocurrido era una condena más, así que optó por callarse. Lo había utilizado para satisfacer su deseo, su orgullo y su sed de venganza, pero también para demostrarle quién mandaba allí. Nunca un rechazo había tenido un costo tan alto.

Ahora, su respiración le golpeaba el rostro.

—Quiero que me ayudes con una última cosa... —suplicó, bajando la voz hasta rozarle el oído—. Si lo haces, saldrás de aquí con vida... Saldremos los dos, para siempre.

Rojo la miró fijamente, incluso mientras esa sensación lo envolvía como un hierro caliente.

—No te puedo ayudar... Tu jefe me va a matar…

En sus ojos no encontró la salvación, pero había algo brillante en ellos.

—En eso tienes razón, pero, las chicas… —dijo y se quedó pensativa un segundo—. Ellas no tienen por qué llevar la misma vida que tuve yo. Siempre hay una salida.

—Todo me importa una mierda ya…

—¿Incluso esa chica? ¿Elena?

Rojo abrió los ojos hinchados con dificultad.

Ella sonrió y lo besó sin llegar a tocar sus labios.

—Lo digo en serio —respondió, dejando caer un alambre fino sobre sus dedos—. Esta noche, te llevarán al varadero. Cuando amanezca, vendrá a por ti para matarte, y esa será tu última oportunidad de seguir vivo. Acaba con él... yo me encargaré de liberar a las chicas.

—¿Y si no lo consigo?

—Nos matará a todos.

Rojo permitió que el silencio fuera su respuesta y apretó con fuerza el alambre. En su interior, sabía que la promesa tenía el mismo valor que el zumbido de una bombilla, pero, por una vez, no podía hacer otra cosa que creer en ella.

# 56

Costa apareció con el abrigo abierto y los hombros caídos, preocupado por si algo le había sucedido a su compañera. Eligieron un pasillo donde las cámaras no podían verlos. No hacía falta que se lo dijeran; ambos conocían los ángulos ciegos mejor que en su propia cocina.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella, sin cortesías.

—¿Por qué no lees los mensajes?

Agulló mantuvo la mirada un momento y luego abrió la carpeta como quien muestra una herida.

Tenía las manos frías. Le temblaban ligeramente, pero no hizo nada por ocultarlo.

—En fin, da igual. ¿Y Ferrando?

—No lo sé, pero no tenemos mucho tiempo. Ese cabrón está al tanto de todo y se ha percatado de que lo vigilamos. No tardará en actuar. ¿Qué tienes?

—Costa, lo tengo todo… Incoherencias en las fechas, testigos que desaparecen en papel, declaraciones interrumpidas… —Hizo un gesto con la barbilla—. Y esto.

Le mostró la foto en la pantalla del móvil: el sello de la Fiscalía, el trazo que inclinaba la última letra como un látigo elegante. L. Borrás

y, por último, la sorpresa final: el vídeo que había conseguido de la memoria digital que Rojo le había dejado. Una mujer joven, llorando. Una voz masculina fuera de cámara. Una orden, clara.

Costa se pasó una mano por la cara, despacio, como si intentara apartar polvo invisible.

—¿De dónde cojones has sacado esto, Agulló?

—Es una larga historia. Creo que ha sido Rojo.

—¿Qué? No importa… No tenemos tiempo. Laura Borrás es intocable. Ahora es diputada y Linares la respeta.

—Ya lo sé. Los he visto juntos.

—No. —La voz de Costa fue baja—. No lo sabes. No hablo de respeto. Hablo de miedo. Ella ha sido fiscal… Pueden arruinar nuestras vidas.

—¿Y qué hago? ¿Miro a otro lado? —preguntó ella—. Esto es muy grave. Forman parte de una red criminal de tráfico de mujeres para la prostitución. ¿Qué no está claro?

—Te digo que elijas con cuidado dónde pones el pie. Un paso en falso aquí y te lo cortan. O peor: te dejan caminar con él roto el resto de tu vida. —Hizo una pausa—. Me temo que eso es lo que le ha pasado a Rojo. Él se metió en esta mierda.

—Rojo no se metió. Lo metieron.

El nombre le salió con filo.

Costa asintió, cansado.

—Mira, no voy a discutir. Pero no vayas sola. No hoy.

—Nunca he ido sola.

—Hoy menos.

El pasillo devolvió sus voces con cortesía. En la pared, una foto enmarcada de un acto institucional: Linares, vestido de traje y con una sonrisa medida, junto a Laura Borrás, impecable, mostrando el gesto que se aprende el primer día en el poder: sonreír mostrando los dientes sin revelar el colmillo. A Agulló se le apretó el estómago. Se acercó un paso a la foto, se observó a sí misma a través del marco y se obligó a mirar hacia otro lado.

—Ella firmó el cierre del caso antes de que llegaran las últimas diligencias —dijo, sin mirar el cuadro—. Y en el expediente había

una solicitud de apoyo a Homicidios que «no procedió». ¿Cómo es tan hija de puta?

—Gente con teléfonos caros —respondió Costa—. Y con muchos contactos. Alguien debe financiar su carrera política.

—Uno de los oficios lo firma Ferrando.

—Ferrando… —Costa pronunció el nombre con desdén, como quien quita una espina—. ¿Crees que tiene algún interés más allá de acostarse con ella?

Un ascensor sonó en la distancia. Ambos guardaron silencio. El ruido de pasos se acercó, se alejó y se multiplicó. El edificio respiraba como un gran animal.

—Por supuesto. No creo que sea tan ingenuo como para actuar por estar enamorado de ella.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó él.

—Seguir. —Agulló guardó el móvil—. Hasta donde me deje.

—¿Y si no te deja?

—Buscaré una puerta que no lleve sello. Y si no la hay, la abriré de todos modos.

Costa se rascó la sien con un dedo. Luego la miró de frente, con esa ternura brusca que él odiaba mostrar.

—Te lo digo porque me importas: no confíes en el edificio ni en nadie dentro de él. Si necesitas hablar, hazlo fuera. Si tienes que escribir, utiliza papel que puedas quemar. Y si tienes que correr, llámame dos minutos antes.

—¿Dos minutos, eh?

—Con uno me apaño.

Se quedaron ahí, en silencio, escuchando el aire del pasillo. La escena podría haber terminado así, flotando, si no fuera porque el archivo tiene memoria. Y algunas memorias no toleran el silencio.

—Qué pareja tan aplicada. —La subinspectora Javaloyes apareció al final del pasillo, con el expediente habitual y la sonrisa de siempre —. ¿Estáis organizando una excursión a la Hemeroteca?

—Estamos trabajando —respondió Costa, sin humor.

—Claro que sí. —Ella inclinó la cabeza hacia Agulló—. Por cierto, os buscan en la sala de juntas.

Agulló no se movió.

—¿Reunión?

—Linares quiere a todo el departamento de Homicidios.

—Mierda, la operación con Aguilera…

—Bueno, no os quito más tiempo. —La subinspectora se volvió hacia Costa—. Si necesitas ayuda con esos archivos, avísame. Yo soy muy de obedecer órdenes. A veces conviene…

Se marchó dejando tras de sí ese perfume caro de imitación que llenaba los pasillos los lunes. Cuando el ascensor se cerró, Costa soltó un «joder» que apenas fue un suspiro.

—El que la sigue, la consigue —comentó Agulló—. ¿A qué esperas para invitarla a tomar algo?

—No digas chorradas.

—Está colada por ti. ¿Has visto cómo te mira? —dijo ella—. No seas un capullo, tío. ¿Cuál es el problema?

—El problema es que no sé actuar de otra manera —corrigió él, y ambos se rieron.

## 57

El mapa cubría toda la pared, con carreteras secundarias de la frontera marcadas en líneas rojas y verdes, y un círculo azul en el punto exacto de interceptación. La sala de reuniones de la comisaría, que solía ser su espacio habitual para café y discusiones técnicas, se había transformado en un escenario para discursos.

Un equipo de Europol había tomado posesión del lugar, con ordenadores portátiles y cables que se asemejaban a raíces de metal. Vestían trajes grises, presentaban acentos diversos y compartían una mirada común. El líder del grupo, Aguilera, hablaba con la voz de un notario. Cada palabra que pronunciaba sonaba a orden, aunque se disfrazara de cortesía.

—Este es el operativo más importante de los últimos meses para nosotros y también para vosotros —dijo, mientras señalaba el mapa con un puntero láser—. El convoy transportará al menos doce chicas desde la frontera. Son serbias, búlgaras, rumanas y ucranianas, todas menores de veintidós años. Si lo perdemos, estas chicas terminarán siendo esclavas de la prostitución.

Un murmullo recorrió la sala. No se miraron entre ellos.

—Entre los objetivos, se encuentran las siguientes personas —indicó y proyectó los rostros de dos personas. Eran Petar y Milenka.

Dio una larga descripción sobre ellos y luego añadió—. Son peligrosos y no vacilan a la hora de abrir fuego. Pero los queremos vivos, ¿entendido?

Agulló estaba de pie, junto a la ventana. No había querido sentarse; el aire en la sala era denso. Los detalles del convoy eran demasiado precisos: hora exacta, carretera marcada, número de vehículos. Demasiado. Un pez gordo nunca viaja con la ruta iluminada en neón.

Ferrando tomó la palabra, consciente de que era observado. Se inclinó sobre la mesa, señaló la ruta y proyectó su voz.

—La clave es la coordinación. Todos sabemos lo que sucede cuando hay vacíos. Hoy no habrá vacíos. Hoy cerramos el círculo y atrapamos a estos cabrones.

Un murmullo de asentimiento se escuchó en la sala. El tono era más de discurso político que de análisis policial.

Agulló bajó la mirada. El entusiasmo no parecía natural. Había un exceso de calor en su voz y un brillo desmedido en sus ojos. Una persona común habría mostrado cautela. Ferrando parecía disfrutar del protagonismo, como si el operativo fuera un espectáculo y él, el presentador.

Costa se inclinó hacia ella desde su silla y susurró, sin apartar la vista del mapa:

—Esto huele a encerrona.

—¿Qué dices? —preguntó ella, con los labios apenas moviéndose —. Precisamente, es lo que quieren, que detengamos la operación, aunque Ferrando no parece muy nervioso...

—Alguien está filtrando información interna... o Rojo se ha equivocado.

El eco de la frase se le quedó grabado en el pecho. El convoy parecía un regalo envuelto en cinta dorada.

Aguilera continuó, eligiendo cuidadosamente cada palabra.

—Nuestros contactos confirman que el camión cruzará la frontera a las 21:30. Serán tres vehículos: dos furgonetas y un todoterreno de escolta. Los interceptaremos en este punto. —Marcó el mapa con el láser—. Una curva cerrada donde la carretera se estrecha. Es el lugar perfecto para el corte.

Ferrando se adelantó:

—He hablado con Tráfico. Nos garantizan el bloqueo de accesos. Nadie entra, nadie sale. Esta vez no se nos escapan.

El silencio posterior fue un aplauso contenido.

Agulló sintió cómo la desconfianza le recorría la nuca. Se llevó los dedos a la muñeca, tratando de encontrar su pulso: rápido e irregular. Se obligó a mirar a cada rostro de los que estaban a la mesa. Los agentes de Europol, impasibles. Aguilera, seguro de sí mismo. Ferrando, excesivamente entusiasta. Costa, con la mandíbula apretada. Ella, en el centro, tenía la certeza de que algo no encajaba.

—¿Y la fuente de la información? —preguntó, alzando la voz lo justo para cortar el aire—. Entiendo que ha habido un soplo.

La sala se volvió hacia ella. Aguilera se acomodó las gafas.

—Eso es confidencial.

—Eso ya lo sé. Pregunto qué fiabilidad tiene.

—Absoluta.

Demasiado rápido. Demasiado limpio. Agulló sintió un nudo en el estómago.

Ferrando intervino con una sonrisa seca:

—Tranquila, inspectora. Parece increíble que pongas en duda la fiabilidad de nuestro trabajo.

Ella lo miró a los ojos y él sostuvo su mirada. Por un instante, la sala pareció hacerse pequeña para ambos.

Costa rompió el silencio con un gruñido.

—A mí lo fácil siempre me huele a trampa —dijo, lo justo para que Agulló lo oyera.

Nadie más.

***

La reunión se prolongó entre croquis, llamadas y listas de nombres. Al final, Aguilera hizo un resumen:

—Todos listos a las ocho de la tarde. El operativo no admite retrasos, ¿entendido?

La gente comenzó a levantarse, a recoger carpetas y a hablar en voz baja.

Agulló permaneció de pie. Aguilera se acercó a ella y la miró fijamente:

—Finalmente, vamos a dar con esa gentuza.

—Sí.

—Ese convoy… —murmuró—. No sé quién acompañará a los hombres de Todorov, pero, en todo momento, espero que recuerde que esto es una operación policial, no un asunto personal.

—Por supuesto.

—Que así sea.

Ella asintió y permitió que se marchara. Podría haber hablado más de lo necesario, pero había aprendido la lección. Aguilera era una pieza más del rompecabezas, con sus propios intereses, algo que ya era evidente para la inspectora. Así que decidió permanecer en la sombra, hasta que pudiera confiar plenamente en alguien. Ahora solo quedaba esperar. Afuera, el sol se ocultaba, mientras que adentro, el mapa seguía brillando como un imán.

# 58

El almacén olía a gasoil y sudor. Petar tenía el mapa desplegado sobre una mesa metálica, con sus manos llenas de cicatrices apoyadas en el papel. Milenka, elegante incluso en aquel lugar mugriento, señalaba con una uña roja los puntos exactos.

—Aquí entran. Dos furgonetas y un todoterreno al frente. Si se adelantan veinte minutos, nadie los verá. —Su voz era tranquila y práctica.

Petar sonrió. No con la boca, sino con los ojos. Una sonrisa que anunciaba violencia.

—¿Y la policía?

—Ya me he encargado de ello… Por esta ruta, mirarán hacia otro lado… A los otros, les daremos entretenimiento.

Él le acarició el pelo con la mano entera, de manera brusca, como quien doma a un perro. Ella no se movió; solo tragó saliva.

—Eres buena, Milenka. Demasiado buena —le dijo en búlgaro, olfateándola. Algo cambió en su rostro—. ¿Qué es ese olor? ¿A qué coño hueles?

Ella se obligó a sonreír, consciente de que un gesto mal medido podía ser una sentencia de muerte.

***

Horas después, en otro lado de la ciudad, Milenka se reunió con un contacto. No era nadie importante, apenas un intermediario policial, uno de esos hombres que venden información como si fueran relojes en un mercadillo. Le entregó un sobre con una hoja doblada.

—Ruta nacional. Entrada a las 21:30. Tres vehículos: dos furgonetas y un todoterreno.

—¿Estás segura?

—Más que segura.

Él guardó el sobre en la chaqueta sin pensarlo dos veces. Ella encendió un cigarrillo fino y exhaló lentamente, permitiendo que el humo ocultara su expresión. Sin embargo, lo que no logró ocultar fue el error deliberado: había modificado la carretera. Esa información era una mentira disfrazada de oro.

Nadie en ese círculo lo sabría, hasta que fuera demasiado tarde.

***

En la sala de operaciones, Ferrando trazaba la ruta en la pizarra digital para parte del operativo.

—Aquí cerramos. Nadie pasa. Nadie escapa. ¿Entendido?

Agulló lo miró con frialdad. Cada frase era un clavo en la tapa de algo que prefería no mencionar.

Costa se inclinó y murmuró de nuevo:

—Está disfrutando demasiado.

Ella no respondió, dejando que el silencio hablara por ella.

El convoy estaba decidido. Los equipos listos. La hora fijada. El entusiasmo era palpable.

Agulló echó un último vistazo al mapa. El trazo rojo, la curva marcada, la falsa seguridad de todo el plan.

Después de toda su investigación, le parecía demasiado obvio que las chicas optarían por otra ruta. Un cargamento como ese llamaría demasiado la atención de camino al puerto, pensó.

De repente, Ferrando recibió una señal: un mensaje de texto llegó a su móvil.

Los ojos del subinspector se fijaron en la pantalla del teléfono y luego se encontraron con los de la inspectora.

En ese momento, ella sintió cómo el peso de la certeza se instalaba en su estómago.

# 59

La noche era un silencio premonitorio, el tipo de calma que precede a una tormenta. La carretera secundaria se extendía entre los pinares oscuros, con solo un par de farolas oxidadas a kilómetros de distancia. Los equipos estaban desplegados desde las ocho de la tarde, tal como había ordenado Aguilera: chalecos antibalas, cascos y armas largas. El aire estaba impregnado de metal, sudor y gasolina.

Agulló repasaba mentalmente el mapa por última vez. Todo encajaba, demasiado bien. Esa perfección tenía un olor a pólvora mojada.

Costa estaba a su lado, ajustándose el auricular.

—Mira esas caras —murmuró—. Parecen niños esperando a los Reyes Magos.

—No digas tonterías.

—No son tonterías. Todos están demasiado tranquilos. Cuando la gente está así, algo va mal.

Ella no respondió. Tenía la misma sensación.

Ferrando ajustaba el auricular, pero su canal permanecía en silencio. Siempre en silencio. Agulló se preguntó, por un momento, si realmente estaba escuchando el mismo mando que ellos.

A las 21:25, la radio crepitó.

—Convoy en movimiento. Confirmado. Tres vehículos.

Aguilera, desde el centro de mando móvil, dio la orden:

—Todos listos. Posiciones.

El murmullo de botas sobre la grava se apagó de golpe. Cada agente en su lugar. Cada rifle en su ángulo.

Agulló se acomodó detrás de un tronco, con la pistola en mano. Su corazón no corría: martilleaba. Miró a Ferrando. El subinspector parecía disfrutar. Sus ojos brillaban y su mandíbula estaba apretada en una sonrisa contenida.

—Hoy cerramos el círculo —dijo por el canal interno.

Costa resopló.

—Qué hijo de puta.

A las 21:30 en punto, apareció un haz de luces en la curva. Primero, un todoterreno oscuro. Detrás, una furgoneta blanca. Otra más al final. La caravana perfecta.

Agulló tragó saliva. Sintió que algo no encajaba: la velocidad era constante, la alineación demasiado ordenada. Ningún convoy real de trata viaja así. Siempre hay nervios, improvisación. Esto parecía un desfile.

Aguilera gritó por la radio:

—¡Ahora!

Las luces policiales se encendieron al unísono y las sirenas cortaron la noche. Barreras improvisadas se desplegaron desde las cunetas, mientras los agentes emergían de la oscuridad como sombras armadas.

El todoterreno frenó bruscamente, seguido de cerca por la primera furgoneta, que hizo lo mismo. La segunda derrapó, casi estrellándose contra la parte trasera.

Todo parecía estar bajo control.

La puerta del todoterreno se abrió.

No salió un traficante.

Un encapuchado descendió, empuñando un lanzagranadas.

—¡CUBRÍOS! —gritó Costa.

El primer proyectil explotó a pocos metros, levantando tierra, fuego y metralla. La línea policial se fracturó como cristal. Gritos,

disparos y humo llenaron el aire.

Agulló cayó al suelo instintivamente, cubriéndose la cabeza. Cuando levantó la mirada, vio a Ferrando agachado, pero manteniendo una sonrisa.

La primera furgoneta se abrió, y de su interior salieron más encapuchados armados con AK-47. El tiroteo se convirtió en un caos. Los agentes respondían, pero las ráfagas eran demasiado precisas.

Agulló corrió hacia un coche volcado, para buscar refugio. Una bala silbó tan cerca que sintió el calor en la mejilla. Costa apareció a su lado, disparando en ráfagas cortas.

—¡No es un convoy, joder! —gritó—. ¡Es una emboscada!

Ella lo sabía. Siempre lo había sabido.

La radio estallaba en gritos. Aguilera pedía refuerzos. Otro agente clamaba por un médico. El humo y el polvo lo cubrían todo.

Entonces, un segundo proyectil explotó, esta vez más cerca. La onda expansiva lanzó a Agulló contra el suelo. Sintió el impacto antes que el dolor, como si un martillo la hubiera atravesado de lado a lado. Le faltó el aire. No era un corte ni un rasguño; era una mordida ardiente que no la iba a soltar. Notó cómo el calor húmedo se acumulaba bajo la chaqueta.

Había caído.

El mundo se volvió lento. Los sonidos se convirtieron en ecos lejanos, como si provinieran del fondo del agua. Agulló intentó incorporarse, pero sintió un ardor en su costado. Al tocarse, su mano encontró sangre.

Costa apareció de inmediato y la arrastró para protegerla con su cuerpo, mientras disparaba con la otra mano.

—¡Aguanta, hostias!

Ella quiso responder, pero solo emitió un gruñido.

A su alrededor, el caos seguía. Los encapuchados avanzaban, disparando sin temor. No parecían improvisados; esto era militar, meticulosamente calculado.

Agulló entrecerró los ojos. Entre el humo, vio a Ferrando unos metros más atrás. No disparaba ni ayudaba; estaba al lado de un coche patrulla, hablando por radio y sonriendo.

El corazón de ella se encogió. Costa continuó disparando.

—¿Lo ves? —jadeó él—. ¡Ese cabrón lo sabía!

Ella asintió débilmente. Todo giraba a su alrededor.

En la furgoneta blanca, los encapuchados lanzaban más munición. No había chicas dentro; solo armas, cajas de metal y trampas. El convoy no era de trata; era un caballo de Troya.

El segundo todoterreno arrancó de nuevo, retrocedió bruscamente y se perdió en el bosque. Nadie lo perseguía. Nadie podía.

Un agente cayó a pocos metros, gritando por una pierna destrozada. Otro fue arrastrado a la oscuridad por dos encapuchados como si fuera un saco.

Era una cacería.

***

Agulló sentía que la conciencia se le escapaba. Costa la sacudió.

—¡No me jodas ahora!

Ella le sujetó la muñeca, con una débil fuerza.

—Ferrando… —susurró—. Ese cabrón...

—Ya lo sé —respondió Costa con un gruñido rabioso—. Pero ahora tenemos que salir vivos. Y tú tienes que ir a un hospital.

Un nuevo estallido sacudió la carretera. El centro de mando móvil ardía. Aguilera gritaba órdenes entre el humo, impotente.

En medio del infierno, Agulló comprendió la verdad: no era un error de cálculo ni mala suerte. Era traición. Desde dentro, para dentro.

El operativo había sido vendido desde el primer momento.

Un grupo de refuerzos llegó tarde, con luces azules parpadeando. Los encapuchados desaparecieron en el bosque, dejando tras de sí fuego, sangre y silencio.

Costa cargó a Agulló sobre su hombro. Ella gritó de dolor.

—Cállate y aguanta. No te mueres hoy.

Ella se dejó llevar, apoyando la cabeza en su cuello.

El mundo daba vueltas. El dolor era una bestia que mordía y no soltaba.

La subieron a una ambulancia improvisada. Costa la acompañó, jadeando, con el rostro ennegrecido por el humo.

Mientras la camilla avanzaba, Agulló abrió los ojos un momento. Al fondo de la carretera, vio a Ferrando. Hablaba con un agente, con un gesto serio. Fingía dar órdenes. Pero ella lo notó. Esa leve curva en los labios. Una sonrisa de victoria.

«Rojo...».

Antes de cerrar los ojos, Agulló lo entendió: el convoy no había sido un fracaso, había sido un mensaje.

Y Rojo… Rojo estaba en el centro de esa trampa.

## 60

La puerta se abrió como una mandíbula. Rojo ya no miraba la bombilla; contaba los zumbidos como si fueran los pasos de un animal al que prefería no ver. Sabía cuándo Petar entraba en la habitación: el aire cambiaba de temperatura. Un frío se instalaba en medio del calor.

—Fallaron —dijo el búlgaro, sin saludar—. Los tuyos huyeron como gallinas. Pero me arruinaste el juego, perro.

Llevaba el cuchillo de siempre, no para usarlo, sino para dejar claro quién mandaba. Dos sombras lo seguían, cargando un maletín y una caja de plástico. La cinta americana se hizo notar antes que ellos, con un sonido húmedo y pegajoso. Inmovilizaron el tobillo que aún tenía margen y lo ataron más fuerte.

Rojo tenía la lengua hinchada y un sabor a metal viejo en la boca. No dijo nada.

—Tu llamada —continuó Petar, despacio, como si desmenuzara una frase—. La hiciste a tu manera. No dijiste «para». Y ellos no se detuvieron. ¿Sabes qué sucede cuando no se detienen?

No esperó respuesta. La primera descarga le atravesó el abdomen como un cable en llamas. Su cuerpo se arqueó. La silla chirrió. El grito no salió. No iba a regalarle música.

—Pasa —prosiguió Petar, con la paciencia de un profesor—, que yo me divierto. Porque quiero sangre de policía.

Otra descarga, esta vez en el costado que ya no le pertenecía. Su piel parecía otra cosa, como una camisa mal ajustada. El zumbido de la bombilla se transformó en un panal dentro de su cabeza. Rojo dejó que el dolor fluyera a través de él como un coche en un túnel.

—¿Sabes qué es lo único que puedes ofrecer? —preguntó Petar, agachándose hasta que su aliento tocó su cara—. Tu capacidad de sufrir. Vas a enseñársela a tus amigas.

Le retiraron los cables. Uno de los hombres sacó una bolsa transparente con una válvula barata. Petar se la colocó, con una crueldad despiadada.

—Clase de respiración, perro. Inhala cuando yo lo indique.

El plástico se adhirió a su rostro. Un segundo. Dos. Tres. El mundo se volvió una masa densa de agua. Cuando la válvula se abrió, el aire entró como una cuchilla por su garganta. Tosió sangre. El procedimiento se repitió. Rojo se concentró en una grieta del suelo para no desorientarse. La grieta tenía forma de mapa, a veces de cara y otras, de pulsera.

Elena.

La imagen llegó sin permiso. No se trataba de la foto del expediente, sino de una escena rota de años atrás: una sala estrecha, iluminada por una luz amarilla, donde una mujer con manos de lavar platos suplicaba con dignidad desgastada. «Está ahí fuera. Nadie la busca, a nadie le importa. Pero a mí sí, soy su madre». Era otra Elena, pero eso no importaba. Podía recordar el nombre de Elena, escrito a mano, con un bolígrafo cansado, en el margen de una hoja. El sello mal colocado de un juez. El eco de una puerta que se cerraba demasiado deprisa. El «No procede» resonando como una lápida.

La bolsa se abrió y el aire volvió a entrar, como si se arrepintiera. Petar apartó el plástico, con un golpe que fue a la vez caricia y bofetada.

—Tengo chicas que cantan —dijo, como quien habla del clima—. Cantan en idiomas que no valen dinero. ¿Sabes qué hago? Subo la radio y no oigo nada.

Dejó el cuchillo en su mejilla, frío, sin cortar. Un recuerdo diferente se encendió con esa línea metálica: otra sala, otro tiempo. Milenka, joven, con la mirada de un animal que ha aprendido a sobrevivir.

Ahora todo se deformaba y regresaba a su lugar: Milenka nunca estuvo del lado de las víctimas, sino de todos aquellos lados que la dejaban respirar.

—Vas a hablar —dijo Petar.

—No —respondió Rojo. Fue un hilo. Bastó.

El puñetazo fue seco, impactando en la costilla debilitada. Una oleada de dolor recorrió su cuerpo. La silla se inclinó, y la sombra de la lámpara giró por la pared como una aguja de reloj descontrolada. Dejó de oír por el oído derecho, mientras que en el izquierdo el mundo se redujo a un pitido grave que no cesaba.

—No necesito que digas nombres —dijo Petar, incorporándose—. Necesito que grites. Y que ella —señaló hacia la puerta— vea lo que sucede cuando alguien intenta cambiar la música.

La puerta se abrió un palmo. Tacones. Perfume. Milenka entró al zulo como si fuera un camerino, y ella, una actriz que siempre llega tarde a su escena.

—Te estás manchando —le dijo a Petar, sonriendo sin dientes.

—Se limpia.

—A veces la sangre no sale. —Ella dejó la chaqueta en una caja vacía. Sus manos eran perfectas y su labio inferior, pintado de carmín. Se acercó lo suficiente para que Rojo sintiera el frío de su sombra—. Vaya, inspector... otra clase de yoga.

Le ofreció una botella, no su mano, *la botella*. Vertió agua con la precisión de alguien que ha dado de beber a muchos como él. Rojo bebió a sorbos, sin mostrar ningún gesto de agradecimiento. El agua recorrió su lengua como un recuerdo amable que te mira y sigue de largo.

—Tu perro muerde —dijo Milenka a Petar—. A los amos les gusta eso, ¿verdad?

El búlgaro gruñó y a ella le brillaron los ojos. Había un peligro en esa conversación que parecía una broma, pero Rojo sabía que iba a ser quien pagara los platos rotos.

—¿Ya terminaste?

—Estoy comenzando —respondió él.

Le puso la mano en el pecho a Rojo, justo donde late lo que algunos aún llaman alma. Hundió los dedos y luego colocó dos pinzas de metal con cables sobre sus pezones. Al encender el generador, no miró a sus ojos, sino a Milenka, buscando su aplauso.

La descarga fue diferente: más focal y odiosa, un relámpago privado. El cuerpo se contrajo, como si intentara escapar por un agujero que no existía. La memoria se llenó de cosas inútiles: el olor a cuero de su primer cinturón, la risa de un tío borracho en una comunión, la marca de un vaso en una mesa de mármol de bar. Y, de nuevo, Elena, pero esta vez no en papel, en una cámara de mala calidad, en un pasillo oscuro, con una pulsera de cuentas de plástico que decía «EH» de manera estúpida y perfecta.

—Sufre más, policía cabrón —dijo Petar, apretando la perilla.

—Ya —respondió ella, sin alzar la voz—. Ya basta.

Petar la miró y cedió un poco.

—¿Ves? —Milenka se inclinó y le apartó a Rojo un mechón de sangre seca de la frente, como una madre que nunca había sido—. No hace falta romper todos los juguetes. Algunos son más entretenidos si siguen vivos.

Rojo la miró. No había compasión en esos ojos, pero ella tampoco sabía en qué se estaba metiendo.

—¿Sabes que una de tus chicas canta? —susurró ella, como quien comparte un chisme—. Una canción tonta, de patio de colegio. Se le olvida la letra y repite el estribillo. A mí también se me queda. Odio esas canciones que regresan.

—No me interesan tus coros —respondió Petar, arrojando las pinzas a la caja—. Me interesa el perro. Hoy duerme al lado de la puerta. Quiero oírlo respirar.

Le golpeó la sien con la parte plana del cuchillo. No fue un corte, sino un apagador.

El mundo se inclinó de nuevo. Rojo se dejó caer, no al suelo, sino al interior de su cuerpo, que a veces era un lugar vacío. En ese vacío cabían voces. Una de ellas cantaba, pequeña e insistente: tras, tras, tras.

Una rima sin sentido. Otra vez el estribillo. Una niña con pulsera. Una niña que no era solo un expediente.

El zulo cayó en silencio para escucharlo.

Milenka recogió la chaqueta. Antes de salir, dijo sin volverse:

—Si escuchas... te cuentan cosas.

La puerta se cerró con un golpe seco. El zumbido regresó. Rojo respiró entrecortadamente, como si ladrara hacia adentro. La sangre encontró su ritmo. El recuerdo continuó resonando, obstinado. A veces, la esperanza es eso: una canción tonta que no se rinde.

# 61

El garaje de la comisaría estaba en penumbras. Costa fumaba apoyado contra el muro, con el cigarro casi apagado entre los dedos. No tenía permiso para husmear, pero sus instintos eran antiguos y no necesitaban órdenes. Después de la emboscada en la carretera, algo se había roto dentro de él. Nadie hablaba con claridad; las versiones oficiales sonaban ensayadas. Y Ferrando, con esa sonrisa torcida, desprendía un olor a corrupción a kilómetros.

Así que el perro viejo salió a cazar.

Lo siguió sin prisa, a bordo de su Peugeot destartalado, manteniéndose a varias calles de distancia y confiando en que se reuniría con su gatita como buen sumiso. Ferrando era cauteloso, pero no tanto como creía, y ahora estaba confiado, tras el desastre de la operación. Al caer la tarde, tomó la carretera secundaria hacia el norte y Costa lo siguió con las luces apagadas, dejándose envolver por la oscuridad.

El subinspector se detuvo en un motel de carretera, uno de esos lugares con una fachada pintada de verde chillón y un restaurante en la parte inferior. Costa aparcó lejos, casi en un descampado lleno de grava, y esperó.

No tardó en ver lo que necesitaba.

Ferrando salió del coche con un gesto relajado, sin la rigidez que siempre mostraba en la comisaría. Encendió un cigarrillo y se quedó esperando en la entrada del motel.

«De esta, no te escapas, cerdo», se dijo, preparando la cámara réflex que llevaba con él. Tal vez, las fotografías de ellos dos juntos no fueran de mucha utilidad ante una investigación, sin una orden de vigilancia previa, pero la prensa se encargaría de presionar a la policía para que se iniciara una investigación.

Minutos después, apareció ella: Laura Borrás. Con el pelo recogido y vestida de manera elegante, demasiado cara para un motel de bajo coste. Caminaba rápido, como si no quisiera ser vista. Ferrando apagó el cigarrillo con la suela y la recibió con una sonrisa cómplice. No necesitaban palabras; sus cuerpos ya hablaban. Entraron juntos.

Costa masculló un insulto mientras su corazón golpeaba en su garganta. Sacó la cámara con las manos temblorosas, enfocó y apretó el botón de disparo varias veces, hasta asegurarse de que la imagen era nítida. Las fotos quedaron almacenadas en la memoria. Puede que le faltara técnica, pero eran claras en lo esencial: Ferrando y Borrás, juntos, entrando en una habitación de motel.

Suficiente.

Esperó demasiado. No debía, pero no pudo evitarlo. Se quedó en el coche, fumando y mirando el reloj, hasta que las luces de la habitación se apagaron. El tiempo pasaba lento, como si la noche se alargara adrede.

Cuando finalmente salieron, Costa estaba a punto de arrancar. Los vio cruzar el pasillo que conducía a la calle: ella, primero, abrochándose el abrigo; él, detrás, ajustándose el cinturón. El subinspector mostraba ese aire satisfecho que solo se obtiene de las camas compartidas.

Fue en ese momento cuando todo se complicó.

Ferrando se detuvo y giró la cabeza. Y lo vio.

Costa, quedó rígido detrás del volante, con el cigarrillo entre los labios y la cámara aún en la mano.

Ferrando avanzó rápidamente, con la mirada fija en él.

—¿Qué haces aquí, Costa? —rugió la voz, seca y contundente.

Costa bajó el cigarro y lo aplastó en el cenicero, manteniendo la mirada fija en su interlocutor.

—Me gustan los bares de carretera. Tienen mejor café que en la comisaría.

El subinspector se acercó un poco más y entonces vio la cámara, en el asiento del copiloto.

Sus ojos se encendieron y, con los puños apretados y una mueca de rabia en el rostro, se abalanzó sobre la ventanilla.

—¡Dame eso!

Costa encendió el motor, y el ruido del Peugeot rompió el silencio.

Ferrando avanzó un paso más para meterse en el interior del coche, pero Costa aceleró.

La distancia entre ambos se iba reduciendo, pero el coche respondió. Con un chirrido de neumáticos, el Peugeot salió disparado hacia la carretera, tragado por la noche.

Ferrando quedó atrás, reflejado en el retrovisor, iluminado a medias por una farola rota, con el rostro contraído por la furia.

El subinspector Costa no miró atrás.

No se detuvo hasta llegar a las afueras, donde aparcó de golpe frente a una gasolinera cerrada, cuyas luces parpadeaban. Sentía el corazón latiéndole en la garganta.

Encendió la cámara y pulsó el botón de reproducción. La galería mostraba una serie de fotos más o menos nítidas. El rostro de ella estaba parcialmente cubierto por la sombra, mientras que el de él era inconfundible.

Había atrapado al lobo en pleno apareamiento.

Sabía que había firmado su sentencia.

Escribió un mensaje de WhatsApp. Tecleó con lentitud, borrando y reescribiendo varias veces. Al final, lo dejó así:

«El que la sigue la consigue».

Tomó una foto desde el teléfono a la pantalla pequeña de la cámara y lo envió a Agulló.

El doble tic azul apareció de inmediato.

En el hospital, Agulló yacía en la cama, con el costado vendado, una vía intravenosa en el brazo y la mente confusa. Había sido

operada de urgencia; aunque la metralla no había dañado órganos vitales, cada respiración le causaba una punzada.

Los médicos insistían en que debía descansar, pero lo peor no era el dolor, sino la espera. La espera de las visitas, de las preguntas y de las miradas inquisitivas de los compañeros que se turnaban en la puerta, demasiado atentos.

***

La habitación estaba en penumbra cuando el móvil vibró en la mesilla. Era un mensaje de Costa.

Agulló lo tomó con manos temblorosas.

«El que la sigue, la consigue».

Abrió el archivo adjunto. Era una foto borrosa, tomada desde lejos, con la típica luz de un motel. Aun así, la imagen era clara: Ferrando y Laura Borrás entraban juntos en una habitación. Él sonreía, mientras ella llevaba el abrigo mal cerrado.

La misma diputada que juraba en televisión no haber utilizado sus contactos en la policía.

El corazón de Agulló dio un vuelco.

Era una realidad que unía todos los cabos: Ferrando estaba involucrado y Borrás, la diputada intocable, estaba atrapada en toda la trama de corrupción.

Sintió que le faltaba el aire. El pitido del monitor se aceleró. Se obligó a calmar la respiración, a no hacer ruido, como si alguien pudiera escucharle a través de las paredes.

Guardó el móvil bajo la almohada justo cuando se oyó un golpe seco en la puerta.

—¿Inspectora? —preguntó una enfermera.

Agulló cerró los ojos y fingió dormir.

La enfermera entró sin esperar respuesta. Revisó las constantes sin mirarla a los ojos, anotó algo en una hoja y salió.

Cuando el clic de la puerta volvió a sonar, Agulló abrió los ojos. El sudor le corría por la frente.

Guardó el móvil bajo la almohada. El clic de la puerta resonó más fuerte de lo normal.

El enemigo no estaba fuera. Tenía placa. Y quizá, en cualquier momento, volvería a intentar abrir la puerta.

# 62

Desde la puerta entreabierta se filtraba la luz azulada de la noche en urgencias. Alguien lloraba en otra habitación. Una enfermera empujaba un carrito repleto de analgésicos, mientras un guardia jurado bostezaba frente al ascensor. Todo parecía normal. Demasiado normal para lo que había ocurrido.

El teléfono vibró nuevamente, esta vez en silencio.

Mensaje de Costa: «No te quedes en el hospital. Estoy seguro de que mañana te 'visitan'. Tengo un coche fuera. Planta -1, montacargas. 20 min. Dime sí o no».

Ella respondió con un pulgar hacia arriba.

Luego escribió: «Sí».

Hizo un inventario: vía en el antebrazo izquierdo, un suero colgando medio lleno, un drenaje pequeño en el costado y una sonda de control. Pensó en el cirujano: «Veinticuatro horas sin moverte, inspectora». Recordó a Ferrando, asomándose con flores baratas y un fuerte olor a colonia: «¿Qué tal, compañera?». No iba a esperar ese «qué tal».

Se incorporó lentamente. Cada centímetro era como cristal molido. Respirar se convertía en un esfuerzo: inhalar, clavar los dientes; exhalar, contar hasta cuatro. Retiró la sábana y giró el cuerpo,

apoyando la mano derecha en el colchón. Su costado protestó con un dolor punzante. Se mordió el labio. El monitor comenzó a sonar más alto. Aceleró. Una alarma suave sonó.

—Tranquila —se dijo en un susurro—. Ahora no.

Estiró el brazo y pulsó el botón de «silenciar alarma», uno que conocía de otras guardias. Redujo el flujo del suero a la mitad. Miró hacia la puerta. Nadie. Respiró hondo. Se quitó la pinza del dedo. El monitor decidió que estaba en pausa. Bendita pausa.

Abrió el cajón de la mesilla. Encontró gasas, esparadrapo y una tijerita roma. Se vendó el antebrazo sobre la vía para evitar que chorreara si debía sacarla. Despegó con cuidado el drenaje. Ardió y siseó. Cubrió la herida con gasas y apretó con cinta. Sus dedos temblaban, pero no fallaron. Un hilo de sangre manchó su costado. Sintió el calor moverse bajo la piel, como si la herida respirara por sí sola.

Se puso de pie. El mundo se inclinó un grado. Caminó hacia la silla donde habían dejado su bolsa. Dentro había ropa: pantalón de chándal y sudadera gris. La chaqueta de cuero estaba cubierta de polvo y pólvora, así que decidió dejarla. Buscó unos zapatos, pero no encontró nada. Las zapatillas de hospital, de papel y plástico, le servirían para no hacer ruido.

«Montacargas, -1. Veinte minutos.» Miró el reloj de pared: dieciséis.

Abrió el armario empotrado y encontró un albornoz azul con el logotipo del hospital. Se lo puso encima de la sudadera, así parecería una paciente aburrida, en lugar de una fugitiva. Se recogió el pelo con una goma. La cara que vio en el espejo era de otra persona: piel pálida, ojeras marcadas, boca lineal. Se permitió odiar la fragilidad que reflejaba durante esos tres segundos. Luego cerró el espejo.

Asomó la cabeza al pasillo. La enfermera del carro conversaba con el celador de noche, una charla sin risas. El guardia miraba su móvil. En el control de enfermería, un timbre sonaba insistentemente desde una habitación contigua. La vida continuaba como si nada pudiera romperse.

Y ella salió.

***

Cada paso era un eco de dolor. El suelo frío le subía por los tobillos. Caminó como las pacientes que se dirigen al baño: despacio, pegada a la pared, con la mano derecha en el costado, como si se protegiera del frío. Pasó frente al control. La enfermera la vio, levantó la vista y luego la bajó. El guion de los hospitales dictaba que, si una paciente camina con albornoz y una expresión de «no molestes», no se hace más preguntas.

En el ascensor principal, un médico con una carpeta y cara de madrugada apretó el botón. Ella se escondió detrás de un biombo con ruedas. No podía usar el ascensor principal, había demasiada gente y demasiadas cámaras. Entonces, siguió las flechas de «Suministros / Mantenimiento», el camino de los que no existen.

Las escaleras de servicio tenían un olor a moho, pintura vieja y metal. Bajó un tramo, luego otro. Su costado bramó. Se detuvo a mitad de camino, apoyó la frente en la pared y cerró los ojos. Volvió a ver el convoy ardiendo. Vio a Ferrando… sonriendo. Vio la foto del motel. Abrió los ojos.

Un pitido lejano, esta vez agudo: «Código puerta principal. Seguridad a recepción.» Su corazón hizo un «clic». Llegaban. Ferrando no madrugaba por ella; la buscaba.

Aceleró sin correr, ya que no podía. Caminó con rabia. La puerta de «Planta -1 / Sótano / Suministros» estaba abierta un palmo. Empujó. El aire era más frío. Un pasillo iluminado por fluorescentes sin compasión se extendía ante ella. A la derecha, la lavandería; a la izquierda, el mortuorio. Miró al frente: el montacargas, grande y de acero, con un botón que parecía pedir ser presionado.

Presionó.

Las puertas tardaron una eternidad en abrirse. Se metió dentro y apretó «-2» por instinto. Los sótanos te sacan de los edificios cuando arriba te esperan. El panel vibró y comenzó a descender. Se dijo a sí misma que si la puerta se abría y había un hombre con flores, le metería la tijerita roma en el cuello. Se rio sin ganas y la risa le dolió más que la bajada.

Al abrirse, el aire desprendió un fuerte olor a caucho y gasóleo. Estaba en el garaje. La salida a la rampa ofrecía una vista del cielo a través de los ojos de hormigón. A la derecha, se encontraba un cuarto de basuras; a la izquierda, había dos ambulancias. Al fondo, un Peugeot que reconocía perfectamente.

Costa apagó las luces al verla y salió del coche, con una agilidad que no parecía acorde a su edad. Se acercó a ella con los brazos abiertos, sin decir una palabra. Ella hizo un gesto: no me toques ahí. Él cambió de rumbo y la abrazó por el hombro sano.

—Llegas tarde —dijo, y su tono sonó a alivio.

—Voy cosida —respondió, esbozando una mínima sonrisa—. ¿Quién está arriba?

—El celador me ha informado que han pedido identificación en la recepción. Dicen que son de Asuntos Internos. —Escupió el nombre en el suelo, sin saliva—. Huele a Flores de Crematorio.

—Ferrando.

—Ferrando.

La acomodó con cuidado en el asiento del acompañante, como si fuera una reliquia. Ella apretó la mandíbula para no dejar escapar el dolor. Se ajustó el cinturón y apretó la chaqueta sobre su costado. Costa le pasó un viejo jersey que olía a tabaco.

—Te va a quedar grande —dijo.

—Mejor.

El motor tosió y luego rugió. Costa condujo sin mirar atrás, mientras la salida a la rampa los engullía. La noche se abría como una herida fresca. Al salir a la calle, el retrovisor mostró un grupo de sombras en la puerta de urgencias. Uno de ellos miró hacia el garaje, mientras otro hablaba por radio. Costa giró sin usar el intermitente.

—¿Adónde?

—Tienes sangre en el vendaje —observó Costa, mirando de reojo su camiseta—. Aguanta diez minutos. Luego te cambiaré el vendaje en un lugar sin testigos.

—¿Cuál?

—El taller de mi primo. Huele peor que un hospital. Nadie presta atención.

El coche se pasó un semáforo en ámbar. La ciudad era un animal dormido, pero todo lo que importaba estaba despierto.

—Costa —dijo ella, buscando aire—. Si mañana vienen a preguntarte por mí…

—Estaré en misa. —La miró un segundo—. Y rezaré por sus madres.

Agulló se rió de verdad esta vez, y le dolió. Se mordió el labio y cerró los ojos un instante. Vio a Rojo; no podía seguir ignorando la otra mitad del incendio.

—Él está vivo —dijo, sin saber si era una certeza o una necesidad.

—Entonces, encontrémoslo —respondió Costa—. Pero primero, cuida de no morirte tú.

La ciudad cambió de piel: calles más estrechas, paredes cubiertas de grafitis y persianas bajadas. Costa apagó las luces a cien metros del taller. Un perro ladró sin ganas. El hombre abrió la puerta con una llave vieja y un empujón. Dentro, la grasa dibujaba mapas en el suelo y un olor a neumático quemado llenaba los pulmones.

—Siéntate —ordenó, sacando del armario una caja metálica con una cruz roja descolorida—. Puedo coser un radiador. Una policía no debe ser tan diferente.

—Tengo miedo de que seas mejor mecánico que ATS.

—Soy peor humorista. —Se lavó las manos con un chorro de gasoil y jabón de taller—. Aguanta.

Ella aguantó. Cuando le levantó la sudadera, el vendaje hizo ventosa. La sangre había dejado su marca en el esparadrapo. Costa cortó con unas tijeras grandes, limpió con suero, cambió gasas y apretó. Ella clavó las uñas en la gomaespuma de la butaca y contó tornillos en el techo para no gritar.

—Estará en mal estado, pero cerrará —dijo él—. No te rías. No tosas. No hagas nada humano en las próximas doce horas.

—No tengo nada de eso en este momento.

Cuando terminó, Costa arrojó las gasas al cubo de aceite usado y se lavó las manos nuevamente. Sus miradas se encontraron, sabiendo ambos que habían pasado un punto sin retorno.

—A partir de ahora, no hay comisaría —afirmó él—. No hay teléfonos disponibles. No hay visitas. Si necesitamos hablar con

alguien, lo haremos durante el día y en la calle, donde la gente pueda vernos. Si necesitas dormir, tengo un sofá que se convierte en camilla y viceversa.

—¿Y tú?

—Yo conduzco y miento. Se me da bien.

Ella asintió y bajó la mirada a su móvil. Lo apagó y lo guardó en una caja de tornillos.

—Ahora dime —pidió—. ¿Qué sabes que yo no?

Costa dudó un segundo, pero decidió que no había tiempo para filtros.

—Algo me dice que llevaron a esas chicas por otra ruta, que todo estaba orquestado... A ninguna la entregaron por la puerta principal. Las movieron como fardos... Borrás, Ferrando, Aguilera... No lo sé. No sé quién lleva la batuta, pero sé que alguien de arriba limpió la herida con gasolina. Sé que Ferrando y Borrás juegan al poder como otros juegan a las cartas. Y sé que, si Rojo no está muerto, se desharán de él cuando ya no lo necesiten.

—¿Por dónde quieres empezar?

—Esa es la pregunta. Si tuviera la respuesta…

Afuera, un coche pasó despacio, sin detenerse. El perro dejó de ladrar. El dolor de Agulló se convirtió en un asiento más cómodo. Respiró hondo.

—Mañana lo decidiré —dijo—. Nos hemos quedado sin tiempo para abrir una investigación y comenzar a revisar los registros de los traslados de menores, pisos subcontratados... para ver quién los firma.

—Allá donde vayas, te estarán esperando —respondió Costa guardando la caja metálica—. No puedes correr ese riesgo.

—Lo sé, pero me he quedado sin tiempo, sin apoyo y sin información. Para algunos, la operación de ayer habrá sido un fracaso. Sin embargo, para otros, un éxito. Cuando las chicas estén en el mar, no habrá manera de detenerlos… Todo habrá sido una pérdida de tiempo.

—Tenemos muchas pruebas. Tan solo necesitamos la confianza de un fiscal…

—¿De quién? Si Borrás es la que mueve los hilos.

Costa suspiró, desanimado.

—¿Y Rojo?

—En ese caso, si los vemos venir, corremos.

—Corremos —repitió ella.

Se quedó mirando la pared del taller, donde un calendario de hace dos años mostraba una playa irreal. Sonrió con cansancio. Correr. No era la palabra adecuada.

Cerró los ojos. La imagen de la foto en el motel se volvió nítida: Ferrando, Borrás, la cadena. Luego, otra imagen se superpuso: el rostro borroso de Elena Herrera, una pulsera barata, un contenedor que olía a miedo. Abrió los ojos con rabia.

—No logro dormir.

—Duerme diez minutos —corrigió Costa—. Y luego trazamos el mapa.

Ella asintió y apoyó la cabeza en el respaldo, sin perder la tensión en el cuerpo. El taller respiraba a su ritmo. La ciudad también.

En algún lugar de esa ciudad, el teléfono de alguien vibró con un mensaje que decía: «La paciente ya no está en su habitación». La sombra sonrió. Al día siguiente, habría otra visita, pero la cama estaría vacía.

Agulló apretó los dientes y se dejó caer en un sueño profundo. Afuera, en el frío del metal, Costa colocó la llave inglesa más pesada en el asiento del conductor, como si fuera un crucifijo o una pistola. Luego apagó la luz. El taller quedó en penumbra, salvo por el pequeño destello rojo de un cargador de batería que parecía un ojo. No parpadeó. No era necesario. El peligro ya los observaba.

Ellos también eran conscientes de eso.

## 63

El varadero desprendía un olor a sal, óxido y gasóleo. La noche era oscura, sin luna, y el mar golpeaba con fuerza contra los pilotes. Rojo se había liberado de sus cadenas utilizando el trozo de alambre que Milenka había dejado caer. Tenía los brazos hinchados, la cara marcada por golpes y apenas la fuerza suficiente para mantenerse en pie. Sin embargo, había una sola cosa que lo mantenía vivo: la certeza de que Petar debía morir.

Lo encontró en un almacén del muelle, supervisando la carga de un contenedor. Petar giró lentamente la cabeza, como si hubiera presentido su llegada. Una sonrisa torcida se dibujó en su rostro.

—Mira quién sigue respirando —dijo en un español entrecortado—. El perro no aprende a morir.

Se miraron, midiendo la distancia entre ellos. Petar sacó su cuchillo, el mismo que tantas veces había utilizado para asustar. Rojo cerró los puños ensangrentados.

La pelea fue instantánea. El primer secuaz se lanzó sobre él; Rojo lo recibió con un cabezazo que le partió la ceja y un puñetazo que lo dejó tendido en el suelo. Apenas tuvo tiempo de recuperar el aliento, cuando otro lo sujetó por detrás, apretando sus costillas como un

torno. Rojo soltó un gruñido y hundió el codo en el estómago del hombre, que se dobló como una caña seca.

Creyó que estaba a salvo, pero una tercera sombra se deslizó entre las cajas: un hombre empuñando una barra metálica. Rojo levantó el brazo justo a tiempo. El golpe le desgarró la piel de los nudillos. Se tambaleó, con la vista nublada, y en ese momento recordó el olor a sudor y sangre, en el sótano donde Petar lo había mantenido encadenado. Esa memoria lo encendió.

Con un rugido, embistió al hombre con la barra, lanzándolo contra un pilar, donde se oyó el crujido de huesos al impactar. Ahora solo quedaban ellos dos.

Petar avanzó lentamente, disfrutando del momento. El cuchillo dibujaba círculos brillantes en la penumbra.

—No has aprendido nada —murmuró, mientras fingía un ataque a la cara, para clavarle la rodilla en el costado a Rojo. El dolor le robó el aliento y lo hizo caer de rodillas.

El filo descendió como un relámpago. Rojo se revolvió hacia un lado; la hoja rasgó su abrigo y le abrió la piel del hombro. La sangre caliente le corrió por el brazo y el mundo giró en rojo. Se obligó a levantarse, tambaleándose, con los puños en alto.

Petar sonrió.

—Ya hueles a muerto.

El dolor atravesaba sus costillas, pero no se detuvo. La lucha era un enfrentamiento cuerpo a cuerpo, brutal y animal. Cada golpe resonaba como un eco de todo lo sufrido, y cada movimiento representaba un ajuste de cuentas.

Finalmente, en un forcejeo desesperado, Rojo logró agarrarle el cuchillo de la mano. Sin embargo, Petar no lo soltó por completo; sus dedos huesudos se aferraban al mango y los dos hombres se empujaban a centímetros de distancia, con el filo vibrando entre ellos y rozando sus gargantas.

Rojo gruñía, mientras el sudor y la sangre le nublaban la vista. Petar se reía con una carcajada ronca que olía a hierro y tabaco.

—No puedes matarme, perro. Naciste para arrastrarte.

El cuchillo giró lentamente en sus manos, primero apuntando a Rojo y luego a Petar, en un vaivén mortal que parecía no tener fin.

Las venas del cuello de Rojo latían con furia y sus brazos ardían de agotamiento. Por un instante, pensó que no lo lograría, que sus fuerzas lo abandonarían allí mismo.

Pero la imagen de Milenka, dejándole el alambre, la chispa de libertad en medio del infierno, le atravesó la mente como un relámpago. Con un rugido animal, torció la muñeca de Petar con un chasquido seco. El cuchillo quedó libre.

Rojo no dudó. La hoja brilló un instante bajo la tenue luz del almacén y luego penetró en la carne. Primero lo hizo lentamente, cortando piel y músculo con una resistencia viscosa; después, más profundamente, atravesó la tráquea con un chasquido húmedo.

Los ojos de Petar se abrieron de par en par, reflejando incredulidad. La sangre brotó en un chorro oscuro y caliente, salpicando la cara y el pecho de Rojo.

Petar intentó hablar, pero solo emitió un gorgoteo burbujeante, como el último aliento de un animal herido. Sus manos arañaron el aire, buscaron su cuello abierto, temblaron y finalmente se rindieron.

El gigante se dobló primero sobre las rodillas y luego cayó de bruces, golpeando el cemento con un ruido sordo. La sangre se extendió como una mancha creciente bajo su cabeza.

Rojo lo miró jadeando, con el cuchillo aún en la mano. Lo soltó, y el arma cayó al suelo con un repiqueteo metálico que resonó en todo el muelle. El verdugo había caído, pero en el pecho de Rojo no había alivio, solo un vacío pesado que dolía más que las heridas.

# 64

Mientras tanto, en el aeropuerto de Alicante, Milenka avanzaba con paso firme entre los pasajeros. Maquillaje impecable, maleta ligera, pasaporte falso en la mano. Creía haber escapado.

El guardia de pasaportes hojeó el documento con desgana. Milenka le había entregado uno de sus múltiples pasaportes falsificados y sintió que la ola de alivio la recorría: estaba dentro. Respiraba despacio, los labios pintados en una curva perfecta, como si aquella cola interminable de viajeros no tuviera nada que ver con ella. Alzó el mentón apenas un centímetro, la reina cruzando una frontera.

El sello golpeó el mostrador con un chasquido seco. Durante un segundo, creyó que lo había logrado. Una corriente de alivio le recorrió la espalda; el avión la esperaba, y con él una vida nueva. Sus tacones resonaron contra el suelo pulido cuando dio un paso hacia delante.

Entonces, dos sombras se interpusieron. Los agentes de Europol aparecieron por detrás, firmes, implacables.

—Señorita Dimitrova —dijo Aguilera, mostrándole la placa—. Debe acompañarnos.

El mundo no se derrumbó; se congeló. A su alrededor, los murmullos de la cola crecieron, las miradas se clavaron como agujas. El guardia bajó los ojos, fingiendo neutralidad, como si no quisiera contaminarse de aquel momento.

Milenka se detuvo. A pesar de haber tomado la decisión correcta al buscar su libertad y la de aquellas chicas, el karma le exigía pagar por el daño que había causado a lo largo de su vida. Quizá ese había sido su error: arriesgar su vida al confesar a la policía para proteger a los demás. Con ellos jamás se llegaba a un acuerdo. Sin embargo, reflexionó, no siempre se puede ganar. Durante un breve instante, la idea de huir cruzó su mente: correr, arañar, morder, como una fiera. Pero la desechó de inmediato. No les regalaría un espectáculo.

Soltó la maleta. El golpe hueco contra el suelo resonó más fuerte que cualquier protesta.

Entonces sonrió. El maquillaje seguía impecable, el carmín intacto. Dio media vuelta, con una elegancia que parecía un desafío, como si fuera ella quien dictaba el ritmo de su captura.

—No habéis ganado nada —susurró mientras los agentes la escoltaban—. Por cada Petar que cae, otro ocupa su lugar.

Caminó erguida, casi altiva, atravesando el aeropuerto como si no fuera prisionera, sino invitada de honor. Y aunque las esposas brillaron un instante bajo las luces, nadie podría decir que Milenka había sido derrotada.

***

La televisión llenó el resto de la noche. Los noticiarios interrumpieron su programación para mostrar a Laura Borrás en una rueda de prensa improvisada. Vestía de blanco impecable, como si hubiera previsto el momento, con la bandera regional desplegada detrás, rodeada de micrófonos que se abalanzaban hacia su boca.

—Esto es un montaje político y policial orquestado por mi propio partido —declaró, con voz firme—. Una caza de brujas contra mi persona. Siempre he defendido la legalidad y la justicia. Me atacan porque soy mujer y porque no me callo.

Los flashes iluminaron su rostro perfecto, congelándola en instantáneas de mármol. Movía las manos con precisión, con cada gesto estudiado para transmitir convicción. Una periodista intentó interrumpir:

—¿Cómo responde a las pruebas documentales que la vinculan con la trama?

Laura arqueó una ceja, sonrió con condescendencia.

—¿Pruebas? Lo que ustedes llaman pruebas son fotocopias, rumores y filtraciones interesadas. ¿Dónde están los hechos contrastados? No existen. Este es un intento desesperado de desviar la atención de los errores policiales. No me van a callar.

A su alrededor, algunos aplaudieron. Otros cuchicheaban, los flashes seguían disparándose sin tregua. La imagen de control era perfecta: una mujer acorralada que, sin embargo, convertía el cerco en tribuna.

En paralelo, las pantallas dividían la atención: Petar muerto en el suelo del muelle, los ojos vidriosos; Milenka esposada, caminando erguida entre agentes de Europol; Ferrando reducido en la comisaría, la frente sudada bajo el foco de un interrogatorio. Y sobre esas caídas, la voz de Laura retumbaba, firme, invencible.

—No soy yo quien debería dar explicaciones. Son ellos: los que manipulan, los que fabrican pruebas, los que temen a una mujer libre y fuerte.

El capítulo terminó con esa imagen: Laura Borrás sonriendo a las cámaras, intocable, proclamando su inocencia.

El poder caía en las calles, pero en los despachos, en las alfombras mullidas donde se decidía el verdadero destino, la batalla apenas había comenzado. Y allí, Laura no solo resistía: parecía lista para ganar terreno.

# 65

Agulló cruzó la puerta despacio, con el vendaje oculto bajo la chaqueta. Nadie esperaba verla allí y, aun así, en cuanto apareció, las conversaciones se apagaron lo suficiente para que su sola presencia pesara sobre la sala.

Costa la seguía de cerca, como una sombra protectora. La había sacado del hospital con discreción, la había cuidado durante la huida y ahora no la dejaba sola ni un segundo. Cuando notó que la inspectora titubeaba al cruzar la sala, fue él quien le sostuvo el brazo.

—Tranquila. Aquí mandamos nosotros —le murmuró.

Al cruzar miradas, Agulló sintió que el suelo desaparecía bajo sus pies. Elena estaba envuelta en una manta plateada, con los ojos perdidos en algún punto lejano, pero al reconocerla, un destello la atravesó. Sin gritos, sin lágrimas, solo un reconocimiento silencioso: la prueba viva de que todo había valido la pena.

—Es ella, ¿verdad? —preguntó en voz baja.

Aguilera se acercó con una carpeta bajo el brazo, serio.

—Confirmado. La identificación es positiva. Elena Herrera, dieciocho años, desaparecida en Elche hace dos meses. Está viva.

Agulló no apartó la vista de la joven, pero la pregunta se le escapó antes de poder contenerla:

—¿Cómo lo lograron?

Aguilera frunció los labios, visiblemente incómodo, como si prefiriera no tener que dar explicaciones. Finalmente, tomó una decisión:

—Por la agente Zárate...

—¿Zárate?

—Rebeca, como usted la conoció —respondió, adoptando un tono serio—. Europol la infiltró hace más de un año. Se acercó a Milenka, la convenció de colaborar a cambio de protección y una reducción de condena. Milenka habló. Proporcionó nombres, rutas, contactos... pero la relación terminó mal y Rebeca tuvo que desaparecer.

Agulló giró bruscamente la cabeza hacia él.

—¿Y confiaron en ella?

—Confiamos en la información —replicó Aguilera—. Milenka Dimitrova nos contactó ayer desde un número particular, después de que la operación fracasara. Estaba dispuesta a proporcionarnos la ruta oficial por la que circularían los contenedores con las chicas, a cambio de negociar, pero intentó jugar sucio. Esta misma mañana trató de volar al extranjero para que la orden de detención perdiera su validez... Por suerte, la detuvimos en el aeropuerto, con billetes y pasaporte falsificados.

—¿Y Petar Todorov?

—Muerto. —La respuesta fue seca, como un golpe de martillo—. Lo encontraron acribillado en una nave junto al puerto. Probablemente se trató de un ajuste de cuentas, tal vez de su propia gente.

Agulló apretó los puños.

—Usted tiene a Dimitrova y el cadáver de Todorov. ¿Qué pasa con el inspector Rojo?

Aguilera la sostuvo con la mirada un instante, y su silencio resultó más cruel que cualquier respuesta.

—De él no sabemos nada. No estaba en la nave, ni en la furgoneta. Nadie lo ha visto.

El aire en la sala se volvió aún más denso. Elena bebió agua de las manos temblorosas de Costa, ajena a los nombres que flotaban en la conversación.

Aguilera intentó recuperar el tono técnico, como si el parte fuera más fácil de aceptar que la dura realidad.

—Además de la operación, una vez desmantelada la red de Todorov, conseguimos la orden para entrar en la casa de Torrellano. Un verdadero infierno, Agulló... Habitaciones cerradas, colchones en el suelo, más chicas retenidas para explotación...

—Yo estuve allí antes que el resto. ¿Qué pasará con las chicas?

—Están bajo custodia, recibiendo asistencia de Cruz Roja.

La inspectora respiró hondo, sintiendo un nudo seco en la garganta.

—Entonces lo sabían. Todo este tiempo... lo sabían. —Luego se acercó a él y lo miró a los ojos—. Tú también lo sabías, Aguilera...

—Agulló, pusiste en riesgo muchas vidas.

—¿En serio?

Aguilera no respondió. Simplemente, bajó la vista a los papeles de su carpeta, como si de repente esos documentos tuvieran más importancia que ella misma.

Fue en ese silencio envenenado cuando apareció Ferrando, impecable y sonriente.

—Inspectora, debería cuidarse. No está en condiciones de estar aquí...

La tensión aumentó en segundos. Agulló dio un paso al frente, con la voz tan dura como un martillo:

—¡Tú filtraste la ruta, maldito cabrón! ¡Tú trabajabas con Borrás para esa gente!

Ferrando arqueó una ceja, burlón. Costa no lo dejó escapar: sacó su móvil y mostró la fotografía tomada en el hotel, la prueba del escarceo con Borrás. El murmullo en la sala fue inmediato, como una ola en aumento.

Ferrando palideció primero, y luego se puso rojo.

—¡Eso no prueba nada! —gritó—. Soy libre de acostarme con quien quiera, y me estáis juzgando por algo muy serio y sin pruebas.

Comisario, preste atención a lo que se dice aquí. Hay testigos de estas acusaciones.

Agulló dio un paso al frente, sin bajar la voz:

—No se trata de con quién te acuestas, Ferrando. Se trata de quién te protege y quién te financia.

La sala quedó en silencio.

—Tú eras el enlace con los búlgaros. Firmaste sus informes, maquillaste denuncias y cerraste expedientes que nunca debieron cerrarse. Tú eras el que borraba las huellas cada vez que una chica desaparecía... Lo mismo que hizo Borrás cuando era fiscal.

Ferrando intentó reírse, pero la tensión le crispó la mandíbula.

—Palabras vacías. ¿Dónde están las pruebas? Y no me enseñes la foto del hotel que hizo tu perro faldero...

Costa levantó la barbilla.

—Las tengo aquí —dijo Agulló, sacando el lápiz de memoria que contenía toda la información proporcionada por Rojo. Antes de que se lo arrebataran, se lo entregó a Aguilera, quien observaba la escena con atención—. Esta es una copia del disco USB que el inspector Rojo recopiló en el club Dácil. Incluye toda la información necesaria para abrir una investigación y desmantelar legalmente cada uno de los pilares de la organización criminal. Fotografías, vídeos, grabaciones... Y, por supuesto, ahí estás tú, Ferrando, en las grabaciones, hablando con Petar, con sus hombres, con Milenka... asegurándoles de que «desde dentro todo está controlado».

El color se desvaneció del rostro de él.

Agulló dio un paso adelante, golpeando con cada palabra:

—Y mientras tú limpiabas los desastres de Todorov y su gente, Borrás ascendía en las encuestas gracias a la financiación de la organización. ¿Quién crees que respaldaba sus campañas? ¿Quién llenaba los sobres? La red búlgara, la misma que secuestraba menores para introducirlas en burdeles. Tú eras el enlace. Tú y ella.

Un murmullo aún más intenso recorrió la sala, como un trueno subterráneo. Varios agentes intercambiaron miradas, algunos con incredulidad y otros con rabia contenida.

Ferrando intentó ampararse en la arrogancia.

—¡Mentiras! ¡Nada de eso se puede demostrar!

Costa le lanzó las palabras como si fueran dardos:

—Se puede y se va a demostrar. Esta vez no puedes borrar tu firma de los informes, ni la foto, ni las escuchas, ni el dinero que pasó por tus manos.

Desesperado y fuera de control, Ferrando rugió, apartó a un agente y embistió contra Agulló, lanzándola contra la mesa. El impacto la hizo doblarse, arrancándole la respiración de un tirón. Costa lo interceptó, clavando su hombro contra el pecho de Ferrando. Ambos forcejearon entre papeles y vasos volcados hasta que varios agentes intervinieron.

Costa fue el primero en reaccionar. Se abalanzó sobre él, sujetándolo por el cuello de la chaqueta.

—¡Hasta aquí llegaste, cabrón!

Varios agentes se lanzaron a separarlos. Juntos lograron reducir a Ferrando y le pusieron las esposas. El subinspector, sudoroso y descompuesto, gritaba que era un montaje, que todo estaba preparado, que nadie se atrevería a tocar a Borrás.

Agulló, ayudada por Costa para ponerse de pie, respiraba con dificultad. Se liberó del apoyo justo para mirarlo de frente.

—Ya no eres el cazador, Ferrando. Ahora eres un pedazo de mierda.

# 66

La mañana en Alicante era clara, pero la comisaría aún conservaba el olor agrio del cansancio: café rancio, papel húmedo y el eco de las sirenas de la noche anterior. Agulló atravesó los pasillos con paso lento, aún dolorida por la herida que apenas comenzaba a cerrar. No había médicos que la vigilaran, ni jefes que la sermonearan. Solo había una nueva placa en la puerta principal de su despacho:

Inspectora Agulló. Brigada de Homicidios.

Se detuvo unos segundos frente al cristal, contemplando su nombre en letras metálicas. No hubo ceremonia, discursos ni aplausos; solo la certeza de que lo había logrado con esfuerzo, literal y figuradamente. Empujó la puerta y entró. El despacho tenía un aroma a madera encerada; el legado de Linares aún flotaba en el aire. La mesa estaba despejada, lista para ser ocupada.

Costa ya la esperaba dentro, sentado en una silla, con una sonrisa ladeada y un café en la mano.

—Mira, tú —dijo, levantando el vaso de cartón—. ¡Con un despacho, nada menos!

—No empieces —respondió ella, dejando caer la chaqueta sobre el respaldo de su nueva silla—. Me conformo con que el café siga siendo tan malo como antes. Además, esto es temporal.

Costa se rio, aunque en su mirada se reflejaba el cansancio. Ambos sabían que las últimas semanas habían dejado huellas que el tiempo tardaría en borrar.

Unos golpes tímidos en la puerta los interrumpieron. Era Elena Herrera, acompañada por una trabajadora social. Elena dudó antes de entrar por completo. La trabajadora social la animó con una mano en la espalda, pero la chica se quedó quieta, como si las palabras pesaran más que los pasos.

—Gracias —susurró, mirando primero a Agulló y luego a Costa.

Agulló se levantó y la llevó unos pasos fuera del despacho, hacia un rincón del pasillo, donde el ruido de la comisaría no llegaba.

—Ahora estás a salvo —le dijo, con voz firme pero suave—. Ya no estás sola, Elena. Lo que pasó no se repetirá.

La joven asintió, apretando la sudadera contra el pecho como si se aferrara a ella. Abrió la boca, la cerró y volvió a abrirla. Al final, la pregunta salió de golpe, casi como un sollozo ahogado:

—¿Y el inspector? ¿El que me buscaba? ¿Está vivo?

Agulló sintió un nudo en la garganta y se obligó a mantenerle la mirada.

—El caso está cerrado —respondió con calma, como quien repite una línea en la que no cree del todo—. Tú estás a salvo, y eso es lo importante.

Elena negó con la cabeza. La chispa en sus ojos asustados se encendió por un instante.

—No. No está cerrado, inspectora. No hasta que encuentren al inspector. Él… él me prometió que no me iba a dejar atrás.

Agulló tragó saliva. Quiso responderle, decirle que a veces las promesas eran más fuertes que los hombres, que había cosas que ni Rojo podía pelear solo. Pero no lo hizo. Le acarició el hombro y forzó una sonrisa mínima.

—Ahora lo que importa eres tú. Confía en eso.

Elena bajó la vista, mordiendo el labio, y no replicó. Se limitó a abrazarla con fuerza durante un segundo fugaz antes de regresar junto a la trabajadora social y acompañarlas a la salida.

El contraste era brutal: toda la comisaría vibraba con el éxito final de la operación, mientras ese rincón permanecía intacto, como una

tumba.

Se acercó despacio, acariciando el respaldo de la silla, y se quedó allí unos segundos, observando cómo la joven se alejaba, con el eco de aquellas palabras clavado en el pecho: «No está cerrado hasta que encuentren al inspector».

Una punzada le atravesó el pecho. Rojo había luchado con todas sus fuerzas para encontrar a Elena, y ahora que la muchacha estaba viva, él había desaparecido del mapa. Nadie sabía dónde estaba. Nadie había recibido una llamada, ni un mensaje de su parte.

Costa rompió el silencio.

—No te engañes, Agulló. Algún día lo sabremos.

—Lo sé —admitió ella, apenas en un susurro.

Pero, aunque lo supiera, dolía.

Un agente irrumpió en el pasillo, llevando un paquete de prensa bajo el brazo. Lo arrojó sobre una mesa cercana. En la portada de todos los periódicos, la misma imagen: Laura Borrás, con un traje blanco impecable, sonriendo ante las cámaras. El titular decía: «Diputada Borrás: Todo es un montaje policial de las cloacas del Estado».

—Esta vez tendrá que buscarse una frase mejor —comentó Costa al leer la noticia.

Agulló apartó la mirada, sintiendo un sabor amargo en la boca. Ferrando estaba detenido, Milenka en manos de Europol y Petar muerto. Sin embargo, el verdadero monstruo seguía sonriendo bajo los focos. Ella, ahora jefa temporal de Homicidios, sabía que la batalla en los despachos políticos sería más complicada que cualquier redada en un puerto.

Costa la observó mientras recogía su chaqueta para marcharse.

—¿Y ahora qué? —preguntó él.

—Ahora, a trabajar —respondió ella, hundiéndose en su silla—. Y a esperar que no nos metan en otra de estas por mucho tiempo.

La puerta se cerró tras Costa. En la soledad de su nuevo despacho, Agulló apoyó los codos en la mesa y cubrió su rostro con las manos. Habían ganado la guerra en las calles, pero la sombra de Rojo y la sonrisa intacta de Borrás en los periódicos le recordaban que la paz nunca era completa.

## 67

El norte olía diferente. No era el aire seco y salobre del Mediterráneo, sino un viento frío, cargado de sal y lluvia, que calaba hasta los huesos. Santander lo recibió con nubes bajas y un horizonte de acero.

Rojo caminaba por el malecón con las manos en los bolsillos. Había alquilado una habitación económica en una pensión de pescadores. Nadie preguntó su nombre real y él no lo ofreció. Dejó suficiente dinero en efectivo para que la casera no hiciera demasiadas preguntas.

Llevaba días merodeando por agencias de seguridad privada, discretas y sin logos llamativos. Había descubierto que su experiencia en el Cuerpo aún tenía valor, incluso sin credenciales oficiales. Se hablaba de trabajos como escolta para políticos, empresarios o abogados con enemigos. Nada heroico, nada limpio, pero suficiente para pagar el alquiler y mantener la mente ocupada.

La vida policial había terminado para él. Ya no había informes que redactar, juicios que preparar, ni miradas inquisitivas de Asuntos Internos. Ahora solo quedaba el silencio. Un silencio que, para cualquiera, podría ser paz. Para él, era un recordatorio de que siempre había fantasmas rondando.

Se detuvo frente al mar. Las olas rompían con violencia contra los rompeolas, levantando espuma blanca que se estrellaba contra las rocas. Sacó un cigarro, lo encendió con manos temblorosas y dio una calada profunda. El humo se mezcló con la bruma, borrando por un instante los contornos del mundo.

Entonces la vio.

A lo lejos, una silueta femenina caminaba por la playa. El viento agitaba su abrigo oscuro, y su figura, recortada contra el gris del horizonte, le resultaba extrañamente familiar. Por un instante, su corazón dio un vuelco. ¿Agulló? ¿Era posible que lo hubiera seguido hasta allí?

Entrecerró los ojos, pero la figura se desvaneció entre la multitud de paseantes que llenaban el paseo marítimo. Quizás era un espejismo. Tal vez su mente, agotada por las persecuciones y traiciones, le estaba jugando una última mala pasada.

Sonrió levemente, con ironía, consciente de que esa duda lo acompañaría para siempre.

El mar rugía a sus espaldas, eterno e indiferente. Rojo arrojó la colilla al suelo, la aplastó con la suela de su zapato y se ajustó el abrigo. Sabía que podía cambiar de ciudad, de oficio e incluso de nombre, pero nunca podría dejar atrás del todo aquello que lo había convertido en quien era.

Encendió otro cigarro y continuó caminando, perdido en la bruma del norte, con la amarga certeza de que la paz nunca es completa.

«El mar borraba huellas, pero no recuerdos. Podías cambiar de vida, pero los fantasmas siempre esperaban al doblar la esquina, tomando la forma de una mujer, una pistola o un recuerdo demasiado pesado para llevar».

SI BUSCAS UN BUEN THRILLER AMBIENTADO EN LA COSTA BLANCA…




**Un cadáver abandonado en un pantano. Dos familias poderosas, una operación millonaria y el control de una ciudad en juego. Honor, venganza y corrupción. Cuando la inspectora Agulló acepta su primer caso, encuentra una investigación llena de secretos.**

**Pero lo peor está por llegar: ¿tendrá precio su silencio?**

«UNA OBRA QUE PUEDE SER DE NETFLIX».

Ella era joven, exitosa y uno de los rostros más conocidos en la ciudad.

Laura tenía un secreto, pero no sabía que moriría antes de contarlo.

Ambientada en la ciudad de Elche durante la crisis económica del calzado, ¿Quién mató a Laura Coves? es una novela frenética y adictiva de suspense que ahonda en las pasiones más oscuras de la sociedad.

**HAZTE CON TU COPIA AHORA**

DESCUBRE AL DETECTIVE PRIVADO MÁS FAMOSO DE MADRID...

Si te gusta Rojo, no puedes dejar de conocer a Javier Maldonado, un expolicía de la brigada de Homicidios de Madrid que ahora trabaja como detective privado.

Dentro de la serie Maldonado, Rojo colabora con Maldonado en "El Caso del Tarot" y otros libros más.




**Era el mejor inspector de Madrid encontrando a personas desaparecidas. Un trágico accidente acabó con su carrera. Ahora es detective privado.**

Investigando una aparente infidelidad matrimonial, Maldonado se involucra en un siniestro crimen rodeado de mentiras que hará peligrar su reputación y la de uno de sus mejores amigos. Tendrá que sacrificar su vida para resolver el caso que acabará con sus problemas personales.

**¿Logrará Maldonado resolver el asesinato antes de que este termine con su vida?**

**EMPIEZA UNA MENTIRA LETAL AHORA**

DESCUBRE ESTA SERIE DE ALTA TENSIÓN...

¿Te has quedado con las ganas de conocer a Dana Laine?

Sigue leyendo.

Laine tiene mil caras... porque es una agente internacional del CNI español.




**La única manera de demostrar su valor en el CNI es identificar y atrapar al francotirador más peligroso de Europa.**

Dana Laine ha ingresado en el Centro Nacional de Inteligencia español. Su primera misión: localizar a Aleksandr Potosky, un peligroso criminal que ha aterrizado en Madrid. Lo que parece ser una operación sencilla, pronto se convierte en un juego mortal cuando alguien amenaza su vida y la confianza de los servicios de inteligencia.

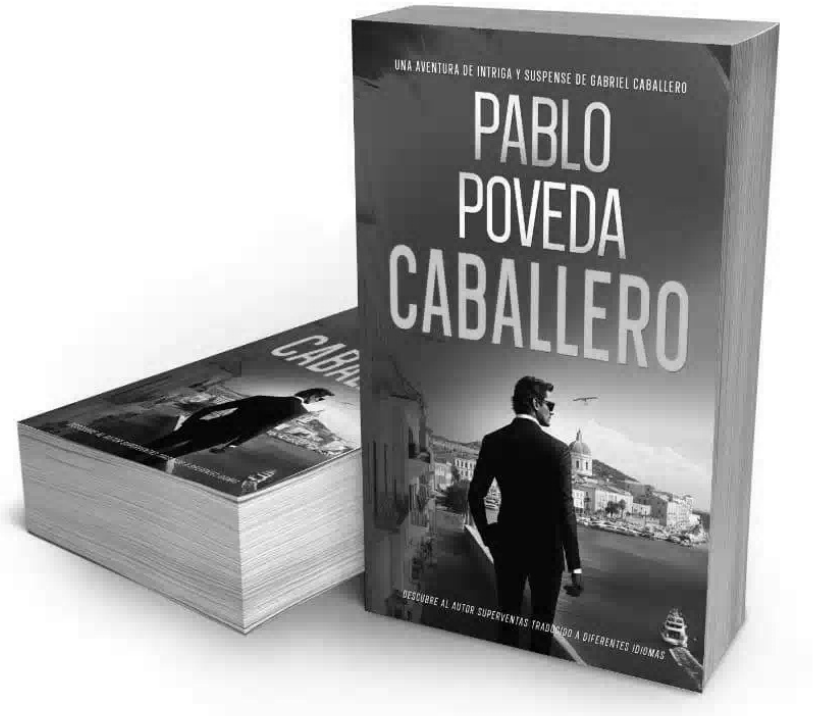
En un mundo dominado por hombres, su reputación pende de un hilo.

En una ciudad donde nadie es quien parece ser, Dana no tiene otra opción que atrapar al terrorista y salvar a cientos de personas. Pero mientras el tiempo se agota, descubre que no está preparada para enfrentarse a la verdadera magnitud de su misión.

¿Logrará detener a Potosky antes de que sus propias debilidades la conviertan en su próximo objetivo?

HAZTE CON TU COPIA AHORA

SI AÚN NO LO HAS HECHO, DESCUBRE ESTO...




# LIBRO GRATIS

**La envidia puede matar…**

Esta apasionante novela negra está disponible GRATIS por tiempo limitado.

**Gabriel Caballero está en apuros: un asesino anda suelto en la Costa Blanca.**

La rectora de la Universidad de Alicante ha muerto de un extraño modo. Las evidencias apuntan a un homicidio y a su mejor amigo. Tras negar lo que parece evidente, Caballero tendrá que averiguar la verdad para demostrar su inocencia: **su vida y carrera periodística dependen de ello.**

**¿Logrará resolver el crimen antes de que sea tarde?**

Suscríbete de manera gratuita a mi lista de lectores exclusiva y consigue esta novela hoy.

**DESCARGA GRATIS CABALLERO**

O si estás leyendo en Kindle o papel y lo prefieres… usa el código QR en tu teléfono para acceder el libro gratis.



# Sobre el autor



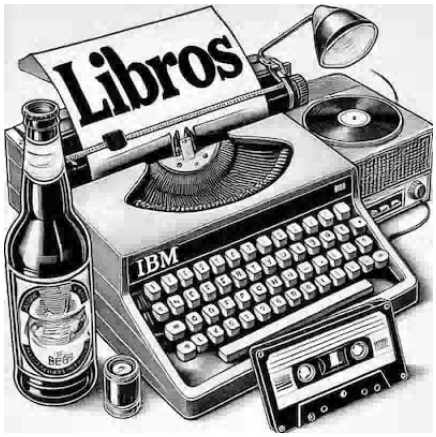
Pablo Poveda (Elche, 1989) es escritor, profesor y periodista. Autor de otras obras como las series Caballero, Maldonado, Rojo o Don. Vivió en Polonia durante cuatro años, después seis en Madrid y actualmente reside en el Levante español, donde escribe todas las mañanas. Cree en el jazz, el rock, la cultura sin ataduras y en la simplicidad de las cosas.

Autor finalista del Premio Literario Amazon 2018 y 2020 con las novelas El Doble y El Misterio de la Familia Fonseca.

Autor destacado 2022 en Amazon España.

**Si te ha gustado este libro, te agradecería que dejaras un comentario en Amazon. Las reseñas mantienen vivas las novelas.**

Contacto: pablo@elescritorfantasma.com
Página web: elescritorfantasma.com
Facebook: facebook.com/elescritorfant
Grupo Privado de lectores: elescritorfantasma.com/grupofb




**Otros libros de Pablo Poveda**

**Serie Gabriel Caballero**

Caballero
La Isla del Silencio
La Maldición del Cangrejo
La Noche del Fuego
Los Crímenes del Misteri
Medianoche en Lisboa
El Doble
La Idea del Millón
La Dama del Museo
Los Cuatro Sellos
El Último Adiós
Muerte en el Mediterráneo
El arte del engaño
La playa de los muertos
El último baile
Un secreto bajo tierra

Pack Trilogía 1-3 (Caballero, La Isla del Silencio, La Maldición del Cangrejo)
Pack Trilogía 4-6 (La Noche del Fuego, Los Crímenes del Misteri, Medianoche en Lisboa)
Pack Trilogía 7-9 (El Doble, La Idea del Millón, La Dama del Museo)

Pack Trilogía 10-12 (Los Cuatro Sellos, El Último Adiós, Muerte en el Mediterráneo)

**Serie Don**

Odio
Don
Miedo
Furia
Silencio
Rescate
Invisible
Origen
Pack Trilogía 1-3 (Odio, Don, Miedo)
Pack Trilogía 4-6 (Furia, Silencio, Rescate)
Pack SERIE COMPLETA (8 libros)

**Serie Dana Laine**

Falsa Identidad
Asalto Internacional
Matar o Morir
Fuego Cruzado
Pack Trilogía 1-3 (Falsa Identidad, Asalto Internacional, Matar o Morir)

**Serie Rojo**

Rojo
Traición
Venganza
Desparecido
Secuestrada
El trabajo del Diablo
El juego del Diablo
El laberinto del Diablo
Sombra en la costa
Al Rojo Vivo
Pack Rojo 1-3 (Rojo, Traición, Venganza)
Pack Rojo 6-8 (Desaparecido, Secuestrada, El trabajo del diablo)

**Serie Javier Maldonado (Detective Privado)**
Una Mentira Letal
Una Apuesta Mortal
Un Crimen Brillante
El Caso del Tarot
Una Amistad Peligrosa
El asesinato del casino
El crimen de Atocha
Muerte en Las Vegas
Asesinato en Cannes
Una Bala en Miami
Pack novelas 1-3
Pack novelas 4-6

**Serie Bajo Sospecha (thriller policíaco)**
Bajo Sospecha: Sangre y Raíces
Bajo Sospecha: El Precio del Poder

**Trilogía El Profesor**
El Profesor
El Aprendiz
El Maestro
Pack Trilogía Completa El Profesor (El Profesor, El Aprendiz, El Maestro)

**Serie Lepoldo Bonavista**
El misterio de la familia Fonseca
El misterio de la máscara de porcelana

**Otros:**
El secreto de la señora Avignon
¿Quién mató a Laura Coves?
Perseguido
Motel Malibu
Sangre de Pepperoni
La Chica de las canciones
El Círculo